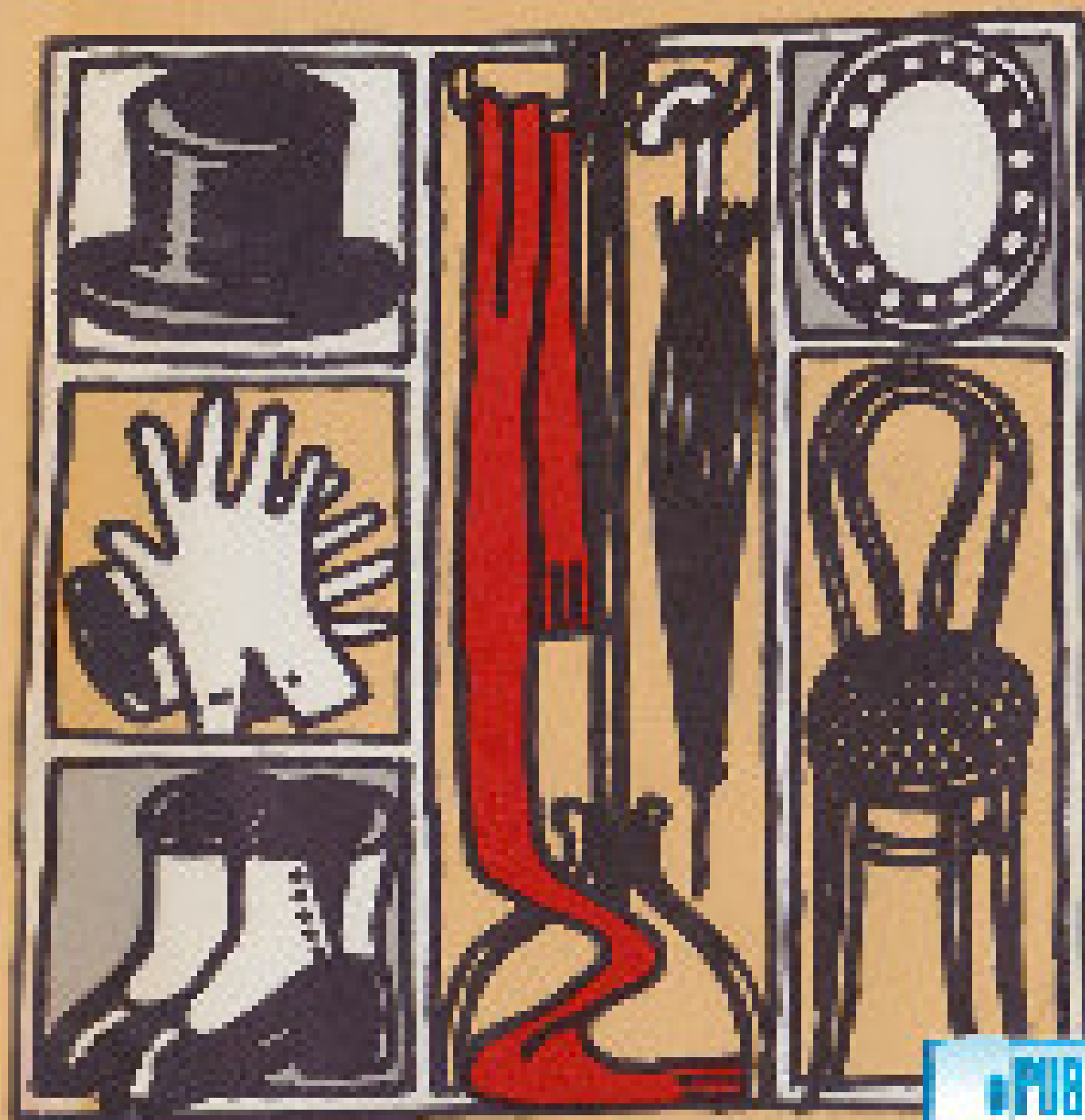


FRANCISCO UMBRA L DIARIO DE UN ESCRITOR BURGUES



«Diario de un escritor burgués» es un diario completo de un año en la vida del escritor. Libro donde se hace introspección, intimismo, crónica literaria y política de la España de ahora mismo, semblanza lírica de gentes y circunstancias. Un diario íntimo, en fin, dentro de los cánones conocidos e ilustres del género (poco cultivado en España) y enriquecido con la prosa y las características literarias, ya tan personales, de Francisco Umbral, que se auto-examina en este libro y se confiesa abiertamente, desgarradamente, minuciosamente, como él sabe hacerlo, o nos da la nota puntual, segura y plástica de la vida nacional, cotidiana, incesante.



Francisco Umbral

Diario de un escritor burgués

ePub r1.0
Titivillus 21.01.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Diario de un escritor burgués*
Francisco Umbral, 1979
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

*Otorgó a lo cotidiano
la dignidad de lo desconocido*
Novalis

Enero, sábado.

ANOCHÉ bailamos hasta las cuatro. El actor cansado, el periodista enfermo, la muchacha rubia de los grandes senos, la mujer bellamente, juvenilmente madura, la extranjera esbelta, el matrimonio burgués. Había un perro, música, imágenes. Esa hilazón indestructible (y que se destruye en un momento) de la amistad, la intimidad y la noche. ¿De qué nos defendemos cuando bailamos?

A mí, ya, la alegría y la música no me cogen por ninguna parte. En la reunión, como en todas las reuniones, había los que arden y los que no ardemos. Los que se mojan y los que no nos mojamos. Adivino bien, casi sin observar, quién se está abrasando en la hoguera del momento y quién permanece helado de frío, a la intemperie, fuera del círculo mágico, aunque esté dentro. Y ya esto quiere decir que yo no ardo. La vida, sí, nos vuelve incombustibles. Melancólico amianto, la tristeza. ¿De qué nos defendemos, repito, cuando bailamos? Uno se defiende de su enfermedad, otro de su miedo, otro de su fracaso. Una se defiende de su soledad, otra de su compañía. Lo que más admiro —no diré envidia— en noches así es el hombre o la mujer combustibles, poseídos de verdad por la fiesta, desposeídos de tiempo. Es una vieja admiración por el ser natural que come, baila, juega, duerme, ríe, habla, vive sin solución de continuidad. Acecho casi malignamente sus posibles desfallecimientos, el instante en que caerán otra vez en poder del tiempo. Nada, no hay desfallecimiento, salvo algún mero descanso físico. Casi desde pequeño he espiado y admirado y envidiado eso. Quería lograrlo para mí.

La diferencia, ahora, es que ya no quiero.

¿De qué nos defendemos cuando bailamos? Entre todos, anoche, hemos creado un círculo, un redondel de luz y palabras, una bella catástrofe de música, ruido y alcohol. Afuera estaba la oscuridad, la soledad, la luna grande de enero, que veríamos al salir de la casa, luna como emblema de la vieja tribu humana. Me temo que cada uno de nosotros, al cesar la música, vuelva a sentirse dentro lo que estaba fuera: la oscuridad, la soledad, la luna.

Tampoco quiero explotar el viejo efecto adolescente: la alegría está en los demás. Yo soy el único triste sobre la tierra. Nunca matamos los antiguos demonios interiores, sino que a cierta edad se nos aburren. La gran luna, a aquella hora, me dio un poco de salud. He dormido con valium. Esta mañana el campo está pálido, horizontal, todo de verdes que se camuflan en grises y grises que se exaltan en verdes, bajo un cielo navegable, con nubes estiradas de plata oscura. Luego saldré al campo a pasear. El campo, ya, me da vejez, más que juventud, pero tengo como prisa por apurar los colores, los aires, las distancias, esa donación múltiple del campo que siempre he relegado para más tarde, a lo largo de mi vida.

En la naturaleza, cuando muy joven, buscaba mitos, imágenes, metáforas, efectos. Como todos. Entre la naturaleza y yo estaba la literatura. La mía y la de los demás. Se tarda en suprimir la literatura. Yo no es que la haya suprimido, pero ya no salgo con la misión de colonizar líricamente el campo. Qué alivio, a medida que vamos abandonando misiones, en la vida. Ahora escribo frente a la ventana, comienzo un libro, un diario, no sé, algo sin otra forma que la forma natural de mi existencia, sin otro ritmo que el de mis días, que tampoco van siendo ya muy rítmicos.

Y no hago este libro, ni nada de lo que hago, buscando la profundidad, mi profundidad o la del mundo. Nunca he creído en la profundidad, ese mito en forma de pozo. Hegel, Freud, Adorno niegan la profundidad del hombre. El hombre es complejo por fuera y elemental por dentro. Más que elemental, común. Dice Laforgue: «La mujer es un ser usual». Y el hombre. Somos usuales, lo cual quiere decir, por el lado positivo, que tenemos algún uso. Y ya está bien.

Miro dentro de mí, miro mi profundidad. No hay profundidad: hay cronología. Unos ojos que me echan encima toda la oscuridad de su deseo, otros ojos que me hacen llegar, claros, toda la incertidumbre de su claridad.

Una confusión de cartas, libros y recibos de caja que llamamos biografía. Y, como mucho, alguna anécdota reciente, soñada, vana, irreal, inexistente, precisa en la memoria: una voz desalojada, un encuentro, un coche huyendo, aplastado y veloz, con un brazo de mujer fuera, como un saludo o bandera.

La lluvia en una vieja plaza madrileña donde no hay nadie. Una plaza rectangular que vuelve a ser ella en la noche, a espaldas de las altas iluminaciones y los grandes edificios. La lluvia, entre diciembre y enero, en una plaza de acacias pobres, balcones cerrados y ángulos irrealmente precisos. Ese momento de realidad que todavía sorprendemos o nos sorprende de tarde en tarde. Es todo lo que encuentro dentro de mí. No hay profundidad, señor Hegel. No, viejo Freud. No, querido e irónico Adorno.

Por eso no voy a escribir un libro profundo —horror—, sino el libro cotidiano de un ser usual. Mejor que la profundidad, la cotidianidad. «Otorgó a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido». Y ya sería mucho. Desayuno un huevo pasado por agua, un vaso de leche y un vaso de agua. Luego me tomo una coca cola con una gota de ginebra.

Por la tarde, en el campo, charcos de luz fría, piedras purísimas, un zumbido de sol, viento, cielo y eternidad en mi oído izquierdo, mientras camino, como si todo el sistema planetario me girase dentro de la oreja.

Tengo que taparme los oídos con mi bufanda roja. Frente a mí, la sierra azul y blanca, una sierra lejana y cercana como una mentira, envuelta en su niebla, su humo, su distancia. Bajo el frío de enero, una secreta e inesperada primavera de verdes entre el barro, entre las rocas, entre los charcos. El viento helado es una purificación directa, corporal y sencilla. La única purificación en que puedo creer ya.

Pasan trenes cercanos y coches lejanísimos. Desde aquí se ve Madrid con un sol grande que seguramente no hay en Madrid. Me alejo hacia el norte procurando que los pensamientos se los lleve el viento. El campo no me entristece, como otras veces, sin duda porque yo estoy menos triste que de costumbre. O estoy, digamos, con la tristeza aplazada.

Me va subiendo por las piernas el cansancio sano de la caminata. El día es enorme por aquí. De vuelta hacia casa, dejo la tarde atrás como se sale de una catedral o de un museo inmenso. Ya en el campo urbanizado, en una pista de tenis, las piernas desnudas, blancas y nuevas de una chica que juega. Deseo repentino, saludable, de esas piernas, de esa chica, cuyo rostro apenas distingo.

En mi terraza, los geranios blancos tiemblan contra la noche que viene.

lunes.

Por la mañana, solo otra vez en la casa, como en otra vida, reúno en el espejo los fragmentos de mi cronología que no han volado con el viento de anoche, desayuno cosas frías y vagas, con un poco de coca cola, de ron, de sacarina, dejo que el nuevo día me endulce levemente la lengua, me perfume con su luz como si yo aún estuviera vivo, bajo a comprar periódicos y la calle me atraviesa como una espada.

Las noticias, la política, la lectura, el optalidón y la sangre haciendo memoria en mis venas llegan por fin a estructurar algo así como una pálida arboladura de hombre. Ya puedo ponerme a escribir. Me siento como reencontrado con la soledad originaria, aquellas mañanas de la infancia, cuando, expulsado ya del colegio y sin destino inmediato ni remoto en la vida, me sentaba yo en la cocina apagada de mi casa, con la vieja enciclopedia infantil, a leer, a seguir estudiando por mi cuenta, a repasar algunas lecciones porque no se me volase lo poco que había aprendido en los escasos años escolares. Solo otra vez, después de tanta vida y tantos muertos, como en aquella cocina apagada, hago ahora mis deberes para nadie, como entonces, escribo mis artículos para un público fantasmal que no veo, y menos lo veo cuanto más evidente es, cuanto más me escribe, me visita, me llama, me busca, me compra.

El éxito no existe. Yo sigo siendo el niño solo que estudiaba para nada en aquella cocina apagada, que releía sin fe una vieja enciclopedia escolar. Yo hago mis deberes

después de que todo el mundo se me ha muerto. Me han dejado solo, como en aquellas mañanas, pero ahora para siempre, y esta sensación de intemporalidad no se cura con el pequeño éxito ni con la compañía del teléfono, que canta de vez en cuando y me trae la política del mundo, la margarita de las voces, cada persona con su pétalo de voz.

He dicho millones de palabras, las he escrito, me las han leído, me las han comprado, pero mi palabra sigo sin decirla. La tristeza simple, la soledad sencilla e inconsolable que me habita, aquella cocina apagada que llevo en el pecho: eso sigue ahí, callado, nunca dicho. Trabajo a la máquina, hago artículos, hago libros, estoy solo en la habitación, rodeado del rumor de mi batalla con el tiempo, contra el tiempo y a favor del tiempo y de la muerte.

Me gustaría oír desde fuera, a través de tabiques, el rumor de mi trabajo, el tableteo de mi vida, este trajín tenue en que consiste lo que hago, un bisbiseo de ideas y nombres. Quisiera ser el que escucha el cernedero de mi trabajo cerniendo vida, minutos, muerte, como aquel cernedero de la carbonería que, también en la infancia, acompañaba mi soledad de niño sin escuela. Aquí estoy otra vez, a los cuarenta y tantos años, echado de la escuela, expulsado para siempre y todavía, como a los once o doce. Y escribo.

Recuerdo, de aquella enciclopedia infantil, la introducción a la Prehistoria: «Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes, purificando la atmósfera de anhídrido carbónico». Era el párrafo más lírico de aquella árida enciclopedia, llena de quebrados y pilas de Volta. Más de una vez me he referido a esos inmensos bosques de coníferas, que me hicieron soñar, a esos helechos arborescentes que cubrían los continentes (con soberbia cacofonía, por cierto), y me llenaban de una grandiosidad cacofónica y vegetal. Porque, aunque la enciclopedia dijese lo contrario, yo no creía que los helechos arborescentes hubiesen desaparecido de la tierra, y luego he comprendido que en aquella primera imagen poética del mundo había puesto mi futuro. Cuando luchaba, cuando crecía, cuando iba filmando mis sueños y caminando mi vida, yo creo que buscaba siempre, en ese futuro placentero y estático que imagina todo hombre, con el tiempo ya detenido y feliz, unos helechos arborescentes, una frondosidad que nos viene de la infancia, y que situamos casi mecánicamente en el futuro perfecto.

Ahora sé que ya he pasado los helechos arborescentes, que estoy del otro lado. No diré que no había helechos arborescentes, porque tengo la sensación de haber estado alguna vez bajo su sombra fresca, como la tenía ya cuando lo leí de niño en la enciclopedia, con esa misteriosa memoria infantil. Los inmensos bosques de helechos arborescentes están en algún momento de nuestra vida. La enciclopedia del colegio no hace más que una referencia histórica a ellos. La enciclopedia les da nombre sin saberlo. Despierta sin querer nuestra pre-memoria.

Siento que los hemos dejado atrás, pero no aseguraría yo que en la vida de todo hombre no haya helechos arborescentes. No haya imaginación. Escribo todos los días para decir lo contrario, para decir que no hay helechos arborescentes. Pero la misma escritura los va creando. Me gustaría escuchar desde otra vida, desde la vida de otro, este rumor tenue y continuo de mi vida, este murmullo de mi soledad que cesará un día, entre los mil ruidos de la ciudad, y ni siquiera enriquecerá el silencio.

martes.

La muchacha tenía todo el pasado en la frente. La muchacha tenía todo el fracaso en los ojos y todos los insultos no dichos en la boca hermosa, grande, derramada como un enorme y contenido beso.

La muchacha ardía bajo el fuego de su pelo, que era como una partitura de oro, y fumaba con manos anilladas tristemente por el tiempo. Bebía el whisky lento que había pedido a media voz. La muchacha bebía a media voz. Tosía entre el whisky y el tabaco,

miraba entre la tos y el humo, sonreía. La muchacha era ese esquema de mujer que el tiempo, el pasado, los recuerdos, la vida y el insomnio van sacando de la mujer real. Ahora que ya no era una muchacha, se le afilaba más la bruja que siempre fue, y en sus pómulos cantaba el hueso con gracia de flor y en su voz subía una adolescente enferma, cansada y soñolienta.

Así es como puedo recordar ahora tan lejanas cosas, mientras su casa era un enredo de niños (alguno bizco) que veían la televisión a gritos, y un caos de adolescentes que se encerraban en cuartos a oscuras a fumar, oír música, decir palabras duras y sentirse inmersos, ya, en el secreto de la vida, que no sabían realmente cuál podía ser.

Había madres enfermas y habladoras, había hermanas solteras y llenas de odio, había primos enamorados de la muchacha, que le codiciaban sus hijos, sus amantes, sus adulterios, sus salidas nocturnas y su tabaco rubio. Entre todo eso, la muchacha iba hilada haciendo habitaciones, guisando berzas, hablando por teléfono o poniendo música.

Se había levantado temprano para enviar unos niños al colegio y otros al parque. Para hacer desayunos y mirarse al espejo. Luego se había acostado otra vez, ya la casa más tranquila, para recuperar, en pleno día, un poco de la noche perdida, de la noche trasnocada, del insomnio y el cansancio. Y era ese rato en que las sábanas frías amortajaban su cuerpo de frescor, le ponían la dulce losa bajo la cual podía sentirse muerta/viva, y entre ese arrugado helor distendía sus miembros delgadísimos como una flor maligna que se extiende en el agua.

Era la hora de pensar, supongo. Una infancia de ciudad y portería, una primera juventud de espejos y automóviles, una cadena de matrimonios, muertes, abortos, robos, caballos, viajes y maletas sin abrir. Y ahora qué. Ahora, este lecho frío, esta casa revuelta, esta sucesión de hombres como la sucesión de los días. Es todo lo que puedo suponer, imaginar de la muchacha. De modo que iría al espejo a mirarse desnuda las primeras fechas remotas de la piel, la flor doble, alta e insultada de los senos, la longitud polinésica del cuerpo estrecho, la huella tierna y dura del ombligo, la gracia salvaje del pubis, la línea fina, curvada y perfecta de los muslos.

Luego, en el parque, en el mercado, en la calle, la mirada de los hombres, la palabra de los hombres, el erotismo insolente y lechal de los jóvenes estudiantes, los pasos sombríos de algún solitario tras ella. Lo de todos los días. El hombre, codiciando su cuerpo por los siglos de los siglos. Aquel rostro donde la belleza había ido siendo trabajada por la experiencia, donde la perfección había ido tornándose vileza.

Tardes de oír la radio, de limpiar la casa, de asomarse a la ventana con ese tic de la que sabe que siempre hay un hombre en la acera esperándola o vigilándola. Y por fin la noche, su liberación negra con whisky white label y piano.

En la noche, la muchacha quería ser tomada, tenida, desgarrada, embutida de sexos, billetes, palabras, hombres, joyas, bocas, en la noche quería ser mordida, hundida, hasta que sus ojos se llenaban de sangre, en su boca sangraban perros negros y sus uñas hacían la escritura del odio sobre el papel sombrío de las paredes. Era la víctima voluntaria, frágil y fiera cuyo cuerpo atravesaban lujurias, hemorragias y besos. Luego se iba recomponiendo a solas, quieta, tendida, mientras fumaba, maligna, y su desnudo iba teniendo otra vez estructura de lirio.

miércoles.

Soy el que se da paseos solitarios por detrás de las estaciones, el que recoge el suspiro último de las locomotoras, el que sigue caminos de tierra y yeso que van a un fracaso de solar que ha sido huerto, a una osamenta de hierros pintados y despintados bajo el sol dominical de primera hora de la tarde.

Soy el que camina hasta traperías cerradas, cercas que tuvieron ganado, almacenes ferroviarios donde hay un sueño de sacos y almagre. Por detrás de la gran estación está otra vez el barrio fronterizo del campo y la ciudad, la casa huérfana y absurda, con

su ilusión seca de cal y tiestos, un olor a colada y animales domésticos, la violencia ferroviaria haciendo llegar hasta aquí sus hedores, sus campanas, y matrimonios maduros que echan a andar hacia la ciudad, en dirección inversa a la mía, dejándome en el cruce el alcanfor ahogante de su vida.

Soy el que sabe que, si bien la humanidad ha abolido los bosques de helechos arborescentes, esos helechos los llevamos dentro, en la imaginación fisiológica, y ellos dan toda una fantasía pobre, irrealizada y ociosa a nuestra vida.

Tarde de enero en la ciudad o en el campo, estos paseos solitarios que me doy hacia la nada, estas caminatas que me llevan a descubrir el ocio tristísimo del hormigón en los pies colosales de un puente, el esqueleto recalentado de un automóvil vuelto del revés, el afán verde y mínimo de la hierba entre restos de obra, costillares de hierro y ausencias de perro, de gato, de hombre.

jueves.

Enero era una fronda pálida y agresiva. Los amantes se amaban con violencia y mirada. La muchacha, sus ojos de filo enverdecido, bosques escandinavos descendiendo en el tiempo. Era una tarde negra con luminarias negras, el oro daba notas altas entre la sombra. Se amaron con cuchillos, torvos de soledades, se destruyeron, raudos, bellos como asesinos. Qué griterío de cuerpos, qué clamores de manos, qué besos repetidos ultrajando la hora. Enero era un sangriento parque de otros amores, la luna era una víctima ausente de la Historia, la nada daba gritos dulces entre los hielos y se besaron hondo. Qué melodioso crimen.

viernes.

Piedad y Rodó han creado algo así como un refugio de montaña en la llanura, un nido de tiempo y collares, una musical choza, una lenta cabaña. Piedad deja sueltos por la estancia, por las estancias, sus senos grandes y rubios, que comunican a todo una bondad femenina y cálida, una intimidad de pelo claro y monedas viejas. Rodó anda enredando en las zarzas de la música, de la electricidad, del humo de pipa o de puro, siempre confuso de tareas, ocios, enfermedades, mentiras y risas. Hay en su casa un tiempo atravesado por perros y niños infrecuentes. Vengo aquí a tenderme boca arriba, a reposar en la música, bajo las cordiales estalactitas del amor, bajo un desorden de lámparas, relojes, grabados, espadas y redes que es como el techo frágil y confortable de estas dos vidas jóvenes.

El gran pecado de esta casa es la comida. Piedad nos da comida todo el rato. Yo estoy echado y como: turrónes, jamón, conservas, trucha asalmonada, almendras, espárragos, pollo frío, pollo caliente, cacahuets, vasos de leche, vasos de agua, cocacola, bitter, castañas, dátiles, rosquillas, pan, más pan, merluza hervida, merluza frita, caviar, otra vez turrón. Con la quietud, la horizontalidad y la comida me voy transformando en un gran animal dulce y digestivo, en una bestia mansa y enorme. Nunca había pensado que en mi vida pudiera salirme al paso la comida. Siempre he comido de prisa, mal, cualquier cosa, sin otra pasión gastronómica que la moderada, infantil e inocente pasión del dulce, siempre atemperada por el temor de engordar. De hecho, como muy poco el resto de la semana.

Pero aquí venimos a comer. Piedad monta la gran fiesta de la comida, saca banquetes enteros, de su cocina minúscula, en un momento. No sé cómo lo hace. Es la sacerdotisa de la comida. Recuerdo esa película de Ferreri sobre la comida. La vi en Alemania. Esto no tiene nada que ver. Esto no es sórdido, sino plácido. Aquí no vamos a matarnos a comer, sino a ir comiendo mientras nos vamos muriendo, como todo el mundo. Piedad viene de semanas brillantes, de cócteles, de fiestas donde han reinado sus ojos vivos y su pelo rubio, pero en este refugio de montaña sin montaña le nace la gran madre que lleva en su pequeño cuerpo, se le liberan dos enormes madres que son sus senos jóvenes, y el mundo va quedando atrás con sus marqueses homosexuales.

Aquí se trata de comer y sólo de comer. La comida y la música, la comida y el sueño, la comida y la televisión, la comida y los libros, la comida y la conversación, la comida y el sexo. Me parece que en la sexualidad de esta pareja hay mucho de gastronómico.

Y me voy llenando de comida, me voy dejando embutir, en una comunión resignada y escéptica con la materia, con la pura materia del mundo, que no era sublime ni horrible, como hemos creído toda la vida, sino sólo deglutible. El mundo no está ahí para comprenderlo ni para pintarlo. Está para comérselo.

—Y para transformarlo —dice Rodó.

Eso, para transformarlo. Pero la transformación que le hacemos aquí es puramente gastronómica. Voy en el viaje de irás y no volverás al reino de la hartura y el sopor, pero sé que volveré, volveré en seguida, porque a mí estos paraísos perezosos no me han cazado nunca. En seguida me escapo. Hago la experiencia de la molicie para deducir en media hora lo que otros no han deducido en toda la vida: que la molicie no me interesa. En este diario íntimo de un escritor burgués debo anotar que los ideales burgueses me cansan en seguida, me aburren. No entiendo la gran vida. Tampoco voy entendiendo mucho, ya, la vida grande, la vida llena de grandeza.

Quizá me baste simplemente con la vida.

sábado.

Muere el aire y alumbra luces el cielo roto, pasa el mundo y resuenan mares donde no había. Vengo de los sepelios dulces de los amigos, siento que la mañana llora como un difunto. Nada de lo que digo queda en el aire escrito, todo lo borra el agua ciega de la memoria, y un escuadrón de sombras, alto como diciembre, llena las magnitudes íntimas de mi vida. Quedo, pues, en silencio, urna de lo distante, tomo papel y escribo nombres desconocidos, digo versos ajenos, recapacito y muero, mientras la ciudad negra, llena de forasteros, canta con odio y miedo crímenes y baladas.

sábado (dos horas y un cubalibre más tarde).

A veces consulto con mi sexo. Con el llamado miembro viril. Pene, falo. Hay un nombre mitológico que le va: Príapo. Le va sobre todo el adjetivo: priápico. El miembro, de pronto, erguido, representa bien esa abundancia de *pes*, ese esdrújulo, ese pico que tiene la palabra Príapo. Todo el sexo, por otra parte, es ya mitología, la única mitología que nos queda.

La mitología tradicional la hemos olvidado o se ha borrado sola. Anda desnarigada entre las cátedras de Instituto y los anuncios de cremas. No hay otro mito vivo que lo que se oculta, y lo que se oculta hoy es el sexo. Aunque se exhiba. Se exhibe más que nunca y es lo que más se exhibe, pero eso sólo es la nueva forma de ocultación. El sexo tapando lo sexual. La sexualidad ambiente encubriendo, ocultando el sexo. Se habla mucho de ello para ahuyentarlo.

Así que, de pronto, cuando aparece el sexo de una mujer, o el de uno mismo, con su cosa selvática y carnicera, hemos recuperado de golpe la mitología. Mi sexo es más joven que yo, está más joven que yo, quiere más cosas, le va mejor que a mí, todavía cree en los cuerpos, en las mujeres, en los orgasmos. Mi sexo me va a sobrevivir. En la adolescencia tuve miedo de él, como todos los adolescentes temí que fuese a fallarme. Pero se ha portado bien por lo general. Ahora se está pasando. Yo creo que podía dejarme tranquilo.

La poca juventud que me queda se arremolina en él, como el viento en torno de una bandera. Está ahí, ajeno a mí, y a él vienen sombras de mujer, bocas delicadas, pestañas que se entornan sobre su erguimiento insólito, dulces labios que abrevan vida donde no hay o no debiera haber. Concita la legión de las mujeres, la hueste de los paladares, el llamear de las lenguas. Y crece.

Pez rosado, salmón sexual, nada día y noche entre aguas como cuerpos, entre profundas gargantas de deseo, y si entra en las vaginas del sueño por detrás, es como un banco de sardinas cruzando el estrecho de Gibraltar, y si entra por delante es como

los revolucionarios andrajosos y tensos entrando en La Bastilla.

Curioso personaje, carne y pescado a la vez. Le creía muerto, olvidado, vencido, resignado, solo, y tiene mucho más éxito que yo. Yo soy un fantasmón que he confundido el éxito con el huecograbado y la vida con un cóctel. Quien de verdad vive es él, el sexo, nuestro sexo, al menos el mío, que no deja de recibir sorprendido y tieso el homenaje de tantas bocas, la pleitesía ensalivada de tantos cuerpos, la alegría ensangrentada de tantas mujeres.

Es en las manos femeninas un arma cálida, una cordial pistola, es dentro de los cuerpos un audaz enano dentro de una ballena, un Jonás incesante, y se queda ahí, agazapado en todos los cruces eléctricos de un organismo, atravesado por las corrientes profundas de una vida, deliciosamente electrocutado por la electricidad de la mujer.

Envidia la vida que lleva, la salud que tiene, lo bien que lo pasa. De él me vienen enseñanzas que trato de aprovechar en vano, mensajes. Nada, su sabiduría termina en él mismo. El miembro no se pronuncia cuando le consulto. Por eso tiene salud y juventud aún. Porque es un sistema cerrado que se alimenta de cerebro y sangre, pero no devuelve nada a cambio. Despedaza una mujer como si fuera un cuchillo. Desguaza un cuerpo como un hacha cuyo filo está siempre enterrado en algo. Lo lavo, lo tenso, lo seco, y se queda en sí mismo, egoísta y cerrado, cálido y fresco. Vive entre la mitología y el crimen. El resto del tiempo duerme.

domingo.

A veces, toda la borrosidad de los días se organiza en un rostro. Un rostro de mujer, quizá al pasar. Todo el desorden del tiempo sin cara va tomando las facciones precisas, particulares, de una persona. Hay días sin cara y días con cara. Hay temporadas con cara o sin ella. Pienso que de niño, el mundo tiene seguramente la cara de la madre, o vaya usted a saber qué cara. En la juventud, siempre nos preside un rostro de mujer. En la juventud, el mundo nos da la cara. Eso es ser joven. Luego, yo he ido notando que, más que perder sentido u orden, el mundo pierde rostro. Me paso largas temporadas perdido entre las caras, pero sin encontrar la cara. Sin buscarla siquiera.

Hay quien cree ver en la creación, o en la historia, la cara de Dios. Miras para el cielo y puedes ver lo que quieras. Pero la verdad es que los días no tienen rostro. El joven es contemplado por todo lo que tiene mirada e incluso por lo que no la tiene. El que va dejando de ser joven, nota que va dejando de ser mirado. A mí, quizá, me miran más que antes, como a todo el que se ha ocupado un poco de salir en los periódicos. Pero no me refiero a eso, claro. El mundo ya no me mira y, sobre todo, no puedo ya resumir el mundo en una cara como hace el joven y seguramente el niño.

Por eso es un hallazgo, de pronto, esto de que el tiempo tenga un mascarón de proa y que toda la confusión del mundo exterior venga a asomarse a mí en una cara. Durante un tiempo, está ahí esa melena rubia como un viento detenido, esa frente dorada, durante un tiempo esos ojos que vienen de las regiones donde el mar verde tiene mirada, esa nariz resuelta, y también esa boca fina y viva.

Es una cara cualquiera, es un rostro gracias al cual el mundo pierde su anonimato, se hace reconocible. Es el semblante de alguien. Hay que vivir esta temporada con cara. Luego (otras veces ha ocurrido) los días volverán a ser entes de espaldas o vagas cordilleras transeúntes.

jueves.

No vuelvo del sueño, sino de la muerte. Me despierto, por las mañanas, como si viniera de mucho más lejos que el sueño. Un sueño de ocho horas. Me despierto roto, cansado, dolorido y asustado como si viniera de una larga muerte. Sólo cuando enciendo la lámpara y miro el reloj empiezo a estar medianamente seguro de que no me he despertado en un cementerio.

Me arrastro hasta la ducha, que es la primera cosa viva que me toca. Me gustaría que luego me tocasen otras cosas vivas: por ejemplo alguna señorita. Pero eso no siempre ocurre, ay. Efectivamente, la ducha es la señorita de los que no tenemos señorita. La ducha le acoge a uno, le acaricia, le moja, le ensaliva, le besa. La ducha, primero te asusta, como las señoritas, porque es frígida, como las señoritas, y suelta agua fría. Pero luego se va templando, como las señoritas.

Salido del romance con la ducha (que tampoco llega nunca a nada, como los romances de la prensa del corazón), me peino el pelo largo, me afeito la barba obstinada (siempre con máquina eléctrica) y me visto de pobre, que es como se va a gusto. Luego, por la tarde, quizá, habrá que vestirse de menos pobre para alguna estupidez con moqueta y whisky, pero mi mañana harapienta no me la quita nadie.

Enciendo las estufas. Apago las estufas. Como siempre tengo frío y la calefacción me parece poco, y la chimenea está apagada, las estufas son los motores a reacción de mi hogar solitario, de un hogar que se ha quedado silencioso, vacío, triste, invivible, como un avión fantasma volando por la nada astral, sin pasajeros, con los motores de las estufas.

Bajo a la calle con la bufanda por la boca, para no coger la faringitis que cojo siempre. Es una bufanda blanca que me ha regalado una amiga. Blanca, de punto, larga, con flecos. Una bufanda como un chal elegante o una toquilla de viejo, de vieja. Está entre el chal y la toquilla. Los días buenos me siento gran dama con el chal. Los días malos me siento vieja con la toquilla. Ay.

El portero, Mariano, barre la alfombra del portal, vestido de mono azul. Buenos días, Mariano. Luego, hacia las doce, baja a su casa a ponerse el uniforme. Somos el discreto encanto de la burguesía. Somos una coña. Mariano es el hombre más sensato de todo el inmueble. Los demás somos locos, tarados, burgueses, psiquiatras, modistas y señoritas solas con perro.

La quiosquera es guapa y está buena. Tiene la salud del frío mañanero en su rostro, y una expresión de bondad e ironía que me gusta. La locura de las revistas, la galaxia Gutenberg, los periódicos extranjeros, a ver lo que ha salido y lo que no ha salido. Me llevo unas cuantas cosas. Señoritas desnudas y políticos hipócritas. Hay el día afortunado en que además encuentro un buen libro. Una novela de Simenon o un libro de Pierre Daninos.

En la rotisserie compro una aguja de ternera y una cocacola del tiempo, para desayunar. En la rotisserie me despacha una francesa vieja y melosa, o una española joven, maciza, succulenta, fea y simpática.

—¿Por qué siempre la cocacola del tiempo? —dice la francesa.

—Por la garganta.

—Pero usted no es un cantante.

Ah, la lógica cartesiana. Cómo explicarle a esta dama francesa que yo canto todas las mañanas en silencio y a solas. Canto varios artículos al piano de la máquina de escribir. Ya otra vez en casa, vuelta a darle a las estufas. Desayuno la aguja de ternera, la cocacola, dos optalidones, una ampolla de vivalen o de astenolit, o un sobre de prevalón, esas cosas que tomamos a partir de los cuarenta para sentirnos otra vez más atrás de los cuarenta. A la cocacola le pongo un poco de ginebra o de whisky o de vodka, según las botellas que haya por la casa. Muy poco.

O un chorrito de ron. El ron me lo regalan o viene de Puerto Rico. Las otras bebidas no sé quién me las regala. Están ahí. No soy bebedor. Lo único que hago es subirme un poco la tensión, porque soy levemente hipotenso, y hay que elevarse al nivel de las metáforas, las imágenes, los chismes, las anécdotas y el lenguaje.

Un señor que sale de la sepultura y además es hipotenso, suele moverse por debajo de ese nivel. Los artículos de periódico están un poco más arriba.

La aguja de ternera está buena. El cubalibre está rico. La sacarina está dulce y

amarga. El astenolit está amargo y sabe a jarabe de infancia. Me leo despacio los periódicos, las revistas. Leo mis propios artículos, incluso, y las referencias que hacen de mí aquí o allá. Busco temas. Aunque los temas andan ya por la cabeza. Hay que esperar a que los lobos de las ideas, que andan por el monte, bajen a la aldea de la prosa. Claro que lo mejor para escribir es ponerse a escribir.

De modo que me pongo a escribir. Esto que he anotado es la prehistoria de un artículo. A partir de aquí empieza el artículo. Y así cada día.
domingo.

Lo que tengo, con ser poco, no me parece mío. Estas paredes, este castillo de libros, como castillo de naipes, estas cuatro cosas, ¿de quién son, qué las sostiene, cómo han nacido? Muebles que me reconocen, ropas que me saludan y hablan de mí dentro del armario, lámparas bajas para iluminarme el miedo. Lo que tengo, con ser poco, no me parece mío.

¿La propiedad es un robo? Seguro. No me siento dueño de lo poco que tengo, carezco del sentido de la propiedad como algunos enfermos carecen del sentido de la orientación. Podría darlo todo y me quedaría más libre. Si pierdo lo que tengo, qué esbeltez. A mayor propiedad, menor sentido de la propiedad. Cuando sólo tenía un reloj de bolsillo, lo amaba. Ahora no tengo mucho más, pero me parece milagroso que esté ahí, que las paredes se tengan en pie, que los libros mantengan su cohesión, que los muebles no se declaren en huelga. Todo esto ha nacido de la nada, de la escritura diaria, de las palabras que están en el diccionario, en la calle, y son de todos. Por eso quizá no es mío lo mío. Porque lo he comprado con palabras, que no son de nadie. Sólo en alguna época, un leve miedo a perder algo. Ahora, perdido todo secretamente, me maravilla que me siga fiel, que esté ahí cada mañana, al despertarme, que no hayan huido las hojas de los libros, como hojas de árbol, que no hayan desertado las paredes.

Una casa, en fin, con sus picaportes y sus contrafuertes, nacida de esta actividad en la que no creo, de este oficio fantasmal de escribir, que no sirve para nada ni en nada se materializa. Por ahí voy a una sensación de irrealidad que puede ser patológica, lo sé, y que se acentúa.

La otra tarde, en cambio, paseando por el campo, vi mis huellas de ida en el camino de vuelta. Estuve contemplando la firmeza del tacón en la arena. ¿Adónde iba yo tan seguro, hace un momento? Esas huellas sí me dieron la noción de mí, esas huellas perdidas en el campo. Mucho más que todo lo que tengo y he elegido.

Uno no se ve nunca a sí mismo. Uno se sorprende a sí mismo de tarde en tarde, casualmente, en unas huellas, en un espejo, en un papel. De ahí la insatisfacción, quizá. De ahí toda la crueldad por imponer el yo. Porque el yo siempre nos falta.

No me veo a mí mismo. Veo cómo me ven los viejos, los jóvenes, pero a mí no me veo. Los viejos me ven joven, los jóvenes me ven viejo. Estoy en esa edad intermedia en que despierta uno recelos biológicos en todo el mundo. A los jóvenes quiero robarles algo, no sé qué. Los viejos quieren darme algo, tampoco sé qué, sospecho que su tristeza. Y veo todas estas cosas, pero a mí no me veo. Empieza a haber ya un cierto confort en encontrarse uno con los de su edad. Una complicidad generacional que es complicidad en la muerte, claro.

Consisto en mis medicinas. Ya he reseñado algo de eso en este diario. (Escribo en este diario después de haber escrito para los periódicos, para los demás. Esto es escribir para mí mismo, descender a mi fondo, no muy profundo por otra parte; relajarme. Aquí no tengo que ser gracioso ni agudo ni ingenioso ni agresivo ni brillante ni comprometido: qué bien). Consisto en mis medicinas. Optalidón para escribir, mexaferment para la digestión, valium o mogadón para dormir, protéctor o cualquier otra cosa para el neurovegetativo. El médico me diría que puedo prescindir absolutamente de todo.

Y lo sé.

Pero no prescindo, porque son medicinas para el miedo. Antibióticos para la faringitis, astringentes para la colitis. Cosas, no para el miedo de morir, sino para el miedo de vivir. Las necesito, o hago como que las necesito, para eso que decía antes de la brillantez o la agresividad. Para escribir este diario, este libro, no las necesitaría. Esto es una medicina, una purga suave, una verdad.

La verdad es la mejor medicina y no necesita medicinas. Pero, en la medida en que soy mentira, consisto en mis medicinas.

martes.

Lo de menos, en el orgasmo, es el orgasmo, claro. El orgasmo lo tiene uno asegurado. Lo que buscamos, ya, lo que hemos buscado siempre, es esa alfarería giratoria del cuerpo femenino, ese proceso de la belleza en acto, la bella y la bestia conviviendo en el cuerpo de la mujer, entablado su dialéctica como sólo pueden entablarla en el momento sexual. Asisto a eso, lo contemplo sin imparcialidad, pero sin turbiedad. Presencio la geometría apasionada del cuerpo de la mujer desnuda (la frase debiera haberse inventado para esto) y no hay otro espectáculo en que la vida se modele a sí misma de manera tan inspirada. Leda y el cisne son una misma cosa. La mujer es Leda y el cisne. Sin el cisne no habría mujer y sin Leda no habría mito.

Porque nos educaron en el mito de la mujer como esfinge, como madre incommovible, como cosa deseable e indiferente, estatua sin sexo. Y de ahí la curiosidad insaciable e infantil que conservamos por la estatua derribada, por la mujer deshecha, por la esfinge que se transforma en sexo a nuestros ojos. Sólo el acto sexual desencanta a la mujer, encantada de siglos por una cultura alienante que la ha querido hierática. Aunque ya no sean hieráticas, nosotros seguimos viéndolas así. Por eso necesitamos una y otra vez el espectáculo simple y apasionado de su verdad. De su sexualidad.

Figuras de mujer. La pianista atónita de desnudo enorme y lento. La muchacha del pueblo, violenta en el amor como un guerrero cartaginés. La criatura botticelliana de perfil fino y cuerpo sólido. Desnudos que se multiplican a sí mismos en el desnudo, imaginación de la carne, milagro al que asisto y asistiré consternado hasta la muerte. Jamás me he acostumbrado a un cuerpo de mujer. Como jamás se acostumbra uno al mar, al cielo. No. La carne no es ciega ni torpe. Es imaginativa, creadora, artista. Se modela y remodela a sí misma. Acierta siempre. Hay una inteligencia de la línea y el volumen que va pasando, movable, del seno a la cadera y del muslo a la espalda. Invisibles ardillas de luz y bulto viajan por el cuerpo de la mujer.

Por el tronco del árbol de la mujer.

Lo canalla. Me asomo a veces, desganadamente, a lo canalla. A la posible vida de farra —hoy risible— que podría haber sido mi vida según la fascinación que, de niño, me producían los tangos y milongas canallas que cantaba mi tía. ¿Qué es lo canalla? Lo canalla es la miseria que se cree fascinante. A mí sólo de muy joven me fascinó lo canalla. Hoy creo que lo canalla es un problema de empleo fijo. Con un empleo fijo se acaba el canalla, la canalla, lo canalla. Desde Baudelaire a Bataille hay una sublimación de lo canalla. Lo canalla, que un día me dio miedo, un sugestivo miedo, hoy me da sueño. Los marxistas lo han llamado lumpenproletariado. Lo han desmitificado. Lo canalla da un Baudelaire por siglo. Habitualmente no da nada. Es una manera de perder el tiempo. Lo canalla oficial, profesional, es lo menos canalla de la vida. Los grandes canallas no hacen vida canalla. Lo canalla no es el mal. Es sólo el folklore del mal.

De paseo, por el campo, unas mujeres de negro que van, que vienen hacia el pueblo. De cerca, unas jóvenes y otras viejas. Todas de negro implacable, obstinado, unánime. Se vuelven a mirarme. Me vuelvo a mirarlas. Tarde oscura y campo mojado. En seguida, unas ovejas que balan como niñas, entre escombros y desperdicios. Un pastor borroso y un perro que pone su dispersión de ladridos en la soledad. Las ovejas

entran gimientes y no sé si felices en el redil. Allá, en Madrid, la gente se está matando. La ignorancia armada, la iracundia pagada, el dinero sangriento. Estudiantes acribillados de monedas culpables. ¿Les encontrarán, entre el plomo y la sangre, la moneda de oro asesino que dispara el crimen? Por esa moneda podría identificarse toda la conjura del capital.

En el hipermercado, cada niño sentado en la breve y alta silla del carro de la compra que empuja el padre, la madre. Mínimo gobernador presidiendo la comarca de las frutas y las conservas familiares. La ausencia espantosa del hijo muerto, en torno de la cual gira este libro y toda mi vida. Niños de hoy para la guerra de mañana. Me acuesto temprano. Me entrego al sueño deseando que sea la muerte.

miércoles.

La otra noche cenábamos con Nacha Guevara, una actriz argentina de cabaret. Habían secuestrado a un militar. Habían asesinado a cinco abogados comunistas. Habían muerto dos estudiantes, un chico y una chica. Éramos un grupo caliente y apretado, una hoguera de amistad y conversación en medio de la noche madrileña, en el círculo negro, racheado y violento del crimen. Nacha de Noche, como dice la publicidad, es una mujer demasiado delgada, demasiado escueta, que se ha estilizado y consumido en la fidelidad a su propia imagen, que es pura línea. Tiene toda la inteligencia de lo argentino, y también esa cosa burlona, distante, de lo porteño. Sobre todo hacia España. Charlo con ella, hago un artículo sobre esta reunión de amigos y artistas en la noche del crimen, de los crímenes. Nacha viene huyendo del terror de su país, pero el terror renace en España.

El fascismo internacional ha encontrado tarea en nuestro pobre país. Hoy me quedo en casa leyendo, escribiendo, siguiendo la actualidad —negra actualidad— por la radio, por la televisión, por el teléfono. Fabrico dos artículos. Qué difícil conservar el tono que uno ha elegido para hablar al público, cuando el público está estremecido por el espanto. Hay que ser y no ser uno mismo. Hay que traer lo excepcional a lo cotidiano. Hay que dejar que se le vea a uno el plumero y la melena, pero sin desmelenarse. Luego trabajo en un libro de humor que estoy haciendo, «Diccionario para pobres», y en este diario íntimo, que llamaré, ya lo he dicho, «de un escritor burgués». Pobre burgués. Por la tarde me leo entero el último libro de Alberti, que me lo envía dedicado con un abrazo, desde Roma: «Poemas del destierro y de la espera». Visité a Alberti y su mujer en Italia, hace años, llevado por Aquilino Duque, en Anticoli, un pueblecito de montaña. Era verano. He contado muchas veces, por escrito, de aquel Alberti viejo y cordial, adelgazado por el régimen del médico, con los tacones torcidos y la bolsa de la compra en la mano. Su estudio olía a gato y él echaba spray. Pintaba y escribía. Me habló de Góngora y Quevedo. «Voy pasando del preciosismo de Góngora al existencialismo de Quevedo». Algo así me dijo.

Este libro de ahora es una buena antología de Corredor Matheos. Me quedo con el Alberti de «Recuerdos de lo vivo lejano», «A la pintura» y cosas así. «Sobre los ángeles» (que no viene en este tomo por razones cronológicas). La copla andaluza siempre me ha resultado un poco gratuita. Cómo crece Alberti con la rima y el metro. El verso libre le va peor, y la prosa no digamos. Rico poeta en las formas tradicionales, y muy sugestivo cuando las adapta al presente, a lo que era su presente. Es el poeta-artista, el artista puro.

Tiene un encanto claro que no ha perdido ni de viejo. Físicamente, me gusta más de viejo, como tantos escritores. Digo en un artículo que el tiempo se ha hecho ala en su cabeza y paloma en su pelo. Ha perdido la vida fuera de España, por culpa de la dictadura. Y ahora que iba a volver, empieza otra vez la danza macabra. Los esqueletos de Valdés Leal llevan cazadora verde y metralleta.

El teléfono, las noticias, los periódicos, los amigos. Seguramente me voy a Barcelona. Tengo allí unas cosas que hacer y anticiparé el viaje. Le llevo a Vergés un libro de

memorias literarias que he hecho con mucha ilusión. Va del año sesenta, en que llego a Madrid, hasta el sesenta y tres, en que muere Ramón Gómez de la Serna y lo enterramos en la Sacramental de San Justo, con Larra. Con él fallece una idea de la literatura que en buena medida es mi idea. Un día haré un libro sobre Ramón. «Ramón y las vanguardias». Ya tengo el título. Si no hubiese título no habría libro. Me pasa siempre. Hasta que no tengo el título no sé exactamente lo que quiero hacer. A veces he dicho que hago un libro para llenar un título. El título me da la imagen completa del libro, aunque —a veces ocurre— no tenga nada claro que ver con éste.

Por ejemplo, «Diario de un escritor burgués». Es un título irónico, claro, donde me burlo de lo que tengo y lo que no tengo de burgués. Como «Memorias de un niño de derechas». O «Retrato de un joven malvado». Ni de derechas ni malvado. Título a veces por ironía, más que por precisión. «Los burgueses debemos suicidarnos como clase», dijo alguien. Yo bien suicidado estoy. Ya veo que este diario va a oscilar entre el lirismo intimista o preciosista (experimentalista) y la pura anotación mundana, periodística o política, como la cena de Nacha y lo que hoy está pasando en España.

¿Por qué no? Cada día creo menos en las formas rígidas, en los libros construidos como un motor. La literatura está mimetizando a la técnica, como la filosofía mimetiza a la ciencia. Y es que tenemos complejo. La razón última del mundo ya no es literaria, la hemos perdido para siempre los literatos, desde el sacerdote hasta el poeta, pasando por el filósofo. Claro que la razón última tampoco es de la ciencia, pero sí la razón de cada día, la razón penúltima. Y eso es lo que se mimetiza hoy escribiendo.

Amo el experimentalismo literario, pero no el experimentalismo hacia el hermetismo, sino el experimentalismo hacia la libertad. El surrealismo, por ejemplo, empieza en la libertad y acaba en el dogma. Por culpa de Bretón, claro. El hermetismo acaba o empieza apresando al autor, encarcelándole. Lo críptico nos arroja a una cripta, aunque sea la nuestra. Escribo todo esto entre llamadas urgentes, alarmas políticas, noticias, artículos sobre lo que está pasando, que es muy grave. Silencio en la calle, tensión en las armas, fiebre en la prensa. También el fascismo quiere devolvernos a la cripta.

En la cena de Nacha, entre las caras de siempre, la presencia de una mujer, de una actriz, Gemma Cuervo, mojada de lluvia, hermosa de susto, que me conmovió inesperadamente. Eróticamente.

jueves.

Luis se vino anoche a dormir a casa. Anda perseguido de expedientes y anónimos. Escuchamos por la radio las medidas que ha tomado el Gobierno contra el pistolero. Tardías y no todas afortunadas. Requisita de armas y expulsión de extranjeros. Fascismo y gangsterismo andan otra vez juntos, como en el teatro de Brecht. Sólo que ahora en Madrid, y eso ya es peor.

Hoy sale en el periódico la crónica/poema que le dedico a Alberti diciéndole que no venga por ahora a España. Él, que ha esperado siglos, debe esperar un poco más. En el artículo hay endecasílabos y heptasílabos. E incluso alguna rima asonante que se resistía a volarse de la escritura, como un bello moscón obstinado. Como una abeja.

Es curioso cómo me sale el pobre poeta reprimido en ciertos momentos: en el amor y en el peligro. Cuando hay de por medio sexo o crimen necesito hacer lirismo, en verso o en prosa. Nunca he sabido si es una huida o un descenso al lenguaje más verdadero y originario de uno. En todo caso, no es una sublimación, como típicamente suele entenderse. Y no lo digo tanto por mí como por la poesía de verdad. ¿Es la poesía una sublimación freudiana de la realidad, una huida, o es un descenso al lenguaje, realidad primera?

Me llama Pilar Trenas para decirme que Aitana, la hija de Alberti, ha leído mi artículo y quiere hablar conmigo. Dice que le ha gustado mucho. Temen por Rafael, que tampoco está muy seguro en Roma, patria al fin y al cabo de todos los fascismos. Se habla ya

de una *Operación Saturno* —¿la CIA?— a la que responde todo esto. Esta mañana he escrito otro artículo insistiendo en lo que la calle y algún periódico denuncian: la debilidad del Gobierno, inexplicable —o muy fácil de explicar—, frente a la extrema derecha. Al presidente le han escayolado una pierna y parto de esa cojera para explicar la cojera del Gobierno.

Anoche, con Luis, nos quedamos hasta tarde charlando, viendo revistas y periódicos, informándonos por la televisión y la radio de la marcha de esta guerra civil relámpago. Luis, envuelto en humo de cigarro y neblina galaica, es una inteligencia sinuosa y celta, irónica y sentimental, que se queda con todo, pero sólo recibe oficialmente lo que quiere. Con el pelo más largo que de costumbre, el acento gallego intensificado por la acción, las gafas inteligentes y el tabaco incesante, vuelve a ser el chico listo, nebuloso, indolente y muy trabajador que ha sido siempre.

Es lo gallego puro pasado por el periodismo impuro.

Por la tarde había estado Norberto con sus ojos vivos, su tripa, su inquietud, su agudeza, su crispación, su drama pequeño que me cuenta de prisa, sus zapatos todo terreno y su amistad cierta.

En las revistas que ha traído Luis, Nadiuska («Lui» en español) posando como Sofía Loren, haciendo los desnudos que la Loren ya no quiso hacer. No sé si son fotos antiguas, un reportaje que quizá un día le pudo convenir. Hoy supone un error. ¿Por qué enseñar el culo donde la otra no quiso enseñarlo? Ahora no veo a Nadiuska, pero si la viese le diría que hay que ser uno mismo siempre. Más vale firme en lo pequeño que perdido en lo grande. Una misma.

Nadiuska es una mujer de esas que han hecho profesión de internacionalismo. Su nacionalidad está confusa, como su ortografía, su estado civil y su vida. Me han contado que se casó con un barrendero español, dándole un dinero, para tener la nacionalidad española, y que nunca ha vuelto a verla, claro. Parece pura leyenda de la prensa rosa. A Nadiuska la veo siempre entre princesa rusa apócrifa y estrella alemana de cabaret sin cabaret. Tiene los ojos fríos y la boca cálida, que es una combinación femenina dudosa y peligrosa. Claro que tampoco es mejor al revés. Creo que ella y yo no nos tenemos afecto. Su internacionalismo y su glamour digamos oficial, no son las armas femeninas que más me seducen, pero ella tiene por debajo de todo eso otras verdades más personales que son las que atraen. Aparte de una sexualidad tan evidente y actuante que no me deja frío, sino todo lo contrario.

Luego ha llamado Aitana, la hija de Alberti. No la conozco personalmente. Tiene la voz fina, andaluza e inteligente. Me cuenta el drama familiar de sus padres y el suyo propio. María Teresa León loquea por Roma y ella, Aitana, se ha separado de Giménez Rosado, su marido. Va a quedarse a vivir en Madrid. Me cuesta trabajo fundir la niña Aitana de los poemas de Alberti con esta voz de mujer hecha, inteligente y divorciada que me habla por teléfono. Ha sido una conversación muy grata.

Tengo que contestar a una joven estudiante que me dice en una carta que le van a preguntar algo sobre mí, en clase, y quiere estar preparada. Me da pereza repetir lo de siempre. Cómo habría aprovechado en otro momento la ocasión para hacer metafísica e ingenio en torno de mí mismo.

Hoy todo eso me aburre. No porque esté de vuelta, sino porque quizá he desistido de la ida. Me parece entre poético y absurdo que estén hablando muy en serio de mí en un colegio, fosilizándome en una lección de lengua, mientras yo estoy aquí, me siento joven, tengo frío, calor, hambre, ganas de hacer el amor y pereza de lavarme las cabeza, aunque, por supuesto, tendría que lavármela.

¿Cómo puede ser una lección de literatura un señor sin afeitarse y sin lavar la cabeza? Te toman en serio antes de que tú hayas dejado de tomarte a broma. Escribo este diario para decir lo más profundo y verdadero que me pasa, pero luego advierto —ya lo he dicho al principio— que la profundidad no existe y que sólo me pasan cosas exteriores.

Además de Hegel y Adorno, desmitificadores de la profundidad, habría que citar a André Gide: «La profundidad está en la superficie, en la piel». Josep Pla —qué gran «superficial»— lo ha recordado el otro día por la televisión, en una entrevista. Ha recordado la frase de Gide. Y ha añadido, siempre cínico y paleta: «Claro que el señor Gide era pederasta».

Uno no es pederasta, pero está de acuerdo. A no ser que eso sea ser pederasta. viernes.

Esta mañana el campo estaba sombrío y jugoso. Las fronteras de lo verde se ductilizaban hasta el cielo. Todo se resumía en una pizarra tierna y pensativa. Lejana. Pasó un tren, verde también, como esos insectos que toman el color del paisaje. Había un cielo barroco. Hay cielos barrocos, cielos neoclásicos, cielos góticos. Yo creo que los estilos arquitectónicos, más que las religiones, han bajado del cielo.

Nada más ponerme a escribir me llaman al teléfono. Han ametrallado a dos guardias, en Madrid. Estamos asistiendo al diseño de una guerra civil. Cuando la otra, yo era muy pequeño. Ahora puedo ver claramente cómo se monta una guerra civil. Escribo un artículo preguntándome si quizá nunca ha habido guerras civiles, como sostenía Giradoux que nunca hubo guerra de Troya.

Ya dijo Eugenio d'Ors que la guerra europea era una guerra civil. Toda guerra lo es, naturalmente. Incluso la guerra de los mundos lo sería. Pero en la guerra civil, por más reducida, observamos mejor el proceso. Yo creo que las pasiones, los patriotismos y las místicas tienen un lugar secundario en todo esto. Las palabras sólo son el plumero de los hechos. Se planea una guerra civil como se planea una catedral gótica, ya que hablábamos antes de arquitectura.

Hoy se mata gente de izquierdas y mañana gente de derechas. Hoy un comunista y mañana un guardia. El esquema de guerra civil está servido, prefabricado. Es un modelo para armar, que diría Cortázar. El pueblo no tiene más que decidirse a armarlo. Entre las frustraciones personales y las sublimaciones colectivas, a la gente se la moviliza fácilmente. Los entusiasmos generales sólo dan buen resultado en los orfeones. Fuera del orfeón, siempre acaban en guerra.

El campo de enero, verde e inocente, el cielo barroco que se va serenando en azules cultísimos. La vieja frase de Santayana: «Vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático». El drama lo ponemos nosotros. Otro atentado esta misma mañana. Dos guardias civiles muertos. Así se escribe la Historia. Así se dibuja la guerra. El dinero y el fascismo no quieren una vida natural, paralela a la naturaleza, sino una vida volitiva, violentada, autoritaria. Cada llamada del teléfono me traspasa ya como un fino alambre mortal. El pueblo es anacreóntico y la naturaleza es contemplativa. Pero el dinero es letal y descontento.

Sobre un fino esquema de crimen, la confusión organizada, para desconcertar a la gente. El desconcierto colectivo es el reino de los líderes, de los místicos, de los apóstoles, de los asesinos, de los guerreros, de los falsos iluminados que han hecho de la autoridad el evangelio del oro. Han vuelto a quebrar la vida general, pero uno siente, como un dolor local y particular, dentro del dolor grande de cabeza o de alma, que han quebrado también nuestra pequeña biografía cotidiana. Sabe uno lo que pasa, lo que quieren, lo que le ocurre a la Historia, pero no se sabe lo que le ocurre a uno mismo. No sé qué hacer con mi vida. ¿Escribir, pasear, buscar más información, unirme a los que se unen, reunirme con los que se reúnen?

La acción pública la tiene uno más o menos programada. Pero la acción privada, o sea la inacción, nos la han dejado en suspenso. Lo cotidiano se paraliza, los objetos, los actos, el día con toda su luz, todo queda como detenido al borde del tiempo, como para precipitarse inmóvil en un abismo de inactualidad y sinsentido. Leo unas bellas prosas de Truman Capote. Siempre esa precisión de los escritores norteamericanos, que dan cosas antes que ideas, como aconsejaba Francis Ponge. Capote, como Novalis, otorga

a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido. Pero lo cotidiano, hoy, en España y en mi vida, no tiene el prestigio de lo desconocido, sino el aire espectral de lo inútil. El crimen, además de cortar una vida, deja en suspenso la vida toda, pone entre paréntesis la existencia, nos mata también un poco o un mucho a los vivos, e incluso a las cosas. Hasta al sentido del mundo, que está hecho de cotidianidad.

sábado.

Ha sido una semana siniestra. El Gobierno toma medidas. En el aire están todas las hipótesis, que para mí se reducen a una: la vieja y estúpida aleación de interés y violencia, haciendo saltar una vez más los puentes de lo cotidiano.

La Historia está llena de estas cosas, la Historia es una catástrofe de puentes, una teoría de arcos quebrados que nos remonta hasta lo desconocido. Por la humanidad fluye una corriente de sensatez y otra de locura que con demasiada frecuencia se interfieren. El absurdo, el sinsentido, la violencia primera de la que quizá han nacido las galaxias, sigue estallando cada día en la cabeza de los hombres. La paz no es más que un viejo sueño de la especie, un espejismo tomado de los días claros. Aquí y ahora, lo que pasa es que tratamos de organizar un poco el caos original, como tantas veces se ha intentado, y el caos se resiste, claro. Las resistencias del caos se llaman dinero, poder, confusión, dominio, muerte, ambición, terror. Fascismo de derechas o de izquierdas. Fascismo siempre de derechas, porque, en todo caso, la izquierda profunda, para entendernos, sólo puede ser ese viejo sueño de paz.

Lo cotidiano, hoy sábado, aún no se decide a pisar seguro. Lo cotidiano es un dulce gato que duda si entrar o no en la vecindad del hombre.

Estoy en el pueblo, como todos los sábados. He bajado a la plaza a por los periódicos y las revistas. En la prensa diaria la tipografía de la muerte y en la prensa semanal la cuatricromía del sexo. En estas páginas, y en mi corazón, suaves imágenes de muchachas desnudas, playas vivas, cuerpos cambiantes como climas, el color íntimo y perdido de la mujer cuando toda la luz o toda la sombra se retiran de ella. La fotografía y el cine han hecho visibles todas las metáforas sexuales (todas las metáforas), con lo que quizá las han destruido para siempre. El sueño de la mujer desnuda —eterno sueño masculino—, habita en gran medida el sueño de la paz, el espejismo de la humanidad. Hay como una gloriosa pereza de cuerpos en toda utopía de perfección y paz. Pero a la utopía no llegamos nunca y hemos de quedarnos con su imagen: el desnudo, el cuerpo. Su imagen, que quizá sea su única realidad, su única posibilidad.

El único paraíso perdido lo llevamos debajo de la ropa. Fuera, en la sociedad, en el mundo, puede haber orden, como mucho. Pero el paraíso perdido sólo puede estar dentro. Supongo que lo que busca la Historia es la aportación colectiva de la posible felicidad interior y física de cada uno a la felicidad general. No sé si vamos a conocer eso, y digo que no sé porque ni siquiera tengo la furia del escepticismo.

Será porque me duele la cabeza. Desde hace bastante tiempo se me cansan los ojos con mucha facilidad. Me duele el ojo derecho, como toda la vida. Tengo por dentro como un mareo tonto, como si la cabeza, globo vano, me fuese a volar suavemente hacia arriba. He vuelto al oculista, me he cambiado de gafas. Nada. Una ligera corrección en el astigmatismo. Ese capricho de la mirada por el que uno se siente revestido de la gorguera del Greco y empieza a querer ver un mundo alargado. Pero no. Ni visiones del Greco ni sencillas visiones achaparradas, que son las habituales en este país. Todo visto a través del cristal incómodo del mareo, mas que del cristal de las gafas. Tengo escrito que toda mi pobre cultura, todos los libros leídos han pasado a través de este ojo que se cansa, que ha dolido siempre, desde la infancia, aguja de luz que ha hilado miles, millones de líneas, de renglones, para nada. Para doler más.

Escribiendo se alivia, porque la mirada no se fija, vaga entre el teclado y el folio. Y no leyendo nada se pasa del todo. Estoy construido para analfabeto, pero soy un analfabeto con la manía de la lectura. A cada nuevo libro (a cada nuevo periódico,

ahora) el analfabeto se queja. El ojo duele. Soy un analfabeto que puede estar escribiendo indefinidamente.

Por la tarde, a primera hora, tendido en un sol abuhardillado, me entra por la claraboya la luz de los campos que no veo. Se inflama el instante, pleno de claridad, de paz, de cielo. Es la locura amarilla de un momento. Como si todo, ahí fuera, estuviese mucho más lejos. Luego, se nubla en seguida.

Día, días de sentirse por dentro lleno de mujeres, de imágenes femeninas. Todo, en el exterior, toma la forma de una muchacha desnuda. En el sueño, en el paseo, en la lectura, me puebla una multitud de mujeres deseadas. El mundo se feminiza. Mi deseo me saca del costado plurales evas que se pierden. En un breve paseo solitario, de pronto, todo eso se materializa, se concreta, se precisa y me saluda entre el frío y el silencio: Mónica.

Me da un beso. Le doy un beso. Le froto con la mano la nariz fresca y enrojecida. Luego sube a casa y le lleno las manos de castañas y cacahuetes. Mónica, la melena corta y lisa, la cara dulce y no muy bella, una graciosa cuadratura de hombros. Se va con el cuenco de sus manos lleno de frutos secos. Adiós, Mónica. Adiós.

Mónica tiene ocho años.

lunes.

Domingo y lunes, días melancólicos e incómodos de hacer maletas, viajes cortos, despedidas largas. Televisión, conversaciones, niños, dolor de ojos. Mucha prensa y poca vida. Suárez habló por televisión al país, el sábado por la noche. Estaba enfermo, insomne, sombrío y enérgico. Empleó la expresión fatal: «guerrilla urbana». Eso lo dice todo. Eso institucionaliza la violencia, la subversión y la muerte. Me siento invadido por la estupidez de la Historia. Asqueado del viejo cuento de sangre y mentira que es la política. ¿Por qué no se ha dedicado uno a la poesía lírica y nada más que eso, como era mi puro sueño adolescente?

Dice José Pla que las revoluciones no sirven para nada. Las contrarrevoluciones tampoco. Todos sabemos —bueno, unos cuantos— dónde está el bien, la justicia, la paz, al menos a niveles generales y cívicos. (El estercolero individual ya es otra cosa). Pero casi nadie lucha por lograr eso, y de ese casi nadie, hay que descontar otro casi nadie que no acierta nunca, que lucha mal. Queda un mínimo de probabilidades de acertar. Un mínimo de hombres certeros, siempre interferidos por los torpes o los asesinos congénitos. Qué asco.

Duermo en cualquier parte, escribo en cualquier parte. Asisto a desgastadas tragedias familiares y leo a espaldas de vagos sobrinos con fiebre. ¿Me voy esta noche a Barcelona? Lo estoy pensando. Un libro de González-Ruano sobre el Mediterráneo. Pero el Mediterráneo está muriendo de contaminación. Ya sólo quedan mares azules en la literatura.

Escribo, escribo. Escribir es una manera obsesiva, en mí, de prolongar el hilo de la cotidianidad, de ir desenredando la madeja del tiempo en la hebra de la prosa. Cuanto más inminente es que se corte el hilo, con mayor fiebre escribo. Escribir ya no es en mí un acto vil de afirmación personal (lo cual tampoco me importaría confesar), sino un acto de afirmación del mundo en su costumbre. Publicar también.

Pero no sé si alguien lo entiende y me entiende así. Como cada vez que me sumerjo o me sumergen en una salsa familiar de niños, televisores y esposas desoladas y parlanchinas siento la satisfacción confortable de la vida que elegí, primero, y que luego el destino me ha impuesto cruelmente. Hoy soy el escritor casi solitario que siempre quise ser, con la familia reducida al mínimo. Pero esto, que era un proyecto guerrero de adolescencia, me ha sido dado, al fin, por sangrienta depuración de la vida, porque la vida siempre es cínica y nos acaba dando lo que queríamos, pero de otra forma, con otro rostro y otro sentido.

Asisto distante al viejo drama mediocre de esposas vigilantes y maridos golferas, que

vuelven tarde, sonrientes y cómplices de la amistad de las meretrices y el whisky, supongo. Este viejo equívoco mediocre es lo que llamamos la sociedad, la familia, la normalidad. Es el núcleo humano por el que hoy se matan unos cuantos en las calles de Madrid, queriendo defenderlo o modificarlo. Los asesinos, además de deleznable, son estúpidos, porque los abigarrados dramas familiares volverán siempre, en una u otra sociedad, y va a ser difícil redimir a la humanidad de niños con amigdalitis y esposos con ganas de beneficiarse a una meretriz.

Cambiar el mundo, cambiar la vida. En eso estamos. Pero la sociedad se hunde una y otra vez en el charco espeso de lo doméstico. Anoche veía claro el sinsentido de todo. Esta mañana, con la luz y la tenue euforia del día, me ha ocurrido lo de siempre. Que la «náusea» sartriana y adolescente se me transforma en una ironía casi confortable. Allá ellos.

Allá ellos. Yo me pongo a contestar a una traductora francesa que está trabajando en un libro mío. Hay otra traductora belga metida con otro libro. A veces se me confunden las dos en una sola, en las cartas y las visitas.

Esto es un síntoma, entre otras cosas, de lo poco que me preocupa el asunto. Yo escribo para españoles. La internacionalización es una trivialización. La traductora me pregunta, por ejemplo, qué es «quedarse de un aire». Una de las pocas frases hechas que a veces uso, porque me parece afortunada. ¿Cómo explicarle este acierto plástico y popular para que lo ponga en francés? Si se lo explico lo destruyo.

Bueno, pues eso es traducir. Yo vivo en el idioma, me baño en él, y al leerme en otro idioma es como si me hubiera vestido con la ropa de una vedette del Lido de París. Queda una cosa muy europea, pero no soy yo. Claro que toda la cultura es este juego de equívocos. Quizá a un libro le convenga ser traducido, pero al autor, como hombre, no le conviene nada. La traducción es un travestismo que te da un resplandor de purpurina y te quita tu resplandor natural.

De todos modos, hay que contestar pacientemente a las preguntas de esta señorita, pues parece que eso forma parte de la profesión, parte de mi oficio de escritor.

Solo, sí. Confortablemente solo con la Historia, con la cultura, con mi oficio, conmigo mismo. Lejos de esos consabidos enredos familiares a los que he asistido. Mis huidas, hoy, son más sinuosas. Laberínticas. Nunca la huida vergonzante y tópica de estos maridos ruborizados y orgullosos de su aventura. Solo con mi trabajo. He terminado el «Diccionario para pobres». Le pido a Luis que me ponga un prólogo. Yo le pondré unas «Instrucciones para el uso de este diccionario». Hay páginas divertidas, conseguidas, donde el humor, huyendo de sus resortes mecánicos, salta a las asociaciones rápidas e imprevistas, que, al igual que en la poesía, son las buenas. Hay otras cosas que son puro y mero oficio, claro. Creo que el humor es en mí tan innato como el lirismo, el intimismo o la tristeza. Puede resultar más comercial, a la corta, pero es igualmente congénito y resultará igualmente auténtico, a la larga. Aunque, a la larga, nada resulta nada. O resulta otra cosa. Da igual. Aparte los artículos, voy a trabajar a fondo en este diario durante estos meses. Tomar la propia vida en su fuente, en su nacimiento de cada día, cuajar una jornada en un folio con toda su inmediatez y dejarla ahí, fresca y voluminosa. Eso debiera ser la literatura.

Febrero, jueves.

BARCELONA. La ciudad está más relajada que Madrid. En la gente y en el clima. Amo esta ciudad de oros bajos, cielos navegados, olores fuertes, piedras cansadas. Amo esta ciudad que es como una Roma que se creyera Milán. Una vez me gustó una catalana, y la voz, el acento de todas las catalanas me habla ya de ella, como ella.

El gran poeta Pere Gimferrer, alto e infantil, aunque lleva por dentro tan trabada madurez poética y crítica. José María Castellet, como el capitán de un barco ballenero de novela de Conrad o Melville, que leyera a Conrad y Melville en el camarote. Terenci Moix, con camisa roja de lunarcitos y corbata blanca y roja, menudo como un pícaro latino, secretamente desvalido, como un Artaud de las Ramblas.

Anda uno por la ciudad. La gente le conoce a uno como en Madrid. ¿Es la misma popularidad u otra? Es una popularidad catalana que ya conozco de otras veces, que me conmueve y sorprende más, por menos habitual. Gran pueblo, gran país, rica, rara y loca gente, contra el tópico mostrenco de su utilitarismo. Son menos elementales que el madrileño. Llevan siempre su cultura y su locura por delante. La que sea: el esnobismo, el afrancesamiento, el localismo, el humanismo. Yo diría que cada catalán —al menos cada barcelonés— se ha preocupado de hacerse una personalidad, por delante de la persona. En Madrid nos quedamos o se quedan en la persona. Montserrat Roig, bella y comunista. Dura de concepto y dulce de voz. Resume bien toda la feminidad catalana, todo el catalanismo femenino. Entrevista, periódicos, editoriales. Todo el dulce ajeteo profesional que me trae y me lleva siempre a Barcelona. Duermo mal en un buen hotel. Cama ancha y dura. Las camas son como las amantes. Hay que acostumbrarse, hay que acostumbrarlas. Cuando esta cama esté domada, ya me habré ido. Pasa igual con las mujeres.

Escribo por las mañanas en la redacción de «La Vanguardia», periódico que me publica cosas casi a diario. Horacio, el director, es un buen amigo al que estimo y admiro. He hecho estos días algún artículo sobre Barcelona. Barcelona es el extranjero, pero un extranjero próximo, cordial, fácil. Cuando yo aún no había salido por Europa, Europa, para mí, era Barcelona. Y lo sigue siendo.

Me hacen una entrevista en «La Vanguardia» y otra en «Yes», revista mensual de esta misma empresa. Uno procura, en las entrevistas, decir siempre cosas más o menos nuevas, pero los entrevistadores te hacen decir siempre lo mismo. Más que revelaciones, quieren corroboraciones. Insistir en el clisé. Me iré con pena de Barcelona, sin impaciencia de Madrid, por una vez. Hay en el país una calma flotante que debe esconder debajo mucha guerra. De momento, me siento arropado de restaurantes catalanes, amigos editores, amigas escritoras, conserjes y peluqueros que me reconocen. He aquí unas inopinadas, plácidas y merecidas vacaciones. Trabajo a diario, claro, pero la vacación va por dentro.

viernes.

Barcelona. En el Ateneo Barcelonés, un portalón noble, ancho y bello, un jardín de palmeras y macizos, bello y gris, entre altas galerías vecinales. En él adivino, empozada, toda la Barcelona burguesa y culta del novecientos, entre el ampurdanismo de Pla y el cosmopolitismo de D'Ors. Sé que existen en Barcelona estos huertos secretos, jardines cerrados para muchos, paraísos abiertos para pocos (en este caso los socios del Ateneo), donde el temblor de la palmera presente, a través del macizo vecinal, balanceos del mar paredaño y nunca visto. Por si fuera poco, en este jardín un gato negro, gordo, de cabeza muy bella, que se hace amigo mío y se sube a la mesa para mirarme a los ojos de frente, muy de cerca, como un niño o una novia. Me deja las manos negras, como si destiñese. Mi fascinación por el gato no morirá nunca ya, pero no puedo tener uno. Sufriría por él como por un niño. El gato es pariente del niño y del tigre. Este sucio gato, además, debe ser pariente del carbonero.

Enfriamiento. Falta de sueño. Bajada de la tensión. Desánimo. Por la noche, en el

barrio chino, ya de madrugada, tomo con Sara Montiel (Antonia), la vedette Tania, Colsada y Luis Cuenca el pan de los cómicos, tardío y untado en aceite. Tania es valenciana, alta, bellísima, morena y natural. Me ha preparado una rebanada de pan barcelonés con aceite, tomate y sal. Sólo con el pan, aunque no estuviese untado, ya me habría enamorado de ella. Recuerdo mi nota de este diario sobre lo canalla, que podría ampliar a un pequeño ensayo. En la entraña de lo canalla está la honradez laboriosa y popular de los cómicos y las cómicas. Ellos son tangentes a lo canalla, aunque no lo sepan. En el espectáculo de Antonia he visto una adolescente negra con cierta dulzura brutal en el rostro, los senos delicados, el desnudo esbelto. ¿Estaré yo todavía para negras? Sólo la he oído hablar un momento en inglés, entre bastidores. Qué denso, cáldido y pulposo el inglés de los negros. Luego se ha perdido, negra, en la noche negra.

En una ciudad extraña (aunque sea tan poco extraña como Barcelona) siempre anda uno enamorándose de mujeres momentáneas, fugaces, posibles e imposibles. Erotismo y exotismo son palabras muy cercanas, quizá. Precisamente he comprado en una librería del Paseo de Gracia mi nuevo libro «Tratado de perversiones», que es un ensayo de doscientas páginas sobre el erotismo, dedicado, entre otras cosas, a demostrar que no hay perversiones. Un libro culturalista, teorizante, aunque espero que un tanto lírico, donde he querido meter y he metido todo lo que sabía y se me ocurría sobre sexo, erotismo, mujeres, siempre a través de la cultura, y repasando autores como Virginia Woolf, Proust, Laforgue, Baudelaire, Henry Miller y así. Es ese tipo de ensayo lírico que me ha gustado siempre y que vuelve a llevarse, de vuelta del estructuralismo. Me gusta el libro, pero no sé si sale en la colección adecuada. Más que temor o ilusión, la salida de cada nuevo libro mío me produce depresión. Algo así como el cansancio de un esfuerzo inútil. Releo el libro en el hotel, metido en la cama con botas.

lunes.

Madrid. Reencuentro con el hogar, con uno mismo. Recupero sin ganas lo poco que tengo, lo poco que soy. Retorno triste a lo mismo, toma de posesión, secretamente melancólica (y por melancólica casi solemne), de los plenos poderes sobre la nada que tiene uno en su casa.

La mecedora, las estufas, libros y cartas atrasadas, papeles, periódicos, halagos, anónimos, cartas entusiastas, cartas de amenaza, toda la resaca de una popularidad que me es indiferente y que en cuanto la abandonas unos días se acumula como en un vertedero en el que andan joyas de amistad entre los escombros de la rutina. Una señora me envía veinte duros para que le devuelva y certifique un libro mío firmado.

¿Es esto el éxito? Esto no es nada. La gente en general es buena, cordial, generosa e ingenua. Ya lo sabía. Pero te olvidan con la misma facilidad que se enamoran de ti. Afortunadamente. Si no, sería invivible. Con qué desgana el trabajo, el teléfono, los compromisos. Anoche no había nada en casa para cenar y esta mañana he comprado cocacola, sobres, empanada. Todavía, en la cocina, un pedrusco de turrón de las navidades. Lo mordisqueo a espaldas de mí mismo, porque dicen que el dulce no me conviene. En todo caso me engorda, y aún no he renunciado al perfil.

En la cocacola echo una botellita de whisky que me traje del hotel de Barcelona. Hago artículos y los voy metiendo en los sobres que he comprado. Aunque estoy cansado, flojo, enfriado y con dolor de ojos, los artículos van saliendo fácil —nunca se sabe—, sobre todo uno sobre la vida cotidiana, cuya valoración me parece un descubrimiento o redescubrimiento de nuestro tiempo (quizá a partir de Lefebvre). Ahora valoro y valoramos más lo cotidiano —me parece que ya he reflejado esto en páginas anteriores de este diario—, después de la ola de terrorismo. En el artículo trato de explicar que vida cotidiana digna no tiene nada que ver con el antiguo orden establecido franquista, sino que quizá es todo lo contrario. En este momento vivimos una calma preñada de

bombas. Quién sabe. Lo cotidiano, así, es la utopía.

Cansancio, miedo, desgana, inquietud, crisis de la edad y crisis del país. Crisis literaria. ¿Hacer este libro o hacer otra cosa? Decido que este libro, ondulando siempre entre la nota puntual, menuda (el encanto de lo cotidiano) y la inmersión a fondo en la profundidad, esa profundidad en la que no creo, como ya he dicho al principio, pero de la que siempre sale algo. Quizá por eso no es profundidad; porque siempre sale algo.

La casa, fría. La cama, estrecha. El sueño, malo. Un sueño político, que es cosa que yo creo no había tenido jamás. Salía hasta Joaquín Garrigues (me lo encontré en Barcelona: no hay profundidad). Otra vez la rueda de las invitaciones, las publicaciones, las seducciones. Quieren vivirme y no me dejan vivir. Voy a cortar muchas cosas. En Barcelona, Carolina y Yolanda más guapas que nunca. Pero la edad las aleja de mí. Carolina tiene ya catorce años. A medida que crecen, en lugar de aproximarnos, nos distanciamos. Eso es la vida. Ironía.

Y como es ironía, en medio del caos y la desgana, los artículos salen brillantes. Otras veces, confortable, no le sale a uno nada. (No hacer de esto, tampoco, una fácil teoría). Qué tristes estos empalmes de la vida a sí misma. Todo está vivido y bien vivido. ¿Qué sentido tiene esta reiteración de gentes, nombres, fechas, sentimientos y sucesos? La vida es corta como vida y larguísima como biografía. Una mala película que aburre a partir de la mitad. Leo a Bergamín, a Delibes y a Dante. Otra vez las famosas ilustraciones de Doré en «La Comedia». Qué dibujante. ¿No será el arte moderno una genial rabieta contra la perfección de los antiguos? No importa. De las rabiets de los genios también salen genialidades. Aquí me quedo, comiendo un huevo. Un triste huevo duro de cotidianidad, hastío, costumbre, cansancio, incertidumbre y crisis. Y dermocolon para la tripa.

martes.

Hay una edad que es la edad de dejarlo todo. La edad en que uno lo dejaría todo, aunque luego no deje nada. Esa edad no es la vejez, claro, sino la discreta madurez en que uno va entrando. Ese momento en que todos los objetivos de una vida, por ser muy modestos, están ya cubiertos. Es cuando se dice uno: «Bueno, ya me he demostrado a mí mismo —y les he demostrado a mis contemporáneos— lo que podía hacer, lo que podía ser. De aquí en adelante todo va a ser repetición y manubrio. Vamos a dejarlo todo».

Habría que tener valor para ese suicidio profesional. Somerset Maugham, que no era un gran escritor, pero que a veces encontraba un buen tema, tiene un cuento donde explica la tragedia de un hombre que, en pleno éxito de los negocios, lo deja todo y se va a vivir a una isla que le ha fascinado en unas vacaciones. Acaba siendo el loco de la isla.

Claro, no se puede huir de la propia biografía, no se puede huir de la Historia. Esas huidas se pagan. Hay los que se van a medias, los que se van a una isla o a una finca y mantienen el hilo de oro que les comunica con el mundo, con el éxito. A mí me parece que tampoco es solución. Estás o no estás. En los Estados Unidos, por ejemplo, que es un país enorme, los escritores andan perdidos por la geografía, y no tienen por que tomar café todas las tardes, juntos, necesariamente, en Nueva York. Pero España es una cosa aldeana y los aviones tienen algo de coches de línea que van a todas las provincias cargados de paletos y conferenciantes. No puede ser.

La idea de dejarlo todo supongo yo que responde, en último término, al cansancio de uno mismo que experimenta el hombre a cierta edad. Más que el miedo a cansar o el miedo a cansarse, el puro cansancio que es ya casi hastío.

Dejarlo todo para empezar otras cosas. Demasiado tarde para eso. Nos asusta empezar una nueva vida, porque vida no hay más que una, y ya no es precisamente nueva, como la de Pedrito de Andía. Dejarlo todo para no hacer nada. Ni podemos ni queremos. Hay que ganar un dinero y, sobre todo, hay que hacer algo, porque

enfrentarse con los espacios vacíos del ocio es ya enfrentarse con la muerte.

—Me parece que voy a dejarlo todo de una puñetera vez —se le oye decir de vez en cuando al hombre que ha pasado los cuarenta años.

Luego no deja nada, claro. Lo que pasa, en la mayoría de los casos, es que lo hemos dejado todo secretamente: los amores, los trabajos, las amistades, las tareas. Lo hemos dejado todo, pero no se lo decimos a nadie, y seguimos presentes en todo, aunque ya estemos ausentes de todo. De todo hemos hecho nuestra nada. Es una solución cobarde, ya lo sé. Una solución que no es una solución. Es la filosofía del superviviente.

Dice un escritor que va a dejarlo todo porque está amenazado. Otro porque está asqueado. Otro —aunque no lo diga— porque está fracasado. Cuando hay un resorte exterior, es más fácil dejarlo todo. Si miramos nuestra vida, casi todos los actos decisivos y heroicos han sido huidas hacia adelante. Hemos progresado porque veníamos huyendo de algo. Lo que luego en el recuerdo se capitaliza como grandes decisiones, no fue otra cosa, en su momento, que una huida cobarde.

Uno se escapa del colegio, no por decisión, sino por miedo al castigo diario. Por no saberse la lección. Uno se pone a trabajar, no por incorporarse a la sociedad, sino por huir del hogar y de la familia. Uno se casa huyendo del tedio de las noches de amigos solos y uno se divorcia huyendo de la mujer que le va a asesinar una madrugada con el vaso roto del agua de la mesilla. Grandes generales son los que huyen hacia adelante y ganan la batalla. Malos generales son los que huyen hacia atrás. Todas las grandes batallas se han ganado siempre en una huida.

El toro —ya es sabido— huye hacia adelante, en la plaza, muerto de miedo, y el escritor también huye hacia adelante, muerto de miedo por los críticos y el público, sacando otro libro en lugar de huir hacia atrás y dedicarse a las representaciones de perfumería o el cobro de recibos a domicilio.

Dejarlo todo es una huida, pero nada requiere tanto valor como una buena huida a tiempo. Una retirada a tiempo no es sólo una victoria, como decía el otro, sino el gesto más hermoso y glorioso que puede hacer el hombre cuando ya no hay nada de qué huir. Eres el que querías, y encuentras que eso es muy aburrido, que eso no es nada. Y entonces habría que suicidarse en vida y disfrutar la hermosa muerte del jubilado de sí mismo, la posteridad en vida del que asiste a su pasado sin clavarla.

Porque mientras trabajamos no nos vemos. Uno muere sin haberse visto nunca. Hace falta el gran distanciamiento de una gran huida sostenida, de una huida definitiva, y entonces es cuando te ves de cuerpo entero, disfrutas de tu estatua, aunque sea una estatua de niebla, y te paseas en torno de ella como un jubilado más, sin que nadie advierta que eres el mismo de la estatua. Pérez de Ayala se retiró a tiempo y pudo tener unos años de fumar puro y verse a sí mismo. Azorín habló mucho de retirarse, pero siempre volvía. Era demasiado cobarde para huir. Los demás, casi todos han muerto con las botas puestas. Me temo que será mi caso, y además literal, porque yo uso botas. Pero que fuerte tentación, a veces, de dejarlo todo y decir lo de Quevedo: falta la vida; asiste lo vivido. Es —ay— la única tentación en que no caemos.

Y más nos valía.

viernes.

Me meto en el baño y cierro por dentro. Me siento en la taza y espero. Tengo delante la pequeña alfombra, de un verde claro, alegre, pero gastado y pisado. Hay que hacer un esfuerzo o no hay que hacerlo. Hay que apretar o no apretar. Según los días, según vaya el vientre. La inseguridad que tiene uno en la vida no viene de la cabeza ni del corazón. Viene del intestino la inseguridad de los hombres.

Si tienes un intestino firme, seguro, controlado, el mundo es tuyo. Si tienes un intestino nervioso, lábil, inseguro, no harás nada en la vida. También se ha dicho mucho que la seguridad o inseguridad del hombre se la da el sexo, la actuación de su falo. Algo hay

de ello. Pero, ¿y el intestino? Es tan importante como lo otro.

Y se disimula peor. Tengo delante un panorama de ropa tendida, en la cual puedo reconocer alguna camiseta mía, puedo reconocermé a mí mismo ahí colgado, húmedo, con los tirantes para abajo, como si me hubiesen arrancado ya la piel de conejo y la fueran a curtir. Veo un pequeño mundo de espejos, esponjas, toallas, calcetines negros y planos, como orejas de no sé qué monstruo pacífico. Veo detergentes y escobillas, cepillos y una horquilla caída. La hora de la defecación es la hora de las minucias, cuando uno se acuerda de las pequeñas cosas y cuando uno encuentra por el suelo los botones perdidos.

Esta capilla del retrete es el breve santuario adonde la sabia naturaleza nos retira una vez por día a meditar. Si no fuese por la defecación, seríamos unos seres alocados, perdidos siempre entre los demás, apretados de horario, sin tiempo para encontrarnos con nosotros mismos y reparar en nuestra condición fecal, solitaria y monologante. Gracias al sueño vamos muriendo la muerte a tragos. De otro modo seríamos unos monstruos insomnes. Gracias a la defecación se va descomponiendo nuestro organismo a días. El sueño es un trasunto de la muerte y la defecación es un trasunto de la descomposición de la materia. Dos lecciones de humildad, de verdad, de caridad, que nos da nuestro cuerpo a diario. Dos lecciones desaprovechadas, como todas. Dependo de este cuerpo que cada día se despedaza un poco. Vengo cada día a este rectángulo de espejos y estropajos a contemplar la ceremonia de mi atomización, a vivir la peripecia callada de mi acabamiento. Vengo al pudridero de todos los días para ser espectador de mi podredumbre y meditar, no en el más allá, como los místicos, sino en el más acá. Porque la gran desfachatez del misticismo ha sido sacar la consecuencia de la eternidad de la experiencia de la caducidad. Puesto que no somos nada, somos eternos, parecen decirse y decirnos.

Puesto que no somos nada, no somos nada. El hombre conoce su muerte por el sueño y conoce su podredumbre por la defecación, pero ha desarrollado al máximo los mecanismos del olvido y sigue haciendo trampas en el juego. Yo, que conozco ya mi nada, porque me he paseado mucho por ella, aprovecho este encierro en la celda del retrete, aprovecho este monacato momentáneo de cada día para buscar objetos por el suelo, con la mirada, confirmar el blancor verdoso de la alfombra, en la que el tiempo y el olvido han llegado a trabajar una calidad de fruta inmadura. Y la señorita que me sonrío desde la caja del detergente, una señorita que hace coladas impecables y que es el único testigo de mi miseria cotidiana y mi desestructuración hacia la muerte. Su sonrisa comercial me mira.

Sentado en la taza pienso en lo que he comido, en la combustión de los azúcares en mi cuerpo, en esa actividad entusiasta del organismo, que no sabe que va a morir y trabaja a pleno rendimiento. El azúcar, ternura casi única que he encontrado en el mundo, maternidad vegetal que me viene hasta la lengua. Pero un día el médico habla de transaminasas, de lípidos y triglicéridos, y comprendes también, como el que se desencanta de un amor, que el azúcar puede ser un veneno, como la mujer, como todo. ¿Es que yo soy diabético, doctor? No, por favor, no es usted diabético ni prediabético. Ah, bueno. Pero esa lengua de dulzura que nos acaricia y nos lame a los golosos, es algo que quizá va dejando en nuestra alma puñalitos asesinos hasta llegar al momento presente de la expulsión, de la transmutación del hombre en estiércol y de la divinidad en olor.

Pero aquí estoy seguro, resguardado, tranquilo, defendido de toallas, tras la puerta cerrada del baño, y aquí no llegan los anónimos sucios de la envidia pequeña o la política pedregosa, y si bien he sentido en el pecho el puño grande del odio, apoyándose en mí como el peso de un padre letal, ahora que no tengo delante la cara deshecha de los asesinos, siento y digo que la vida es defecación y que mi cuerpo se reconcilia consigo mismo y esa reconciliación soy yo, es un hombre. Del acuerdo del

cuerpo con el cuerpo nace el alma. De la conformidad de la carne con la carne nace la persona. Nada más. También viene, durante la defecación, la imagen detenida de la mujer, el sexo de la mujer, como una flor con la raíz en el aire. Eso no es bueno, porque la erección contrae el intestino e impide la defecación. Somos un sistema de palancas y no conviene embarullar las palancas.

Pero la flor se instala de nuevo en el aire. El sexo de una mujer, los grandes labios, como una fruta ya abierta por alguien. Siempre parece que ha habido una mano abriendo eso, antes que la nuestra. «Un acordeón entre las piernas de la mujer», dijo alguien. Esa fruta ya pelada, esa cosa botánica que tiene el sexo abierto, con el botón del clítoris, la profundidad de la herida. He ahí una flor que arraiga en la profundidad de una mujer. He ahí una mujer que se desangra a través de una orquídea. Boca muda que se transforma en rosa abierta para decir algo y a lo que más acaba pareciéndose es a una lámina de botánica. Tan explicativo, el sexo de la mujer, tan explícito, y tan misterioso. Se comprende en seguida su función, como cuando se comprende una máquina o un insecto, y sin embargo permanece misterioso y fascinante, el sexo, porque la mirada del hombre ha hecho de él una metáfora sagrada.

Para impedir la erección, pienso en otra cosa, pues conviene que la deposición vaya bien, y entonces aparece el alud de los libros, los míos y los ajenos, todo lo que está al otro lado de la puerta, el enladrillado de la letra impresa, esperándome. Mis propios libros, que me desconciertan, ya, cuando salen dos o tres juntos, aunque sean reediciones, recopilaciones, cosas. ¿Quién ha escrito todo eso, cuándo, para qué? Yo encuentro que lo tengo todo sin decir, todo por decir, porque un libro mío se me vuelve mudo en cuanto lo publico. A mí ya no me dice nada y tendría que escribirlo otra vez, ya que el libro sólo le habla al escritor mientras lo hace. Luego, quizá hable a los demás, pero ante mí se comporta como un ladrillo.

El caos de los libros es el caos de la vida. Llegar a la madurez no es llegar al orden, sino instalarse definitivamente en el caos. Definitiva y casi confortablemente. Aceptar el caos. Asumirlo, que dicen los elocuentes. Ya no escribo para poner orden en nada, sino para salvarme en mi caos del caos de los demás, como el que pone su música más alta que los otros, más alta que las otras músicas. Esperar, ya, que la vida vaya a tener un orden, es cosa que no va conmigo. Aquello tan repetido de Rimbaud, la sacralización del caos. Se experimenta en la adolescencia, como lo experimentó él. Luego empiezan a tomarnos en serio en la vida, y entonces relegamos el caos, creyendo que la farsa puede ser realidad y que si resulta que yo soy respetable, habrá que guardar en secreto lo del caos para que no se acabe mi respetabilidad. Como aquel personaje de Proust al que le comunican una muerte familiar cuando sale para una fiesta, y ordena que se lo vuelvan a comunicar después de la fiesta. Prefiere no darse por enterado. Ésta es la conducta universal de la humanidad. El genio de Proust lo dio en una anécdota social. Un día nos traen la noticia de la muerte, de que hay muerte, cuando partíamos hacia la fiesta de la vida, y ordenamos que vuelvan más tarde con la noticia. Siempre más tarde. Después de la vida, después de la fiesta. No hay que darse por enterados de la muerte ni del caos. Porque si hay caos ya no somos respetables y si hay muerte ya no hay fiesta.

La madurez, a cualquier edad, es decidir que es más confortable el caos que la mentira, más habitable el absurdo que el minué de la razón. Y no avergonzarse uno de sus defecaciones, que son el caos razonable y cotidiano, el mínimo de caos que un hombre decente puede soportar.

Nada de esto quiere decir que yo haya dejado de sentirme joven. A veces he escrito que el niño va por dentro hasta la muerte. El joven también. Yo he llegado a la madurez cronológica o mental de reconciliarme con mi caos, con mi nada y con mis defecaciones, pero el joven saca la cabeza muchas veces, el joven va por dentro y la verdad es que yo no me veo como un señor, sino como un gamberro que está dando el

timo a la sociedad. Un gamberro que ahora, después de haber cagado en casa, como antaño en los solares, se subirá los pantalones y se irá por ahí a engañar a la gente.
sábado.

La novela de la vida. Eso que la vida sigue teniendo de novela buena, bien construida, hermosa. Cuando el caos original se organiza en novela, se noveliza, cuando las cosas ocurren como en los libros. Una ironía más de la ironía natural del mundo. Los parques de la lluvia, los árboles del cielo, los ojos pardos de esa mujer, las historias que cuenta, la película interior en que se debate, todas las viejas y enredadas redes que el corazón echa en los mares de la sangre. Interior de automóvil, amor de tabaco, invierno de las palabras, caminos de febrero, sombras, sexo. La novela de la vida, rehaciéndose siempre con inusitado vigor que nos vigoriza. ¿Levantado otra vez a protagonista, a personaje de qué libro, de qué autor? Literatura en vilo. Mujer de tanto tiempo, fruta al fin abierta en confesión, desarbolada en mil palabras, enviándome, desde la penumbra de su biografía y su tabaco nocturno, dos ojos lucientes, intensos, llorados, que se salvan y la salvan del hundimiento silencioso en el tiempo.

domingo.

Para conocerme literariamente no voy a explorar mis textos más maleados, más sabios, más deliberadamente literarios, sino mi prosa de periódico, lo que hago todos los días, el artículo aparecido hoy mismo, por ejemplo. No creo en la profundidad, ya lo he dicho, y estoy seguro de que lo que en la escritura deliberadamente literaria es arte expreso, expresivo y expresado, en la escritura del periódico ha de ser substrato, esquema y flor de lo mismo. Y por lo mismo, igual de valioso o no valioso, o más.

Mi sección se llama «Diario de un snob». Suelo buscar un título general para mis secciones periodísticas, y creo que esto responde ya a la necesidad de acotar un mundo, adoptar una actitud, tomar un partido ante la vida. Si no, el artículo puede quedar perdido y volandero. Hay que eslabonarle dentro de una serie presidida por la rúbrica general. Más que afán por salvar lo fugitivo, gusto por ordenar lo vario. «Diario de un snob», título que ya utilicé para un libro mío, está muy en la línea de tratados y coqueteos sobre el dandismo, el esnobismo, etc., que yo he mantenido desde la primera lectura de Baudelaire, la lectura de Baudelaire que hace Sartre, los malditos franceses y la mitificación del rebelde en general, como caso particular del revolucionario. Asimismo, lo de «snob» tiene un tono irónico, aplicado a uno mismo, un tono de suave autocrítica, como «niño de derechas». Supone una estrategia muy elemental, pero efectiva, que consiste en partir de lo opuesto a lo que uno quiere representar.

En esta serie de «El País» he querido hacer la anti-crónica de sociedad, llenar un modelo periodístico muy viejo con contenidos nuevos y contrarios a los que le son propios. Se trata de una falsa crónica social. Esto le dije un día a Andrés Amorós, que grabó unas precisiones mías sobre dicha columna.

Valle-Inclán hizo el falso sainete. Tomó un género ínfimo y le dio otros contenidos. Hizo el contra-género. Eso he intentado yo con la crónica social, que todavía colea en nuestra prensa. Ha sido, por otra parte, una manera de renovar mi articulismo. Renovarse o cobrar. La mayoría de mis compañeros siguen cobrando, pero no se renuevan.

Detrás de este snob, pues, toda una genealogía de baudelaires y proustes. Y muchos más. Reducido todo a una palabra. La cultura sacrificada al laconismo del periódico, como debe ser. Y el que quiera entender que entienda. El artículo de hoy se titula «Diezmos y primicias», y trata del eterno fraude al fisco de los ricos españoles, actualizado una vez más. Le doy este título evangélico porque utilizo mucho en la crónica la frase de las Escrituras según la cual será más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos. Esto da lugar a llamar a los ricos camellos y va bien con el carácter paleocristiano del capitalismo

español.

Así pues, en mi crítica de nuestros millonarios, les remito desde el principio a sus confesados orígenes católicos, les pongo contra ellos. No es que esto vaya a servir para nada, sino para armar un artículo y que tenga una consistencia y una atmósfera, cosa que luego la gente disfruta, pero sin explicarse cómo lo ha hecho uno. Y digo en el artículo: «El ojo de aguja que tienen que pasar hoy los ricos nacionales, con todas sus talegas de billetes, es la aduana, camino de Suiza». Este mecanismo no falla nunca: se parte de un bien mostrenco cultural, en este caso el Evangelio, y se le buscan equivalencias actuales: la aduana. La identificación aduana-ojo de aguja es levemente poética y muy comprensible para el lector, que lleva en el fondo de su cultura la lectura evangélica, y en la superficie costumbrista al día la experiencia del difícil paso de una aduana. Así se consigue la complicidad con el lector. Y de la complicidad literaria resulta la complicidad social, la participación en la crítica a la evasión de capitales, tanto más cínica cuanto que se trata de ricos católicos y patrióticos. Digo también de estos ricos: «La mayoría son lobos con piel de camello». Estoy así siguiendo el juego rico/camello y ahora la variante es una frase también muy conocida: lobo con piel de cordero. Pero la modifico: lobo con piel de camello. Como antes hemos identificado al rico con un camello, la variante de la frase hecha resulta fecunda, inesperada, pero en seguida explicada por lo anterior, por el contexto. Un artículo es una alfombra de nudos.

Así podría seguir explicando todo el artículo, todos mis artículos. Demostrando y demostrándome la complejidad cultural, experiencial y literaria que hay detrás de cada frase. El juego puede llegar a lo pueril, de tan seguro. Los temas evangélicos, por ejemplo, que tanto nos repitieron de niños, hasta formar parte muy importante de nuestra breve cultura infantil, tienen hoy para mí, no creyente, una connotación poética, ya que me devuelven la infancia y a la infancia, y una connotación irónica, ya que afirman con inefable autoridad algo que para mí ha carecido hace mucho de ella. Tienen incluso una connotación crítica, puesto que los pongo en contraste con la conducta de quienes siguen fieles a aquellas creencias. A veces —muy pocas— hago esta experiencia de ahondar en un texto mío, lo más superficial posible, escrito de prisa, y esto es mejor que psicoanalizarse. Siempre salen cosas. He dicho que no creo en la profundidad. Creo, en cambio, en la complejidad. La sencillez asequible y tan repartida de un artículo de periódico sólo es la flor resultante de una complicada y larga alquimia, de un vaivén entre el fondo cultural general de los lectores y mi pensamiento, entre la inercia mental de todos y la sorpresa que provocho en esa inercia. Hay que aludir a cosas muy sabidas (cultura general o costumbres) para que el lector se mezca en ellas, y sacarle de su grato mecerse con una sorpresa verbal, con una variante. La sorpresa es tonificadora. Con unas cuantas de estas sorpresas, el artículo resulta tónico, muy apto para leído por las mañanas.

Recordar (nítido de lejanía, de distancia, de tiempo) aquel palacio blanco y leve, aquella repostería esbelta, entre militar y femenina, aquella puntilla de cristal y hierro, toda blanca en el verdor de invierno, como el pabellón del pasado y el sarao vacío de no sé qué domingos anteriores a todas las guerras.

Recordar el estanque vacío, su fondo feo e inmediato de tierra y tocones, de arena y raíces, el lago sin misterio, el lago deslanguizado. Como un poema que se ha descubierto que es un plagio. El estanque era el plagio de otros estanques, de todos los estanques con cisnes y patos, con lotos y sauces, y esos patos plagiarios se han ido no sé dónde, huyendo de lo municipal, porque han secado el estanque no sé para qué, han vaciado el lago, que tenía superficie de profundidad y que resulta así un plato pando, liso, con fondo cercano y ruin de arenisca y maderas. Recordarla a ella, viniendo del estanque, alta, viniendo de los árboles inútiles del invierno, y un grupo de chicos y chicas, en torno de sí mismos, sonando una guitarra para pasar la tarde.

Recordar su estatura, o un pelo que era como el pájaro de todos los viajes, un caos verde, azul, contenido, fijo, en sus ojos bellos y penetrantes, una mirada crispada de inminencia o bogante en lágrimas.

La noche, la noche, el cielo, la deshora con sus árboles estampándose en el vidrio, silogismos de humor entre los dos, la lluvia, como el argumento de fondo, y unas manos, las manos, una delgada morenez, una prolongada ojiva, no sé. «Dejamos que la espada triste de la renuncia cayese entre nosotros, lenta como una lágrima». El alejandrino, todo cabe en el alejandrino. Prodigiosa medida, indecible música que puede decirlo todo. Se ordena el mundo en catorce sílabas. «Y nos cambiamos besos y caricias azules». Las cosas, más su música. Eso es el alejandrino. Haber dicho lo que hay que decir, y haber dicho además la música de lo que no se puede decir. ¿Cómo atender a los racionalizadores y estructuradores de la palabra? Fanáticos. Recordar el estanque vacío, como el fondo terroso y triste de la tarde. Recordar una melena hermosa como el pecado de la soberbia, una boca como un ave de blanca y palabras, unas manos prolongadas como la caricia de lo oscuro a lo claro. ¿Recordar, inventar? Hoy es domingo y es el domingo el que inventa.

viernes.

La muerte. Qué bien, la muerte. Qué bien, cuando el rejonazo oscuro te entre hasta muy hondo y sientas que es tu yo último el que se pone en juego, que por fin algo te ha acertado en el yo final. La muerte es una identificación. Ése soy yo, por fin. Ése al que nada ni nadie había llegado. Somos como esas cajas chinas y sucesivas que se van sacando unas de otras, cada vez más pequeñas y secretas. No hay profundidad, pero hay variedad y sucesión. Nos vamos desenfundando de nosotros mismos, a lo largo de la vida. Vamos sacando del yo otro yo, y luego otro, pero hay un último núcleo, una última caja (vacía, como todas: no hay profundidad) que es la que sentimos muy dentro desde siempre, y que al fin liberará la muerte, quedando todo el juego de nuestra vida esparcido y desmontado en torno de nuestro cadáver. La muerte toca el yo que nadie había tocado, el yo que más duele, y eso tiene que ser un placer como cuando el médico acierta con el dolor que creíamos difuso y es muy preciso. Un placer físico y un placer mental, una liberación porque ya estamos diagnosticados. La muerte nos diagnostica.

Pero releo hoy esto en Spinoza: «La vida no es una meditación sobre la muerte, sino sobre la vida». Qué sencillamente se carga toda la mística y toda la metafísica el judío relojero español. Gracias, Spinoza. Lo que yo hago hoy no es una meditación sobre la muerte, sino que he tenido, en plena salud (eso creo) el palpito ahogante, gozoso y evidente de la muerte. Porque este libro, este diario lo hago con sensaciones más que con meditaciones (como casi todo lo que he escrito en mi vida).

Y hoy he tenido la sensación de la muerte como un rejón incruento o un dedo de sombra en el corazón. «Toda sensación es nieta de un juicio», dice Goethe. Yo creo que es al revés. Todo juicio es nieta de una sensación. Todo juicio general nace de una sensación personal y anterior. Sea como fuere, creo que el escritor-creador debe manejarse con sensaciones, dando los juicios por implícitos, ya sean anteriores o posteriores.

La sensación de la muerte me ha llevado una vez más a los medicamentos, pero me he quedado en el prospecto, como hago tantas veces. La lectura de un prospecto ya es curativa, como la conversación de un médico. Yo hice una vez un cuento, «El suicida», donde un suicida reflexionaba sobre la lectura del prospecto del barbitúrico con que se iba a matar. Iba casi todo el prospecto en el cuento. Se publicó el relato y luego se me ha perdido. Creo que es el único cuento mío que se me ha perdido. Y me gustaba.

Dice este prospecto que tengo ahora en la mano, por ejemplo: «Esta sustancia activa es un derivado de la benzodiazepina: la 1,3-dihidro-7-nitro-5-fenil-2H-1,4-benzodiazepina-2-ona». La ciencia se ha hecho sacerdotal, pero ha ido mucho más allá que los

sacerdotes. Las «divinas palabras» de Valle-Inclán tenían un ritmo y un pathos. Esto del prospecto no permite ninguna lectura literaria, nos aniquila como lectores y por lo tanto como individuos. Estamos ya, pues, a merced de la ciencia, como tendidos y descuartizados en su cama de operaciones. Otro día analizaré otro prospecto más despacio. La prosa farmacéutica es desconcertante por cuanto nos devuelve a la complejidad química, puramente química, del ser. Qué ejercicios espirituales de humildad, de sencillez. Desde cualquier laboratorio suizo pueden cambiarme el humor, el sueño o el dolor a distancia, pueden aumentar mi expulsión de esperma o de ideas. Eso soy, eso somos. Antes dependíamos del cielo. Ahora dependemos de Suiza. Yo me siento así más tranquilo. Spinoza también. La vida es una meditación sobre la vida. La muerte no existe, puesto que no asistimos a ella, a nuestra muerte. Cuando creemos meditar sobre la muerte, estamos meditando sobre la vida. Nos estamos viviendo muertos. Spinoza y el estimulante suizo ayudan a vivir. Sólo que Spinoza escribe mejor que el prospecto.

Devuelto a la vida, tras unos exaltados deseos de muerte, los magnolios femeninos caen mentalmente sobre mi cuerpo como someras aristócratas o agua popular, y la refriega con la mujer me perfuma de actualidad, me torna extraño mi cuerpo, y por extraño, nuevo, y por nuevo más querido. Una de las virtudes de la sexualidad —lo he dicho siempre— es, no la maravilla del cuerpo ajeno, sino del propio. Y esto no tiene nada que ver con el decorativo narcisismo, claro. El contacto con otro cuerpo sacraliza el nuestro. Cuanto más nuevo, diverso, inesperado el otro cuerpo, más nos lo será el nuestro. Mujeres en tromba con su suavidad de música o su violencia de fogata. Y la boca en la vulva de una mujer, como en el origen de las flores o en el manadero de la sombra. Qué bebes, qué besas, qué muerdes, qué conversas en ese boca a boca con el interior lluvioso de una vida. Es el reconocimiento último y necesario, la comprobación bucal de lo femenino floreciente, de lo diferencial despierto.

Ese momento, soñado tantas veces, acechado siempre —es todo el acecho de la vida— en que una mujer, tendida en el lecho, levanta las piernas, se dobla sobre sí, le pone a su rostro un cielo de piernas esbeltas y, lograda la más fina curva de su anatomía, se quita la braga como despojándose de sí misma, en un enredo de pies y tela, de muslos y prisa, que al fin la deja ya impersonal —sexo femenino general y solo— en la gran corriente del tiempo.

Es el momento más exquisito y trabucado de la humanidad, de la relación humana, de la trascendencia sexual. Es la decisión más delicada y fuerte a que puede asistir el hombre. Jamás descifraré ese momento.

sábado.

Juan Luis Cebrián en el Club Siglo XXI. Un remanso de consolas, luces secretas del whisky, una orilla de políticos por donde pasa el río de los espejos. Cada día vivo más en la realidad de lo imaginado y me parece más irreal —la vivo irrealmente— la realidad cotidiana de los demás. Pudiera ser el principio de la locura, pero me temo que no sea más que el principio de la indiferencia. Toda la política sucia que estamos viviendo —¿y cuándo la política no ha sido sucia?—, todo el trabajoso cauce de sangre y barro que nos lleva o en el que nos llevan, se ha remansado una tarde en este Club con candelabros, terciopelos y una penumbra de licor y palabras. Iba a dejar aquí la nota puntual, para el futuro, de una conferencia, pero ya digo que veo mejor la realidad del agua en la rosa o del perfume en el sol que la realidad real, enteriza, de lo que ocurre. Hay más realidad en lo que no ocurre. Entre todo el torbellino torpe y largo de la actualidad, Juan Luis Cebrián, bastante más joven que yo, periodista delgado, con un bigote irónico y algo del pisaverde cínico que fue Larra, se me aparece de pronto como un junco escueto de verdad, y en efecto dice palabras verdaderas contra todos y contra sí mismo, y disfruto el vago confort interior de estar admirando a alguien, cuando ya no admiro a nadie.

En la conferencia, el periodista chapucero y con prisa (cree que la Historia es una prisa), la actriz que me mira todavía desde la joven que fue y ya no es, y ahí, entre la gente, sentados juntos, Máximo y Adolfo Marsillach dos inteligentes intelectuales intelectivos que pierden pelusa superflua en la cabeza, afinan su sonrisa de dulces mártires de su propio talento y me saludan. Y la gente, la gente, la masa bienoliente y mansa que se me desfigura y se me alarga y acorta con esta imposibilidad de ver real lo real que me aqueja y anoto. El desvarío de plumas, pieles, sombreros, sonrisas, damas, destilaciones, camareros, la pérdida repentina y blanda de la realidad. Juan Luis ha dejado una vara de verdad en lo que ha dicho, una linterna insolente y quieta, como ferroviaria, iluminando la tiniebla de carbón que es la miseria política con su tedioso trajín siempre igual a sí mismo, con su falta de generosidad (y la política debiera ser la estrategia de la generosidad). Pero, en torno al árbol seco de las verdades que ha dicho mi amigo, el joven periodista, lo que se enreda y confunde es el cotidiano mundo madrileño vespertino que viene de la historia más tópica y va hacia la cena más gastronómica, mientras yo, prendido de unos ojos casuales de mujer, de una desconocida mirada reconocedora, abandono duques, apellidos, copas, sombras, y me reintegro a la saludable amistad de la lluvia y la calle, tras unas breves y confortadoras palabras con el portero de chistera marrón y campesina honestidad.

domingo.

Piedad, con túnica roja y las piernas desnudas. Rodó, en su hoguera cordial de palabras que se le desabrochan dejando ver el gran vientre digestivo. Y las otras parejas, las amigas y los amigos, la lluvia fuera y la perra dentro, la cena y la noche, un golpe de tinta fresca de los periódicos, que hojéo contra el quinqué, en la buhardilla campestre de los amigos. Entre la gente, a última hora, ya tarde, Carmen Rigalt con Antonio. Carmen, escritora pálida y catalana que acecho siempre, naciendo entre su prosa periodística, y que temo se malogre por debilidad, desconcierto, desacierto, falta de lecturas o sobra de miedos.

Delicada inteligencia femenina en un rostro débil e irónico, mientras sus manos blancas, precisas, pequeñas, fuman, beben, se mueven en el miedo de la noche, en su miedo, en el miedo de ella, en la noche que ella —bella y miedo— lleva dentro de sí como otra cosa.

¿Por qué se logra un escritor, una escritora, por qué se malogra? Cuando veo el escritor evidente, naciente, temo por él, por ella. Lo más fácil es que el escritor se pierda, como lo más lógico sería que el recién nacido llegase a morir.

Veo muy claro, desde en seguida, al que es y al que no es. Esta mujer es una escritora que quizá nunca va a escribir porque una debilidad interior tira de ella hacia fondos inútiles. Ahora se han venido a vivir al campo, y conmigo la encuentro más fría, más lejana, más distante, más ausente.

Rostro delicado, risa en la que asoma todo el encanto de lo femenino catalán, las ojeras como una innecesaria precisión en su blancura general sabida, y el juego discreto e inteligente de las manos. Lleva dentro la literatura, el idioma, lo sé, lo leo. El secreto del catalán o del castellano, dobles secretos confundidos, pero hay miedos que la cercan desde dentro y sustos que la llaman desde fuera.

Esta noche bebe una cosa verde y habla sólo con otro catalán, en catalán. Me interesa el escritor en la mujer, me interesa la mujer en el escritor. Me interesa el personaje, pero la siento distanciada de todo en nada y distanciada quizá también de mí no sé en qué. Conversación hasta muy tarde, risas y noticias, palabras y copas. Unos cacahuetses a última hora, que alguien toma con té. Me voy a dormir cuando todos se quedan aún prolongando el día en la noche, la noche en el día. En las reuniones, siempre, busco con los ojos al posible elegido, a la elegida —de qué, de quién—, al que tiene algo que los demás no tienen. Es como decantar lo humano agrupado hacia lo individual mejor. Y me digo. «Ése, ésa, tienen lo que los demás no». Ahora pienso,

creo que esa mujer tiene algo. No sé.

Marzo, lunes.

LA primavera, una primavera anticipada, nos convoca una vez más, como todos los años, como toda la vida. ¿A qué nos convoca la primavera? Se tarda mucho tiempo en saber que es una falsa convocatoria. Que la llamada de la luz no es una llamada. Que el mundo no espera nada de nosotros. A mí ya no me convoca la primavera, pero hay una dulce violencia en el cielo, una palabra suspensa en la luz, una elocuencia verde en los campos, y uno está tentado de entablar diálogo con el mundo. Una vez más —como tantas, ya, en mi vida—, esta aglomeración de espacios, este sol populoso, este calor. ¿Qué quiere el mundo de nosotros? Nada. Se tarda siglos —ay— en saber que no quiere nada. Las religiones no son sino, en parte, una necesidad de precisar esa pregunta del mundo y esa respuesta de la humanidad, que están ahí, cuajadas, en el sol de marzo. Lejos de las religiones, la tentación subsiste, la necesidad de acudir a la convocatoria feliz de los colores. Pero el retraimiento lo llevamos ya muy dentro. Soy eso: un retraimiento. Un retraimiento frente a las propuestas de felicidad del universo. Los niños pueden morir estrangulados por la nada cuando el clima y el año ofrecen más seguridad a esta pobre especie. El calor es una afirmación, o eso parece, y estamos muy necesitados de afirmaciones. Pero voy en coche, respirando por la ventanilla las secretas velocidades de marzo, atrapando con los ojos la gracia momentánea de unas cabras, y sé que todo termina ahí. No prolonguemos la propuesta primaveral en una filosofía, una lírica o una teología. Es lo que ha hecho siempre la humanidad, y así le ha ido. Por las noches, o a última hora de la tarde, se enlaguna la vida en mi barrio, encharca de paz el mundo, y me da miedo esa amplitud, antaño gozosa, esa plena y serena disponibilidad, porque en ella afloran ya, como del fondo de un estanque negro, los muertos, todos mis muertos, el muerto. La primavera, para mí, ya será negra para siempre.

Y como esto no es lirismo, sino verdad, vuelven los rostros, los amados rostros olvidados, y cojo el teléfono y es Miguel Delibes, que está en Madrid, y pronto lo tengo ante mí, curtido de silencios, con su risa saludable de tímido fuerte. «He traído a la Academia cincuenta pájaros». Cincuenta especies de pájaros que hasta ahora no habían conocido la jaula del diccionario. Cincuenta fichas. «Y tengo muchos más». Claro que sí. Muchos más. La vida es inclasificable, incatalogable, la primavera sorprende siempre al mundo. Nunca se sabe cómo ha sido.

Hablamos de nuestros vivos y de nuestros muertos, Miguel y yo. Miguel es amistad en acto, por decirlo con palabras de otro querido vallisoletano, Guillén, que también es o fue un fanático de la primavera, acudió siempre a su convocatoria. Y la primavera le daba un poema. A mí, a veces, la primavera me ha dado una mujer. Pero casi nunca me ha dado nada. Mujeres, rostros. Otros rostros que emergen, como voces configuradas, en el lago de marzo, que huele a agua recién segada. Delicado rostro botticelliano al que imagino unos senos pesantes, contrastantes. Rubio rostro encandilado, al que imagino unos muslos poderosos como la música. Afilado rostro de luz y sufrimiento, de pantera y capricho, al que sueño unas manos morenas como la delgadez del fuego. Pleno rostro alegre y joven en cuyos ojos empujaría la vida de la mujer con la saludable violencia de lo negro. Sabido rostro grave y hondo, denso y sexual, al que imagino caderas maternas y vientre rubio para el cansancio del día. Rostros, mujeres. Clave irónica del tiempo que las reúne o dispersa en la memoria. Lotos de luz, lotos de sombra en el estanque tibio y siniestro de marzo. O todo lo que sabes de la mujer enamorada: la tristeza como fidelidad, el sexo como sacramento del amor, el tiempo como amatista, esa detención del mundo, esa retención que hace la mujer enamorada, tan parecida siempre a otra mujer enamorada. Su sacralización de lo pequeño por la constancia y su problematización del mundo por la duplicidad. Mujer es la capacidad de ser dos. El hombre es más duramente uno. Habría que escribir una fenomenología de la mujer enamorada. Habría que escribir tantas cosas. Pero lo único

que me apetece de verdad es escribir poemas. He estado leyendo una vez más, en esta primavera previa, los versos invernales de Baudelaire. En un libro mío digo que Baudelaire es nuestro primer contemporáneo. De hecho, con él nace la música del mundo moderno, y sus versos siguen sonando, como órganos de catedral quemada, en el fondo del surrealismo, del modernismo, del venecianismo, del simbolismo, del rubendarianismo, de todo.

Je suis comme le roi d'un pays pluvieux. Yo también era como el monarca de un lluvioso país. Ahora, de pronto, soy el mendigo de un país luminoso, porque ha venido la primavera de golpe. Y la primavera, que en principio parece que nos va a enriquecer, la verdad es que nos empobrece, como nos empobrece siempre toda dicha propia o ajena. La moneda del sol no sirve para nada y tiene mucho de limosna. Quienes hemos sufrido mucho, sólo podemos recibirla, casi, como una humillación, como un triste óbolo, como un oro tardío. Leo en otro texto de Baudelaire, en prosa: «En un espectáculo, en un baile, cada uno goza de todos». En la primavera también. De pronto, todos nos hemos puesto a gozar de todos, de todo, y los otros ya no son el infierno, según el baudeleriano —a su pesar— Sartre, sino el paraíso: la muchacha que ha desnudado su cuerpo de todo un invierno de ropajes, el obrero que carga muebles ante mi casa, como para un nuevo acto y una nueva decoración de la comedia de vivir, porque la comedia sigue. Todo el mundo. Todos. En invierno nos hemos gozado, nos hemos devorado, nos hemos consumido unos a otros, muy cerca unos de otros, bajo las lámparas turbias de la fiesta, en un canibalismo invernal y mundano, en una antropofagia que tomaba la forma piadosa del carnaval. Ahora, con la asamblea del sol y el cielo, nos vamos a disfrutar de otra forma, porque el hombre sólo se nutre del hombre, en cualquier época. A esto, quizá, es a lo que nos convoca la primavera. Bastante indecente, bastante mediocre y bastante maravillosa. Estamos condenados a seguir mirándonos, pero a otra luz. Esta devoración universal y recíproca de la especie toma para mí la forma apremiante, evidente y concreta de lo sexual, de modo que toda la vaga oferta de campo y vientos, de flor y colores, la reduzco un poco cínicamente, un poco desesperadamente, al sabor bovino y dorado de un cuerpo de mujer. Pero uno se alista, por fin, como a una bandera, a este cielo azul y recrudescido que sólo puede estar poblado ya, para mí, por los seres y los días en que efectivamente éramos celestes.

martes.

El pueblo está desajustado y abandonado, como todos estos pueblos cercanos a Madrid, abandonados de una política oportunista y sin programa. El pueblo tiene poca vida y ninguna gracia, y ahora las nuevas urbanizaciones alcanzan su colosalismo pequeño-burgués y su confort prefabricado casi entre las casas bajas, aldeanas y pobres de toda la vida.

Suelo pasear por el pueblo, a solas, pasando de la vieja de trapo en la cabeza y mirada intemporal a la pista de tenis donde unos adolescentes o unos maduros de nuevo cuño social le pegan a la pelota con un spleen todavía no bien aprendido. Las chicas del pueblo tienen una gracia sencilla, que se va maliciando ya de lujos pobres de capital, el gran Madrid tan cercano, y los viejos son oscuros y jugadores de cartas, viven como de espaldas a ese Madrid que la juventud mira y conquista cada tarde.

Andan los adolescentes en sus motos por los desmontes y los caminos de cabras, llenando de estrépito industrial y vil la suntuosidad inmerecida de un cielo lento y grande. Hay bares con muchas partidas de cartas, hay cine o circo o toros varias veces al año, hay trenes que pasan sesgando el pueblo y un quiosco de periódicos donde una mujer adormilada o un hombre seco y vivo me dejan revolver a ver lo que sale.

El pueblo tiene ovejas sucias, vacas lejanas, niños rubios, ropa tendida, cuevas y barrizales, unos autobuses verdes que van a Madrid y algunas colonias de chalets donde es difícil encontrar alguno hecho con gracia o sentido. Todo suele estar entre un

herrerianismo absurdo y mínimo o un folklorismo adinerado y arrepentido.

Todo es más hermoso por la noche, cuando el ladrido de los perros pone estrellas de voz en la tiniebla —campo estrellado de perros— y el campo envía un hondón de perfume y humedad, de lejanía y establo, que no está en ninguna parte.

El pueblo es irregular, empalmado y un poco impersonal, pero tiene un bar grande que es el de toda la vida y una cafetería moderna, un poco desviada, para comer pasteles. Si estoy de ánimo, prefiero cruzar la vía del tren y pasear por el otro lado, a campo abierto, frente a la sierra, por una tierra blanda, gruesa y grata.

miércoles.

En la politización intensa y deficiente que estamos viviendo en España, advierto cómo al escritor se le quiere convertir en líder político. Todos los días me quito de encima algún compromiso, alguna conferencia, algún viaje. Yo hago mi militancia en los artículos de cada día, digo y corrijo la vida y sus costumbres, sin ninguna autoridad y sin ninguna pretensión, pero procurando ser la hojalata en que se reflejan los demás, todos, como diría Tierno Galván.

No soy un político profesional, no me interesa, no me lleva ni me trae la política como carrera. Soy un ciudadano que ayuda un poco por escrito a los demás ciudadanos, o lo pretende, denunciando —o más modestamente— subrayando la farsa de un capitalismo que ha sido totalitario durante muchos años y ahora quiere parecer democrático, o serlo de verdad, en la medida en que un falso cambio no deja de suponer un deseo verdadero, que así de ingenuamente satánico llega a ser el hombre.

Pero tampoco me presto, no sé si alguna vez me he prestado, a la feria política de las vanidades, donde podría lucir como el primero con unas palabras, unos ingenios o unos gestos bizarros. Me odiaría a mí mismo. No. Lo que tengo que decir al respecto lo digo cada día en el periódico. No me veo de líder. No tendré jamás la tentación de la política ejercida que ha malogrado o falseado a tantos escritores. Y no porque me reserve exquisitamente para mi obra, sino porque no siento esa llamada, estoy en lo mío y politizo mis escritos en la medida natural que me lo pide el cuerpo. Ni más ni menos.

Ya me veo, me imagino entregado, como una cometa o un fácil globo, al vaivén de las multitudes, al éxito fácil de la política, a su peligro luminoso y su gloria sórdida. No, gracias. Prefiero la multitud invisible que me lee, la multitud de ojos, la multitud estilizada en mirada, en lectura. Prefiero cualquier multitud de la que yo no sea motivo, como sería la multitud de los mítines.

Sé que no soy político como sé que no soy homosexual, ni lo voy a ser nunca. En estas cosas se encuentra uno invariable, y no diré incorruptible, pues no creo que la cosa tenga ningún valor moral, ni en un caso ni en otro. Hay facetas de nuestra persona en las que estamos terminados de una vez para siempre, hechos sin vuelta atrás, perfectamente rematados, conclusos. Hay otras facetas, en cambio, otros terrenos, otras zonas del alma, de ese alma que es el cuerpo, en las que uno se siente más pantanoso, dudoso y verdoso. Yo sé o temo en qué puedo cambiar, incluso radicalmente. Pero también sé en qué cosas no cambiaré jamás, en qué cosas soy irremediable. Ni homosexual ni político profesional ni conductor de locomotoras. Eso seguro.

Estoy firme en mi trabajo, por ejemplo. Llevan toda la vida alabándome la laboriosidad. En mí es natural. Con el talento no cuento, porque creo que el talento no se cuenta. Lo que hoy es talento mañana no es más que ingenio, oportunidad o moda. Cuento, en cambio, con el trabajo, con una disposición natural para el trabajo que he tenido siempre. Es imposible que yo caiga en la haraganería. Otra sima de la que voy a salvarme. Otro paraíso —ay— al que no ascenderé jamás. Como la homosexualidad y la política. Para mí es más divertido trabajar, escribir, que no hacer nada, hacer política o hacer el amor con un pasante de notario. Qué remedio. Salimos ya de fábrica

bastante programados. Por eso yo no me molesto nunca en hacer programas.
domingo.

Mediodía de un domingo anteprimaveral. Niños en el campo. Niños tardíos que ya deben tener la sopa humeante en la mesa, ante su silla vacía. Viento sur, húmedo y cálido. Nada en el domingo, nada en la vida. Nada de nada.

Siempre he sentido el vértigo, la atracción del vacío en el tiempo, como otros la atracción del vacío en el espacio. Yo también, por cierto. Me fascinan, me inquietan, me mueven a escribir los espacios de tiempo vacíos, los lapsos en blanco, los *lapsus*, que dice el perpetrador de lapsus, sin saber lo que dice, pero diciendo algo muy verdadero, porque todo lapso es un lapsus, o, al menos, en los lapsos es cuando se cometen más lapsus. El que espera desespera.

En el cine de Antonioni, en otros cines hay grandes espacios vagos, quietos, perdidos. Me fastidia, del cine, el histerismo de la acción, la acción constante. Me gusta el cine donde no pasa nada, la cámara que se pasea por una tapia o una vajilla. Ése fue el gran respiro de la pintura abstracta, contemporánea del cine de Antonioni. Por fin, en el cuadro no pasaba nada, dejaban de rendirse generales, correr perros o subir santos al cielo. La narratividad es agotadora. Prefiero la pura pintura, el abstracto —incluso ahora que se ha pasado—, como prefiero el domingo, que es el día en que no pasa nada. Como prefiero la literatura pura, con su cacofonía y todo (la nada es cacofónica), la literatura donde tampoco pasa nada. Fernando Savater, en su reciente y mejor libro, «La infancia recuperada», hace estudio y canto de la literatura infantil, de la literatura de acción. Rechaza la literatura de inacción, el lirismo. A mí, con admirar tanto a este joven escritor, y haberme gustado mucho su último libro, como todos los anteriores, me pasa exactamente al contrario.

Cuando en una novela policíaca —dice Savater más o menos— se describe morosamente una taza, esa taza es una pista o una falsa pista. O sea, que no hay nada gratuito en la narración policíaca. Bueno, pero es que a mí me gustan las tazas por sí mismas, soy un altruista de las tazas y prefiero la literatura con tazas, los autores que se pasan páginas explicando una taza por la taza misma. Aparte de que la explicación de una taza es siempre la explicación de un mundo, e incluso del mundo.

Tampoco hay nada gratuito en la literatura por la literatura, y lo que me gusta del domingo es que se ven más y mejor las tazas, porque es el día sin jaleo en que sube o baja la marea de la luz, y todo lo estático tiene mayor relieve, mayor brillo, mejor color. El domingo es la fiesta de las tazas.

No sólo porque la gente saque sus mejores tazas del aparador en el día festivo, sino, como digo, porque el domingo sube la marea de la clarividencia y es cuando vemos todas las cosas, todos los seres que no habíamos visto, aunque nos rodeen, en la semana con prisa.

Viento sur, húmedo y cálido, ya digo. El césped está recién segado, todo puede nacer de él. El campo está tendido y evidente, y es el día y la hora en que tiene algo de animal echado, de monstruo prehistórico que duerme la siesta. Es un campo vivo que nos mira o, por lo menos, sabe que estamos ahí, aquí. El cielo es una batalla naval.

Y los niños, los niños, esos tardíos niños que ya se van a sus casas y se despiden a gritos, con la euforia y la fe de la primera amistad de la vida, que es un descubrimiento tan importante como el sexo o la vocación. Una adolescente rubia se vuelve ligeramente a mirarme, antes de entrar en su portal, porque debo ser el tío raro que se pasea por la urbanización.

Las fuentes convencionales de la nueva arquitectura burguesa corren para nadie en la soledad del domingo a las dos de la tarde. Unos jugadores de tenis, blancos y monótonos, juegan esa partida que se está jugando en el mundo desde hace medio siglo, cuando Lilí Álvarez era la ninfa de la raqueta. Qué igual a sí mismo es el tenis. Ahora que se ha democratizado, incluso ha perdido la gracia esbelta de aquellos

tenistas y aquellas tenistas de antaño, porque ahora juegan todos los gordos del desarrollismo hortera, para perder tripa.

—Es usted un reaccionario clasista —me dice alguien.

El tenis no se ha hecho para perder tripa, señora. Es como hacer sonetos para probar una estilográfica. Son otras cosas las que hay que democratizar. Pero allá ellos con su tenis. Sólo miro de vez en cuando a ver si hay alguna tenista mona y joven, con la faldita. Pero nada. ¿Es que aquí las señoritas no juegan al tenis? Estarán en sus casas dándose una ducha antes de comer. El domingo es el día en que la mujer joven, sin clases ni trabajos, pierde años, vuelve casi a la infancia, juega con sus hermanos pequeños y nos enamora otra vez, Señor.

Y eso es todo. Me doy unos paseos lentos en torno a la urbanización, del sol a la sombra, de la sombra al sol, con esquinzos de campo abierto y grande. Hay que subir a comer. Yo también soy un niño rezagado. Me gusta contar lo que pasa cuando no pasa nada. Uno es un lírico que se metió, no sé por qué, en la épica sucia de la vida, de la política, del periodismo, de la ciudad. Entro en el portal y huele a queso parmesano, que es a lo que huelen las familias bien avenidas. El domingo se queda afuera, enorme, solo, puro, vivo.

lunes.

Orino, orino dulcemente, tranquilamente, saludablemente. Orino al aire libre y medito en este acto tan repetido en mi vida, en todas las vidas, constato la belleza de convertirme en fuente por unos minutos, manar de mí mismo un líquido dorado y fino, de olor fresco, cálido y discreto. Orino. Qué hermosura, orinar bien, orinar a gusto, a tiempo, a su hora, sin dolor ni temor. Alguna vez oriné mal, cuando el fuego venéreo me quemaba por dentro, pero, por lo demás, siempre he orinado bien, y creo que siempre he compuesto bien la figura del que orina sin llegar a la meada olímpica ni quedarme en las cuatro gotas del enfermo con retención de orina. Orino y ya está. Es bueno orinar.

Orinar es una cosa inocente, mear es una cosa sencilla, y todos iríamos al cielo si muriésemos orinando, porque el momento de orinar es uno de los momentos más cándidos de la humanidad. La defecación está cargada de culpabilidad, y ya he hablado aquí, días atrás, semanas atrás, de la defecación. El orinar, en cambio, sólo tiene carga erótica o sexual o culpable en la infancia, cuando todo es misterioso y eso más que nada. Luego, librado el sexo a sus asuntos, la función de orinar es una función desinteresada, altruista y graciosa que nos vuelve niños por un momento.

La mujer orina en cuclillas, lo cual complica un poco más la cosa. Aunque todas, cuando orinan, parecen niñas orinando contra la tapia del cementerio. He visto mujeres que orinan de pie, y parecen mulas. Eso no me gusta. Estoy aquí, en el campo, en lunes, orinando, retardando el empezar mi semana de trabajo, porque las semanas son todas iguales: empiezan atareadas, eufóricas, terribles. Hacia el miércoles va uno comprendiendo que la semana es una travesía que no lleva a ninguna parte. El viernes ya no hay un dios que aguante. Cada semana es como un ciclo histórico, como la historia de una civilización. Cada semana empieza y termina la historia de la humanidad. Un primer día genesíaco, un jueves meditativo y un sábado desencantado en el que uno ha renunciado ya a todas sus empresas y a todos sus amores. A la humanidad le hubiese bastado con una semana para darse cuenta de que no va a ninguna parte. Pero la humanidad es muy burra. De modo que orino y remoloneo. Luego, si hay más ganas, orinaré otra vez. Claro que el hecho de orinar no puede por menos de plantearme mi buena salud sexual. La cosa funciona, sigue funcionando, las palancas responden, y sé que hay miles de hombres con problemas, complejos, frustraciones, traumas e impotencias. Tampoco te ha ido tan mal, coño. Uno funciona. Y no le das importancia porque es así. Pero los hay que andan locos con el asunto. Bien de orina, bien de sperma. La naturaleza es tan disparatada que incluso a veces

acierta, la tía.

Mejor me quedo en el campo, con mi sexo y mi ocio, con mis fáciles y felices meadas, que volver a la capital. «Capital del dolor», tituló Eluard uno de sus más bellos libros. En la capital del dolor ya sé lo que me espera. La utilización de todos y por todos. Quieren que hable, que escriba, que vaya, que venga, que dé conferencias, que firme libros, envíe fotos, asista a estrenos, hable de pintores y de trapos, saque a la gente en los periódicos. Nunca me había imaginado que el éxito fuese eso: el canibalismo. El éxito es antropofagia. Que todos te quieren comer, usar, aprovechar, dirimir, exhibir, concernir, fornicar. Sacar algo de uno: un prólogo o un orgasmo, una amistad, una recomendación o unos duros. Y eso que no soy nadie, nada. Al que de verdad es algo y tiene algo y puede dar algo, imagino que se lo comerán con patatas. Cuando haya pasado el éxito, cuando me hayan deglutido entre todos, eucarísticamente, pero en una eucaristía sucia y apresurada, me volveré tranquilo, aquí al campo, a mear a gusto, ya definitivamente a gusto.

martes.

Presento una exposición de Cuixart. Modesto Cuixart, un pintor que empezó en aquel grupo disidente y disconforme del Dau al Set. Cada uno ha tirado por su lado, naturalmente. Modesto, encerrado en Palafrugell con una mujer, unas botellas y un amigo-secretario-chófer-manager, dibuja, pinta, crea, imagina, habla, sueña, vende. Grandes cuadros espectaculares, de una fabulación grata, y abajo en la sala-bodega, lo verdaderamente importante, unos cuadros al pastel que están entre el expresionismo y el surrealismo, llenos de invenciones personales, observaciones de lo inobservable y memorias de lo irrecordable. Entre todo esto, Cuixart, catalán y oriental, bebedor y conversador, amigo y hermético, me da un beso de hombre con su barba cana de hierro colado, que me pica y perfuma la mejilla.

Ceno en casa de Luis Berlanga, en Somosaguas. Luis dice que es un miembro de la cofradía del frío, como yo, pero lo cierto es que aguanta en un chalet tan hermoso como gélido, tan bien tenido como mal calefactado. Hay más gente. Luis es un grandón difuso al que de pronto le noto muy cerca, muy amigo, muy íntimo, y de pronto se pierde en lejanías de divagación. Este vaivén es constante en la amistad de Luis. Antes me desconcertaba, pero ya sé que es así. Hablamos de mujeres, de política, de películas y de enfermedades. Tiene pensada una película de la guerra civil vista a través del empastre, que era una de aquellas bandas de música taurina y bufa que andaban todavía por la España de mi infancia. Qué bien entiendo esta idea, esta película, qué bien veo a través de la visión de Berlanga. Es confortable descubrir identificaciones estéticas y creadoras con la gente. Más confortable que la bella casa helada.

miércoles.

Antonio López García, un pintor grandioso. Antoñito López, como le dicen. Ha venido al cóctel de esta tarde con su aspecto de pastorcillo manchego, un zurrón cruzado al pecho, y lleno de pan viejo, según imagino. Es el pastorcillo al que se le podría aparecer la Virgen en cualquier momento, pero se le aparece la realidad como una alucinación, según la frase de Novalis que he puesto como lema de este diario: «Otorgó a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido». Antoñito López puede tornar desconocido, misterioso, incógnito, algo tan inmediato y comercial como una nevera. Le saludo con la emoción —ya tan rara en mí— de estar ante un pintor sobrenatural, y él me habla de Tomelloso, de García Pavón, de su tío el pintor, de los amigos comunes. Es como un arcángel de Nacimiento, truncado en algo, y parece que lleva las alas de pega sujetas con la correa del zurrón. Desaparece del cóctel como un ángel.

jueves.

Asisto a la presentación del travestí Pavloski en una sala de la Gran Vía. A Pavloski lo descubrí en el Gay Club, en el espectáculo de Paco España. Frente al travestismo

salvaje, nacional y albañil de Paco España, Pavloski hace una cosa muy argentina, muy civilizada, un poco fría, pero bastante perfecta. Lo he visto triunfar también en «Barcelona de noche». Los catalanes le hicieron cosa suya y, con talento un poco francés, lo han lanzado en entrevistas sofisticadas. Ya tiene show propio. Pero está aún más frío y distante. Congelado por el éxito. Cuidado con el éxito, que congela. (Otra vez la tentación de un ensayo sobre lo canalla, a propósito del travestismo). Pero me voy a la cama a las cuatro de la mañana, con los nervios mordidos. A ver quién escribe mañana un par de buenos artículos.

viernes.

Ya estamos frente a los artículos de la mañana. La inspiración y el oficio. He ahí el tema para otro imposible ensayo. La inspiración es haber dormido bien. La inspiración es el valium de anoche más el optalidón de ahora, la lectura del periódico, una noticia estimulante y dos grageas de auxina A más E fuerte. La inspiración es una afortunada conjunción de química y electricidad en el cerebro. Pero claro que existe y es milagrosa la inspiración. ¿No es milagroso que llegue a establecerse ese delicado equilibrio químico en mí? El primer artículo lo dicta la inspiración, sale solo, ligero y hondo, fácil y largo de intención. A medida que escribo, voy notando cómo la escritura desciende de la inspiración al oficio. El segundo artículo ya lo hace el oficio. La inspiración ha volado hasta mañana, como un pájaro fugaz de todos los días. Estamos, pues, con el oficio, no contamos con otra cosa. Ni coca-cola ni leches. El buen oficio, todavía. El buen oficio, que puede dar un buen artículo. Hago travestismo, como Pavloski. En un artículo salgo de serio y en otro de frívolo. La auxina me mantiene bastante bien estos días. Vitamina A más vitamina E. Y aún hablaban los bujarrones místicos de algo así como el alma. El alma gelatinada y vitaminada me la suben de la farmacia. Bien por la auxina. Con un tercer y último artículo entramos ya en el mal oficio, en lo forzado, resabiado y recalentado. A la puñetera calle.

sábado.

Estoy otra vez en el campo. Ha sido una semana de mucha actividad pública, privada e incluso secreta. Ay. Empezaron la semana llamándome para anunciar corbatas y la terminan llamándome para anunciar café por la televisión. Me niego a todo o casi todo. Sobre esto del café he hecho un buen artículo para «El País». Ya he hablado aquí otras veces de la utilización del escritor, de la antropofagia que rodea al más o menos famoso. Con lo del café hemos llegado al límite cómico. Parece que uno vende. No sólo libros, sino lo que sea. Si supieran que uno es sólo un pobre ser que suda, tiene frío, la tensión baja, un pobre defecador con colitis, nervios, mal sueño y mala leche. Si supieran.

lunes.

He ido en avión a Zaragoza, a presentar una exposición de Cuixart. Por la noche, en un restaurante ya cerrado, Cuixart hipnotiza a un camarero y hace juegos de manos. Luego me confecciona un dibujo y yo le hago un poema. La desconcertante facilidad con que me sale el alejandrino blanco. Cuixart y yo, agarrados, bailamos un vals, ya de madrugada. A la mañana siguiente vuelvo a Madrid en automóvil. Arriba, en los puertos de montaña, cerrados, está el invierno nevado. Abajo, en los valles fértiles, está ya la primavera. Vamos a más de cien con el coche por caminos de cabras, entre la prodigiosa primavera de Aragón, que es un continuo fogonazo de luces, de vegetaciones, de colores. El amarillo, el rojo, el verde, el blanco azulado de los almendros. Es escandaloso lo poco que sé del campo. No conozco nada. Como siempre que tengo una emoción fuerte y pura, pienso intensamente en el hijo.

martes.

La avidez de la carne entre la gente de mi generación, de mi edad. Hacia los cuarenta años, las mujeres y los hombres descubren, al fin, que somos un relámpago, que el cuerpo arde muy de prisa. Y se lanzan unos sobre otros, desnudos ya de dignidades,

de prejuicios, de tonterías, dispuestos a arder en la hoguera del otro sexo. Hay una hermosura lacia y querida —porque es la mía— en este furor final que debe ir de los cuarenta a los cincuenta. Qué comprensiva, qué perdonadera se hace la carne, qué desvalidamente cínica para aceptarlo todo, para entenderlo todo, para disfrutarlo todo. Quizá esto sea la resurrección de la carne, quizá de aquí haya nacido el mito religioso de la resurrección de la carne.

A esta edad, el amor con una persona joven o muy joven tiene ya algo de farsa que ella no advierte. Los jóvenes viven la carne como eternidad. Los viejos, como fugacidad. Lo que hace falta es que no se les note, que no se nos note. Que no se me note. Por más que los jóvenes no notan nunca nada. Eso debe ser la juventud. La adorable juventud. lunes.

Voy a Barcelona para presentar un libro de Baltasar Porcel. Hasta muy tarde en casa de Nuria Beltrán. De vuelta en Madrid, cena en casa de Ramón Tamames. Hay bastante gente. Se espera de un día para otro la legalización del Partido Comunista. Ramón me dice que será después de Semana Santa y por decreto-ley.

Abril, jueves.

HE entrado en abril con una mezcla de gripe y faringitis que me tiene muy mal. Escribo los artículos mareado y no puedo leer. No salgo de casa. Me hacen entrevistas constantemente, por teléfono, y comprendo la cantidad de entrevistas que se ahorra uno no teniendo la gripe. Estos mareos me recuerdan los que tuve hace diez años —diez años, Señor—, que me duraron casi dos y me hicieron perder mucho tiempo cuando más lo necesitaba para salir adelante. Ahora ya me sobra el tiempo, pero de todos modos me asusta un poco la posibilidad de que estos mareos sean aquéllos. Hoy es eso que se llama jueves santo, que en mi infancia y juventud era todo un cataclismo de luz y festividad. Afortunadamente, ahora no me entero. Rechazo invitaciones para pasar la semana santa en Ibiza y otros paraísos en cuya Eva no creo demasiado, porque las Evas están más cerca, gracias a Dios.

Mi trabajo actual es un artículo diario para «El País», artículo que me he obligado voluntariamente a hacer con la técnica de crónica social, de falsa crónica social. Tomo una idea, generalmente política o moral, y en lugar de ir desarrollando mediante conceptos, como en un artículo normal, la voy trufando de anécdotas, nombres, noticias, chismes, invenciones, citas y cosas. Al final la idea ha quedado desarrollada, pero de modo más atractivo. Así el artículo tiene la estructura anular que debe tener, y a la que jamás renunció, pero le queda una apariencia frívola de crónica de sociedad. Por algo se llama la serie «Diario de un snob». Puede que todo esto ya lo haya explicado en este libro. No me acuerdo. Valle dijo que su teatro era el sainete multiplicado por cuatro. Pues eso, tomar un género menor y darle contenidos mayores, o casi, con perdón. Otro de mis trabajos diarios es el artículo de agencia, que hago desde hace bastantes años. Este artículo, en contraste con el otro, procuro que vaya seguido, ilado, como un solo párrafo, como de una sola pincelada. Joyce quería que todo el «Ulises» fuese un solo párrafo. Y perdón otra vez por lo subido de las citas. Luego tengo un artículo semanal para «Interviú», donde ensayo diversas fórmulas. La más frecuente, una serie de «cartas horteras» donde manejo el lenguaje y la sintaxis de la calle a niveles bajos. Ya lo hice con mi serie de Maripi en «Hermano Lobo», serie que luego fue un libro, «Las respetuosas». Cuántos libros, señor. Mensualmente escribo un artículo erótico para «Siesta», sobre objetos de la mujer o del hombre con connotación sexual. La serie se llama «Las cosas» y esos artículos quedan siempre un poco ramonianos. Escribir sobre un objeto inanimado, animarlo, es para mí hacer ramonismo, inevitablemente. Es curioso cómo en cuanto nos colamos de rondón en el mundo de otro escritor, siempre le encontramos a él allí, vivo. Y se apodera de nosotros. ¿Cómo escribir de Cádiz, por ejemplo, sin quedar un poco Alberti? También hago para «Siesta», bimensualmente, un cuento erótico. Este trabajo me gusta mucho. Unas veces hago el cuento dialogado y realista y otras veces muy lírico y experimental. Lo lírico es para mí el lenguaje natural de lo erótico, y creo que en este diario hay muestras de ello. Luego quedan algunas colaboraciones dispersas, muy pocas. Y voy a ir reduciéndolas todo lo que pueda. Rechazo a diario miles de proyectos, desde adaptar una obra de Tennessee Williams hasta anunciar café por televisión. El éxito, por lo visto, es una especie de prostitución. Me parece que en otro momento de este libro lo he llamado antropofagia. Pronto saldrá mi libro de humor «Diccionario para pobres», y mi tomo de relatos «Teoría de Lola», que me hace más ilusión. Pero los libros más comerciales y fáciles tapan un poco o un mucho, casi siempre, a los otros. Todo es un espantoso equívoco. Y qué más da, si sigo mareado.

viernes.

Muchos amigos a vernos, aquí en el campo. Una gripe concita siempre mucha gente. Las gripes, los incendios y los políticos demagógicos tienen gran poder de convocatoria. En los ratos libres, cuando no leo ni escribo, cuando en casa no hay gente, voy a la cama y me tiendo, sea la hora que sea. Convalezco de mi gripe, que me

ha dejado una estela de cansancio y flojedad. A cierta edad, lo malo no son las enfermedades, sino las convalecencias.

Hago una cura de sol, en la habitación abuhardillada, entelada de color miel, con un retrato del hijo, un cuadro y pocos muebles. El sol entra casi todo el día a través del cristal. Cierro los ojos y floto, tendido, en un oro denso y ligero al mismo tiempo. Es una cura de oro lo que hago realmente. Afuera hace frío. Un frío claro de abril. Despacho artículos, escribo unas letras para unas canciones que quizá le haré a María José Prendes, para un disco. Y me vuelvo a la cama, al cuarto con sol, al baño de oro.

Gran fanal sin tiempo en que se inflama o adelgaza la luz. Hay un gran henchimiento del mundo y luego una estilización en sombras. Siempre he temido y deseado, desde muy niño, estos remansos de la vida donde se enlagna el tiempo, una habitación donde una tarde se hace eterna. Desde mis amigdalitis infantiles, que he contado muchas veces por escrito. La eternidad es un niño enfermo en la cama una tarde de domingo. Sólo ese niño ha visto la eternidad, y puede decir que es tediosa. Ahora, cuando la sensación cotidiana es de que el tiempo corre como un agua loca, se refugia uno silenciosamente en estos raros remansos, en este fanal de luz y oro. En momentos así se ve claro que el universo es una llama. Una llama alta e instantánea. A esa instantaneidad es a lo que nosotros llamamos lo eterno. Ni el círculo ni la línea recta, ni el eterno retorno, ni el río de Heráclito. El universo es una llama y en esa llama ardo esta tarde, eterno y momentáneo, con Heráclito y Nietzsche, con Sócrates y los presocráticos, en un enjambre alegre y mudo de luz y lucidez. Ni Dios ni el tiempo ni lo eterno ni el alma. No hay más que el oro y el fuego.

sábado.

Paseo con E. por entre las jaras. La jara es el olor de su infancia, la planta de su vida. Estuvo de niña en una dehesa zamorana y lleva en la memoria y en la pituitaria un perfume de jaras. Hace muchos años me llevó a aquella dehesa. Supongo que de alguna manera quería enlazarme con su origen. Siempre que salimos al campo encuentra jaras. Hubo una época en que ella vivió entre las jaras de Torreldones algunos veranos. Ahora me da a oler la flor de la jara. Pienso que todo el mundo vive sobre una textura interior de carácter lírico. A todos nos condiciona un fragmento de paraíso entrevivido en la infancia, y que luego la memoria ha convertido en el paraíso absoluto, magnificándolo. Lo que la jara es para E., lo es para mí cierto frío helado de mi calle al norte, en la infancia. Para otros, un color, un recuerdo, una voz, una fiesta. Es incuestionable que hay un fondo lírico en cada individuo. Es el cimiento de infancia sobre el que estamos edificados, y muchas veces me asombra, me duele, me entristece ver cómo cada hombre va traicionando eso, alejándose de su origen, pervirtiendo su fondo lírico. Cuando alguien tiene que hacer alusión a ello, lo consigna como un dato. Se les ha disecado, dentro del fósil humano que son ya, la flor de la infancia. Los políticos y los hombres de negocios suelen ser quienes más traicionan al niño anterior e interior. Mido a los hombres por la fidelidad a su infancia. Las mujeres, a pesar de todo —por eso se las puede amar tanto—, insisten más en el origen lírico de la vida. E. vuelve periódicamente a perderse entre las jaras. Tiene gran facilidad para reunirse otra vez con la niña que fue. Todo esto, en ella, no es nada literario. Es natural. Habría que apelar a ese punto de oro que hay en el fondo de cada individuo, a ese momento de infancia que es sin duda el origen de todas las fantasías de poder, felicidad y amor extrapoladas hacia el futuro. El futuro es infancia extrapolada. Ortega y Heidegger han dicho cosas certeras sobre esto, a otro respecto. El hombre agresivo, el bastardo, según Freud, transforma el sueño infantil en crueldad adulta, en dominio. El hombre lírico, la mujer, E., se quedan en la jara, en la sensación primera y pura. E., repitiendo un gesto de tantas veces en su vida y la mía, me da a oler la flor de la jara.

domingo.

Ayer han legalizado el Partido Comunista. Yo sigo con mareo. Creo que es de los ojos.

Me han tomado la tensión y la tenía baja. Entre el efortil y el deporte, me decido por el efortil. El deporte lo dejaremos para más adelante. Escribo mal, mareado, con la cabeza torpe, aunque menos cansado desde que tomo efortil. Me inquieta, me desespera no lograr la facilidad, la fluidez acostumbrada. En lugar de dejarlo para mejor ocasión, insisto, con lo que se agrava el mareo y salen unos artículos forzados, machihembrados, en los que no creo nada. ¿Y si me fallase esto, la facilidad, el oficio? Lo he pensado muchas veces y puede ocurrir cualquier día. Esto de ahora es pasajero, o eso parece, aunque llevo así una semana. Pero en otra ocasión puede ser definitivo, o muy largo. Entonces me diré: bueno, joven, ya está todo hecho, usted demostró lo que tenía que demostrar. ¿Para qué seguir repitiéndose y cruzando el alambre con una sombrilla?

Sería el momento de cruzarse de brazos, de sentarse en la penumbra del olvido a ver la película de la propia vida. En este diario he hablado ya de que no nos vemos. Hay que retirarse de uno para verse a sí mismo. La enfermedad puede retirarte en cualquier momento. Tampoco sería tan grave. Ya sé que en seguida se pierde vigencia, en seguida te olvidan, o te recuerdan caritativamente, que es la peor forma de olvido. Pero uno no se olvida a sí mismo y siempre podrá recordar, recontar. O si eso da demasiado asco, siempre podrá uno olvidar. Tan importante como tener qué recordar, es tener qué olvidar. Bueno, quizá mañana vuelva a Madrid, a la vida de siempre. Todo igual, pero mareado. No sé. El domingo está gris, los coches vuelven de las vacaciones, han muerto más de cien personas en la carretera. De pronto, no le gusta a uno nada su vida, su persona, su casa. Hoy no ha venido gente y así no hay engaño posible: esto es una mierda.

sábado.

He pasado quince o veinte días mareado. No sé si son los viejos mareos o una divertida variante. Viajes, médicos, medicinas, horas de soledad y ojos cerrados, miedo, inseguridad, vértigo y asco de todo. No me importaría estar escribiendo con el hígado en una mano y las dos piernas cortadas. Pero el mareo anula y borra la cabeza completamente. No he podido leer ni escribir. Lo malo de las enfermedades es que nos devuelven a nuestra elementalidad. Se borra en un momento todo el sobredorado cultural y social del individuo. Sólo queda una esquemática bestia que sufre. Todos sufrimos lo mismo. No hay una cultura del sufrimiento. Algunas enseñanzas de la enfermedad consisten en comprobar que la frivolidad de quienes se interesan por nosotros es aún mayor que la de quienes no se interesan. Lo de estos últimos es indiferencia. Pero el amigo solícito pasa con facilidad de mis males al último estreno donde ha estado.

Eso es la amistad y ya es bastante. Tampoco hay que pedirle más. Una de las mayores incorrecciones sociales es ponerse enfermo. La sociedad soporta mejor un adulterio, una estafa o un crimen que una enfermedad. Los delitos hacen interesante a la gente. Las enfermedades nos hacen aburridos. Los médicos, más que decirme lo que tengo, me dicen lo que no tengo. O sea que me tranquilizan. Eliminan posibilidades, me ensanchan el campo de la vida, pero no me reducen el campo del dolor. Quizá la ciencia sólo sea eso. Una promesa general de salud a cambio de una evidencia imbatible de dolor. En general me atienden con especial deferencia. Se ve que uno no es un enfermo más. Pero pocos son los que pasan —ay— de la deferencia a la eficacia. Sólo con deferencias no se quita el mareo. ¿Los ojos, el laberinto, qué? Algo se irrita y me mareo. Todas las mañanas me despierto bruscamente con la angustia de que he roto con la vida, con mi vida. No escribo, lo que quiere decir que he volado mis puentes y quemado mis naves. Cabe pensar que estoy ahí, que no me van a olvidar tan pronto. Unos periódicos dan notas sobre mí y la gente llama y se interesa. Sobre todo los desconocidos. Luis Berlanga, siempre tan amigo y tan desconocido, me dice: —Claro, los ojos. Yo también. Yo estoy condenado al glaucoma, por herencia.

Y no lo dice por recurrir al mal de muchos. Sería indigno de él. Lo dice con ese humor serio y raro con que él habla siempre de sus cosas y de sus enfermedades. He coincidido con Camón Aznar en una consulta. Tiene algo de retina. Me dice que cree que Homero, estando ciego, no pudo escribir lo que escribió. Hombre, Camón, no somos Homero, y, lo que es mejor, no estamos ciegos. Los médicos: Sanabria, Soto, Portabella, Muiños, Guijarro, Salom, Colodrón, Antonio, varios desconocidos y Población. Me parece que la medicina es una cosa aproximativa, como la poesía. Un tanteo. La enfermedad me borra las nociones culturales y me llena de nociones fisiológicas, interiores. Somos tan complicados por dentro que lo lógico parece que sería estar siempre enfermo. Llega uno a resignarse a la enfermedad, a aceptarla como más racional que la salud. La salud es un glorioso error de la naturaleza. Nuestro interior es una incesante conspiración para matarnos, como lo confirma la muerte. Vivimos por inconsciencia. Un hombre consciente de toda la muerte que lleva dentro, fallecería en el acto.

Con la moral que me dan, con la moral que me doy, con el tranxilium, el dalamón, el efortil y otros filtros, me siento a la máquina, hoy por la mañana, después de un paseo al pueblo a buscar los periódicos. Estoy mareado y con ganas de escribir. A ver quién puede más. Tomo un segundo tranxilium y remato tres artículos. De estado general, muy bien. Los artículos, bien. Vuelvo a este diario. España se prepara confusamente para las elecciones. Al abrir los ojos encuentro abril populoso de bellos cuerpos femeninos. Unos demasiado lejos y otros —ay— demasiado cerca. ¿Qué es vivir? Vivir es el deseo de vivir.

domingo.

Dice Ramón que la mujer es un triángulo hirsuto. Lola se recorta mucho el triángulo hirsuto para lucir braguitas muy esquemáticas en las películas. Ana se corta mucho el triángulo hirsuto, respetando la forma, para que quede sólo un contacto corto, grato y fino. Carmen se ha afeitado totalmente el triángulo hirsuto para desalojar unos bichitos. Esto le da un carácter infantil a su sexo enorme de mujer muy alta.

lunes.

Mallarmé habló de una rosa en las tinieblas. Jorge Guillen tiene un soneto que comienza: «Cierro los ojos y el negror me advierte...». Yo he estado unos días con los ojos cerrados y he comprobado una vez más lo que ya anoté al comienzo de este libro: dentro de nosotros no hay nada. Lo más profundo es la piel, según Gide. Dentro de uno, en la oscuridad, hay luces tontas, que el poeta quiere acuñar como rosas. Dentro de uno hay restos de recuerdos, recuerdos de restos de una vida, una oscura intuición de la conspiración veneciana que se fragua en nuestro cuerpo para matarnos, y un aburrimiento y un torpor. Ese vacío lo he llenado a veces con la radio, que subraya y envilece la oscuridad, más que aliviarla. ¿Una rosa en las tinieblas? Para usted la rosa, Estéfano. Yo prefiero el cardo de la luz.

martes.

En la temblorosa velocidad del autobús, a veces huyo del pueblo quieto y soso, viajo mareado hacia Madrid, dopado de tranxilium, y miro el rostro dorado y risueño de una niña muy pequeña que va delante de mí, en el regazo pobre de su madre. Madrid lejos y cerca. Madrid posible e imposible, decía Juan Ramón. ¿Qué buscas aún en Madrid, ciudad confusa, sucia y atolondrada que ya te lo dio todo? ¿La carne rosa del futuro, la voz hospitalaria de una mujer, el halago sucio y equivocado del éxito? No sé si busco o huyo. Voy, impaciente, inseguro, aligerado el caos de mi vida, hacia otro caos, hacia el caos de los demás, entre fábricas y bosques, en la temblorosa velocidad del autobús.

miércoles.

E. está perdiendo la memoria. Hemos ido de médicos. Ver a una persona toda la vida es como leer un libro hasta su final. Van pasando las páginas de un rostro, que es como un libro de láminas. Cuando veo una cara joven, pienso lo que sería leer esa cara

toda la vida, toda su vida. Tengo algunos rostros muy leídos. La labor del tiempo en un rostro no es de escultor, como parecería lo aproximado. Es de escritor. El tiempo no modela, sino que escribe. Ahora, E. y yo empezamos a entrecruzarnos ruinas, como en otro tiempo nos entrecruzábamos flores, palabras, odios o reproches, según las épocas. Pero se trata de su memoria. Creo que una persona no cambia con el tiempo, sino que se ahonda. Llega a ser tan ella misma que asusta. Lo que E. tenía de niña cuando la conocí niña, no lo ha perdido con los años, y ahora, en la madurez, el tiempo viene irónicamente a subrayarlo quitándole la memoria en jirones. «Si pierdo la memoria, qué pureza», dice un verso de Pedro Gimferrer. La pureza, la infancia están aflorando en E. nuevamente con su pérdida de memoria, que de momento es más curiosa y graciosa que dramática. La vida no hace más que subrayarnos. No nos mejora ni nos empeora. Sencillamente nos subraya. Y la muerte nos hace evidentes del todo. El infantilismo latente de E., se corrobora hoy irónica y cruelmente con la falta de memoria. Vuelve a ser un poco niña por vía patética. La vida tiene poco que dar. Nos da siempre lo mismo, pero primero con gracia y luego con saña. Le diría a E. que nuestra dialéctica con la vida empieza a ser la saña. Pero ella ha salido a la terraza a conversar con sus tiestos.

jueves.

Sale en estos días mi libro de cuentos «Teoría de Lola», donde recojo casi todos los relatos cortos que he escrito a lo largo de mi vida, o, cuando menos, desde que escribo cuentos. El primero data, más o menos, de hacia mil novecientos cincuenta y nueve. Me hace una cierta ilusión desilusionada y nostálgica este tomo de cuentos que acaba de publicarse.

Y digo esto porque los cuentos, escritos muy espaciadamente, a lo largo del tiempo, tienen cada uno de ellos una coloración, una impronta, una gracia o desgracia que son las del momento en que el cuento fue escrito, con su espesor de época e incluso con su manera literaria, porque la literatura cambia mucho más y más de prisa que la moda femenina.

Un escritor tiene que ser una boutique de sí mismo, y el escritor que no sea una boutique de sí mismo se quedará en una tienda vieja y galdosiana de ésas en las que nadie entra, porque siempre tienen lo mismo, aquel traje de felpa de antes de la guerra. Claro que tampoco es conveniente que el escritor se convierta en unos grandes almacenes o un hipermercado de la literatura. Pero un poco de boutique sí tiene que tener el escritor. O de chamarilero del Rastro. El caso es sorprender por arriba o por abajo, con la sofisticación o con la miseria. La sofisticación y la miseria son hermanas porque ambas son sorprendentes. Lo que no sorprende nunca, ya digo, es la literatura de felpa.

Siempre, en literatura, me han fascinado los géneros breves, para leerlos y para practicarlos. Desde los fragmentos de Heráclito (lo más hermoso y lo más lírico de la historia de la filosofía) hasta las greguerías de Gómez de la Serna. Me gustan Nietzsche, Ortega, Schopenhauer, D'Ors y casi todos los articulistas de periódico, porque saben escribir corto cuando quieren, aunque también escriban largo.

Y esta preferencia mía no es una preferencia de la pereza, la pereza de leer o de escribir, sino una fascinación por lo homeopático, definitivo y subitáneo, hecho a vida o muerte. El artículo, la glosa, el relato corto, la estampa, la impresión, la prosa lírica. Creo que esos géneros, por breves, son más densos, tienen más espesor, más clima. Hace poco me preguntaba el pintor catalán Modesto Cuixart:

—¿Qué es para ti el clima, en arte?

—El tiempo detenido.

Eso es, el tiempo detenido. Se puede hacer un buen artículo o un buen cuento con el tiempo detenido. En una novela hay que poner el tiempo en movimiento, y eso no es que sea más complicado, sino que es menos poético. Me han gustado siempre

escritores estáticos y extáticos (con *ese* y con *equis*) como Proust, Miró, Ponge, Juan Ramón, y algunos cuentistas del estatismo, como lo fue Ignacio Aldecoa, el gran Ignacio, amigo tardío y muerto temprano. Azorín hizo el estatismo a su manera. Yo, que le reconozco pocos méritos a Azorín, le reconozco este del estatismo. Deja las cosas quietas para siempre, en su clima. Y eso yo creo que no se había hecho nunca en España antes de él.

Los cuentos, mis cuentos, por ser estáticos en su mayoría, por estar muy impregnados del tiempo en que fueron escritos, y por haber sido escritos muy espaciadamente, me dan cada uno de ellos, ya digo, como un flash de mi vida y de la vida, una instantánea del momento en que hice el cuento. Me dan el tiempo doble que debe tener toda página literaria: el tiempo que se narra y el tiempo en que se narra, en que se escribe, en que se trabaja. El tiempo real del escritor y el tiempo inventado del relato. Cuando se consigue trocar y trucar ambos tiempos, se ha conseguido un buen relato. Digo yo.

Este tomo de cuentos se llama «Teoría de Lola» porque ése es el título del primer cuento que va en el libro. Yo, que saco tantos libros, me encapricho con éste porque reúne mi vida en flash mejor que unas memorias.

Yo empecé haciendo unos cuentos dialogados y contrapuntísticos con la influencia de Cela, de Delibes y de Saroyan. Cuentos en que jugaban varios diálogos intercambiados y la falta casi absoluta de acción se sustituía por la movilidad del diálogo. Luego ensayé unos cuentos densos, lentos, muy literarios, sin diálogo, donde la acción era escasa y demorada, donde se iba tratando de cuajar un clima. De ahí pasé al cuento-collage en el que entremecía muchos recortes de periódico, textos universitarios, anuncios y prospectos de medicinas, para hacer ambiente y tejer un tapiz verbal con materiales diversos. Hice el cuento realista minucioso, a la manera de aquellos años cuarenta y cincuenta, y pronto me lancé al cuento poemático, de prosa lírica, a veces medida, donde el idioma gira y gira en torno de un tema o en torno de sí mismo. Sólo el cuento y el poema —o el artículo entendido como ambas cosas— tienen la intensidad fulminante que cuaja en ellos el tiempo, la época y la temperatura en que fueron escritos.

Mi primer cuento se llamaba «La paloma en el negociado» y ganó un concurso de provincias. Una paloma se colaba en una oficina y eso era todo. Me parece que ese cuento no va en el libro. Mi último cuento, por ahora, se llama «La madrileña» y gira en torno a la personalidad de una mujer y el ambiente de una plaza de Madrid. «Teoría de Lola», que da título al volumen, es un cuento de prosa muy trabajada, escrito desde el interior de una mujer solitaria, inteligente y compleja, que al final del cuento se masturba.

sábado.

Ha venido Rafael Alberti. Le he visitado en su apartamento. Ha conseguido una hermosa melena blanquísima. Trae foulard, chaqueta azul de pana oscura y pantalón de cuadros muy menudos. Está entrando en el dandismo de los setenta y tantos años, que es el dandismo definitivo, porque eso significa que uno va a saber pasar elegantemente de la vida a la muerte. Le encuentro tranquilo, cansado, seguro, un poco desconcertado, un poco mareado, un poco perdido en este Madrid que ahora desconoce, sin saber bien si estamos en la calle de Leganitos o en la Cuesta de San Vicente. Con él, María Teresa y la hija Aitana, tan dulce. Y pocos más. Alberti, como ciertas gentes, se ha afinado con los años, ha resumido su lírica haraganería de hombrón que no sabe qué hacer con su talento y su tamaño, en un perfil italiano, una voz argentina y una obsesión española. Hablamos de política, del Partido Comunista, de su candidatura por Cádiz y de cuando yo le visité en Roma. Parece conservar una acritud y una prevención hacia Aquilino Duque. Vemos juntos la televisión hasta que se me duerme. Me hago unas fotos con él y escribo una cosa para «Interviú». Es un poeta que me gusta más ahora que antes. El firulete andaluz me iba menos que esa robustez

de voluta gongorina y quevedesca a la que vuelve siempre.

Noche del sábado. Baile bajo el Viaducto con P. y el uruguayo, en esos cabarets absurdos e indecisos que ilumina por allí la noche madrileña, y donde una vez más he ido a parar. (Vuelve el tema de lo canalla, el ensayo sobre lo canalla, que a veces me parece banal y a veces sugerente: ensayo o libro que nunca escribiré). P. conduce a gran velocidad por las calles negras y solas de Madrid. Hay un deslizamiento de agua de regadores, luz de madrugada y ganas de divertirse que es lo que nos lleva y nos trae, con el coche ardiendo de música. Probamos varios sitios, muy dispuestos a pasarlo bien, pero no lo pasamos como otras veces.

El uruguayo dulce lo cuenta todo con gracia y paz, en una especie de beatífico acanallamiento resignado y burlón, en una indecisión de sexo y ocio. Lleva la melena corta y lacia, como un ave triste, junta mucho las manos sobre el pecho, blandamente, como para arreglarse algún botón, y por fin, de pronto, dice la frase definitiva que estábamos esperando y persiguiendo toda la noche:

—A mí es que hoy el cuerpo me pide comisaría.

P. y yo reímos felices, por sobre la música del coche. Un destello literario es, en último término, lo que mejor puede iluminar una farra de tres amigos. Me dejan cerca de casa, ella amorosa y él entrañable. Yo creo que no tienen nada de sueño. domingo.

Hay la mujer fácil, divertida, clara, inteligente, que todo lo comprende y nada dice, como hay la mujer conflictiva, enredada en sus propias redes, perdida en culpabilidades, cuya única conversación es el análisis de la conversación. Uno aprende con los años que nada como la mujer lista que no necesita hacerse la tonta para no darnos el coñazo. No quiero listas ni tontas, listos ni tontos. El tonto suele ser más complicado, sinuoso y picajoso que el listo. La máxima inteligencia natural no está en analizarlo y objetarlo todo de viva voz, sino en comprenderlo todo callando y tirar para adelante. Qué fácil establecer el contraste entre ambos caracteres, entre ambas mujeres, cuando de mujeres se trata. Pero la cosa es igual con los hombres. Las cosas están tan claras, a estas alturas de la humanidad, que el que se demora y enreda, o la que se demora y enreda en todas las nauseabundas y consabidas minucias del corazón y de la vida, es porque no ha alcanzado la única forma olímpica de inteligencia, que es la síntesis.

Mayo, lunes.

CENA en casa de P. Están empapelando paredes y limpiando muebles. El padre con un mono, la madre con una bata, P. con unos vaqueros sucios, una camiseta que pone obesity y unas zapatillas rojas de pompón. Cenamos pescado y pastas, y vemos a Kiko Ledgard en la televisión.

Voy y vengo mucho, estos días, por madriles remotos, eso que antes llamaban los madriles. Mareado y entusiasta, con un entusiasmo un poco fúnebre, soy el hombre que escribe, habla, vive, ama y tiembla como en el filo de una espada indecisa. Estoy siempre como al borde del mareo, probándolo todo para aclararme la cabeza, queriendo ser el mismo de siempre y sin serlo, aunque tampoco me importe demasiado. Uno ya le ha metido a la vida toda la lucidez y todo el cachondeo que se le puede meter. Uno ha vareado bien el árbol del tiempo, y han caído días hermosos como naranjas logradas y días ruines como frutos malditos. Recuerdo el otro día una comida en casa de Miguel Fisac. Los ojos claros, vivísimos, de María Teresa, y los cuadros de muñecas que pinta Ana, que tienen algo de amortajamiento preciosista de los hijos que se nos han muerto a todos. Madrid verde y purísimo —purísima— desde el Cerro del Aire. Una Marañón, una Rodríguez de Aragón, lo de siempre. Ni la política ni la vida social ni el amor ni el trabajo. Soy, eres, somos; me siento inseguro y perdido en esa velocidad de años que va de los cuarenta a los cincuenta, cuando ya nada tiene sentido, pero aún todo tiene atractivo. Y encima hay que estar brillante.

martes.

(Ojos verdes).

Crecida esbelta, paralela a bosques, agasajada en la mentira de la espuma, abierta a todas las lejanías, pero sujeta siempre por la ligadura secreta de una música falsa, hendida de matrimonios, hijos, viajes y adulterios, conserva en los ojos verdes la rebeldía iluminada de un sexo vivo y una inteligencia en pugna. De las primaveras le ha quedado lo marchito, de los amores lo amargo, de los viajes la arruga. Es una esbeltez que va por fuera o por dentro de la ruina grácil y femenina de su vida, y responde con culpa y gemido, con destilaciones y rencor, a la entrada vibrante y final de la vida, a la injuria última y gloriosa, al turbión macho del tiempo que se arremolina en su sexo traicionado para despertar primaveras de sangre y saliva en la tumba sutil, melancólica, de una vida que muere y una mujer que nace.

(Ojos negros).

Recia de suburbios, dura de iniciativas, viajera de su juventud, es la hembra popular que detiene un momento el automóvil, su automóvil, en el tráfico nocturno de la ciudad, y taconeando feliz sobre el asfalto. Vuelve al volante y sale corriendo. Ahí ha dejado, en el río infame de los coches y el humo, la rosa taconeada de su gracia, el momento invisible y femenino de su burla. Madrid la curte de tardanzas y de prisas, genealogías obreras se endulzan en su rostro de virgen suburbial, padres y madres de la pobreza se anulan y redimen en la curva lograda, agresiva y cantora de un cuerpo inspirado, de unos ojos negros, de una valiente inteligencia hembra que mantiene entre músicas, teléfonos y cinematografías el fuego sano y fuerte de la vida que quiere. Plena como la verdad, niña como el tiempo, violenta como el agua, entre la burla y el sexo le asoma una entraña buena, firme e igual de amante natural del hombre y su sencillez.

miércoles.

Estoy otra vez, de pronto, después de mucho tiempo, en una glorieta madrileña, en un café populoso, en la media tarde, cuando la vida toda gira en el girar de la puerta giratoria, y, de pie en la barra, tomando un vago café, giro en el girar de la tarde con sus quioscos, de la luz con sus vendedoras de lotería, de la calle con sus muchachas y de la hora con sus ciegos. Rostros conocidos y desconocidos. Me identifico a mí mismo, una vez más, en la soledad y la espera, en la multitud y la nada, como el que se ha pasado la vida, y se la pasará, con el cuello del abrigo subido, aunque hace sol,

«trasnochando de día», acechando, siempre en la cita. Me creía muy lejos ya de esta fascinación por la ciudad y sus rotaciones, pero estoy como en una tarde de hace quince años o de dentro de quince años, viendo el ir y venir de los culos de las chicas, en sus pantalones vaqueros, sucios y claros, duros y oscuros, en este Madrid estremecido de Metros, huelgas, amores y política. ¿Qué haces, qué esperas, qué quieres? Me viene, inevitablemente, el verso tópico del otro. «¿Dónde vas tú, sentimental catástrofe, roto soneto, galgo pasante por tu borrado escudo?». En este café se sentaron escritores, poetas, putas. Por estas mesas han pasado generaciones que los espejos fueron borrando con su indiferencia de espejos. Los espejos son el traje de noche de la muerte. Aquí, sobreviviente, de pie en el café, apoyado un poco en la barra, no sé si para el mareo o para el cansancio, en la rosa del miércoles, día que prefiero, día en que nací. Nací en este Madrid giratorio, todo de puertas giratorias que hacen de la ciudad un eterno retorno donde siempre nos citamos los mismos con las mismas. Ganas de vivir por encima o por debajo de las ganas de morir. O a la inversa. A la viceversa, que dicen los castizos. Viene un joven homosexual, vagamente amigo, a pedirme que me junte con él, con ellos, pero no. Quiero estar solo. Estoy en ese momento de la espera en que se desea que no llegue el que tiene que llegar, la que tiene que llegar. En ese momento en que la espera quiere ser sólo espera, empieza a tener valor en sí misma como situación, como meditación, como actitud ante la vida. La espera borra al esperado, a la esperada, que siempre, por eso, cuando llega, nos resultan un poco desconocidos. La espera nos esculturaliza, nos estatuiza, y a medida que uno se va convirtiendo en la estatua de sí mismo, en la estatua del que espera, deja de esperar. De modo que vivo mi espera y soy ya como la estatua de la glorieta —la estatua que han quitado de esta glorieta los alanos municipales—, y en torno de mí giran las gentes, los coches, los vendedores, los periódicos y las horas. Los sedantes que he tomado estos días para el mareo, me han producido un incidente de impotencia. La impotencia absoluta y total, la castración decisiva y no sé si definitiva de la estatua de la glorieta. Qué raro, qué hermoso, qué descansado y qué angelical sentirse de pronto sin pene. Si me quitan el pene me salen alas. Si me quitan el falo soy un ángel. La impotencia —que como constante vital debe ser una tragedia—, como episodio es, ya digo, una experiencia angélica. Por fin me he sentido espíritu puro, he creído un poco en el alma, y he pasado a través del cuerpo recio de la mujer sin romperlo ni mancharlo, rayo de luz mental que no iba a ninguna parte. Recuerdo estas cosas mientras espero, y comprendo que no soy absolutamente una estatua, porque las estatuas no piensan en su impotencia, aunque sean impotentes, y porque a las estatuas no las requieren de amores los homosexuales. Pero ya estoy aquí otra vez, vivo entre los vivos, rosa de los vientos madrileños, veleta de los cielos del asfalto, esperando algo, esperando a alguien, en ese acecho tan repetido del atardecer de mi vida. Acabo de leer esto en Adorno: «El idealismo supone superioridad, la superioridad supone dominio y el dominio supone fascismo». No se puede decir mejor ni más corto. En la fiesta del trabajo, que ha sido en gran parte fiesta de la acracia, este año hubo concentración y drogas en la Plaza del Dos de Mayo, raptada al casticismo para la revolución, y una muchacha desnuda se cayó desde lo alto del monumento —cuatro metros— y se ha partido una muñeca. Esta mañana he hecho un artículo sobre ella, sobre ello. «Derribado arcángel», lo título, con frase de un poeta que ahora no recuerdo qué poeta es. De modo que la bandera desnuda y femenina de la libertad todavía sobrevuela, una vez cada siglo, las plazas de Madrid, como el arcángel de la razón sobrevoló las plazas de Atenas. En este café, hace meses, en el sombrío enero, cuando todo era fascismo en Madrid (idealismo/fascismo, querido Adorno), un extranjero rubio, fuerte, entrometido, cojo y malencarado, me puso el puño en el pecho y me dijo:

—Usted es muy mal periodista. El peor periodista de España. ¿Estamos? Siéntese ahí.

Me negué a sentarme y me fui.

Hoy parece que han pasado años en lugar de meses. Tuve en aquel enero varios atentados, amenazas, cosas que no he consignado en este diario íntimo por pudor. No sé si por pudor de mi miedo o por pudor de mi valor. Hoy Madrid es una rosa grande y sucia, un molinillo de papel de estos que traen los niños de las verbenas, marchitos y todavía giradores. La luz no usada —hay que decirlo siempre como el clásico— se va templando en oro, en oros. No sé si espero a una mujer violenta, morena, alegre, escapadiza, candeal, cereal, sexual, o espero a una mujer/ave, difícil, alta dama, calandria. Creo que me invento mujeres en la espera, como todo el que no espera a nadie. La espera empieza a ser espera en sí misma. Madrid es una fogata de cines y autobuses. El Rey ha hablado un par de horas con Tierno Galván. Es como si don Alfonso XII hubiese hablado un par de horas con Valera. Yo qué sé. Es la Historia de España, que gira siempre en torno de sí misma como la puerta giratoria del café.

Pido otra taza y otro bollo. Estoy aquí, vivo y dispuesto, con la cabeza más poblada que clara y el corazón más despoblado que desanimado. Alguien quiere venderme lotería. jueves.

Cena en casa de María Teresa. Ella, muy bella, ensayando un descuido muy cuidado, con botas altas y un hombro fuera. Mucha gente. Carmen Garrigues, otra mujer de una belleza lírica, difícil y como renacentista. Acaba de tener su séptimo hijo. Esta multiparidad me la asemeja aún más a una mujer del Renacimiento, a una Sforza culta, bella, agresiva, inteligente y paridora. Luis Berlanga, cuya haraganería elegante, ácrata y cansada, tan burlona, cada día me llega más. Andrés Amorós, Cándido, Máximo, Víctor de la Serna, sentado en el suelo con toda su gordura, como un buda que hablase en francés. Le digo que me recuerda la esfinge maragata de su abuela doña Concha Espina:

—Te diré en secreto, Paco, que creo que nunca he terminado de leer «La esfinge maragata».

A propósito de la ceguera de Concha Espina, hablamos de mi reciente cosa de ojos y quedamos en que Muiños —el médico aragonés, cordial y sabio que me ha atendido— es un genio. Operó hace poco a don Juan de Borbón. En la cena, también, Jorge Grau, Genoveva, Forges. Las mujeres de todos y los hombres de todas. Más gente que no recuerdo. Por supuesto, Miguel Fisac, siempre con ganas de entrar en conversaciones de fondo, que con él son muy interesantes, pero no es el momento. Con Cándido, Berlanga, Forges, Máximo y otros hablo de una revista que me gustaría hacer y que se llamaría «Groucho» o algo así: una cosa ácrata, divertida, comercial, agresiva, loca y seguramente fugaz. El incidente ácrata de la Plaza del Dos de Mayo, que creo haber comentado ayer en este diario íntimo, me anima a eso. Está también, naturalmente, Manolo Vicent, que tantas veces ha formado trilogía con Cándido y conmigo en aventuras periodísticas.

Cándido es un escritor inteligentísimo, un asturiano tímido y lucido, que ha hecho de la cautela una orfebrería y del entusiasmo un estilo literario. Primero está la sutileza de su halago y luego —lo que es más importante— el halago como sutileza. Me parece que le han sobrado miedos, indecisiones y familias, en la vida, pero desde muy joven aprendí yo a leer y escribir en él, siendo como somos casi coetáneos. Tiene la ternura de su miopía, la rebeldía de su pelo romano y la luz precisa de su palabra. Vicent es un valenciano duro y frío en el que creo haber contribuido a despertar talentos y vocaciones auto-despreciados, haciendo que, con el mucho escribir, su natural trazo grueso, levantino, arisco, se vaya llenando de primores malignos y sutilezas caligráficas. A veces me propongo, casi como empresa secreta e inútil, lograr la simpatía de seres que profesan de antipáticos. Casi siempre lo consigo, porque es fácil. Yo creo que hoy Vicent me quiere. De pronto me dijo, con su humor duro, seco, corto: —Coño, qué guapo eres.

Máximo, enredado en la dificultad de su inteligencia y su perfil, ha venido, como siempre, con el purito en la boca y un suéter gordo, desproporcionado a la finura de su cabeza. Dice siempre cosas de una inteligencia que quisiera ser más que humorística, y lo es, pero que a él mismo le hacen reír. Es compañero mío de infancia, de colegio, como he escrito muchas veces, aunque a él no le gusta mucho recordar estas cosas. Gran escritor y gran dibujante, ha hecho de lo minoritario una estética y de la inspiración una asepsia. Practica la enorme seguridad callada de su fina inteligencia quebradiza y mantiene en las trincheras del periodismo unas armas de dibujo y prosa que son como ir a la guerra con lanzas de vidrio y porcelana. Pero hace víctimas.

Forges, en pleno éxito siempre, es el que menos conozco humanamente, aunque nos queremos. Es esa cosa difícil de conseguir que es un humorista lleno de bondad. Jamás ha hecho daño a nadie con un chiste, aunque oficialmente sea un humorista crítico. Hay un humor que nace del mal y otro que nace del bien, como la poesía. Forges se nutre de bondad y consigue, a partir de ahí, unos grados de maldad —corrosión, entendámonos— muy aceptables en el momento español actual. Sigue teniendo algo de chico gracioso de estudiantina que ha elevado eso a profesionalidad e incluso genialidad. Su mujer es efébrica, natural y adorable. Amorós es el joven profesor y crítico oficialmente culto, enterado, discernidor, y yo creo que todo esto, en realidad, lo lleva mucho más allá de lo oficial. Encima tiene la gentileza de no ser dogmático con o contra los que no sabemos nada.

María Teresa, a la que conozco hace tantos años, se mueve siempre muy segura en estas fiestas. Hay en ella una cosa de niña bien natural de Madrid que ha superado los manuales de elegancia mediante la ironía, y que necesita gustar a los hombres, creo yo, más que gustar de los hombres. Una cosa muy femenina. Yo creo que tiene frustraciones, ligaduras, traumas y obsesiones que nunca explica del todo —quizá se las explique al confesor o al psiquiatra— y se mueve entre la posibilidad del triunfo social y la crítica de ese mundo con una esbeltez mental que va de la agudeza al infantilismo. Tiene algo, quizá mucho, en común con Carmen Garrigues, de la que fue compañera de colegio. Estas mujeres, tanto como algunas obreras fascinantes, me hacen creer cada día más en la inteligencia natural de la mujer, casi siempre más rápida y de mejor calidad que la del hombre, aunque casi siempre —ay— malograda por el hombre. Vimos por la tele el mensaje de Suárez y nos acostamos muy tarde. viernes.

Presento un libro de Azaña en un hotel y digo lo siguiente: «El jardín de los frailes» era uno de esos libros míticos que los niños de derechas habíamos leído sin haberlo leído, en los años cincuenta, y a mí, más literato que político, siempre me decía la intuición que había que leer a don Manuel Azaña, porque aquel señor que titulaba tan bien tenía que ser un gran prosista, y lo que uno empezó buscando en la vida, y vuelve a buscar ahora, cuando la vida está llena de políticos que hablan en pareado, es buenos prosistas.

O sea que un día, no sé cómo, ese bibliófilo precario que vive en mí y con el que convivo, encontró de viejo «El jardín de los frailes», y aquello fue el descubrimiento que yo sabía que iba a ser, porque resulta que Azaña era una de las grandes prosas de España (hay que decirlo así, con cacofonía, porque la cacofonía ayuda a acuñar frases), y la prosa de Azaña en «El jardín de los frailes» hay que alinearla con la de Quevedo, Vélez de Guevara, Gracián, Torres Villarroel, Larra, Valle, Juan Ramón, Miró, Ortega, D'Ors y por ahí. Con las grandes prosas que han hecho España de España y un castellano que desborda con mucho de Castilla.

Azaña no es un barroco, cosa aún más rica, estimable y estupenda, sino un prosista corto, mental, expresivo, que dibuja quieto y piensa vivo. Azaña es el antiazorín. Lo que Azorín quiso hacer con la prosa castellana, y no lo logró, dándole estructura francesa, como bien dice Pla, Azaña lo logra plenamente, y escribe un castellano cartesiano, por

decirlo tópicamente. No es Azaña el anti-Ortega, como pudiera parecer en una apreciación veloz. Es fácil contraponer Azaña-Ortega, y no sólo literariamente, claro. Barroquismo frente a ascetismo. Ligereza frente a tardanza. Simpatía frente a antipatía. Pero ni el uno tenía por qué ser tan simpático ni el otro era, por supuesto, tan antipático, sino que tenía una simpatía retardada que nos está llegando ahora y hace de Azaña uno de los grandes españoles del siglo.

Literariamente, el anti-Azaña no es Ortega (barroco, verboso, rubeniano y fascinante), sino Azorín, que hace antes que nadie el experimento de la prosa lineal y corta, en España, pero lo hace mal porque le falta imaginación de escritor y verdadera textura ideológica.

Poco más tarde viene Azaña, escritor ateneísta y silencioso, inteligente e impopular, y va haciendo en colaboraciones y en libros como «El jardín de los frailes» el gran experimento de meter la gran voluta del castellano barroco en la horma aséptica del francés racional. Y lo logra, y de qué manera, y consigue un castellano único que no tiene precedentes en España, porque los tiene en Francia, pero lo logra ante todo con un libro muy español, tan español que es un libro escurialense, el del jardín de los frailes de El Escorial.

Dice Ortega que si uno se da un paseo recorriendo todo el rectángulo del monasterio por fuera, habrá consumado una paseata higiénica, pero que no habrá descendido sobre él ninguna noción intelectual o trascendente, porque considera El Escorial como un monumental esfuerzo al esfuerzo mismo, así como considera la obra de Proust un monumental esfuerzo del recuerdo en honor del recuerdo mismo. No sé si de El Escorial desciende o no desciende una ideología o una mística. El poeta Pedro Salinas decía que «mejor que soñar, contar», y nos informaba del número de ventanas que tiene una de las fachadas de El Escorial. Pero lo cierto es que a alguna de esas ventanas se asomó, se asomaba Manuel Azaña, el niño de derechas que era entonces Azaña, y que más tarde escribiría sus memorias como tal, memorias que llamó «El jardín de los frailes», y que ahora reedita Albia, acertadamente, en pleno revival Azaña. Como soy escritor antes que otra cosa, lo que primero me fascina en Azaña es el escritor, y más el escritor que ha sabido hacer el libro poemático de su infancia y adolescencia con una iluminada certeza que desde luego no tienen las confesiones de aquel pequeño filósofo que de filósofo sólo tenía el paraguas, como Kant, y que de rojo tampoco tenía más que el paraguas.

«Niño y grande» de Miró, «Platero» de Juan Ramón, «La casa encendida» de Rosales son libros que consiguen la salvación de la infancia, la infancia recuperada, con frase de Bataille que Savater ha utilizado para titular su mejor libro. «El jardín de los frailes» es un Miró menos libidinoso, un «Platero» menos crepuscular, un Rosales más acendrado.

Creo que todo escritor debe hacer el libro de la infancia y adolescencia, y algunos lo han hecho, desde Proust a García Márquez. Algunos no han hecho otra cosa. Suele ser su mejor libro, porque nace de la memoria mágica, mientras que los restantes nacen de la inteligencia sin magia. Sabemos de esa novela borrosa que tenía Azaña garrapateada en Alcalá, y que la guerra aventó como tantas cosas. Pero dudo de que Azaña, en escritor puro, hubiese vuelto a lograr nada como «El jardín de los frailes». El que se haya hablado y se siga hablando tanto de «Las confesiones de un pequeño filósofo» y no se hable para nada de «El jardín de los frailes» sólo puede explicarse por la monstruosa desviación cultural que sufrió España con el franquismo y por el reuma espiritual que ha aquejado a nuestros críticos literarios desde que se sentaron a hacer la primera gacetilla. Y perdonen ustedes la insistencia, pero es que son libros paralelos, aunque me parece que nadie lo ha dicho, porque los críticos, en lugar de decir estas cosas, hablan hoy del sintagma como hablaban antes de la bien cortada prosa. Es que no se aclaran.

«El jardín de los frailes» no es una novela ni deja de serlo, y eso es lo bueno del libro y lo que tiene que ser, porque estamos ya de vuelta de los machihembrados técnicos, y lo que queremos son grandes libros con buenas prosas e ideas inteligentes. Lo demás es montaje cinematográfico.

En «El jardín de los frailes», con ser libro tan lírico, tan experiencial y tan experimental, está ya la germinación del gran Azaña escritor y político o escritor político: la meditación de España, la contemplación serena, la inquietud en la quietud, eso que más tarde daría lugar a que los estilistas y calígrafos del fascismo le llamasen monstruo frío, cuando no era tan frío, ni mucho menos, y no era monstruo en absoluto.

Ese Azaña meditador de lo español, y por lo tanto político, que despunta en este libro, es el que luego llegaría a lo más en punta de la nación, como hombre público, y al que se ha criticado mucho en su labor, desde la izquierda y desde la derecha. ¿Que no era político Azaña? Hizo lo más político que se podía hacer en la catástrofe: tratar de parar la guerra.

Como las grandes frases de los grandes hombres siempre las ha dicho otro, no sé si Azaña dijo aquello de que el Museo del Prado valía más que la Monarquía y la República juntas, pero a todos nos consta su preocupación por salvar los cuadros, y ese flash histórico en que aparece con un libro en la mano, o meditando sobre Goya, cuando España era una hoguera sin luna. A mí me parece que la guerra civil fue, entre otras cosas, la guerra de un general contra un crítico de arte. Y, naturalmente, ganó el general.

Azaña vuelve a la vida política y cultural española porque no está enterrado en el Valle de los Caídos. Del Valle de los Caídos es más difícil volver, aunque se han dado casos, como el reciente de Arias. Ya está claro que Azaña es un gran español de todos los tiempos, padre e incluso madre de la España que ahora mismo está queriendo renacer. Pero a mí me interesa y emociona especialmente aquel Azaña agraz, aquel adolescente feo y meditativo, ya pícnico, pero tan esbelto por dentro, que se paseaba a principios de siglo por el jardín de los frailes.

sábado.

Baile en Bocaccio casi hasta las cuatro de la mañana. Viejas y nuevas gentes de la noche. Todo lo que ellos viven como actualidad y yo como intemporalidad. Una viuda joven con pantalón de cuero negro. Bailamos violentamente en el parpadeo de la música y la luz, y pienso que ahora que se baila separado, el baile está mucho más cerca del rito sexual que cuando bailábamos muy juntos, en mi juventud. Los salvajes saben lo que se hacen. Han bailado siempre separados. El baile así es una forma de posesión a distancia. Conversaciones sobre erotismo con una desinhibición que sólo dan las cuatro de la madrugada. Ni el alcohol ni la droga ni los libros. Hay cosas que sólo se hablan —y se hacen— con naturalidad pasadas las tres de la mañana. (Veo que el ensayo sobre lo canalla va saliendo solo, pero en fragmentos). La moral siempre ha sido una cuestión topográfica o cronométrica. En cuanto te sales de horarios o espacios habituales, la moral cotidiana se queda atrás, te abandona, se pone en duda. Y no es que los conversadores de anoche tengamos, me parece a mí, ninguna moral muy clara. Cada vez pienso más en la vida de uno como un rebañarse a uno mismo, un apurar los últimos azúcares de la existencia. Entre los cuarenta y los cincuenta me parece que el ser se devora a sí mismo, en una autofagia sentimental, mental, corporal, que no está claro si es una lucha contra la muerte o una anticipación histérica de la muerte. Creo que ya he hablado en este diario íntimo de lo comprensiva e inteligente que se hace la carne a partir de los cuarenta, y antes. Ahora hablaría de lo feroz que se hace la carne, la vida toda del hombre y la mujer. Hay una voracidad penúltima, encarnizada con uno mismo, contra uno mismo. ¿Devorarme yo a mí mismo o hacer que me devoren, dejar que me devoren? En todo caso, el placer maduro —cualquier placer y todos juntos— tiene un sabor de sangre y muerte que ya no es el de la

juventud, porque el joven apura el mundo, pero el maduro se apura a sí mismo. Y lo que es más terrible, se da cuenta.

domingo.

Lecturas: Adorno y Luis Cernuda. Adorno es el filósofo más atractivo de nuestro tiempo. Un postmarxista que ha llegado a la conclusión de que la filosofía es imposible, o casi, y entonces filosofa sobre eso. Nunca pierde la ironía, como hombre que sabe de la inutilidad de lo que está haciendo, y es el anti-Heidegger, en cuanto que da por terminado el idealismo en cualquiera de sus formas, incluso las más larvadas, como la de Heidegger. De Luis Cernuda releo «Ocnos» y vuelvo a gustar el placer del poema en prosa, que quizás es lo que más me deleita en el mundo, tanto para leerlo como para escribirlo. El poema en prosa es la escritura en estado puro, es la literatura virgen, porque ni siquiera tiene los condicionamientos mecánicos de la poesía en verso (que incluso el verso libre padece). Esto no quiere decir que en el poema en prosa valga todo. Más bien no vale casi nada, porque el poema en prosa ha de ser corto, puro y sintético. Los grandes poemas en prosa los han hecho Baudelaire, Francis Ponge, Juan Ramón y gente así. «Ocnos» suena un poco a «Platero», a un «Platero» menos anecdótico y menos coloreado, aunque también menos genial, pero sutilísimo, delgadísimo.

Un capítulo breve de Adorno, donde la inteligencia se clarifica a sí misma hasta el poso final de la ironía. Un poema en prosa de Luis Cernuda, donde la emoción lírica prescinde de las demás emociones, y se queda tan sólo con la emoción idiomática (son la misma cosa). Qué pasión esta de la lectura, qué placer casto y creciente, un libro que de pronto nos es idéntico. Aunque todavía leo mareado, a veces. Pero leo, y bastante.

lunes.

Comida en casa de Paco García Salve, el jesuita marxista de Comisiones Obreras. Tienen un piso alto, grande, nuevo y vacío en el barrio de El Pilar, su mujer (él la llama siempre compañera) es menuda, embarazada y militante. García Salve, grande, tranquilo, mesurado, como siempre. Entre el antiguo jesuita y el albañil converso hay un marxista que va trayendo platos de la cocina y poniendo la mesa.

Por la noche, cena en casa de Penagos con Máximo y Carlos Luis. Penagos, que tiene el gusto literario muy educado y al día, nos ha reunido, creo yo, un poco como a los tres lanceros bengalíes del moderno articulismo madrileño, que es lo que a él le gusta. Y pienso una vez más en la cosa generacional, no porque me importe nada —jamás he querido salvarme en grupo, y ahora ni siquiera deseo salvarme—, sino también por gusto literario clarificador. Vamos a ver: Nosotros tres en Madrid. Vázquez Montalbán y Joan de Sagarra en Barcelona. Cinco escritores de periódico y en periódico que, ínsitos todos en una misma generación y circunstancia, hemos devuelto al periodismo español un estilo crítico y una ambición literaria que quizá había perdido. Hay que añadir, claro, los nombres de Manuel Vicent, Terenci Moix y algún otro. Como hermanos mayores, Haro-Tecglen (en sus artículos literarios, para entendernos) y Álvarez Solís, también uno en Madrid y otro en Barcelona, para que siga manteniéndose el equilibrio.

Y hay que añadir, asimismo, a todos los que nos copian, siguen, plagian o continúan, incluso algunos editorialistas, como los actuales de «Diario 16». Fernando Savater, que viene de la filosofía, se acerca mucho a nuestra trinchera, y Carlos Semprún también. Como se ve, toda una nutrida generación (con los márgenes ortodoxos de unos diez o quince años entre unos y otros).

Algún día se estudiará eso. Yo ya lo veo muy claro, aunque no quiero ser en esto un Azorín (ni en esto ni en nada). Tampoco creo que nosotros seamos un 98, ni falta que hace. Pero el fenómeno de sociología literaria se ha dado, se ha producido, está ahí. Media docena larga de escritores de periódico con grandes afinidades e indiscutibles calidades. Juan Marsé se nos acerca desde la novela y enriquece el conjunto, pero la

vocación específica por el periodismo es muy clara en el núcleo central, que es el que he señalado al principio de esta anotación de hoy. Si los críticos e historiadores de la literatura no anduvieran siempre atados debajo del carro de la creación, como el perro de los gitanos, ya habrían estudiado estas cosas. De todos modos, da igual, claro. El único crítico un poco lúcido es la muerte.

martes.

Encuentro con Carmen Platero, a la que hacía mucho tiempo que no veía. Conocí a esta mujer popular, madrileña y de gran inteligencia natural, en los estudios de televisión, una vez que nos llevó José Meliá, con otras gentes, a grabar un programa sobre el erotismo. El programa no se dio nunca. Luego he encontrado a la Platero alguna vez, casualmente, por Madrid, bella y clara en la noche de los actores, o inesperada y riente en el día. Nació en la calle de Alcalá, es hija de un guardia municipal y tiene todo el talento, toda la gracia natural, todo el equilibrio entre sensibilidad y desgarró que sólo puede dar este cruce de pueblo y arte que hay en ella. Nos hacen creer en el pueblo gentes así. A ver si me explico: nos hacen ver lo que ya sabíamos, o sea que el poder de futuro del pueblo no es una utopía socialista solamente, sino una verdad latente. Qué pocas marquesas conozco que posean la inteligencia irónica, transigente y tornadiza de esta madrileña de veintitrés años, popular y natural.

De su belleza no voy a hablar. Es como una macarena madrileña dulcemente acanallada. En el cine le va regular. Buscan más que nada su rostro de virgen violenta y su desnudo tremendo. El cine español no tiene nada que ver con la sensibilidad. Y el periodismo, poco, porque precisamente por estos días he visto en un semanario una glosa desgraciada (sin gracia y con maldad) a una foto de Carmen. Ella se me queja de esto y me dice que lo va a mandar todo a la mierda.

Hasta siempre, Carmen.

La relectura de «Ocnos», que anoté aquí el otro día, me devuelve con una fuerza estimulante al poema en prosa, a la poesía pura, que es puro contacto con el mundo, entrecorrido desnudo de alma y vida, de cuerpo y luz, no otra cosa. El ámbito de esos encuentros es el lenguaje. He hecho algún libro que quiere ser todo él puro y mero poema en prosa, aunque los críticos (otra vez los críticos) los hayan malentendido como novela. Sobre todo «Mortal y rosa». En este diario íntimo supongo que también hay bastante poema en prosa, aunque he querido entreverarlo más de anotación cotidiana y calendario de las gentes, como debe ser en un diario. Pero, realmente, no hay género donde me encuentre más a gusto que la poesía, y sobre todo la poesía en prosa, que, como anotaba yo aquí el otro día, no obliga a nada, como el verso, y por eso mismo obliga a mucho más, obliga a todo. El verso, en fin de cuentas, es un recurso.

Porque además resulta que en el poema en prosa hay que hacer versos, pero sin que se noten.

En mis libros, en mis artículos, en mis cuentos, incluso en mis reportajes, siempre flota un poema en prosa, resuelto o no. Si no veo el poema no veo nada: ni siquiera la noticia. ¿Y el humor, que tanto uso hoy? Pienso si el humor no será una malversación de la poesía, su aberración satánica.

Por eso me apasiona también.

domingo.

Pongo domingo, aquí arriba, pero igual podría poner día sin día, hora de deshora, como Juan Ramón Jiménez. Estoy en el campo y es temprano, una hora rara, más pronto de lo que parece, más tarde de lo que realmente es. Una hora más por el sol, una hora menos por el reloj, o a la inversa. Los hombres, ya que no han entendido el tiempo, han decidido embarullarlo. El día amanece gris. En el campo no veo colores, a través de la ventana. Ahora me doy cuenta de que no había mirado al campo. Me asomo, me

cambio de gafas, miro. Pero uno tiene estos días de topo en que viene de la cama a la máquina, pasando por la ducha, sin mirar para nada el cielo ni la luz. El campo, sí, está dormido. Unos deportistas madrugadores y solitarios van y vienen por las pistas. Aquí estoy, enfermo, solo, desvelado y cansadísimo, iniciando un nuevo día. Escribo en este diario de vez en cuando, ya se ve, cuando puedo. He tomado dermocolon, que es una especie de cemento para el intestino. He tomado un huevo duro que había por la cocina, unas galletas, agua, más agua, dos optalidones, una pastilla de vitamina A para los ojos. Y me pongo a escribir, entre el valium de anoche y el optalidón de esta mañana, sostenido en el hilo químico de las anfetaminas o lo que sea. Antes de que lleguen los periódicos, antes de empezar a hacer artículos, escribo este folio o este par de folios. Son un poco como el banco de pruebas. A ver cómo va hoy la herramienta del cuerpo. Va fatal, ya lo sabía. Desde hace mucho, como tengo aquí anotado, el cansancio, el mareo y el dolor del ojo derecho. Sigo sin poder leer apenas. Le he dicho a alguien que pronto voy a ser el analfabeto más culto del país. Me dijeron los médicos que nada de nada. Es lo peor que pueden decirte, porque eso significa que te dejan solo con tu problema. «No tiene usted nada» significa «No sé lo que usted tiene». Y una sensación general de malestar. Diría que me siento calvo sin ser calvo. Las enfermedades del vientre me producen caída de la tensión, y si tomo algo para subirme la tensión, el ojo duele más. ¿Eso puede ser una pista? Se lo digo al médico por si puede ser una pista. Ni caso. Anoche oímos música hasta bastante tarde. A pesar del valium, sólo he dormido seis horas escasas, y me he despertado tenso, incómodo, con la cabeza como si fuese una piedra, y la almohada otra piedra.

Sudo al escribir. Tengo que cambiarme constantemente. No sé cómo van a salir hoy los artículos. Preferiría una enfermedad concreta, definida, con nombre propio, acorralable, a estos pequeños y grandes malestares vagos, a estas generalidades del dolor en las que no aprendo nada y de las que nada me explican. Pero sé lo que es estar bien, sentirse a gusto, despreocupado del cuerpo, y esa sensación es la que he perdido hace ya bastante tiempo.

Pienso que sin eso no hay nada. La gente, cuando celebra algo, no celebra otra cosa que su propia salud. Sin salud no hay celebraciones.

Ayer, por la tarde y por la noche, estuve oyendo viejos discos de Concha Piquer y Antonio Machín. Todo un viaje al pasado, a la infancia, a través de una música que ya entonces me decía algo, pero que ahora me lo dice todo, me explica la vida. En la medida en que estoy torpe para el presente, sólo me interesa el pasado. Nunca he entendido otra música que ésta. La llamada gran música, para mí no existe. Es un gran bulto de ruido. Pero en estas viejas canciones ha cuajado mi vida, está el tiempo como iluminado por un sol secreto y falso, y voy haciendo descubrimientos con la memoria (mucho más importante que los descubrimientos de la inteligencia, y esto me parece que es puro Proust). Sólo busco un poco de tiempo en estado puro, que dijo él. Y de la música tan sabida se levantan tardes perdidas, siestas infantiles, tristezas que recupero ahora como alegrías.

Un juego melancólico y fanático que no conduce a nada, y del que saco el propósito de escribir un libro —otro libro— nutrido de la memoria. Aunque no me siento con ganas ni de terminar este folio.

sábado.

La columna. Vive uno pendiente de la columna. Alguien decía que Amiel hizo un diario para contar cómo vivía, y acabó viviendo para su diario. Estas cosas pasan siempre. Yo, que llevo veinte años escribiendo artículos, ahora le he cogido un cariño casi senil a mi columna diaria en la prensa de Madrid. ¿Vivo para la columna? Prefiero no obsesionarme con la columna. (En bien de la columna, claro). Esta semana he ido a mítines políticos, he bebido en bota con los comunistas, he frecuentado viejas y nuevas amigas, he estado en Cuenca para que Guijarro me viese los pobres ojos rotos, he

escrito con cierto entusiasmo todo lo que tenía que escribir, he visitado en Entrevías a los jesuitas Llanos y Díez-Alegría, he hablado allí en un aula popular de cultura. Llanos parece el obispo de la miseria con chaqueta de jubilado. Díez-Alegría, que usa camisa sin cuello, parece un músico de izquierdas al que le ha desguzado el piano la contrarrevolución. Hago artículos sobre todas estas cosas. Vivo, escribo, voy y vengo por la columna, para la columna, en la columna. Antes decíamos articulista o cronista. Tampoco me parece mal lo de columnista, que es importado, claro, aunque casi nunca le den a lo de uno, en el periódico, estructura tipográfica de columna. ¿Me priva mi columna de hacer otras cosas? En absoluto. Hago libros, artículos, ensayos, viajes. Hago hasta el amor. Pero de alguna manera esa columna leve de tipografía cansada se convierte en el eje de mi vida pública y privada. ¿Y si mañana estuviese malo y no pudiera escribir la columna? No pasaría nada, porque una enfermedad contribuye a la gloria del columnista, si es corta, y si la enfermedad es larga, te olvidan, te sustituyen y ya está. Hemos sustituido a los grandes, a los genios, a todo el que se ha muerto. Cómo no van a sustituir a un pobre columnista. Lo que pasa es que uno se niega a sustituirse a sí mismo. Y no digamos a que le sustituyan.

A menos de un mes de las elecciones, está claro que el neofranquismo quiere continuarse a sí mismo bajo las fórmulas democráticas imprescindibles. Lo reflejo en mi columna. En esta temporada de exaltación, el escritor siente que la adhesión literaria del público se mezcla a la adhesión política. ¿Y qué política tengo yo? Me asusta un poco el contacto con el gran público porque me da la dimensión de la popularidad de mi columna, y eso es paralizante. La gloria de la columna puede acabar con la columna. Uno, tan escéptico, ¿cómo puede hacer creer a la gente en tantas cosas? Uno, tan cansado, ¿cómo puede haberse convertido en un profesor de energía? Cuando encuentro alguien que se me adhiere por mi desencanto, más que por mis encantamientos, se lo agradezco mucho en el fondo. Ése me ha entendido de verdad. Cuido los ojos en función de la columna. Leo poco, vivo como en el aire, tengo días buenos y días malos. La cuestión es salvar el cuarto de hora de escribir la columna. Si la columna sale briosa, movida, estructurada, viva y armónica, ya me da igual arrastrarme todo el día entre los lechos del dolor y los lechos del amor. (Esto tiene que quedar así de literario y de retórico, porque si no, no vale). Con qué poco esfuerzo podría convertirme yo en un líder político. Lo odio. No lo deseo para nada. Soy y quiero ser el escritor solitario entre la multitud, el escritor seguramente menor que ha explicado un poco de desencanto y de amor. Nada más. Ya veo claro que el escritor mayoritario que hay en mí, el escritor polémico, crítico, brillante, el escritor de la columna, ha secuestrado para siempre al escritor minoritario que más amo y que también hay en mí al ensayista lírico, al lírico solo. He presentado un libro mío. Alegre fiesta literaria. Todo eso está asegurado. Pero el ganado intelectual o pseudointelectual se niega a abreviar en los pozos más hondos y puros de mis otras cosas.

Por ahí anda otro Umbral que soy yo mismo: un escritor que leen y gustan las minorías más minoritarias. Ni siquiera las minorías que se han consagrado a sí mismas como tales. La columna. Soy el escritor de la columna y basta.

lunes.

Solo. Desesperadamente solo. Paseo en la mañana gris y verde por este barrio madrileño que es mi barrio, tan querido ya, tan triste, donde me nació y me murió un hijo, el hijo, única mano que he tocado, que me ha tocado de verdad en el mundo. Paseo despacio, solo, en la mañana del lunes, en la tristeza del lunes, y hay lejanos pregones mañaneros, como de la infancia, y un olor a primavera subterránea, un olor recién segado, bajo este mayo invernal y feo. En casa he hecho últimas y desesperadas llamadas telefónicas para romper la soledad, mi soledad. Las voces llegan por teléfono, a mi soledad, lejanas y pálidas. Son luces de voz que no llegan a alumbrarme ni mucho menos a calentarme. Estoy solo.

Voy a la farmacia, a la perfumería, a la rotisserie, al estanco, a la agencia, a la imprenta. Hago recados sonámbulos. Estoy solo. La soledad del hombre no es una cosa de la filosofía. Los filósofos no han hecho más que lucirse con ese concepto. No han hecho más que estilo. Estar solo es llamar a teléfonos que no suenan al otro lado de la ciudad, pasear en una mañana intemporal, en una mañana del pasado, que ha salido, de pronto, verde y fresca, con toda su tristeza de vecindario y sus pregones que vienen de un fondo que me asusta. No es la soledad del hombre, de la humanidad, lo que experimento, sino mi soledad personal de hombre que siempre ha estado solo, separado de los demás por landas de silencio, de miedo, de rencor, de vacío, de dolor, de odio, de desprecio.

Sólo un ser, sólo el hijo, durante unos breves y rubios años, me llevó de la mano al reino de lo unánime, a la aceptación del mundo. Después volvió a dejarme solo, insoportablemente solo, ya, y dialogo con él mientras voy y vengo por mi día solo.

martes.

El otro día escribí un poema a Rafael Alberti. No lo he publicado ni se lo he enviado a él. Decido meterlo aquí, en este diario, enterrarlo para que florezca o se seque entre las páginas del libro:

Alberti era una rosa grande de adolescencia,
Alberti era una espada rota contra los mares,
Alberti era el poeta alto de lejanías
cuya palabra de oro llenaron de silencio.
Iluminó mis años de niño de derechas
con la verdad remota de su clavel alzado.
Fuimos generaciones que vimos en Alberti
no sé qué azul torero al que aventó la guerra,
no sé qué alegre golfo hijo del veintisiete.
Le visité en Italia, Góngora en su palabra,
enriqueció mis ojos de claras sinestesias,
y un árabe de plata, barroco y castellano,
se queda ya en su verso, eterno contra el sol.
Ahora no vuelve a España: España es la que vuelve,
todo lo que resume este andaluz caliente,
museos que se levantan álgidos de su verso,
pueblos que se arraciman altos en su palabra.
Yo le visito a veces, toco su voz de lejos,
política y poeta, aves en su cabeza,
todo lo que la imagen como conocimiento,
todo lo que el barroco, como pan repartido,
puede dar a los hombres cuando lo parte un hombre.

Este poema, como otros que hago a veces, me plantea una vez más la enojosa cuestión de por qué no escribir en verso. Hay unos hallazgos que sólo da el verso. Pero está también lleno de recursos, de trucos. Prefiero el albur de la prosa. Es curioso cómo puede un escritor llegar a la madurez literaria sin haber elegido camino definitivo. Todavía no sé, en realidad, si lo mío es el ensayo, el poema, el artículo o qué. Sé muy bien, ya, lo que no es. Pero me moriré sin saber dónde habría dado mejor fruto mi palabra. Supongo que tiene que ser así. Si hubiese una opción muy clara, ya la habría visto clara. Por otra parte, me da igual. La realidad se cae en farallones enteros, a mi alrededor. Hay como un desplome general de la cordillera del vivir. Miré los muros de la patria mía. Nada es ni me importa. Mi soledad, que quizá alguna vez había sido un poco lírica, empieza a parecerme catastrófica. Me compro un pastel y me lo como. O me vuelvo a mirar el culo adolescente de una muchacha, dentro de su pantalón vaquero. Son gestos de la realidad, que se me insinúa allá lejos. Y me pongo a escribir

en este diario, un poco desesperadamente, como en el cuaderno de bitácora de un naufragio silencioso que está ocurriendo siempre y es lo único que nos ocurre.
jueves.

Ya no está de moda lo mondaine. Bueno, ya no está de moda la palabra. Porque lo mondaine sigue siendo lo mondaine y quizá más mondaine que nunca.

Lo que no está de moda, ahora, es el francés. Ahora se dice en inglés: la jet-society, la high-life, todo eso. Pero la gente se lo sigue pasando muy bien. Mi fascinación por lo mondaine es la fascinación de Proust por las marquesas, con perdón. Una fascinación distanciada. Cualquier cosa observada al microscopio es apasionante. Lo mismo una bacteria que una marquesa. Decía Ortega que el amor es un fenómeno superior de la atención. El odio también puede ser un fenómeno superior de la atención. Se observa atentamente a la marquesa o a la célula cancerosa, y puede acabar uno odiándola en seguida. Lo mondaine (prefiero seguir llamándolo así por lo que la palabra tiene ya de degradatorio y pasatista) es divertido. Lo mondaine es el esnobismo, es el mundo de la gente que se ha instalado en la superficie de las cosas.

Hay como una fiesta continua, una orgía perpetua, en torno mío, una fiesta giratoria, que diría Hemingway más o menos. Si uno quiere, puede uno empalmar la fiesta de la noche con la de la mañana, seguir con un almuerzo elegante y continuar en el cóctel de cada tarde.

Hay un momento en que uno descubre con perplejidad que podría vivir, comer y beber, mantenerse a flote indefinidamente sin más esfuerzo que sostener una copa en la mano y sonreír.

La sociedad burguesa siempre está dando una fiesta en alguna parte. Y uno siempre está invitado a esa parte o a otra fiesta. Lo mismo que en el mar, en la alta sociedad lo difícil es hundirse. Lo más fácil es mantenerse a flote.

No otra cosa es el playboy que el hombre de mundo de otros tiempos. El hombre que sabe estar en el mundo, flotar en el aire del mundo.

La tentación de lo mondaine (lo mondaine no resiste el más ligero análisis) es la tentación de flotar, de dejarse llevar, de sonreír y beber dulcemente. Siempre hay unas gentes dispuestas a invitarte, a llevarte de viaje, a darte de comer, poco importante o poco divertido que seas. Basta con muy poco. Hay momentos, situaciones de la vida en que ya es prácticamente imposible morirse de hambre o de soledad. Vas pasando de unas manos doradas a otras manos doradas como una mercancía frágil y distraída. Es un placer y una tontería.

—Cuidado, que le pueden comprar a usted, le pueden sobornar, le pueden integrar.

Estas advertencias, ya, nos hacen reír. Sonreír. Lo mondaine es tan vano y tan banal, con *be* y con *uve*, que sólo puede seducir a los tontos, y de hecho hay muchos tontos en el gran mundo. Los demás, cuando asomamos por allí, es, ya digo, para observar, divertirnos, distanciarnos y deducir una vez más que no hay nada tan hermoso como quedarse en casa con un huevo duro de cena y un libro de Luis Cernuda para leer toda la noche.

Lo que me fascina de lo mondaine no es lo mondaine sino ese fenómeno curioso y rotatorio, el movimiento continuo de la fiesta. El descubrimiento sociológico de que se puede vivir sin hacer nada, indefinidamente, sólo con ser un poco simpático, no dar la lata, no tener enfermedades, comprometerse con todas las mujeres y con ninguna, y no hablar de política.

Sobre todo, eso. No hablar de política.

Los mondaines, los mundanos no son más superficiales ni más profundos que el paleta o el intelectual. No son más cultos ni más incultos. Tienen una cultura de aviones, tabacos y Bahamas, como el pastor tiene una cultura de ovejas y estrellas, y el intelectual tiene una cultura de libros y fechas.

Siempre he sostenido que no hay cultura e incultura, sino diferentes culturas, porque de

hecho el hombre no puede vivir ni sobrevivir sin una cultura, es decir, sin un sistema de defensas y explicaciones frente al medio que le rodea. El esquimal tiene una cultura de iglú, focas y hielos que para nosotros sería un mundo y que no asimilaríamos en toda nuestra vida.

El snob también. El mondaine también. Lo que pasa es que hemos dado en llamar cultura solamente a la de los profesionales de la cultura. En cuanto a los valores morales, me parece que son igualmente escasos y lamentables entre las marquesas que entre los funcionarios del Estado. El cotilleo, la trampa, el engaño, el halago, la mentira y el odio se dan naturalmente en el pecho humano, y ya Borges nos hace observar que, después de los novelistas rusos, todo es posible, desde el crimen por amor hasta el robo por generosidad. Por eso la psicología ha perdido interés: porque del hombre puede esperarse todo y no hay que sorprenderse de nada. Ni siquiera de la bondad.

Hay temporadas en que me lanzo a lo mondaine, sin duda huyendo de algo, y pienso que todos los mondaines, todos los snobs huyen de algo. Una fiesta mundana es siempre una concentración de evadidos. Todo el mundo viene huyendo de algo, y se agarran al whisky como a un barrote de vidrio. Lo mundano se acaba en sí mismo, es el arte de la flotación, el vuelo sin motor, una dulce inercia en la que nos dejamos llevar cuando no tenemos valor o fuerzas para caminar por nosotros mismos.

Ay, a veces, si no fuera por lo mondaine.

sábado.

Leer. Leer en la mañana con sol, en el silencio con sol. Leer como si todos los males y enfermedades se hubieran volado. Leer antes de que despierten en mí, otra vez, los demonios del dolor. Llego a tener ante el libro la única emoción casta que se puede tener en la vida. Un temblor, una impaciencia, una pasión por la página blanca con su bloque ordenado y racional de tipografía. Leer, leerlo todo. Freud, Adorno, los malditos, los contemporáneos, Cernuda, cualquier cosa. La pasión de leer, y la lucidez de la lectura, en la mañana, después de una noche de insomnio, sudor, tos y cansancio.

Va a ser verdad lo de los místicos. El sufrimiento despeja la mente. Ahora estoy aquí, con el silencio del campo afuera, con el sol del mundo afuera (sólo un esquinazo de sol en la tarima), leyendo, entendiéndolo todo a todos los niveles. Es cuando el texto se vuelve transparente y dice mucho más de lo que dice. Una referencia a la Viena de entreguerras o a la prisión de Gramsci puede hacerme llorar. Es la emoción de la cultura, tan fuerte como cualquier otra emoción, y además, casta.

Cuando se lee así, cuando se es un lector así, uno se reconcilia con el mundo a través de un libro. Me lo preguntaba ayer Luis Calvo en una comida. Luis Calvo está ya viejo, con el pelo blanco, los ojos fijos y perdidos al mismo tiempo, los recuerdos revueltos y una admiración hacia mí que es la característica y paradójica admiración del viejo hacia el que no es tan viejo:

—¿Y te queda tiempo para leer, Umbral?

Me queda tiempo para leer, mucho tiempo. Lo que no me queda es vista ni luz. Porque ya no creo en el tiempo. Nuestro tiempo nos lo creamos nosotros y, según esté uno, le salen días llenos de tiempo o días sin tiempo para nada. Dice Freud que el destino es la anatomía. Dice Nietzsche que destino es carácter. Digo yo que destino es salud. Salud o enfermedad, claro. Yo, con salud, puedo leer todos los libros del mundo, o escribirlos, y amar a todas las mujeres. Pero como no tengo salud, o no toda la que quisiera, me limito a aprovechar este rato de silencio, luz, soledad y campo, para la casta lujuria de leer.

domingo.

Llevo varios días con tos, faringitis y creo que algo de fiebre. He decidido por fin no salir de casa. Soy el hombre sano con mayor capacidad de enfermar. Soy un enfermo crónico que no se decide a abandonar del todo los bosques de la salud. Le pego al

antibiótico, al expectorante y a otra serie de asquerosidades. Han venido a cenar anoche, entre otros, Moncho y Lindy, su mujer, que es neozelandesa, bella y distante. Un día, en su casa, me interesé por lo que ella estaba pintando. (Lindy pinta y escribe, yo creo que en una huida de pájaro encerrado hacia su Nueva Zelanda antípoda de Sevilla, porque ella es, efectivamente, como una sevillana del revés). Hoy me ha traído Lindy un cuadro suyo por el que me interesé. Lindy pinta fotografías, como hacía Cezánne en sus momentos de mayor encajonamiento en lo genital obtuso. Este cuadro está tomado de una foto familiar, donde hay dos señoras antiguas sobre unas rocas, junto al mar. Las damas están muy vestidas. Lindy las ha dejado sin rostro, y todo el cuadro un poco sin terminar, lo que le hace superior a otras pinturas de ella y le da un encanto entre naif y daliniano. El propio Moncho dice que parece un Ops, y tiene mucha razón. Lo comparo con un dibujo de Ops que tengo colgado en la pared. Ops es ese niño bueno, callado, amigo, gran artista minoritario que está entre Magritte y Marx. Lindy, rubia, callada, distante, traicionada en su seriedad por la gracia de su mal castellano, asiste siempre a nuestras reuniones españolas como un ángel ateo y distante.

El otro día —me parece que ya lo he contado aquí— vi a Luis Calvo en una comida. Calvo está todavía, muy viejo ya, en esa tradición de periodistas-escritores-bohemios-aventureros-humanistas-golfos-eruditos que se ha dado mucho en España y Francia. Después de la guerra, aquí el escritor se hizo más funcionario, en el sentido literal —y en el literario— de la palabra. Calvo es una lectura periodística de mi adolescencia. Lo hacía bien, aunque nunca estuve de acuerdo con sus tesis, con sus antítesis y mucho menos con sus síntesis. Pero uno por entonces, ay, buscaba estilistas antes que ideólogos. Quedan ya pocos escritores como Luis Calvo que son de una raza maldita que en España, por provinciana, se ha quedado en golferas.

Y Calvo me habla, curiosamente, de un libro sobre literatura maldita que ha salido en Taurus. No quiero decirle que lo tengo en casa, por no decepcionarle. Decepcionar a un viejo es peor que matar un gorrión, con ser esto cosa grave. Algo de gorrión berlinés y de paloma londinense —por su pelo blanco— tiene Luis Calvo en su vejez habladora, golfa y obsesionada.

Leo a Jaime Siles, un joven buen poeta, entre Cernuda y Juan Ramón, aparte toda la erudición poética que él despliega ingenuamente en su libro. Yo veo de lejos ese grupo de poetas exquisitos, intelectuales, cultos, que son la generación de los setenta. Una juventud bien comida y bien leída, que rompió elegantemente, sin una proclama, con la generación de la berza. Cuando yo era como ellos, alguien me llamaba señorito, porque se llevaba la vulgaridad como estilo. Ahora que ellos han impuesto la cultura, yo —uno de mis yoes, el más conocido— me difundo mediante un cierto popularismo. Pero en lo mejor que leo (y en lo mejor que escribo) me siento muy cerca de la literatura por la literatura que hacen estos chicos. Su poesía nace más de la cultura que de la locura, y cuando se fingen locos, resultan unos locos muy cultos, pero a mí me gustan. Félix de Azúa, Martínez Sarrión, Colinas, Gimferrer. De algunos soy un poco amigo. De otros, nada. Me da igual, porque me basta con leerles un rato, muy de mañana, como lo he hecho hoy, con la primera luz del día, que es la más pulcra, sobre su pulcro verso.

Doble agonía del domingo y la enfermedad. El domingo ya de por sí es una enfermedad, o al menos una convalecencia. Y encima la tos. Confío en mí mismo y en la neoliticina. Sudo. Menos mal que en estos días malos es cuando se escribe más suelto, como si escribiera uno ya, desde su propia posteridad, para uno mismo, libre al fin de la opinión de los contemporáneos. Voy a ponerme a trabajar, porque el catarro es, sin duda, buen articulista.

lunes.

Ese cuerpo ya árbol, esa esbeltez herida, aquel vientre ya añoso como un tronco, que

tenía en sí las circunvoluciones impalpables de la maternidad.

Aquel cuerpo en que te hundías, rauda y vivo, por hoteles casuales o polvorientas geometrías, mejor que en la carne joven de la luz o en el cuerpo pleno del presente. Aquella erguida ruina, música todavía musculando el desnudo, y entrar en una vida, en un espesor de hijos, hombres, destinos y años.

Arriba, como aves asomadas o piedras despiertas, los ojos, en los que se había refugiado toda la juventud verde y violenta que iba huyendo del cuerpo. Arriba, el viento rubio de bosques muy habitados, por donde sonaban violines y se despeinaban damas. Arriba, el pájaro cierto y femenino de una lucidez clara y torturada, como agua pura entre piedras demasiado agudas.

Pero el cuerpo era árbol, femenina arboladura a la que iban llegando otoños con dulzura de amor tardío o violencia de estrella loca. Ibas hacia aquel cuerpo, hacia aquella frondosidad de vida y drama, entrabas en el bosque de la culpa, en la cabellera del deseo, habitando tanta noche, tanta mujer, más y mejor que los dóciles mecanismos del amor.

Era un sexo mirado por viejos de provincias o un repasado cuerpo al que aflúan amantes, alcohólicas catástrofes, criados. Era, aún, el perfume extinguido de una clase social devenida clase poética, y un ramo de muchachas habitando ruidosas aquella copa de árbol de mujer sola.

Cuánta culpa, cuántas palabras, cuánto deseo, cuánto reproche, qué densidad de pasado. Conocías en aquel cuerpo, como en una aldea milenaria, la inmemorial condición de la mujer, su coro de temores y de horrores, y la velocidad caliente del placer que, como un firmamento deshecho o una rosa que estalla, pasaba de ella a ti, de ti a ella, en la apoteosis roja y triste del encuentro.

martes.

Cuando llevo casi medio año escribiendo en este diario íntimo, creo que ha llegado el momento de preguntarme por qué. No recuerdo si al principio del libro expliqué algo sobre las motivaciones que me llevaban —que me traían— a escribir un diario íntimo. Tampoco quiero mirarlo. Supongo que se escriben diarios íntimos al final y al comienzo de una vida, de una carrera. Cuando no se sabe escribir otra cosa y cuando ya se ha escrito toda otra cosa. Me parece que he llegado al diario íntimo por exclusión. Ya casi no soporto leer novelas, y mucho menos escribirlas. Mi pasado lo tengo muy escrito, y entonces me queda el presente. Del presente, hablo menos de mis contemporáneos que de mí mismo. No sé qué me aburre más, si mis contemporáneos o yo, pero en todo caso hay que hacer la experiencia de tomarse el pulso todos los días.

Si no es fácil estudiar al hombre en profundidad —quizá porque no hay profundidad, como he recordado aquí—, estudiémosle en extensión. Son las presentes sucesiones de difunto que decía Quevedo. Uno no va a llegar jamás a una definición absoluta, valedera y definitiva de sí mismo. El yo es lábil, y entonces no hay más remedio que recoger esa labilidad para tener, cuando menos, la curva de una impersonalidad, ya que nunca tendremos una personalidad. Últimamente he leído un poco a los conductistas, Skinner y eso. Es otro intento de resumir, aclarar y fijar al hombre para siempre. Los primeros intentos de esta clase se hicieron mucho antes de Sócrates.

Y se vienen anulando unos a otros. El resumen es que el hombre no es sino esa sucesión de intentos por definirse a sí mismo. La imposibilidad histórica de definir absolutamente al hombre debiera hacernos pensar que a lo mejor no es necesaria esa definición.

Leo en César Vallejo: «Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre. ¿Cabría aludir jamás al Yo profundo?». Yo soy ese otro que tiembla de frío, tose y escupe. El yo profundo y mayúsculo no me preocupa nada ni creo en él.

Escribo este diario para hacer la cuenta atrás de mi vida, el resumen cotidiano de todo lo que puede florecer en un hombre cuyo programa a largo o corto plazo es morir. La

cocina está llena de cacharros sucios cuando entro a beber un vaso de agua.

Junio, viernes.

ÚLTIMAMENTE, muchos catarros, enfermedades, dos viajes a Barcelona, presentaciones de libros y cosas. Firmo doscientos libros en dos horas, en la Feria del Retiro. La popularidad es agotadora, desconcertante y me temo que estéril. Con qué ilusión venía uno a esto hace años, como a luchar contra el dragón de las mil cabezas, el público, hecho un San Jorge bajo las frondas del Retiro, dispuesto a domeñar al dragón y hacerle leer un libro de uno. Ahora lo hacemos más que nada por complacer al editor. Pronto se arrepiente uno de su éxito.

En Barcelona, en el segundo viaje, me pongo muy malo antes de salir a presentar el libro, en el Ateneo, con una bajada de tensión que me he producido yo mismo con las cosas que tomo. Luego, esperando a Mónica Randall, que llegó tarde, se me pasó. He almorzado con Oriana Fallaci, con Manu y con Rosa. Le he tendido a la Fallaci la trampa del dandismo, por tenderle alguna trampa, y ha caído como una adolescente, esta vieja internacional, sabia y gran bruja del periodismo.

Pronto vi que se fijaba en mi traje negro, en mi larga bufanda blanca, en mi pelo largo. Al fin me hizo la síntesis acertada:

—Eres como Paganini, pero comes como un camionero.

Porque yo me estaba metiendo un gran chuletón argentino.

—Estoy segura de que te miras mucho rato al espejo antes de salir de casa.

—Te juro, Oriana, que no tengo más que un pequeño espejo para afeitarme.

—Entonces te miras en el agua, como Narciso.

—Sí, soy Narciso con paraguas. Una cosa surrealista.

Porque en el número dandy he incluido el paraguas. A mí esta tía no me epata. La llevamos al hotel Manu y yo. La veo sin prisa por quedarse sola. Está en la edad tardía, gloriosa y solitaria en que quizá aceptaría el amor de uno, de otro. Es Oriana Fallaci y sin duda no ve sus arrugas. Tampoco las ven las que no son Oriana Fallaci.

Ha venido a España a visitar las tumbas de los últimos fusilados de Franco, a provocar por la televisión, a recordar a su último amante. Yo creo que ha calculado mal. En este momento la España preelectoral es un inmenso y variado póster político, una interminable pintada que deja la ciudad temblorosa de letras y consignas, pero el Gobierno ya no se la juega deteniendo a nadie, y menos a Oriana Fallaci.

Los escritores no somos tan importantes como creemos, como cree Oriana. Luego, Manu Leguineche y yo llegamos a la conclusión de que Oriana se ha ido de España desencantada, furiosa, frustrada, enfadada y seguramente equivocada.

He estado en algunos mítines. En uno del pecé hablaron Tamames y Alberti en una tarde con sol. Bebí en bota con la gente, firmé muchas gorras rojas. Cómo explicar a este pueblo maravilloso y entusiasta que uno lleva dentro la sombra fría del escepticismo. Uno a lo mejor es un burgués. España, ya digo, vive las vísperas electorales con clamor, pero sin pasión, con barullo, alegría, fiesta, confusión, indecisión y prisa. La gente, en el fondo, quiere seguir siendo gobernada por la televisión. Carrillo ha dicho en una conferencia, más o menos, que el eurocomunismo nace del miedo a la bomba atómica. Hombre, a mí me gustaría un origen más noble, más intelectual, más humanista, para el eurocomunismo. Visito la exposición de Juan Gris en la galería Theo. He ahí un hombre que trabajó siempre en lo mismo con acendramiento y sigilo. Lo que uno hubiera querido para su obra. Casi exactamente al revés de lo que uno ha hecho. Gris no es genial como Picasso, ni francés como Braque, pero tiene la belleza de la constancia y el decoro de la fe. Aparte de que su cubismo no puede ser más bello, qué coño.

Cada uno de sus cuadros —muy bien elegidos —es como una bandera de la época, aquella época de entreguerras, incomparable y parisina, cuando las vanguardias hacían un verdadero Renacimiento de la cultura y los fascismos empezaban a ensombrecer Europa. En la galería Theo está siempre Soledad Lorenzo, una mujer tan

bella, tan serena y tan sentida que parece una modelo de Picasso (primera época), porque a fuerza de vivir entre la pintura se le ha puesto cabeza de mujer pintada.

Soledad me trata siempre con cariño y yo —ay— me enamoro un poco.

No necesito decir que sobre todas estas cosas he escrito artículos estos días. Ahora estoy aquí, entre el viernes y el sábado, acatarrado, con la cabeza caliente para escribir (lo cual es bueno), metido ya en junio, impaciente por apurar no se sabe qué, como siempre. El teléfono se estremece a ratos con voces femeninas, que son la palabra del mundo —la que más he querido oír—, diciéndose para mí todavía. Tengo que escribir demasiadas cosas, como siempre, demasiados compromisos, y ya no hago ni siquiera cartas. Tengo un ejemplar de mi libro de cuentos «Teoría de Lola», del que ya he hablado aquí, y anoche lo repasé un rato antes de irme a la cama. Me hace una desilusionada ilusión este libro.

Después del cuerpo a cuerpo casi lúdico con el público, en la firma de ejemplares, vuelvo a escribir para la masa de lectores sin rostro, hasta otro año.

jueves.

Almuerzo en casa de Carmen Garrigues. Veo a esta mujer de tarde en tarde. Tiene una belleza antigua, renacentista, malvada y burguesa que luego se corrobora en la gracia de su conversación y en su inteligencia salonnier. Andan unas cuantas mujeres como ésta por el mundo social madrileño. Ante ellas, siempre me pregunto qué podrían haber sido, adonde habrían llegado de no haber tenido que dedicar su vida a los hijos (Carmen tiene siete), aunque estén siempre muy asistidas de añas, ayas, amas y demás. Entre la vida social, las cenas, la fidelidad conyugal, los compromisos y los prejuicios de clase, se entierran para siempre muchas inteligencias femeninas de delicada calidad. Hoy, cuando las feministas hablan y escriben tanto sobre la falta de posibilidades (casi siempre posibilidades económicas) de la mujer en España, pienso irónicamente que también la mujer de grandes posibilidades económicas se pierde, se entierra y pasa ignorada. De modo que el problema femenino o feminista no es sólo un problema económico (o al menos directamente), sino de estructuras, y de eso que Eva Figs llama «la sociedad patriarcalista».

Hablamos todos los días de los talentos del pueblo que se pierden por una falta injusta de oportunidades. ¿Y los que se pierden por un exceso de oportunidades?, pregunto yo ahora sin ningún cinismo. Porque la llamada vida fácil, confortable, los grandes matrimonios burgueses, los muchos hijos y lo férreo de los círculos sociales ahoga también a muchas mujeres inteligentes de la alta burguesía. Mujeres y hombres, por supuesto, sucumben sacrificados a un medio entre frívolo y puritano: estéril en todo caso. Aquí no se favorece la inteligencia para nadie, ni por arriba ni por abajo. No sólo somos una sociedad pobre y clasista, sino también una sociedad torpe. Habría que hacer la demagogia de los ricos y decir que se malogran muchos talentos por exceso de dinero. Supongo que a Carmen Garrigues le divertirían estas reflexiones, si llegase a leerlas, aun cuando no van por ella completamente, sino que su caso, que sólo conozco muy exteriormente, me lleva a pensar en el problema general: aquí se malogra una duquesa como una oficiala. Aquí nos malogramos todos por falta de afición y de gusto, porque la sociedad española es más conservadora que creadora. Claro que la culpa de esto la tienen los de arriba, que resultan víctimas de su propia escasez de imaginación. Todo esto es muy sabido, pero a veces ante un caso como el de Carmen Garrigues, no puedo remediar tal reflexión. Y eso que esta mujer da una sensación de libertad, de inteligencia en despliegue. Me pregunto qué criatura podría fabricarse, qué vida, qué inteligencia, a partir de unas dotes naturales de originalidad y creatividad que ellas, las interesadas, han sacrificado voluntaria o involuntariamente a la perpetuación familiar. De estas cosas hablo, me parece, en mi «Carta abierta a una chica ultra», que nadie ha leído, y más vale, porque las pocas amigas que la leyeron, no dejaron de sentirse aludidas.

Me desconcierta siempre el derroche, en la naturaleza y en las personas. Esto quizá sea una consecuencia de mi infancia pobre, de mi afán intelectual de orden (afán que sólo es intermitente y tímido). No se trata, desde luego, de ninguna clase de puritanismo moralmente ahorrativo. Creo que el universo subsiste por el derroche. Pero no puedo evitar, a veces, el desconcierto ante un crepúsculo, ante el mar o ante la diversidad de una ciudad o la intensidad de una persona.

¿Para qué tanto?, me pregunto. Y esto, en el caso doméstico de una dama de sociedad indefinidamente dotada, se hace pregunta concreta: ¿está satisfecha esta criatura con lo que ha dado de sí, se siente plena en el despliegue, que a mí me parece muy parcial, de sus capacidades, tensiones y atenciones? Con frecuencia tengo, ante un ser humano, la sensación de estar ante algo inexplorado que él mismo ignora. Yo quizá me canso pronto de las personas, pero esto es cansancio mío, ya digo. Me parece más general y verdadera la sensación repentina de que un ser es inagotable y en toda su vida no ha hecho sino empezar a desplegarse. En las manos de Carmen Garrigues he observado un temblor. ¿Es el temblor de una energía no utilizada, es cualquier enfermedad estúpida, es el paso de una electricidad secreta por su cuerpo, no se sabe de dónde ni hacia dónde?

viernes.

Habría que anotar, como siempre, comidas, cenas, fiestas, enfermedades, actos sociales, actos literarios, esos sitios donde le halagan a uno la vanidad prostituida. Pero no tengo ganas. Hace poco, no sé cuándo, he almorzado con el pintor Viola. Manolo Viola, del que soy amigo hace casi veinte años. En tiempos me fascinó su abstracto. Hablo bastante de Viola en mi libro del Gijón. (Estos días han muerto, de cáncer, Grandío y Arias). Viola vive ahora en El Escorial. Tiene una cosa de corazón, como casi todo el mundo, y toma pastillas y le echa agua al vino. Hablamos de lo que hablamos nosotros siempre: César, el surrealismo, Sandra, el anarquismo, Franco, París y los gitanos. Es curioso cómo con cada persona tenemos un tipo de conversación, unos temas dados. Las amistades suelen ser monográficas. Con una persona se habla siempre de Cervantes y de la lluvia, por ejemplo, y con otra persona se habla toda la vida de mujeres y de dinero. Jamás saldrá Cervantes con el del dinero, ni a la inversa.

Esto del carácter monográfico de la amistad me hace pensar si no será que yo me pliego demasiado dócilmente a los temas de los demás, que naturalmente son siempre los mismos. Pero observo y a la gente le pasa igual. De todos modos, creo que soy de las pocas personas que escuchan a otro y tienen en cuenta sus temas y preferencias. Lo corriente es que cada cual ande por ahí con su monólogo que jamás se enriquece en diálogo. Viola es uno de esos pintores con conversación de escritor. Está más viejo, más cansado y me temo que más pobre. No lo sé. En todo caso, es un tipo que me va. Lo de mis enfermedades, esta temporada, va siendo ya tedioso, y me temo que para siempre. Con los ojos solamente me defiendo. Arrastro tos, faringitis, bronquitis y creo que fiebre desde hace casi un mes. Luego están los enfriamientos de vientre, que pueden presentarse, con derecho, en cualquier momento. Sudo, toso, me canso, duermo mal o duermo bien, voy de una casa a otra, aun sabiendo que no son las casas, sino el propio cuerpo, casa en ruinas, como dijo John Donne hace siglos.

No comprendo cómo hago tantas cosas, voy a tantos sitios, escribo lo que escribo e incluso tengo días gloriosos en lo sexual, en lo literario, en lo vital. La gente tampoco lo entiende, y así me lo dice todo el mundo: «Pero cómo hace usted tantas cosas». Bueno, pues yo, a pesar de todo, tengo una sensación de ocio. Las elecciones se aproximan y yo creo que van a ser una discreta jugada para asegurarnos una democracia monárquica, conservadora, muy de derechas y nada prometedora en nada. Unos luchan con más dignidad y otros con menos. Fraga me invitó inesperadamente a almorzar. He encontrado la corroboración de lo que ya sabía por experiencia personal y

por depuración de la imagen que este hombre da de sí: Fraga es un autoritario genético que se dispara en cualquier tema con autoridad y conocimiento. A su preparación y su energía le falta el toque final de la gracia y la comprensión de los demás. Entonces Fraga sería un humanista o un buen político. Pero hay como una fraguización o desfragación monstruosa de la persona Fraga, de modo que todo queda referido a él y todo viene a reforzar su autoridad natural, que es tan antinatural. Eso, potenciado por el Poder, da el fascismo o poco menos. Conmigo ha estado oficialmente cordial, innecesariamente simpático e incorregiblemente hablador. Casi dirigió mi menú. Él terminó con un irish-coffee.

Cena con Otero Besteiro, este escultor admirable y gallego confusionario, cuya obra se valora más por los compradores que por los críticos, me parece a mí. Besteiro se ha situado desde hace mucho en un nivel de jet-society, high-life, prensa del corazón y todo eso, con dalinismos más o menos afortunados y concomitancias con la oligarquía. De ahí ha pasado a una soledad creadora y divagante, pero, en el salto, ha perdido a los seguidores y los críticos serios, que, por esas razones misteriosas de nuestra vida cultural, me parece a mí que marginan un poco esta obra en función de la persona. Aunque parezca que es a la inversa, como siempre. Su casa en Majadahonda es siempre una sorpresa de arte, encuentros, objetos bien elegidos, ingenio plástico y gracia. Tiene un arpa para llamar a la puerta y una gigantesca, inútil y hermosa mesa de mármol y cristal. Ha invitado a cenar a una chica de diecinueve años, cordobesa, que era cajera en el supermercado de Majadahonda y se ha despedido hoy para irse a la India con unos amigos, supongo que en busca de la droga. La muchacha se llama Nieves, es rubia, popular, bella y escueta. Siendo baja, parece esbelta por su erguimiento y delgadez. Tiene cabeza de efebo y lleva el pelo muy corto. Habla con un acento cordobés corto y callejero. Supongo que Otero la requiere de amores. Puede pasar de todo entre ellos o puede no pasar nada. Le envidio a Otero eso que siempre me ha fascinado: el descubrimiento de la chica popular, efébrica y bella. No sé si la entiende. Desde luego, ella no le entiende a él. A mí me dice que parezco un poeta. Tiene esa seguridad simple y elemental que se tiene a su edad. Durante la cena hacemos frases sobre temas dados. Por ejemplo, el tiempo. Digo que el tiempo es la melena que le falta a Nieves. Nieves es como un gato limpio, distante, arrabalero y joven. No parece que le permita a Otero grandes confianzas. Miro sus ojos achinados, su nariz levísimamente aplastada, sus labios también como un poco aplastados, esos rasgos que me parecen muy característicos del pueblo cordobés. ¿Una morita rubia? No. No va por ahí la cosa. Más bien parece un efebo griego. Estas muchachas así tienen, entre otras muchas ventajas, la de ayudarle a uno a comprender la pasión de un Gide por el efebo, y otras pederastias. (La pederastia es fijación en los muy jóvenes, independientemente del sexo, o sea que yo soy pederasta de chicas). Sin duda, un homosexual vería en un chico de este estilo lo que pudiera tener de chica. Yo veo en esta chica momentos de chico. Pero qué alivio pensar que es chica. Ha empezado o va a empezar con la droga y terminará en la prostitución, supongo. ¿Y qué buscas tú en la India, rica? Pero ni me escucha. Va en la seguridad tan insegura de sus diecinueve años.

Me acuesto con el cabreo de haber renunciado a este tipo de descubrimientos, que son una arqueología apasionante de lo vivo y de la vida. Y con el cabreo de no saber por qué he renunciado. La muchacha era enigmática en su simplicidad. Una limpia esquirra del presente, de la vida de ahora mismo. Eso era.

sábado.

«Historia maldita de la literatura», de Hans Mayer. La mujer, el homosexual y el judío. Uno de esos libros que despiertan la concupiscencia de la cultura. Uno de esos raros libros en que la erudición no es una cerca espinosa, sino un bello tapiz, un juego. Cultura viva. Cultura vivida. O hacer que lo parezca. Siempre he admirado, gustado y

envidiado este tipo de ensayismo que se mueve en todas direcciones por los ámbitos libres de la cultura, dándonos una sensación de libertad. El juego siempre resulta fecundo. A mí me falta una cultura universitaria para intentar eso. Por otra parte, en el ensayismo siempre me noto entre dogmático y lírico, más inventor de teorías que vivificador de mitos.

Pienso que, después del estructuralismo, el conductismo y todas las fórmulas de sistematización del pensamiento, siempre sobrevivirá esta manera de escribir y de pensar, hecha de pura intuición y relaciones libres dentro de la cultura, entre la cultura y el mundo. Es el ensayo que se ha hecho siempre, desde Montaigne, y que en España se ha hecho muy bien, quizá por nuestro escaso hábito nacional para la sistematización y la abstracción. Es un poco el ensayo a lo que salga, aunque la férrea estructuración del alemán Mayer va por dentro, en este libro. De lo que se está tratando hoy es de someter la cultura mediante la cibernética, porque la cultura quiere mimetizar a la técnica y porque la técnica no soporta que se le escape nada, y menos un continente tan vasto como el cultural. Así que vuelve uno con placer y confianza a este tipo de ensayismo, reciente y eterno, en que un sabio mueve su sabiduría en beneficio del lector. La cultura no ha sido nunca sino un sistema de influencias y relaciones, pero el más libre de todos los sistemas. En América, desde McLuhan a Skinner, están tratando de pasar todo el humanismo por el cernedero de una computadora. Al final creerán que tienen la creación humana más ordenada, pero la mariposa de la cultura, con un ala de creación y otra de imaginación, se les escapará siempre.

No se cazan mariposas con computadora.

Habría que denunciar la cibernización de la cultura como parte de una conspiración mundial de los Estados de izquierdas y de derechas (la técnica acaba invariablemente siendo estatal), para arrancarle al hombre su última parcela de libertad, independencia e imaginación. La cultura es hoy incómoda para cualquier sistema, y por eso resulta sospechoso el afán de las ideologías técnicas por sistematizarnos y ponernos en claro. Se dice que es una necesidad de orden y racionalización. No es más que la manera que tiene la sociedad tecnocrática de rascarse el incómodo picor cultural. La imaginación y el arte cada día se vuelven más inexplicables.

Hans Mayer ha escrito su libro no hace mucho, de modo que me conforta encontrar que en la moderna Europa todavía hay humanistas que entienden el pensamiento como un juego libre de relaciones y la literatura como una expresión inmediata de la vida, como vida en sí, hasta llegar a la fusión y confusión literatura/vida. Me gustan estos libros donde se habla de Juana de Arco como de Don Quijote, sin distinguos pedestres entre lo histórico y lo mitológico. Hay un plano de la cultura en el que una persona real vale por un signo y un símbolo literario sólo puede ser entendido como individuo real.

El tema de Mayer no puede ser más apasionante. La mujer, el homosexual, el judío. Los grandes marginados de la Historia y de la cultura. Casi toda la literatura y todo el arte se han hecho sobre la mujer, pero siempre sobre la mujer como objeto maldito u objeto divino (la divinización es otra forma de marginación). Judíos y homosexuales dan una nómina inmensa, impresionante, de creadores de todo orden en la cultura de cualquier época. A veces, el judío y el homosexual coinciden en una misma persona, como es el caso de Proust (estudiado, naturalmente, por Mayer). Siempre me ha interesado la literatura maldita, siempre me han atraído las formas marginales de creación, siempre me he sentido un poco marginal (siendo un escritor tan aceptado: pero aceptado por un equívoco). La literatura maldita nace de las razas malditas, naturalmente. Pero no es sólo la expresión de unas minorías. La literatura y el arte están malditas desde hace mucho. Pasaron de ser sagradas en público a ser malditas en secreto, bajo el expediente de la aceptación burguesa. Estructuralismo, conductismo, etc., no son sino exorcismos de la técnica para controlar o anular un área

de la creación humana que hoy resulta indeseable: el área de la libertad.

domingo.

Hoy termina la campaña del Partido Comunista. Han decidido renunciar al último día de propaganda electoral para cerrar hoy el ciclo con una gran fiesta-mitín en Torreldones. Me he propuesto ir desde Las Rozas, por la mañana temprano, y para ello me acuesto a las dos de la mañana, y no a las cuatro, como otros sábados. Van a intervenir Melina Mercouri, Carrillo, la Pasionaria, Juliette Greco, muchos artistas y políticos españoles. Se calcula que más de un millón de personas asistirá a esta fiesta comunista. Pero ha amanecido lloviendo. Una gran tormenta de agua y viento. La lluvia pegaba abundantemente en las troneras esta mañana, cuando yo estaba en la cama. Sigo tosiendo, de modo que renuncié al mitín. Se van casi todos los demás de este grupo Las Rozas/Majadahonda. Deja de llover, pero el día está feo y seguramente frío y húmedo. Me quedo en casa leyendo, escribiendo, comiendo cosas, tomando medicinas. Lo último que me han dado para los ojos. El final de un ciclo de antibióticos para la tos. Una vecina me ha subido dos barras de pan. Como pan, queso, jamón, flan, una naranja.

De vez en cuando me asomo a la terraza y veo, a través del cristal, la lenta caravana de coches en la carretera. Muchos pasan con la bandera roja. ¿Por qué tiene que hacer frío a mediados de junio? ¿Por qué tengo yo que tener tos? Desde esta misma terraza he visto pasar, no hace dos años, el entierro de Franco. Ahora pasan banderas rojas, como velas valientes, por el mar gris de un cielo bajo.

Esto debe ser el paso de la Historia por debajo de mi ventana. Me hubiera gustado vivir este domingo en Torreldones. Cada vez llueve más. Regresa parte del grupo y me dicen que había mucha gente, muchos coches, mucho frío y cierta decepción. Se ha estropeado la fiesta. Estaban Camacho, el padre Llanos, Bardem, etc. Por la carretera, más coches de ida que de vuelta. Las elecciones son el miércoles y la lluvia también puede estropearlas. Ningún programa político ha contado con la lluvia. Aquí estoy, escribiendo, leyendo, cuidándome. Lluve sobre el corazón plural y democrático de España con esa lluvia especialmente obstinada de los domingos.

lunes.

En casa de Lola. Sé que cuando llamo por teléfono está tocando el piano y, además, escuchando un disco de Bach a todo volumen. Se envuelve en la música como en una forma gloriosa de desesperación. La encuentro más rubia, con mejor cara, con la melena recién lavada. Fuma mucho, aunque se lo tienen prohibido. «Me ha salido mejor el electro», dice. Y me enseña el electro. Esta mujer y sus enfermedades. Pero el pelo le ilumina bellamente el rostro y los vaqueros le modelan con grandeza los muslos. Los cuadros del viejo loco, las butacas rojas, la luz triste contra la sombra continua. «He tirado un vaso de leche en el piano». Ha tirado un vaso de leche en el piano. Y pulsa algunas teclas, que se quedan como pegadas. Se ha hinchado la madera. «Una de tus catástrofes», digo. «Una de mis catástrofes». Ahora se ha ido, Lola, a la izquierda del Partido Comunista. He seguido la evolución política de esta mujer, desde la vaga rebeldía juvenil, cuando ella gastaba falda escocesa, hasta el comunismo, el anarquismo, el terrorismo. Y ahora, las organizaciones obreras a la izquierda del Partido Comunista.

—Ten cuidado con la política.

—Ya.

Antes de la muerte de Franco, en tiempos de clandestinidad, ya andaba en el lío. Una vez me llevó a visitar a la mujer de Camacho, cuando Camacho estaba en la cárcel. Las fotos de Lola en las paredes. Fotos que coloqué yo, pero que —ay—, hizo otro. Otro la retrató desnuda en interiores deshechos, en casas vacías. O grandes cabezas donde el estupor de sus ojos, el gesto de su boca, la perfección infantil de su nariz, han quedado para siempre como un volumen de tiempo detenido.

Está aquí, en su apartamento, y yo creo que a veces se masturba con el agua de la ducha. Diría yo que por este lecho han pasado amantes oscuros, amigos de una noche, chicos de la revolución, extranjeros de música y de oro. No sé. Un hueco de hombre en que me instalo. Por el teléfono le llegan, como siempre, catástrofes, malas noticias familiares, conversaciones de la madre, el parloteo de las hermanas, un hombre, quizá, un hombre.

Sale a comprar cocacolas, galletas, algo. Me quedo dando vueltas por el apartamento. Mirando discos, libros, rincones, armarios, espejos, colonias, oliendo ropas, trapos, jabones. Vuelve con su compra. La llama al teléfono una hermana o una amiga. Que está sangrando por la matriz. «Está sangrando por la matriz». Dice que luego irá a verla. «Luego iré a verla». Siempre, en torno de su vida, la locura, la sangre, el alcoholismo, el sexo, las enfermedades, el desorden. Pero cruza sus larguísimas piernas en la pequeña butaca roja, fuma apaciblemente con una mano que, como le dijo alguien, «se dobla por tres sitios». Tiene unas ironías repentinas e inteligentes que ella es la primera en reír, como todos los tímidos. El tímido ríe siempre sus propias gracias. Lola tiene una reposada calidad de leche y amor en su piel, en su cuerpo, en sus muslos de un blanco fundamental y monumental.

Desnuda tiene momentos de arcángel y de efebo. Sus senos han madurado con el tiempo, han ganado un espesor leve, una gracia de línea que no tenían. Todo su cuerpo es una monumentalidad difícilmente armonizada. Se inició en la timidez, la sangre y el miedo. Hoy, en el amor, tiene una dulce precisión que no sé dónde ha aprendido, que no sé dónde ha ejercitado. Ella dice que con nadie, que en ningún sitio. Esas manos sensibilizadas por el piano, esa boca profunda, ese amor que ella da, hecho de saliva y oro. Tiene, en el amor, la respuesta pronta, violenta y paroxística de los enfermos, de las enfermas. Láminas de Marc Chagall, Baudelaire en francés, el disco parado, el piano con las teclas manchadas de leche. Con los años ha conseguido la naturalidad, deslizar su timidez como una cortesía, pasar del grito a la sonrisa y del desnudo al vestido con una sencillez de hermana o de esposa.

Llaman otra vez al teléfono. «Que sigue sangrando». Tiene que ir a remediar esta nueva calamidad. Cuando no es así, cuando se queda en casa, lo que perdura en este rincón del gran rascacielos madrileño, es, de nuevo, una hoguera de música barroca, y ella, medio desnuda medio vestida, tocando el piano, luchando con su música contra la música, enfrentando dos aguas o dos fuegos. Una colonia sencilla es el rastro de su amor.

martes.

En casa de Serena. Serena vive en una casa fría. Siempre ha vivido en casas frías, o me lo parece a mí. Siempre ha vivido sola en casas a media luz, rodeada de libros políticos y revistas progres. Toda su vida está entre el sexo y la política, me parece a mí. Serena es esa densidad de mujer que asusta un poco, esa intensidad de sentimiento que le deja a uno sin fuerzas para la réplica.

Serena es la inteligencia analítica y triste, el pesimismo lucido y cálido. El amor. Serena lo razona todo, a primera hora, y a última hora llora por todo. No se puede ser analítico indefinidamente. Al final hay que llorar y Serena llora. Serena tiene una cabeza y un cuerpo de encanto maya, de gracia alfarera. Es como una vasija más graciosa que esbelta, más sólida que lírica. Serena tiene una gran tristeza agresiva en la boca y fuma con unas manos que son como dos piezas perfectas, escuetas, terminadas, secas y útiles. Conozco tan bien a Serena.

Serena viene de provincias tediosas y platerescas, de amantes cojos y tristes, de conspiraciones políticas y trabajos que no le gustan. Serena es una inteligencia ordenadora y masculina que se traiciona cada día de vehemencia femenina y de llanto. Serena, en la conversación, me devuelve como tuyas cosas que yo le he dicho hace mucho tiempo, y que le repugnan ya un poco a mi memoria. Esto me pasa con casi

todas las mujeres. La capacidad de impregnación de la mujer es muy grande, aunque a ellas les moleste ahora reconocerlo. ¿Por qué una mujer, aunque sea tan autónoma como Serena, se colorea siempre de la mentalidad y las costumbres del macho?

A lo mejor esto que estoy diciendo es puro machismo. Sólo quiero ser honesto en mis observaciones sobre seres que valoro mucho. Serena tiene una sexualidad caliente, trágica y difícil, y creo que yo le he abierto puertas que no le había abierto nadie, en este aspecto. Puertas que ella se obstinaba en mantener tercamente cerradas, porque Serena es de una lucidez lineal y dura. Serena, en fin, sería la mujer ideal si uno buscara la mujer ideal. Pero uno ni sabe lo que busca.

Qué atemperado, lo vasco, en mí. Nunca he escrito de eso, y, sin embargo, hay un vasco paterno diluido en mi sangre, que es lo que me ha dado la estatura, por ejemplo. Quiero a los vascos, claro, pero jamás me recuerdo vasco. Soy ario. ¿Soy ario? Soy rubio. Muy blanco de piel. Tengo muy cantada mi blancura. Uno lo tiene ya todo muy cantado, sobre sí mismo. Cantado y decantado, ay. Demasiado. ¿Demasiado? El pelo lo he tenido rubio hasta bien entrada la juventud. Ahora lo tengo de un castaño oscuro, triste, mediocre. Es igual el color, porque de todos modos se va cayendo, aunque las canas lo prestigian un poco. No entiendo cómo hay hombres que se tiñen las canas. Y no es que no entienda la coquetería masculina. Nada entiendo mejor. Pero las canas me parecen una coquetería natural, admirable. Me he sorprendido sólo dos o tres veces en mi vida pensando en lo vasco que hay en mí, en el vasco. Un diluido pelotari que me va por las venas.

Un sol igual que un arpa de oros sacrificados,
un sol entre la lluvia, como una triste mano.

Todavía la tristeza, fagot de mi pasado,
sonando en la memoria cansada de un cadáver.

Un sol de tarde muerta tañendo silencioso
guitarras de la lluvia, arcángeles de coro,
y todavía mi cuerpo, sonante a cementerios,
partiendo en dos la sangre con pensativa espada,
y todavía mi cuerpo, mano que toca el tiempo,
caligrafía de selvas diciendo mi palabra:

la fiesta de los sexos, la fiesta de la prosa.

Y todavía mi cuerpo contra esta luz que mata.

Me ha salido, hoy martes, de pronto este poema. El poema se hace solo dentro de uno, se cuaja. Ya tengo escrito sobre el tema en este diario. Los trucos y los hallazgos del verso. En mí es casi monocorde la música alejandrina. Pero no siempre puede uno escribir alejandrinos, ni mucho menos. A veces hago otros poemas. Éste lo paso al diario porque me gusta. Dice todo lo que quiere decir, todo lo que tiene que decir. Y lo dice bien. (Fondo y forma, qué horror). Lo dice bien porque lo dice. Si no, no lo diría. ¿Qué dice? Nada. Pero siento que me expresa, que cuaja un instante triste de mi triste vida.

La donación del poema, esta donación que me hago a mí mismo, me lleva a reflexionar un poco, una vez más, sobre la inspiración. Y no hay que tener miedo a la palabra. Estado propicio. Buena salud. O mala salud propicia. Ese rayo de la euforia, en que se escribe bien, se tienen cosas que decir y se dice lo que se quiere y lo que se tiene. Lo malo es que dura poco. De pronto se nubla el sol sobre la prosa. A medio folio, a la mitad del artículo, a la mitad de la página, uno advierte, de pronto, que la cosa se ha ido, que el pájaro ha volado, que hay que seguir, ya, sin luz, un poco a oscuras, sólo con el oficio, con la voluntad, con la inteligencia, pero ya sin la cosa.

No es cansancio paulatino ni decadencia. Es como el aletazo rápido con que el pájaro deja la rama. De un renglón a otro pasa uno de la genialidad (entiéndaseme, por favor) a la laboriosidad. Yo era un tocado, un agraciado, y de pronto soy un amanuense, un

honesto trabajador.

Esto, si se piensa, llega a ser angustioso. Es como cuando se retira el sol, en este junio lluvioso y gris. Hay rachas de euforia creadora, hay momentos mágicos. Ya sé que todo puede ser una conjunción de salud e información adecuada, pero esa misma conjunción me parece milagrosa. La racha se va de golpe. Cesa como cesa una música en el tocadiscos, en la radio, cuando alguien cierra el botón de pronto. Y ya, sin música, se queda uno trabajando pacientemente la letra. Tristemente.

Mañana se celebran las elecciones generales. Anoche he visto por televisión a los líderes de nueve partidos, de los nueve más importantes. Suárez, el candidato presidente, estuvo entre amargo y grave. Es el tono que le ha quedado de cuando habló al país, en enero, para confirmar que estábamos dominados por el terrorismo. Luego, todas sus intervenciones en televisión han sido así. Le ha quedado, ya digo, como la inercia de lo dramático. Por otra parte, es indudable que la televisión le ayuda, le favorece, le prestigia, le cuida. Estamos en el culto al poder desde el poder. Lo de Franco, más o menos atenuado. Supongo que tiene las elecciones ganadas. Luego habló Tierno Galván y puso el énfasis sobre todo en la necesidad de hacer una gran Constitución, una hermosa y valedera Constitución. Está claro que él sería el hombre llamado a redactarla. No descendió a lo concreto ni creo que conecte nunca con el corazón demagógico del pueblo. Es un religioso laico de serena inteligencia y dulce palabra. Los falangistas estuvieron estudiantiles e inefables. Felipe González, con su socialismo andaluz que llega a todo el mundo. Así y todo, le encontré un poco remontado a la abstracción. Esperaba de él demagogias más concretas. Pero su partido se llevará, quizá, mañana, todo el voto real, porque lo de Suárez es el voto oficial. Un socialismo atemperado, festero, populista y en libertad, como el de Portugal, e incluso con mejor imagen y mejor líder que el de Portugal, lo tiene todo hecho en España, porque el franquismo ha dejado unas inmensas clases medias parvenus que no quieren implicarse en grandes transformaciones de la Historia, sino vivir un poco mejor. El socialismo resulta así, paradójicamente, heredero o beneficiario de la labor franquista. Santiago Carrillo fue el mejor. El más natural, el único que desdramatizó su intervención e incluso rozó la ironía. Claro que cayó en lo demagógico: «Rechazan el aborto los que llevan a sus señoras a abortar a Londres». Pero dijo muchas cosas y muy concretas e incluso tuvo la habilidad de deslizar el mensaje subliminal, para católicos, de unas palabras del Evangelio dichas como de pasada: «Los que tienen hambre y sed de justicia». El candidato comunista fue el único que aludió, así, a la ideología católica en esta católica España donde parece que el catolicismo ya no se lleva. Ni siquiera los democristianos, que hablaron en último lugar, rozaron para nada el cristianismo.

No sé si se me olvida alguno. En todo caso, no se me olvida Fraga, cuya intervención se fue llenando de violencia y de yoísmo a medida que hablaba. Este hombre se inunda de sí mismo periódicamente. Habría que baldearle. Se ve que los diez minutos de precepto eran poco para él. Habló cada vez más de prisa. Es un hombre transparente. Una gran fuerza, un gran bloque que se transparenta. Se le ve la ambición, la impaciencia, el autoritarismo, la ira. Se le ve todo.

Cantarero del Castillo equivocó el tono, poniéndose en mitin, pero dijo muchas cosas y muy concretas. Lo que pasa es que está viviendo de una ideología prestada, la del socialismo. ¿Y por qué no se integra en el socialismo directamente? Supongo que por necesidad personal de mandar, de ser cabeza de algo. Los políticos son cómicos porque son el hombre-límite. Este apremio del yo que todos comportamos, en el político se da sin interferencias. La literatura, el arte, la ciencia o el deporte cubren un expediente cortés de intereses que distancia un poco la grosería del yo. Pero el político es el yo en estado puro, el más obscuro ejercicio del yo.

Claro que de vez en cuando dicen eso de que su vocación es sacrificarse por el pueblo.

Suárez lo dijo anoche. Pero nadie repara en ello. Queda claro que la política supone el más descarado ejercicio del yo. Lo que Nietzsche llamó de una vez para siempre la voluntad de poder. Preveo para España una democracia burguesa y recortada (como dijeron algunos líderes por la tele), con Felipe González como toda izquierda. Un contacto a sinistra con la socialdemocracia. Bien poca cosa. Nada. Los líderes comunistas ortodoxos y heterodoxos serán robinsones heroicos y malditos en el juego parlamentario. La única oportunidad de la izquierda está en el sindicalismo, en la fuerza obrera. La cosa vuelve, así, a plantearse de una forma elemental. No dando oportunidades a la izquierda parlamentaria se provoca y convoca involuntariamente a lo más radical de la izquierda: a la huelga general. (Descarto el terrorismo por fascista). ¿Cómo no ven esto los promotores secretos de todo el asunto? Mañana, seguramente, todo esto que estoy escribiendo resultará equivocado y pueril. Bueno, también se equivocan, y mucho, los políticos profesionales. Yo, al fin y al cabo, no soy del oficio.

domingo.
Se celebraron las elecciones el miércoles. Hace mucho que querían conocer el rostro del pueblo. Bueno, pues el rostro del pueblo es socialista. Sin embargo, no van a gobernar los socialistas, claro. Siempre hay recursos para que todo siga igual. Supongo que no van a llamar al Gobierno a un solo socialista. Que se queden en la oposición. Para eso está la oposición. Ahora somos muy británicos, de pronto.

La jornada electoral del miércoles la viví a tumba abierta. Por la mañana en los colegios electorales, por la tarde en la sede de los partidos, por la noche en los periódicos y agencias. Toda la semana ha sido electoral, porque, además, la tardanza casi cómica en el recuento de votos ha alargado mucho el tema. Ayer por la tarde estuve en un coloquio, en la revista «Marie Claire», con Nacha Guevara y Gemma Cuervo. Me parece que hablo de ambas en este diario, a principios de año. Gemma sigue siendo una mujer que me erotiza mucho, como creo que ya he anotado aquí hace meses, aunque a ella no se lo he dicho nunca ni se lo diré, me temo. Lleva encima todos los estigmas de un erotismo convencional, pero, convencional y todo, funciona.

Nacha Guevara es pura inteligencia, espíritu puro. Yo creo que está aún más delgada que cuando vino a España huyendo de Videla. Tiene unos ojos negros, inmensos, espesos, y sin embargo fríos. No hay más que inteligencia en ellos. Por lo demás, es un esqueleto o armazón que permanece como almacenado, reunido en sí mismo, a la espera de convertirse en otra cosa, en miles de cosas, sobre el escenario.

Nacha me pide que le escriba algo para su espectáculo. Pienso que con ese exagerado acento porteño se puede hacer el Hamlet o una puta de Palermo, pero nunca una marquesa madrileña, que es lo que podría escribirle yo. Hoy, en el campo, estoy infinitamente cansado, infinitamente solo, infinitamente finito. He dado un paseo de una hora entre el olor luminoso del campo y los tediosos olores del pueblo.

viernes.

Larga conversación telefónica con Teresa Badell. Conocí a esta mujer hace bastantes años, ocho o diez, en la vida cultural madrileña. Nos dio una fiesta en su casa a unos cuantos y luego he vuelto a temporadas por esa casa, en cenas, almuerzos y fiestas más o menos multitudinarios o privados.

Es, como Carmen Garrigues, de la que creo haber hablado en este diario —y de la que Teresa es compañera de infancia—, una mujer lista y bella de la alta burguesía madrileña, casada joven, con bastantes hijos, de la que piensa uno que podría haber dado bastante más, en el aspecto intelectual, de lo que ha dado. Son, como decía de la otra, los talentos que se pierden por arriba. Tantos como se pierden por abajo.

Teresa es alta, ahora lleva la melena clara, tiene en los ojos un verde relampagueante que a veces se le entenece, y conserva una esbeltez con quiebro casi adolescentes. Ha vivido siempre entre el conflicto heredado del catolicismo pietista y la impaciencia de su natural talento inquisitivo, insolente y destructivo. No se ha cultivado lo suficiente,

yo creo, pero su inteligencia natural suple muchas cosas. Y también su maldad natural, diría yo, pues es divertidamente mala, sutilmente dañina cuando quiere y con quien quiere, pero sin perder nunca una gracia y un buen estilo que es un estilo de clase, pero que en ella, como en otras criaturas, llega a alcanzar superior categoría.

No todos los soldados son igual de aguerridos ni todos los obreros igual de nobles ni todas las marquesas igual de listas o de tontas. Sobre el soporte general de la clase, el individuo potencia a veces esas virtudes colectivas —o esos defectos— con una conducta personal que, sin dejar de ser la de su clase, va más allá y resulta mejor. Miguel Hernández es una alta cima del pueblo español y la señora de Guermantes es una alta cima de la aristocracia francesa. No se trata de talentos desclasados —como casi todo talento—, sino de cimas en la cordillera general de una clase, de genialidades integradas, de individualidades que levantan y potencian lo colectivo y no van contra ello, sino que están en ello.

Teresa Badell ha empezado varias carreras, varios negocios, ha tenido varios hijos. Yo intuyo en ella eso que Pirandello llamaría terremotos interiores. Pero, con conocerla bastante, no la conozco bien. Reparte su vida entre el golf, el matrimonio, Sotogrande y Madrid. Tiene inteligencia para los negocios y viveza para la cultura. Imagino que todo lo ha puesto al servicio de la familia. Tiene también un aura de frivolidad y esnobismo muy Serrano, que ella no admite de ninguna manera, y que seguramente no reconoce en sí, porque la verdad es que no nos vemos, somos opacos para nosotros mismos y pasamos por la vida como dentro de una vitrina cuyo cristal esmerilado nos impide reconocernos, aunque los demás valoren muy bien —o muy mal— la vitrina.

El caso particular de esta mujer me plantea una vez más el caso general de las españolas de clase alta que se pierden o no se realizan por exceso de medios. La burguesía es tan alienante como el mundo del trabajo y la explotación, para la mujer. No quiero hacer dramatismo a costa de nadie, y puede que estas burguesas madrileñas sean felices, pero me parece que no han dado todo lo que podrían dar.

Siempre que me llama por teléfono, Teresa me paraliza el trabajo, a media mañana, y me deja el artículo colgado. Ella lo sabe esto muy bien, y me lo dice, pero sigue con sus historias de cenas, fiestas, viajes, niños y hermanas. Cuenta bastante bien, tiene el talento irónico de contar, y pasa por lo fútil con gracia y por lo terrible con ligereza. Podría ser un buen personaje para unas crónicas, para unos relatos, para algo, pero ella se resiste a eso con esa resistencia de clase que es también muy española: los obreros y la aristocracia, en España, temen a la letra impresa como a la difamación, sin duda porque la identifican con la difamación, por un vicio de origen que quizá nace en la ignorancia heredada, porque la ignorancia se hereda, como la cultura. La burguesía alta ha mimetizado en esto a la aristocracia. Teresa cuelga el teléfono y por fin puedo seguir con el artículo.

sábado.

Almuerzo en la Embajada de Argelia. Hace años que vengo a esta Embajada. Son gente cordial. Hafida, la embajadora, fue guerrillera y mujer del desierto. Hoy es una de las damas que mejor reciben de Madrid, pero conserva un hermetismo oriental, velado por su francés de antigua colonizada y su castellano a media voz. Hacen una vida un tanto francesa, estos argelinos, y pienso en la ironía de la Historia, por la cual un pueblo lucha hasta la muerte, en nombre de su emancipación, y luego conserva cuidadosamente la herencia de los colonizadores expulsados y se enorgullece de ella. Algo no muy diferente ha ocurrido durante muchos años en Hispanoamérica con referencia a la cultura española. El embajador y su colega francés juegan al ajedrez sobre la hierba del jardín, bajo el sol monárquico de junio. La guerra de Argelia, la OAS, De Gaulle, los paracaidistas y todo aquello fueron necesarios para que estos dos hombres, que se revolcaron en trincheras contrarias, se revuelquen hoy en una partida de ajedrez. La Historia se resuelve siempre en una partida de ajedrez, y así lo he

escrito en un artículo.

Almorzamos en el jardín. Carlos Saura, Mónica Randall, una señora que es de Fraga, los niños de los embajadores, un marino y su mujer, una pintora argentina y un gran coleccionista español de pintura moderna. Más gente. Lo pasamos bien, sentados en alfombras argelinas, sobre la hierba. Carlos Saura me confiesa una vez más, en medio de la conversación política, que él no cree en nada:

—Todo es una farsa.

Carlos ha optado desde hace muchos años por una especie de escepticismo bondadoso, de acracia feliz. Mónica Randall está orgullosa del comportamiento electoral y progresista de su Cataluña. Carlos le observa las uñas de los pies, cuidadosamente pintadas de rosa, y llega a una inteligente parodia de la mujer pintándose los pies. Reduce la escena al absurdo muy finamente. Pienso que la inteligencia de este hombre se vuelve a veces contra él, en sus películas. Es de una placidez irónica que me le hace muy agradable. Pienso que nos tenemos una simpatía mutua. Mónica, tan bella, tan reposada y tan lista, comunica un sosiego inteligente de mujer que ha llegado a una especie de vida vegetativa por vía intelectual. En sus ojos cabe toda la mañana, y la reflexión de Carlos sobre sus pies pintados es algo que me hubiera gustado hacer a mí.

La piscina, el jardín, el criado argelino, que es como el Sha de Persia con chaquetilla de camarero. Todo tiene un tono casi proustiano y casi francés que me hace poner plácidamente en duda la dinámica de la Historia, porque la Historia vuelve siempre a enlazar en estos modos de vida burgueses, refinados, convivenciales y soleados. El embajador de Francia es un hombre de pelo gris y rostro agudo, muy francés, que habla continuamente en su idioma con una persuasión confidencial y a veces irónica. Hafida se pone sombreros de paja que hacen de ella una Odette oriental, morena y hermética.

Todo el sábado ha sido un día de flotar en el sol fuerte y dulce. Antes y después de la Embajada. Uno de esos días plenos, redondos, colmados de luz y conversación. Esta temporada tengo muy malas noches sudorosas, pero en cambio tengo días dorados y satisfactorios como frutos. Carrillo y toda la oposición charlaron con el rey en el Palacio de Oriente, en la recepción oficial. Los rusos atacan a Carrillo duramente estos días. Sin duda porque ha perdido las elecciones. Si su eurocomunismo hubiese dado mejores resultados, imagino que se habrían tragado su repugnancia ante el procedimiento. Hablamos de estas cosas en el jardín. He tenido muchos almuerzos y cenas en esta casa, pero ninguno tan conseguido como éste. Es una Embajada socialista y tercermundista a la que llega, como un sutil halago, el toque francés de la nostalgia por el dominador que experimenta siempre el antiguo dominado. Una nostalgia casi femenina. También se da el fenómeno histórico a la inversa. La única relación humana posible es la violencia, pero la secuela de la violencia es siempre la melancolía.

domingo.

El abrigo me lo compré hace años, en un invierno frío y lleno de lutos, porque me dijo Miguel Delibes que yo llevaba abrigos demasiado cortos. Buscando en la boutique de unos grandes almacenes encontré este abrigo largo de cuello rizado, entallado, que era inglés y lo tenían allí olvidado por imposible, pues aquel invierno todo el mundo se compraba el loden verde y hortera. Hasta los asesinos de Montejurra y Madrid iban de loden.

Un día me lo comentó Alfonso Sánchez, que también tenía un loden:

—Yo tengo un loden y un abrigo de piel, y siempre había creído que mi abrigo reaccionario era el de piel. Ahora resulta que es el barato, el loden.

Como yo no tengo prejuicios políticos, me compré mi abrigo inglés que era como para ir a la Cámara de los Lores.

Aquel abrigo estaba allí para mí, pero en las tiendas casi siempre ocurre que no aciertan con lo que quieres, que no eres tú el que elige abrigo, sino que el abrigo te elige a ti, y de pronto sientes que aquel abrigo tienes que llevártelo. Ya dijo don Antonio Machado que nadie elige su amor. Yo creo que, asimismo, nadie elige su abrigo.

El primer invierno lo llevé largo, demasiado largo, porque realmente el frío me tenía acobardado. Al segundo invierno ya me lo corté un poco, y así ha tirado varias temporadas, francamente elegante, azul oscuro con su cuello rizado y negro. Lo que no me explico es cómo aún no había escrito nada del abrigo. Es como un conde que me acompaña siempre a todas partes. Como un conde de la familia.

—Pareces un conde —me decían los que me veían con el abrigo.

Pero yo sabía que el conde era el abrigo.

A veces lo llevaba con una bufanda roja y larga, o blanca y larga. No pegaba mucho, pero pegaba. Se le ha ido pelando el cuello y esto le da una pobreza y una decadencia que le hace mucho más conde. Yo de verdad que no había querido este abrigo aristocrático, pero ya digo que el abrigo me eligió a mí.

Escribo sobre el abrigo cuando estoy a punto de despedirme de él para siempre. Ha venido el buen tiempo y todavía lo he sacado alguna tarde de sol.

—Pero adónde vas con el abrigo.

—Es por si refresca a última hora.

Mentira. Era porque no quería separarme del abrigo y estaba prolongando melancólicamente nuestro último invierno juntos. Es un abrigo de varios fríos, como hubiera escrito alguien, no recuerdo ahora quién, me parece que Juan Ramón Jiménez. Como se dice un toro de tres hierbas. Es o era un abrigo de tres fríos. O más. Porque esta vez no es que me despida de él hasta el próximo invierno, sino que nos despedimos para siempre. Está viejo, con el cuello escandalosamente pelado y la tela quemada de sospechosos cigarrillos, ya que yo no fumo.

Ahora que el abrigo y yo, el conde inglés y yo nos despedimos para siempre, debo confesar una cosa: yo le echaba en la cama por las noches. Ligerero y abrigador, me ha salvado de muchas gripes, de muchos enfriamientos de esos que me dan a mí. Y por la noche, aunque tuviese mucha ropa en la cama, necesitaba el abrigo.

—Si tienes frío, echa otra manta.

—No, el abrigo.

Además de todas las mantas, el abrigo. De modo que he tenido unos despertares de conde arruinado, con el abrigo suntuoso y revuelto encima de la cama. Pero el abrigo aguantaba bien y, después de la noche sórdida, después de haber hecho de manta plebeya durante toda la noche, durante tantas noches, se le ponía otra vez figura de conde, por la mañana, y yo iba con mi abrigo a las más elegantes recepciones, y siempre había un tonto que me decía, tirándole del pelo del cuello como de una oreja:

—Menudo abrigo, señor Umbral.

Claro que si ya no me voy a poner el abrigo por la calle, al año que viene me lo pondré en casa, y así el abrigo tendrá esa supervivencia clandestina que tiene la ropa cuando todo el mundo cree que ha muerto, que se la hemos dado al traperero, y resulta que la seguimos usando por casa, con lo cual resulta que casi siempre vamos más elegantes por el pasillo que por Serrano.

Porque vienen días, en los inviernos futuros (los inviernos de una vida son cada vez más negros) en que en casa no basta con nada frente al frío de la sierra. Ni la calefacción ni las estufas ni las camisetas. Entonces es cuando yo, en una desesperación de capitán de barco, en una desesperación que tiene algo de marítima y de romántica, digo:

—Que me traigan el abrigo viejo.

Y me pongo el abrigo, viejo o nuevo, y me siento de abrigo y escribo de abrigo, en todos los sentidos de la expresión, y me siento un poco Baroja, al que he visto en las

fotos escribiendo con el abrigo puesto, aunque un Baroja sin boina y con mejor sintaxis, que por ahí no paso: ni por la boina ni por la mala sintaxis de Pío Baroja.

Yo creo que si se hubiera quitado la boina a tiempo a lo mejor habría tenido un estilo más brillante. La boina le apagaba las metáforas como un apagavelas.

Pero sé que estoy asistiendo a los últimos días de mi abrigo, y así quiero que conste aquí, pues lo que le queda ya, a este conde o este marqués de sastrería, es reclusión y vida interior, como cuando al otro marqués, al de Sade, le metieron en Charenton. Yo soy Marat, por las veleidades revolucionarias que tengo, y el abrigo es Sade. De modo que hemos hecho un Marat-Sade muy bien llevado, durante algunos feos inviernos. Ahora se acabo la representación. Él se queda en el armario, con sus pensamientos de naftalina, y yo me lanzo a vivir un verano de malos pensamientos. Sólo se conquista la libertad de uno traicionando a otro.

Aunque el otro sea un abrigo.

jueves.

Releo el epistolario español de Rilke. Dice Rilke que, en España, hasta los perros van a misa y guardan compostura. Y dice también, en carta a una de sus duquesas europeas: «Yo, que voy de existencia en existencia...». Eso es, ésas son las cosas que hemos buscado siempre en Rilke. De existencia en existencia. Vivía, vivió en poeta. El descubrimiento de Rilke data de mi adolescencia. Era la edad, en que uno ya se había leído a todos los poetas españoles y empezaba a curiosear la poesía del mundo. Rilke tenía el doble hermetismo de su mensaje y de su idioma, de sus idiomas. Lo leíamos en malas traducciones. Luego lo hemos leído en traducciones mejores. De todos modos, hay momentos en que es necesario adivinarle. Los clásicos y los germanos son un poco lo que nosotros hemos querido hacer de ellos. Allí donde no les comprendemos, los suplimos.

Rilke era, en mi adolescencia, un Juan Ramón Jiménez mucho más incógnito, y por eso más fascinante, que también perseguía lo esencial. Recuerdo mis sábados por la tarde o mis domingos por la mañana, libre del trabajo de pesadilla, humillante y feo, cuando yo me iba a una cafetería elegante o a un parque a consumir las horas en la lectura de una mala traducción de Rilke. Leía un poema, me quedaba contemplando las variaciones placenteras del cielo, miraba a la gente, meditaba. Conseguía esa molturación perfecta de poesía y vida que sólo cree conseguir el adolescente. Un amigo, que sabía mucho más que yo de Rilke y de todo, me prestó una biografía del poeta, escrita por Angeloff.

En Rilke había una veta mística que no me iba, pero había un escritor que, en la prosa por ejemplo, era sobresaliente a cada paso. Luego he tratado mucho, en España y en Alemania, a Ferreiro Alemparte, que le ha dedicado su vida a la obra y la traducción de Rilke. Viviendo en León, compré los ensayos de Rof Carballo sobre Rilke. En su libro «Entre el silencio y la palabra», Rof le dedica mucha atención a Rilke, y pone en juego toda su vasta cultura europea para tratar el tema y relacionar al poeta con Heidegger, con Rodin, con Freud.

Me recuerdo en el paseo de La Condesa, de León, los domingos por la mañana, a la salida de la radio donde yo trabajaba, escribiendo en la mesa de un bar un ensayo sobre Rilke, todo el influido de las ideas de Rof Carballo. Luego he sido amigo de Rof Carballo en Madrid, e incluso paciente suyo. Quiso llevar mis males por la vía psicosomática. Le he agradecido siempre el interés y la inteligencia, pero mi vida y mi muerte supongo que van por otros caminos.

Aquel ensayo lo escribía yo para la revista «Acento», una revista que hacía el SEU intelectual y progresista, supongo, en los últimos años cincuenta. Donde salió luego el ensayo o lo que fuese me parece que fue en «La Estafeta Literaria» de Pérez Embid, Rafael Morales, García Viñó, Jiménez Martos, Perlado, etc. Uno ha estado en todas partes, con toda clase de gentes, y ha hecho de todo.

La pasión de Rilke me pasó pronto. Era gemela de la pasión por Juan Ramón Jiménez. Era, en definitiva, la pasión del adolescente por lo esencial, por lo definitivo, por la palabra última que explica el universo, y por el que la dice. Rilke y Juan Ramón, poetas de esencialidades. Luego he dejado de creer en lo esencial y leo mejor a los surrealistas, a los barrocos, a los que van al paso de la riqueza proteica del mundo y saben que el mundo no se resume en una idea, en una metáfora ni en una fórmula.

Tenemos que resignarnos a ser plurales, casuales, ocasionales. La necesidad de lo absoluto es una necesidad adolescente. En este sentido, esos inmensos poetas se han mantenido en una adolescencia eterna. Han perseguido siempre ese ideal de adolescencia. Su genialidad es una pubertad.

De modo que cuando releo a Rilke alguna vez, en verso o en prosa, busco más en él las pequeñas ideas que la idea grande. Es lo que hay que buscar en todo escritor, porque la gente acierta más en lo pequeño que en lo grande, como es natural. Y me interesa ya más el Rilke en prosa que en verso. Las «Cartas a un joven poeta», este epistolario español. Porque, en la prosa, el poeta desciende de su Sinaí y es más de verdad, trata de lo inmediato, aplica su óptica lírica a la vida, no a la lírica. Claro que es hermoso encontrar de pronto un verso deslumbrante de Rilke, como cuando dice que la música es el revés del aire, pero nos comunicamos mejor, a cierta altura de la vida, con el hombre cotidiano que hay en el hombre sublime.

Juan Ramón Jiménez admitió que había escrito mucho más en prosa que en verso. Yo le tengo por gran prosista tanto como por gran poeta. En la prosa prescinde de la necesidad de absoluto, prescinde de la sublimidad, y ahí ya empezamos a entendernos mejor. Son hermosas estas cartas de Rilke a sus grandes amigas europeas de la belle époque. Son cotidianas, inteligentes, verdaderas, inmediatas. Son —perdón— epistolares. El género epistolar es uno de los grandes géneros. Y luego el esnobismo de Rilke. Dice que va «de existencia en existencia». Pero va de Excelencia en Excelencia, porque sólo trata a Excelentísimas señoras. Quizá, de muy joven, cuando yo creía que me estaba fascinando el misticismo de Rilke, lo que me fascinaba era su esnobismo.

Nunca se sabe.

Julio, sábado.

EL éxito está lleno de mujeres. Lo que más puebla el éxito son las mujeres. Alguien habló —un torero— de las mujeres del toro, de las mujeres que da el toro. Bueno, pues el becerro de la literatura, aunque no sea un becerro de oro, sino de plomo, también da mujeres, muchas mujeres.

Las mujeres del éxito, las mujeres de la literatura vienen en bandadas, y llega a ser desconcertante, inquietante, desasosegante, la asiduidad de las mujeres, que está muy por encima de las necesidades teóricas, imaginativas o reales del caballero que escribe. La abundancia siempre me ha parecido desconcertante, la facilidad siempre me ha resultado coartante, y uno sabe que podría probar aquí y allá, desde la dependienta adolescente que le pide a uno un autógrafo hasta la actriz famosa que le invita a uno a su casa.

Naturalmente, no hay petulancia en esto que digo, pues uno ha sobrepasado ya la petulancia (a fuerza de petulancia, naturalmente). Y sobre todo, que el sentimiento del éxito no es de encanto, sino de desencanto, curiosamente. Todos los tópicos eran verdad y no hay nada más desilusionante que comprobar la verdad fatigosa de los tópicos.

Ramón Gómez de la Serna, genial siempre, habló de «esa aproximación de las mujeres al vencedor». Quizá se refería a otros tiempos, cuando el vencedor era más vencedor y la mujer estaba más alienada. Pero la cosa subsiste, de una forma o de otra. De modo que me siento carne de tópico. Escritor de éxito se relaciona con artista famosa o señora de clase bien. Éste es el esquema mediocre que se ha repetido a lo largo de los siglos. Tenemos la única vanidad legítima, que es la vanidad de estar haciendo algo diferente, algo que nadie haya hecho nunca, pero la vida nos prueba cada día que estamos repitiendo viejos clisés con una puntualidad y una exactitud penosas.

Son días, pues, de cruzar espejos abrasados, lienzos frescos y lujosos, cuerpos privilegiados, hechos de la materia inconsútil de la gloria. Son días de visitar la belleza deslumbrante en sus catacumbas de miseria, días de abrir cartas que llegan como andando —ciempiés sentimentales— sobre las patitas de su caligrafía difícil, extranjera o retraída, quizás provinciana. Esa aproximación de las mujeres al vencedor. Genial Ramón, que era feo y tuvo mujeres siempre.

El éxito es un desorden, además de un equívoco. El éxito es un desorden y uno se siente hundir en el desorden de los requerimientos, y uno no llega ya a distinguir lo que es admiración de lo que es interés de lo que es cariño de lo que es comprensión de lo que es prostitución. Hay que salir a tiempo de la charca, porque así es como el éxito ha matado a muchos. Claro que lo más vil de todo es querer salvarse. ¿Salvarse para qué? La prudencia previsora del que se salva es repugnante, pero hay en mí —siempre lo he dicho— un pequeño burgués que cree en el trabajo de cada día, ordenado y bien hecho.

Así que me distancio de mujeres, noches, cuerpos, halagos, bocas —toda la faramalla que llamamos éxito— y me encierro a escribir como un monje de clausura, a miniar un manuscrito casto. ¿Para qué? Para nada. Pero me distancio.

domingo.

Yo podría escribir la historia de C., como otros escribieron la historia de O. Una historia sin historia, la mía. C. aparece en una película que vi el invierno pasado, fugazmente, al comienzo. C. tiene un encanto infantil e incandescente. Luego, C. reaparece en una café-teatro, dentro de la atmósfera espesa del mismo invierno. El reencuentro insiste dolorosamente sobre la primera imagen ya grabada en alguna corteza muy sensible de uno mismo.

Con el paso del tiempo, de C. llegan avisos, recados, llamadas, dibujos, cartas. Todo se me pierde en la confusión creciente de mi vida menguante, y la prueba es que no

creo haberlo reseñado en este diario. Hasta que, por fin, llega una carta más directa, más clara, más valiente y más poética que las demás. C. reaparece en otro ambiente, en un clima subterráneo que es un poco, o un mucho, el de aquella película, de modo que la realidad se vuelve cinematográfica, como tantas otras veces, porque estamos envenenados de cine, los de mi generación.

C., en la noche, como una momia viva y bella, vendada con los maquillajes oscuros del espectáculo. C., criatura pura en el seno fácil de lo canalla. Todo tan banalmente literario que sólo se redime por una cosa: porque es verdad. C. tiene los ojos oblicuos, claros y muy separados. Mira fijamente al interlocutor, como todas las extranjeras, sin duda para desentrañar plurales misterios del idioma, la personalidad y la raza:

—Tú escribiste que no hay gatos azules —recuerda C.— ¿Por qué no ha de haber gatos azules?

El castellano de C. se infantiliza como el de todos los extranjeros, como el de todas las extranjeras. C. le ha enviado a su padre, a la lejana América, un trozo de piel que se ha pelado del pie, para que él lo mire al microscopio. Es la poética americana, pasada siempre por la técnica.

—¿Cuándo me envías a mí un trozo de piel de tus pies? —le digo.

Yo no la miraría al microscopio, sino que la metería entre las páginas de un libro, como un pétalo. Un pétalo de mujer.

C., de pronto, en su nuevo apartamento. Está contenta con su nuevo apartamento, que tiene la amplitud, la altura y el teléfono negro y dócil, como un gato, del Madrid de los años treinta. Allá abajo corre el río revuelto de los automóviles.

—¿No te molesta el ruido?

—Sí.

Y cierra las ventanas, que tiene sujetas con guías de teléfono, porque son ventanas de guillotina. Sólo eso, nada más que eso. La historia de C. sin historia. C. baila en España para pagarse su licenciatura de español. C. filma una película sobre España, con fines universitarios. En Estados Unidos puede uno licenciarse con una película. Eso, en España, sería un escándalo académico y un auto de fe.

De vez en cuando, C. traduce un artículo mío al inglés y se lo envía a su padre con la piel de sus pies. A C. le han robado la máquina de hacer cine, que dejó en el camerino del cabaret.

—En España no se puede hacer eso —le digo—. Han podido robar incluso el camerino. Qué distante, qué lejana, qué cercana, qué fría, qué directa esta muchacha yanqui, tan clara, tan bella y tan sincera como todas las muchachas yanquis. Hablamos de los negros:

—Oh, pobrecitos negros.

Esta juventud es la que ha parado la guerra del Vietnam, ha denunciado a Nixon, ha hecho la revolución juvenil, ha roto con la tecnificación aberrante de su país, ha vivido una contracultura que va contra todos los valores culturales de la América imperial y convencional. C. es como una hija de los beatniks, pero no lo sabe. Le hablo de los beatniks, hablo y hablo. C., una amistad, una alta criatura sosa y graciosa que me escucha, que me mira, que asiste, deidad cotidiana de América, al río confuso de mi enredada conversación latina. Siento —ay— que mis palabras oscuras no rozan su claridad.

jueves.

Piedad y Rodó se han ido en un dos caballos a recorrer Italia. Se les echa de menos. Han sido dos magníficas camaradas de invierno. Nos dejan un poco solos. Ellos han sabido levantar una cabaña de fuego, música y amistad para las noches blancas de luna, un entierro jubiloso para la muerte de las semanas. Silvia y Pepe, Margarita y Fernando, Moncho y la solitaria Lindy, un grupo de gentes que prolongábamos la amistad y la conversación y el miedo hasta bien entrada la noche.

Ahora, el verano se extiende y acampa en las tiendas de unas nubes bajas que no se van del cielo desde hace meses, como un campamento invasor y sombrío. Pero el campo huele intensamente y quiero comprarme una sombrilla blanca para pasearlo, porque el sol, cuando sale, pega muy fuerte.

Hay como un verano clandestino, denso y lleno de perfumes, que desliza sus tiendas bajo el aparente mal tiempo. El campo está crecido y coloreado.

viernes.

Maneras del orgasmo femenino. Hay un orgasmo de la mujer que yo llamo masculino. Es el orgasmo único, conseguido siempre por masturbación. Un orgasmo fuerte, agónico y solo que la deja a ella agotada y completa, al menos durante algún tiempo. Hay el orgasmo lábil, múltiple, que generalmente se consigue mediante la fornicación directa, y que, si tiene el inconveniente de que uno nunca puede dar la sesión por brillantemente concluida, tiene, en cambio, la ventaja que ya reseñara el marqués de Bradomín: «Ah, mujeres ardientes, y qué fácil es engañaros». Finalmente, hay el orgasmo débil, difícil, tenue, que se consigue trabajosamente y que es sólo un pálido eco de otros orgasmos de otras. Es frecuente que cada mujer se obstine en conseguir su orgasmo mediante la vía que no le corresponde. Siempre hay que descubrir la mujer en la mujer y descubrirle la mujer a la mujer. Bueno, siempre no. Está, definitivamente, esa maravilla de la mujer con facilidad, con orgasmo lábil y múltiple, con la que nunca se queda mal, cuando se queda mal, y que siempre queda bien y nos hace quedar bien.

sábado.

A cierta edad —yo diría que prematuramente— se toma conciencia de que la existencia es un escándalo de gratuidad y de que la humanidad es brutal. A partir de ahí viene la prostitución, el pacto. Los más exigentes se inventan formas neuróticas de supervivencia. Los más dramáticos se suicidan. Pero la inmensa mayoría acepta el pacto con el horror. Vivir es condescender. Y vivimos en el escándalo, en la gratuidad, en la brutalidad, viendo siempre más allá de lo que quisiéramos, adivinando las razones viles, mediocres o cobardes de los demás, y las nuestras propias, pero volviendo la cabeza para no ver nada, con un gesto que es una siniestra cortesía hacia el universo.

El hombre está siempre por encima de sus motivaciones. El hombre puede juzgar con lucidez y criticar con amargura lo que hace, lo que dice. El hombre no cree en sí mismo, y por eso está siempre más alto que sus motivaciones. Pero el hombre ha claudicado. Vivir es claudicar. ¿Por qué hacemos lo que nos repugna, por qué deseamos hacer lo que nos repugna hacer? Porque entre la cobardía de morir y la cobardía de vivir, hemos elegido esta última cobardía. A este nivel, hablar de otras corrupciones, de otras prostituciones menores —aunque sean criminales—, de tipo moral, político, social o económico, no tiene ya sentido. Es pueril. La prostitución primera (prostitución es palabra más grata a M. que corrupción) es la aceptación misma de la vida, cuando se ha descubierto, en la juventud, que la vida es vil, mezquina, sucia, canalla, depredadora y ociosa. Aceptado vivir, lo demás es cuestión de grados, oportunidades y circunstancias. Vivir es prostituirse.

La vanidad, la voluntad de poder, la ambición de dinero, todo eso, lejos de ser grandioso, no es sino la épica de nuestra inseguridad. Son las defensas de nuestra cobardía. El hombre está solo y, para combatir su soledad, la acrecienta. Lucha con los demás, los destruye, se afirma. Al fin comprende —si lo comprende— que ha de elegir entre ser solo o ser débil, y prefiere ser solo. La debilidad comporta compañía, pero eso supone dependencia. El más triunfador es el más solitario.

No hago estas reflexiones por ninguna causa personal y concreta. Tampoco las hago en abstracto, porque eso sería ridículo. Es lo que veo dentro de mí —dentro y fuera— con sólo echar una melancólica ojeada. Vivir es vivir aceptando la miseria propia y la de

los demás, haciendo la vista gorda, que dice el tópico insufrible. Insufrible porque es verdad, pues la vista llega a engordar, a hincharse monstruosamente, a fuerza de guardar vilezas, acumular imágenes grotescas y coleccionar muerte. La mirada, ese cristal siempre limpio de la mente, ha sido roto y manchado mil veces por el rayo de luz impura de la realidad. Pero el cristal se establece siempre.

Una mirada clara y pura, la mirada clara y pura de una mujer, por ejemplo, ha pasado por tantos horrores, ha dejado pasar tanta avilantez por su alto vitral, que esa claridad y esa pureza no son sino un milagro de la óptica. Un milagro banal, por otra parte, un prodigio del colirio natural del vivir, porque lo que creemos una mirada clara y pura no suele ser sino el buen estado oftalmológico de unos ojos.

Hay un escepticismo de base, común a todos los hombres y a todas las mujeres, y de ese escepticismo nacen las grandes creencias, las religiones, las políticas, las doctrinas, las patrias, los amores. Si el hombre no fuese un animal escéptico, no se habría inventado tantas fes. El hombre es un animal fanático porque es un animal escéptico. El fanatismo no es más que un escepticismo exasperado.

Crear violentamente en algo —en la vida, sencillamente— es estarlo negando, porque la fe real no necesitaría fanatismo. La fe es todo lo contrario del fanatismo. A nuestra falta de fe, a nuestro escepticismo biológico le hemos dado hermosas formas: la forma de la patria, del amor, de la esperanza, de la religión. El secreto de la humanidad es que no cree en nada y conoce la muerte, y de ese conocimiento nace la dinámica creadora. Los animales no crean nada porque están adheridos al universo. El hombre está separado del universo y por eso crea sin cesar para llenar el hueco, la fisura, la separación. (No sublimar tampoco esa fisura mediante exaltaciones místico-existencialistas: estamos separados del universo, somos universo aberrante, pero no somos otra cosa que universo).

martes.

El domingo, paseando con E. por el campo, hemos encontrado una cabra joven, niña, una chivita blanca y negra, con las orejas largas y finas, los ojos como de bailarina oriental, las patas débiles y el gemido infantil. Hemos estado un rato mirando la cabra, conmovidos. E. le daba puñados de hierba, pero la chiva no los quería. Se levantaba ella sobre sus patas traseras y elegía brotes tiernos en una cerca. La cabra, niña y asustada, un poco desconcertada, más perdida que orientada por el esquileo de su esquila, iba y venía por los desmontes, llamaba a alguien, se quejaba de algo.

Una vez más, en la aparición tierna de esa cabra, he tenido la emoción y la clave de la vida, como ante un gato, un niño o una planta. Hay una ternura perdida y errante por el universo, una ternura no atendida que me atribula siempre el corazón, y que es el único revés posible y cierto de tanta crueldad absurda, de tanta agresividad innata.

Por el campo, rompiendo la paz del domingo, los adolescentes en sus motos arriesgadas y ruidosas. La agresividad natural del ser humano, el fascismo congénito de la especie. Y luego, el contrapunto inexplicable y grácil de la cabra niña. Cada vez que hago amistad con un gato de solar, pienso que la gracia errante y perdida de mi hijo, que participaba de la gracia primera del mundo, anda por el universo repartida en gatos, cabras, seres menores y sagrados, solitarios y felices.

Está tan cerca el niño del gato, la cabra del niño. Existe una camaradería secreta de seres débiles y primerizos.

¿Cómo saber que no gime y llama lo infantil universal en el gemido y la llamada de esa cabra? He estado no sé cuánto tiempo mirándola, hablándole. Reconozco en cada una de sus indecisiones el desvalimiento grácil de la infancia. La bestia es apenas bestia en ese momento suyo de niñez y soledad. ¿Qué hay en sus ojos rasgados, de un oro cuajado, de una veladura casi oriental?

Como un diablo niño, con un amago de maldad dulce en el perfil recortado, la cabra devora de prisa ciertas hierbas, ciertos tallos, rechaza otros, y constato una vez más mi

olvidada debilidad por los seres bellos, esa especie de gratitud que me inspira la belleza en la mujer, en el niño, en el animal.

Seguimos nuestro paseo. Hemos encontrado a la cabra de ida y de vuelta. El sol bajo de las ocho de la tarde se hacía negro en los ojos de la cabra. En una extensión verde hay un caballo también blanco y negro, un caballo de patas cortas y gran vientre, que nos mira a través de su flequillo. Pasan trenes silenciosos. El tiempo vuelve a ser un grandioso estatismo en la tarde cálida y quieta del domingo.

Vengo de la amistad momentánea con la cabra como de una fiesta con muchos niños, como de una alegre juerga infantil. Me ha quedado el corazón lleno de un rumor silencioso, de una callada algarabía, y la voz de la cabra, voz párvula de criatura anterior a la gramática. Estas excursiones por el campo tienen el mismo perfume y el mismo cielo que las excursiones de la infancia, de la juventud. Pero mi sentimiento es otro y una tristeza cuyo nombre último es la muerte, me baña el corazón en su charco equívoco que julio perfuma. Tantos años, tantos regresos, el retraso de E., que siempre se demora entre las flores, entre los nombres de las flores, la desconcertante extensión de una vida y, como consuelo tardío, como reencuentro con lo más olvidado y cálido de la vida, la imagen de la cabra, esa estampa que los dibujantes para niños han banalizado comercialmente, pero que ahora, en su realidad inmediata campestre, vuelve a ser el rasgo salvaje, delicado e invariable de los seres sin historia. La cabra.

Sé que ahí está mi único y mejor entendimiento del mundo y con el mundo: en la gracia inicial, directa y dulcemente enigmática de una cabra, de un niño, de una planta cuyo nombre ignoraré siempre. Basta abandonar unas horas la farsa y la violencia de la propia biografía para que emerja la verdad primera y párvula del mundo en figura de cabra niña que todavía me llama o me reprocha, en la distancia.

jueves.

Ayer llegaron las niñas de Barcelona. Carolina y María. Es el último perfume infantil que me envía la vida. Bueno, infantil: Carolina, a la que casi he visto nacer, debe tener ya catorce o quince años. Es una belleza morena, hermética, delicada y dura al mismo tiempo. Me lleva sin querer a una reflexión penúltima —otra— sobre la adolescencia, puro milagro de la vida, edad inencontrable. Sus cortedades de niña y sus amagos de mujer hacen de Carolina esa cosa de trato difícil, poético y sinuoso que es una criatura que va para mujer.

Me divierte y me alecciona —todavía—, como eterno observador desinteresado de la mujer, descubrir el encuentro de mundos que chocan silenciosamente dentro de ella: el sexo, el narcisismo, el pudor, la impaciencia, la insatisfacción, el amor, el descontento, la violencia dulce del propio cuerpo y el asedio coloreado de la vida. Es milagroso, realmente, que todo esto madure y se defina en una figura de mujer.

Qué difícil debe ser eso de llegar a la feminidad. Yo diría que el hombre se hace de golpe. La mujer se está haciendo siempre.

Se implanta la figura adolescente de mi sobrina en estas reflexiones cuando, efectivamente, la biografía se ha arremolinado en un torbellino de cuerpos, criaturas, sexos, lechos y palabras. Trato de poner orden cada día, cada noche, en esta hermosa confusión de desnudos, y llego a la conclusión (provisional, eternamente provisional) de que lo que se busca en el cuerpo de la mujer es lo placentero absoluto, lo amistoso total. Cuando hemos tomado conciencia —muy tempranamente, según creo haber anotado en este diario— de que la vida es un sistema de hostilidades, la única hospitalidad entera es el cuerpo de la mujer, donde nada nos rechaza, donde nada nos amenaza. Sólo los obsesos, los misóginos, los enfermos temen a la mujer y cultivan en sí el mito de la vagina con dientes, en todas sus versiones psicológicas y sexuales.

El cuerpo de la mujer es lo placentero total, tiene la forma del asentimiento (asentimiento a la creación, no al macho: aclaración para feministas) y refugiarse en una mujer no es cobardía, aunque pudiera serlo, porque la cobardía es hermosa, es el

revés del amor, un amor que sólo puede expresarse negativamente.

viernes.

La estrella. Apuntes para una narración sobre la estrella. Narración que escribiré cualquier día, relato corto y quieto donde esté, si es posible, el clima y el clímax de la estrella. La estrella venía de romances famosos, de televisiones mediocres, de desnudos publicitarios, de prostituciones legendarias, de filmes sofisticados. La estrella venía, como todas, del Sur español, del embarazo y el aborto, de los paseos en burro, en burra, y todavía perfuma en su conversación, como una hortaliza gramatical, el acento huertano. La estrella tenía en Madrid un pasado de gogó y televisión, una leyenda de discotecas, y la estrella apareció un día, muy estrella ya, en la atención interesada y sedienta de los que observamos mujeres en las revistas del género. La estrella, quizá, se despegaba de la dorada turba de las demás estrellas y starlettes por una esbeltez pálida y singular.

La estrella, en fin, se presentaba con el pelo de un barroquismo rubio y cereal, con unos blancos calcetines infantiles cimentando toda la maldad de sus sabidurías, y con ese perfume intenso, traspasador y verde que sólo usan y encuentran las estrellas. La estrella tenía una conversación monótona y monográfica, porque daba siempre vueltas a los temas de su profesión y su carrera, sabiendo bien lo que quería, pero con esa obsesión por el triunfo de la mujer triunfadora, que tan mal soporta el escritor, el hombre con vocación de triunfo, porque le devuelve una inexplicada réplica de sí mismo allí donde menos lo esperaba.

La estrella tenía una casa marginal y cinematográfica, una amiga fea que celestineaba su vida y alguna criada que duraba poco, a más de una perra diminuta y lamerona, un televisor en color y una alcoba de espejos incendiados. La estrella era el esquema de la estrella y quizá le gustaba darse la gran vida, el lujo de hombres y mantequillas que tanto había soñado y servido cuando ella era una cosa para usar y tirar. La estrella, yo diría que era más sugerente e insinuante que sexual, cosa común a casi todas las estrellas, porque sostengo que la obsesión del triunfo engendra frigididad en las mujeres. De todos modos, la estrella, en el amor, podía tener ese momento de piernas levantadas en la cópula, ese tremor en que llegaba a besar y morder, con la boca abierta, su rodilla izquierda, niña, su rodilla alzada hasta los labios, imagen del placer femenino que el acechador de estas cosas graba en sí para siempre. Hacen falta muchas jornadas de Sodoma y Gomorra, por decirlo con Sade, para llegar a la captación de un gesto o un escorzo tan verdadero, tan vivo. Los que comercian con el sexo y la pornografía, en el cine, las revistas y la literatura, qué poca imaginación tienen y qué poco saben del tema. Siempre nos dan una especie de adonismo sexual tópico y frío. Jamás aciertan con una de estas instantáneas en las que está, para el voyeur de su propia peripecia sexual, la revelación y la asunción de la mujer, la epifanía del erotismo femenino.

sábado.

Trato de deshacer uno de los nudos de confusión, placer y caos más peligrosos de mi vida. Inopinadamente he caído en el centro de no sé qué remolino —lo sé muy bien— y ha dejado de funcionar en mí el natural sistema de defensas y compensaciones por el que siempre ha prevalecido el burgués sobre el vicioso o viciado, sobre el canalla o acanallado.

Ahora, de pronto, tardíamente, no sé cómo, me viene la indiferencia por el trabajo y la tentación cálida y tonta de hundirme más y más en un remolino que presenta peligros incluso físicos. Escribo más que nunca, claro, me aferró a la escritura como salvación, pero por debajo está la indiferencia, el fondo frío, la repentina falta de fe, que casi nunca había sentido (fe en nada, claro, que es la verdadera fe). Me siento en peligro ante mí mismo y voy saliendo trabajosamente de una maraña inopinada.

Supongo que en todo esto funciona inconscientemente el cansancio, el secreto hastío,

la náusea de lo logrado y la risa de lo no logrado. Eso que Pirandello llamaba «terremotos interiores». Algo de lo que ni siquiera yo mismo era consciente. Me asusto con un susto nuevo porque, por primera vez, el buen burgués no reacciona en mí, no pone orden, y la tentación de lo canalla —¿para cuándo el ensayo sobre lo canalla?— es ya más que una tentación.

miércoles.

Escapada a Barcelona. Mareo de gótico, fiebre, desnudos, mar, farra y deshora. Todo eso que entendemos por «lo mediterráneo», me entra de pronto y de golpe, me da en la frente, me hiela y me enfebrecce.

Locura de aviones, camas deshechas, pululación de ciegos y de muchachas bellas. A la luz de unas velas pobres entiendo una vez más el manido concepto de auto-destrucción. Pero lo entiendo de verdad, como se nos abre de pronto una palabra que habíamos usado siempre como una navaja sin abrir.

Un día se abre la navaja.

Autodestrucción, sí, es palabra que tiene un filo, o doble filo, pero yo siempre la había utilizado literariamente y referida a otros. En el exceso con fiebre de la madrugada he comprendido, procurando no hacer literatura —o procurando hacerla, para tranquilizarme— que la autodestrucción puede empezar a trabajar en uno a partir de cierta edad.

No. Lo cierto es que ya estoy aquí otra vez, mal que bien, escribiendo, ordenando o desordenando todo eso. Soy un golfo boomerang, soy un maldito de ida y vuelta. Más vale así. O así, quizá, no vale nada. Esta mañana, tras muy pocas horas de sueño y unas jornadas agotadoras de ser uno mismo hasta más allá de sí mismo, me he puesto a trabajar, con optalidón, mucorex y neoiloticina para la faringitis. He despachado dos artículos por la vía de la naturalidad. Que difícil, la conquista de la naturalidad. He leído en «El País» un magnífico artículo sobre el libro que se hace solo, y que es un mito. El libro que teóricamente se hace solo es el que más cuesta hacer. Lo que pasa un poco con este libro, con este diario. El artículo es de Juan García Hortelano, que al parecer está haciendo uno de esos libros que se hacen solos.

Me ha gustado y sorprendido hasta casi la alarma un artículo tan bueno en un novelista no profesional del artículo. Los artículos de mis queridos novelistas, poetas, profesores, ensayistas y todo eso, suelen ser unos artículos mutilados por exceso (hay una mutilación por exceso). En agosto pienso parar los artículos, si puedo, y meterme a fondo con el libro de Ramón Gómez de la Serna. «Ramón y las vanguardias». Estoy seguro de que va a ser un libro bonito y, lo que es más importante, estoy seguro de que lo voy a escribir con regodeo, recochineo intelectual, satisfacción y —ahí sí— facilidad. Luego puede que no interese a nadie, porque Ramón hoy no interesa, pero uno ya no escribe los libros para interesar ni para hacerse el interesante, ni siquiera porque uno sea interesado. Uno escribe ya libros desinteresados.

O sea que de autodestrucción, nada. Ha pasado como un viento rojo que me ha llevado no sé dónde. Para qué ser más explícito. Los detalles, en estas cosas, son siempre tópicos y empequeñecen el tema. Claro que el lío está armado y la cosa puede volver en cualquier momento, pero me parece que la voy dominando o dirigiendo. Luego ocurre una cosa curiosa y casi increíble, de tan tópica y literaria: que la vida incendiada, el baño en la hoguera, la ducha de estrellas prohibidas le dan a uno riqueza o dinamismo para volver a escribir. No es que haya más motivos, más temas, más argumentos —aquí es donde el tópico romántico de la vida intensa ha fallado_, sino que se acelera la circulación de la sangre, se modifica el metabolismo y uno saca de sí un escritor ignorado, otro escritor que acaba pareciéndose mucho al de siempre, pero que viene con más ganas.

La inspiración tiene que ser un problema de riego. No hay que vivir mucho para poder escribir de muchas cosas, sino para estar en forma. Basta con cambiar de horarios, de

costumbres, de gentes, de comidas, aunque sea por unos días, para que veamos el mundo de otra forma, otro mundo en el de siempre. Y eso enriquece, claro. Ayuda a escribir.

Siempre he creído mucho en estos saltos fuera de la propia biografía. En seguida me gana una sensación de irrealidad que es muy fecunda y que está llena de otras realidades. Claro que si todo esto lo hace uno como cura para seguir escribiendo, hemos vuelto a la rueda utilitaria y burguesa. Juro, sin embargo, que la cosa, ahora, no empezó así. Otro instrumento es quien tira de los sentidos mejores, como dijo el clásico. De los mejores y de los peores.

domingo.

Ayer, hijo, ya sabes, era el día de nuestro encuentro, y en la puerta del cementerio compré unos claveles blancos que me olieron a ti, al fondo blanco y húmedo de la vida, bajo el calor envilecido de la tarde madrileña.

Allí estuve, allí estuvimos, hijo, charlando de ti, contigo, llorando, mirándote en las fotos, dejando que nos mirases, dejándome yo ver de ti, hijo, como sé que me ves y me miras desde tu nada que en mí vive y habita como un todo. Coloqué los claveles a tu altura, hijo, estirándome en un esfuerzo que ya me es conocido, repetido y entrañable, como el último y eterno gesto que hacia ti hago, como la definitiva gimnasia paternal a que me obligas. Se paró el tiempo, hijo, perdió el viento sus relojes, había más sombra en la sombra y más luz en la luz, y estuve sentado en el suelo, durante una hora que ha sido la más pura, neta y limpia de mi vida, existiendo contigo.

El fuego, hijo, el fuego, cómo amo el fuego en que pude rescatarte, al fin, de la muerte que te deshacía. Cómo amo el fuego, con gratitud mortal, porque en él se purificó para siempre tu pureza, ese fuego ensañado en ti, que habría sido intolerable sobre tu vida, pero que fue piadoso sobre tu muerte, incineración del oro en el oro, dejándome la escoria sagrada que amo desesperadamente, y no la carroña que tú nunca habrías podido ser.

En el fuego te salvamos, hijo, al fin y al cabo, para no dar a la tierra sórdida y devorante la ternura de tu luz, sino al mediodía del fuego la luz de tu muerte. Cómplice veloz, camarada siniestro y eficaz, ladrón que te robó a la tierra, gracias al fuego te salvamos en la pureza de los elementos, te esquivamos la transubstanciación indeseable y lóbrega de los gusanos. Cómo hemos conversado, hijo, perdidos del cementerio en el cementerio, tú y yo, poniendo en voz alta nuestra murmurada conversación de todos los días y todas las noches. Yéndome ya, hijo, bebí un agua gorda y cálida, estival, un agua de muertos en un grifo entre tumbas, y otra vez tuve el sabor a ti, como el olor a ti entre los claveles, porque estás (nada de panteísmo aquí, lector intruso) en todo lo blanco, en todo lo fluyente, en todo lo fragante en que no estás. Me fui, hijo, quiero que lo sepas, lleno de ti, y un clavel blanco y pequeño, como uno de tus puños, se ha venido conmigo, no sé cómo, en un bolsillo, y lo he puesto en mi cuarto, cerca de mi cama, en la pared. Cómo lo llenas todo desde la muerte. Cómo puedes, perdido para siempre, salvar un clavel o cualquier cosa que se te acerque.

Hoy domingo, hijo, en la mañana poblada, me quedo lejos de la gente, lejos de los cuerpos, lejos de los vivos, y hago un alto en mi trabajo estúpido, odio a la humanidad entera y prolongo con lágrimas que son soledad, con soledad que es llanto, esa hora entera, de cinco a seis, que estuvimos en el cementerio, a la sombra leve y fija de ti, tan dulcemente.

lunes.

Sueños y viajes. El gran bloque de julio deshecho por tormentas que me alegran como un crimen. Viajes y sueños. Silenciosos fracasos en la prosa, en el pecho, en la calle. Día, días de hundirse en un abismo como abierto por el relámpago de la última tormenta, respirando la humedad de un verano de lluvia y sintiendo la indiferencia de que, con el verano, nos han arrebatado la vida. Estreno medicinas.

Uno se nota flojas todas las cuerdas de la guitarra que es uno, y tampoco se tiene ganas de tensarlas. Yo tenía un hijo. Yo era alguien, no recuerdo quién. Hoy, desde hace mucho tiempo, soy la prolongación oficiosa de una vida que ya no tiene sentido, y lo que más me revela del tiempo y de mí mismo es llegar a la otra casa, a la casa de Madrid, y sorprenderla quieta, fresca, clara, oscura, pensativa en su luz de media tarde que apenas la roza. El tiempo existe cuando no miramos, cuando no estamos. Cuánta acción detenida, al entrar yo, en esa casa donde nació un niño y hubo cambios de muebles.

La casa sola, quieta, vacía, plena, es el hueco parado y dormido de mi vida, y algo pasa en la casa cuando no pasa nada, y tiene tanta biografía la casa secretamente abandonada, cobardemente abandonada, que hay más de mí en la casa que en mí mismo, y en la casa me reconozco, pero no en mí. Cojo una silla y la cambio de sitio, por hacer algo en la casa.

Agosto, martes.

LO de siempre, o sea: Barcelona, enfermedades, viajes, amigos, amigas, cansancio, infinito cansancio. Consigo parar todos los artículos, o casi, durante el mes de agosto. Voy a dedicarme a mi libro sobre Ramón Gómez de la Serna. Quisiera dejarlo prácticamente armado en este mes. Esta mañana, en Madrid, encuentro con María Vela-Zanetti, hija del pintor Vela-Zanetti, viejo amigo mío, que ahora está en la Clínica Ruber, operado, luchando contra su propia vitalidad que se le ha vuelto en contra. Hace días le dediqué un artículo y María me dice:

—Papá está encantado, quiere escribirte, pero tiene fiebre estos días.

María tiene una voz grata de niña bien y es toda ella un milagro de veintiún años, muy inteligente, muy clara, muy femenina, muy bella. Me tiene contados sus males de amores, que lleva como un nudo oscuro dentro de su claridad total. Se encuentra uno ahora estas chicas listas, que lo han leído todo y están de vuelta hasta del marxismo. Con una mujer así puede hacerse interminable la comunicación, supongo. Las de nuestros tiempos eran burras, limitadas, coquetas e inhabitables. No sé si dejaré también este diario hasta septiembre. Lo empecé a ciegas y ahora me encuentro a gusto en él, es un libro amigo, un libro acogedor, aunque ni siquiera sé si es un libro. Según como ande de fuerzas. Si puedo, seguiré anotando cosas en el diario.

Septiembre, jueves.

HE pasado el mes de agosto trabajando en mi «Ramón», paseando por el campo y charlando con Carola, que tiene catorce años y se enamora de cualquier cosa con barba. Un día, Otero Besteiro la vistió de vegetal y la niña ganó un concurso de disfraces. Carola me ha conectado con todo el mundo de la adolescencia —ella y sus amigas—, que tenía un poco olvidado, y que sigue siendo indecible: una cosa entre tonta y lírica.

Martín Descalzo me envió un par de gatos nuevos a través de Pilar Trenas. En el campo han tomado el sol, han jugado, han comido carne y pescado. Les he observado mucho y he podido comprobar también, una vez más, el increíble dandismo del gato, que sólo quiere estar limpio, componer buenas figuras y que le dejen en paz. El gato no quiere a nadie y me apasiona. Los gatos y las adolescentes son mundos que se tocan no sé por dónde. Tienen algo en común, arisco y armónico, que es lo que me gusta.

De «Ramón y las vanguardias» he hecho ciento cincuenta folios. Espero terminar el libro este otoño. Algunos capítulos me gustan bastante. Un día fuimos a Sedano a ver a Miguel Delibes, que está guapo y escéptico. Vuelvo a este diario con cariño, porque lo empecé en enero sin saber muy bien de qué iba, y ahora me parece un libro acogedor, intimista de verdad, cómodo. Algo más que un libro: un refugio.

viernes.

Faringitis de muchos días y muchos antibióticos, con algunas décimas de fiebre, que me agotan y me deprimen. Entre Madrid y Las Rozas, no sé dónde quedarme. Una casa me produce la nostalgia y la tristeza de la otra, y a la inversa. Qué complicado debe ser eso de tener mucho dinero y muchas casas. Lo que pasa es que los ricos, a lo mejor, no se plantean estos problemas interiores, que no son ni siquiera sentimentales, sino incluso indecibles. Tristeza de vivir, en fin.

He vuelto a los dos artículos diarios. Aparte de eso, tengo que terminar mi «Ramón» y quisiera seguir llevando adelante este diario con algo más que anotaciones urgentes. Ayer, un encuentro triste y difícil del que salí con cierto tacto y fortuna. Leo exclusivamente cosas de Ramón o que me puedan aproximar al tema, con vistas al libro, y me entra una gran impaciencia por coger otros autores, otras cosas.

Tengo un proyecto bastante claro y confuso para un libro futuro, proyecto que he seleccionado entre otros varios, y que en cierta manera los comprende. Ya veremos. Septiembre está hermoso como una copa recién estrenada, por la que sólo ha pasado aún el primer vino, un vino claro en un vidrio limpio. Estoy en Madrid, en mi sitio de siempre, sentado entre la máquina de escribir y el teléfono, en lo que es mi trinchera de todo el año, como muy dispuesto a afrontar lo que venga y a fabricar el dinero de cada día. Pero llevo por dentro —y me temo que por fuera— la tristeza de los reencuentros, esa perplejidad de la vida que se topa con la vida y se pregunta para qué.

Como tengo una fuerte y escandalosa capacidad de reacción, supongo que acabaré inventándome cosas para ilusionar el desilusionado otoño: libros, trabajos, amistades, compromisos, viajes, compañías. No sé. La política está difícil. No saben jugar a la democracia. Les está saliendo fatal. No hay más remedio; en los artículos, que distanciarse de todos y pegarles duro, porque, una vez más, prefieren mandar a goberarnos. Los gatos se han quedado en Las Rozas tomando leche y mordiéndose al sol.

sábado.

Ese pelo violentamente negro, esa frente revuelta y pura, esa poca edad, esas cejas que la vida incipiente dibuja ya con segura mano, esos ojos cargados de mirada, que la pubertad orientaliza y ensombrece. Esa nariz felina donde el revuelo quieto de las pecas me advierte de futilidad y banalidad. Esa boca entreabierta como de pez sexual que respira anhelante el aire primero del existir. Los grandes dientes de la adolescencia, entrevistos, como piedras leves de la cariátide interior. Ese rostro en que

la armonía aún duda y ese largo cuello en el cual empieza a cuajar el tiempo con gracia giratoria.

La adolescente, en fin, a cuyo nacer he asistido como el que ve venir lo verde a los árboles, y que ahora se llena de sexo con marea previsible, cabalgada de la vida que veo venir y ante la que nada puedo hacer, sino mirar para otro lado, enamorado como el Dante y como tantos, enamorado de los breves años femeninos que pasan como una brisa por la que los cumple.

Niña, voz que viene aún de la infancia preguntando cosas ya de la adultez, pájaro inseguro de interrogaciones prematuras. ¿Cómo me preguntas por lo adulto desde tu infancia, cómo me hablas de la infancia desde tu precocidad femenina? Es la ocasión en que uno, con la cabeza vuelta y el pecho grave, se dice que ya no valen engaños, que la vida está perdida, que todo lo demás son imitaciones y rodeos, que hay que renunciar, una vez más, al milagro único del sexo.

Mejor no verlo, mejor no saberlo, como alguien me ha dicho. Mejor no asistir al prodigio de las niñas que cantan a la niña que fueron. Una mujer futura me mira desde tus ojos profundos y espesos. Yo hablo, converso, me entiendo con esa mujer futura que hay en ti y tú no ves. Tú estás entre ella y yo, leve y grácil, pero eres tú la que importa, y no ella. No sabes qué corrientes, qué descargas pasan a través de ti, hacia mí, ni qué miradas difíciles y cómplices nos cruzamos la mujer que hay en ti y yo. Porque con ella ya puedo entenderme, pero tú aún no puedes entenderme. Y la que importa eres tú.

lunes.

Se me ha acabado el papel y escribo en hojas arrancadas de un bloc porque no quiero ni bajar a la imprenta, que está aquí al lado. Y es que la garganta sigue mal. Esta tarde voy al médico. Me encuentro febril sin fiebre. Lllaman los mismos y las mismas de siempre. Largas conversaciones telefónicas, cuando la verdad es que odio hablar por teléfono. Yo nunca diría, como Proust, «hoy me apetece telefonar». Que me telefonen a mí, si quieren. Y lo malo es que quieren. Estos días he conocido a la prostituta feliz, Xaviera Hollander, que se ha hecho famosa y millonaria contando sus experiencias profesionales en un libro que seguramente le habrá escrito alguien. No me gusta nada como mujer. La que me gusta es una danesa que va con ella.

Hoy, en la «Hoja del Lunes», alguien me llama puta veladamente, en un artículo polémico de un lío que se trae con «El País» y la televisión. He escrito en seguida un artículo para mi «Diario de un snob», partiendo de que efectivamente soy una puta literaria, lo cual me da lugar a recordar ciertas cosas, como que de nada nos vale el antifranquismo si se insiste en el pinochetismo. Yo dejé de enviar artículos al «ABC» el día que sacó la portada con el triunfo canalla de Pinochet. Les digo que Pinochet ni siquiera es Franco. Es un travestí de Franco. Hago otro capítulo de mi «Ramón». Estoy ya en los últimos y en las últimas. Creo que he dicho ya en el libro todo lo que yo tenía que decir sobre Ramón, pero quiero apurar el cáliz de su vejez y muerte. Todo este trabajo, febril y sudoroso, con la garganta rota. Tenía que ir a Ibiza a presentar la moda ad lib, pero me parece que no voy. La lírica brisa del Mediterráneo puede ser un cuchillo vil para mi garganta irritada. Estoy harto.

martes.

No voy a hacer literatura sobre el gato ni a contar mi pasión literaria —como casi todas mis pasiones— por los gatos, sino a explicar una vez más que el cura Martín Descalzo me ha regalado dos gatos a través de Pilar Trenas.

Yo quería un gato y el cura, con sigilosidad clerical y gatuna, me ha colocado dos, gato y gata, jóvenes y hermanos.

—Es que yo sólo quiero el gato.

—Tú les miras a ver cuál es el gato y cuál es la hembra. Yo es que no lo sé.

—Y si no lo sabes, ¿cómo sabes que son macho y hembra?

Con la Iglesia hemos topado, pero le agradezco mucho los gatos. El supuesto gato (los

he mirado y no acabo de estar seguro porque uno es más erudito en señoritas que en gatos) se llama ya *Ramón Gómez de la Serna*, porque creo que los gatos tienen que tener nombres como éste.

Lo que no se puede hacer es humillar a un gato llamándole *Michi* o *Mochi* o *Muchi*. Los gatos así llamados están siempre de mal humor y deseando irse de casa por no asistir a la estupidez de sus dueños, porque el gato es un animal inteligente y dice el citado Ramón, que ha dado nombre a mi gato, que el gato es demasiado joven para tener ya el bigote blanco.

Se lo ha blanqueado la sabiduría. Todo ha ido bien en verano y los gatos han estado al sol y al aire libre. Han jugado, se han mordido y, sobre todo, han dormido esas siestas absolutas, relajadas, blandas y profundas que duermen los gatos y que no consigue dormir nadie de la familia más que el gato. Ahora va a ser más difícil aclimatar los gatos a Madrid.

Gato y gata, ya digo. La gata, la supuesta gata —que en esto no está nada claro todavía y parece haber como un travestismo de los gatos— es más estilizada de cuerpo y tiene unas delicadas manchas naranja en el lomo, por lo cual la llamamos sencillamente *Rojilla*, porque ya me parecía mucha literatura llamar a la gata *Virginia Woolf*, después de llamar al gato *Ramón Gómez de la Serna*. Hay que separarles, claro, pues mientras están juntos forman comunidad, se quieren entre ellos y no quieren a nadie. No es que yo espere arrebatos de ternura perrunos por parte del gato, ya que en ese caso tendría un perro, y no tengo perro porque no me gustan los gatos que ladran. Y si encima de ladrar es perro, ya no puedo soportarlo.

Por otra parte, corremos el peligro de que, llegado el momento, caigan en incesto, y eso no puedo consentirlo dentro de mi casa. A mi casa se viene a tomar el té, a hablar de literatura e incluso a ligar con mi señora, pero no a acostarse uno con su propia hermana. Y, sobre todo esto, que la locura natural de un gato, multiplicada por dos, puede ser ya demasiada locura para mí. Va a ser un poco tarde para separarles, aunque hay quien me dice que los gatos no se encariñan con nadie y les dará igual. Quizá los gatos no lamenten la separación, pero yo lo voy a lamentar por ellos, o sea que viene a ser lo mismo. O peor.

A *Ramoncito Gómez de la Serna* —inevitablemente hemos caído o caeremos en llamarle *Moncho* y *Monchi*— le gustan sobre todo los mejillones. Lo que pasa es que la concha del mejillón le da en el hocico, y entonces cree que es un enemigo y se lo come rugiendo.

Despierta en él el tigre ancestral, que diría Octavio Paz. Hay ahora una comida para gatos, en el hipermercado, que a estos gatos no les gusta nada, naturalmente, del mismo modo que a los niños no les gusta la literatura infantil ni les gustan las películas para niños, sino las películas de adultos, con besos y adulterios.

La carne picada no les va mal, pero lo que realmente les llama a distancia es el pescado. La llamada del pescado es remota y casi poética para el gato. El pescado les debe oler a puerto a los gatos, ya que el gato tiene algo de tigre de puerto que se pasea a la orilla del mar a ver si salta algún pez. El sueño les vuelve pacíficos, a mis gatos, y cuando están un poco amodorrados es cuando mejor se les puede coger y acariciar. Tomo a *Ramón*, me lo pongo encima de una almohada que tengo en las rodillas, y si es la hora de la siesta se queda más o menos dormido, soporta las caricias y de vez en cuando se despereza con un bostezo de niño y un estiramiento de tigre. Los gatos hacen compañía precisamente por la poca compañía que hacen.

Carola estudiaba francés. Tiene catorce años y la habían dejado para septiembre. Yo leía a los románticos alemanes y el gato dormía no con el sueño inculto de otros animales, sino con esa especie de analfabetismo sabio de los gatos. El gato parece todo menos un analfabeto. Tiene aspecto de estar de vuelta, de habérselo leído todo hace mucho tiempo. Ahora de lo que se trata es de que la gata se vaya y el gato se

quede a vivir en Madrid. Un lío casi familiar. Todo son complicaciones y protestas. ¿Es que no va a poder uno querer ni siquiera a un gato? Va a resultar que es más incómodo y costoso tener un gato que tener una querida con piso puesto, televisión en color y loro. Claro que el gato siempre te da más conversación que la querida.

lunes.

Otoño, al fin. Ayer domingo, en el campo, tormentas y soledad. Pero se agradece el otoño casi oficial después del verano otoñal que hemos tenido. Uno de los muchos peligros de un diario íntimo es el convertirse en una sucesión de partes meteorológicas. Uno puede acabar siendo el hombre del tiempo del pasado. Pero creo que un diario —y he leído muchos— debe darnos, no sólo el tiempo como transcurso, sino el tiempo como clima. ¿Existe el uno sin el otro? No creo.

Puede que eso que metafísicamente llamamos tiempo no sea sino la rotación de las estaciones, una alternancia de días nublados y días de sol. Muchos más datos no tenemos del tiempo mayúsculo. Otra vez en Madrid, ardido por la falsa animación del barbitúrico, el whisky, la cocacola y la vitamina C, haciendo artículos. Uno sobre los viñadores españoles, que se tienen que ir a Francia a trabajar, como siempre —noventa mil—, a pesar de la llamada democracia, y otro sobre Picasso, del que han montado una exposición en la Fundación March.

Picasso y March. Así lo he titulado. Dos españoles universales, uno en lo positivo y otro en lo negativo. Aunque cada uno de los dos seguramente pensaba lo contrario de sí mismo. Tienen un común origen mallorquín. Se podría ahondar en la relación de estos dos nombres, jugando un poco, pero apenas si lo hago. Por debajo de este falso entusiasmo que me fabrico mediante las cosas que tomo y las cosas que invento, va una larga depresión metafísica —«existencial», hubiéramos dicho hace veinte años— que no sé si es lucidez o tensión arterial baja. Seguramente será la tensión, porque la lucidez no me la puede medir el practicante con su aparato. A ver si encuentro calma para terminar el libro de Ramón y escribir despacio en este diario, con tiempo y tiento, sobre algunas de las cosas que me pasan o no me pasan. Es difícil escribir un diario íntimo cuando cada vez cree uno menos en la intimidad. Lo profundo es la piel, como dijo Gide y creo haber repetido aquí. Escribiremos, pues, de la piel.

jueves.

Me levanto en forma para escribir, aunque anoche me acosté tarde. Estuvimos de café-teatro. Nunca se sabe. Esto del estar en forma o no estarlo es un misterio. Va a resultar que existe la inspiración. Porque de nada vale tomar precauciones y portarse bien. A lo mejor luego no sale nada. Y de pronto el cansancio da un artículo de una pieza. Bajo a comprar los periódicos y una aguja de ternera que me vende la bella Salud, adolescente, morena y variable. Tomo medicinas y una cocacola con whisky, que quizá es lo que más me entona. Hay días que el artículo se perfila solo, y días de buscar minuciosamente un tema y desarrollarlo con aplicación de contable. Hoy se veía venir que la cosa iba bien. O sea que me ha quedado tiempo para escribir un rato en este diario.

A media mañana ha venido la enfermera a ponerme la inyección. Me están sentando muy bien estas inyecciones de extracto de la glándula tímica del cordero. Pero tengo el culo como un alfiletero. Daniela no sé cuántos, una chica guapa y nueva, dice en una revista que le gustaría verme desnudo. Ay, Daniela, si vieras qué triste culo me han dejado.

Enrique Llovet, en su crítica al «Larra» de Buero, que se ha estrenado la otra noche, habla mucho de mi libro de Larra, lo cual me compensa de que Antonio me haya ignorado en las entrevistas, cuando ha dado nombres y lecturas utilizados para confeccionar su obra. Y el caso es que cuando salió mi libro, en 1965, me escribió una generosa y espontánea carta de elogio, que fue para mí una confirmación interior de algunas cosas. ¿Por qué hace esto, si fui de las primeras personas a quien contó su

proyecto de comedia sobre Larra, contando con mi predilección con el tema? No es la vanidad lo que se duele en estos casos, sino el desasosiego ante lo eternamente inexplicable de la conducta humana.

Llovet me ha vengado inopinadamente, y dice que la tesis de Buero y la mía coinciden sustancialmente. De donde deduzco que lo mejor es estarse callado, porque siempre hay alguien que habla por uno y se queda mejor. Al teléfono, voces de negocios, voces amigas y enemigas, dulces voces matinales. Hoy es uno de esos días de dejarse llevar por un suave entusiasmo hacia la vida y las cosas, aun sin haber perdido la noción clara de que ya nada es nada y de que la inercia del vivir se confunde con el tirón del morir, y sólo de eso nos mantenemos, de esa tensión de fuerzas.

Pero con demasiada frecuencia veo la vida esquematizada, en una versión abreviada y mediocre como las que se hacen ahora de ciertas novelas, para tener informados a los analfabetos. No estamos sino repitiendo el mal vodevil del vivir, interpretado ya tantas veces por los que ahora están muertos. El que la vida sea siempre tan igual a sí misma en todas las épocas —a ver si van a tener razón los estructuralistas— es lo que hace que podamos entender muy bien el pasado, pero es también lo que a mí me da la angustiosa sensación de intemporalidad, de estar jugando vanamente un juego sabido y triste.

He leído una biografía de los Rolling Stones. Drogas, sexo, violencia, viajes, música, alcohol, libertad. El esfuerzo desesperado de cada generación por romper con todo, por forzar las escasas posibilidades de novedad que ofrece la vida. Nada. Nada tan monótono como lo insólito. Lo insólito como programa es agotadoramente repetitivo y tedioso. De modo que ya, lo que le conduce a uno —incluso en días buenos, como el de hoy—, es el fragor interno de estar vivo y medianamente bien, el placer de quemarse en la lucha, el sexo, el trabajo o la política. La vida se vive y basta. Hay que hacer esfuerzos para no empezar inmediatamente a construir una metafísica a partir de un cierto entusiasmo neurovegetativo. Esta tarde tengo una reunión de trabajo con Cándido, Vicent, Chumy y algunos más. Los de siempre. Les he citado yo. La euforia de hacer cosas para que las cosas, luego, nos comuniquen cierta euforia, la que nos falta. Me entiendo muy bien con ese grupo inteligente, irónico, de gran prosa, alto ingenio y lúcido desencanto. Voy ahora mismo a afeitarme. Hay días en que el afeitarse supone un acto de afirmación vital. La casa Philips debe contar con eso y de ahí que

viernes.

No hay periódicos. Se ha hecho —hemos hecho— huelga de prensa por un atentado ultra contra «El Papus», revista catalana y satírica. Murió un hombre, el conserje. Matando conserjes me parece que no vamos a hacer la democracia.

Un poco perdido, barco a la deriva sin la vela desplegada del periódico diario, me quedo dentro de casa, como en una nave balanceante, sin saber qué hacer, porque me había levantado muy dispuesto a escribir, aunque ni la cabeza ni el cuerpo responden hoy del todo. Por fin hago un artículo para la agencia sobre la última novela de Torrente Ballester, «Fragmentos de Apocalipsis», que me ha dedicado cariñosamente. Gonzalo ha llegado con la madurez, como es lógico, tras un vasto rodeo por la cultura y por el mundo, al descubrimiento de sus orígenes celtas, de su mundo rico, original y poblado, y está haciendo unos libros, entre la erudición y la fantasía —fantasía erudita, erudición fantástica—, que son, aparte de una maravilla, un género muy gallego. Torrente ha llegado a la sabiduría de burlarse de su gran saber. Un poco como Borges, quizá. Aparte de eso, creo que tiene angina de pecho, pero siempre me ha parecido que la angina de pecho, a cierta edad, ayuda a vivir, porque ayuda a cuidarse.

Mientras escribo me llegan libros. Uno de Ullán sobre Francisco Peinado. Este Ullán, inteligentísimo y sutil, elocuentemente callado o silenciosamente hablador, está cada día más raro, ha llegado a la última vuelta de rosca de su propia inteligencia y, por fin,

más allá de la política y de la escritura convencional, se ha refugiado en la pintura como tema, como monotema. Es tan inteligente que quizá nunca hará nada —aunque ya lo ha hecho todo—, un poco como esos aparatos americanos de tocar música o de lo que sea, que tienen tantos botones que se bloquean en seguida. También me han llegado —vienen periódicamente— unos fascículos con los «Episodios Nacionales» de Galdós, con ilustraciones de época. Qué insoportable Galdós, y más en estos episodios. Qué lejos de la narrativa de Torrente, por ejemplo.

Ayer tuve una reunión de trabajo con los humoristas, y digo humoristas por resumirles a todos de alguna forma. Me parece que ya lo he anotado aquí. También creo haber hablado de ellos otras veces en este diario. (No releo nada de lo que llevo escrito, sobre todo pensando que luego hay que releer las pruebas). Summers, ceceante, irónico y de barba, siempre refugiado en su gracia directa, infantil y cierta. Máximo, reticente, resguardado en la trampa de su propia inteligencia, que puede hibernarle para la posteridad silenciosamente. Manolo Vicent, afilado de ojos claros y duros, barroco luego en la prosa, con una acumulación levantina que él ha estilizado en buenas lecturas y agudizado de ironía. Carlos Luis Álvarez, entre la precisión y la boutade, que de pronto parece muy desvalido y de pronto da miedo, de tan firme y lúcido. Dijo una cosa de las suyas:

—Ya he engañado a todos mis lectores. Ahora tengo que engañarme a mí mismo, y eso es más difícil.

Divagábamos sobre la creciente inseguridad del propio trabajo, ahora que todos estamos más o menos situados, por decirlo pronto y mal. De modo que la frase de Carlos Luis me parece extensible al grupo. Ops, adolescente, silencioso e irreductible, me parece que se va humanizando en trato y conducta. Ya le pone texto a sus dibujos, le pone bocadillos, y también a su persona le ha empezado a poner bocadillos y de vez en cuando habla algo, porque antes no hablaba nada. Chumy Chúmez, entre la agresión y el cansancio, hace de todo y parece que no hace nada. Acaba de estrenar una película. Me regala un gran falo portugués de barro. «Hay unas viejecitas en la fábrica dando color al glande con mucha aplicación», me dice. Me admira siempre lo dentro que está de su mundo, cómo encuentra siempre, este Chumy, su mundo en el mundo. Yo sé que este regalo absurdo es un gesto de ternura del vasco surrealista que es Chumy.

Capto entre todos ellos, y otros que no estaban ayer, como un aire generacional, un parecido común de grupo y época, mucho más coherente, quizá, que el de otras promociones literarias que los críticos han hecho cristalizar a posteriori. No tengo yo mucha conciencia de grupo ni de generación ni de nada, pero estos hombres son quizá los únicos con que me encuentro ya realmente bien, plenamente bien. Hay, naturalmente, secretas tensiones entre nosotros, dulces agresividades, celos, cosas, porque estamos todos haciendo lo mismo, en los mismos sitios y casi con el mismo lenguaje. Pero eso, que nos separa, es lo que nos une.

Me parece que entre todos —con otros que están en la memoria de cualquiera—, hemos hecho el milagro de prolongar en la prensa española, periódicos y revistas, nada menos que la literatura, el artículo literario, que ahora tiene unas exigencias críticas y políticas irrenunciables. Pero al que nosotros, a la recíproca, damos o exigimos unas exigencias literarias que nadie más le pone, porque casi todo el mundo va a hacer su periodismo político pedestre y sucio. También estamos muy identificados ideológicamente. Ninguno de nosotros quiere ser ministro y todos luchamos por la libertad sin más.

Llevo unos días buscando un tema «interior», un matiz del alma para desarrollarlo un poco en este diario. Aprendí de Juan Ramón, siendo yo muy joven, esa auto-observación lírica, que luego me ha servido bastante. Pero hace tiempo que en mi alma —Juan Ramón, en efecto, decía «alma», palabra que ya no se dice nada ni dice

mucho—, no encuentro cosa de valor. ¿Será que ya no tengo alma? No hay temas interiores que desarrollar en sonata literaria. Todo me parece que lo he dicho ya. Uno se agota a sí mismo como tema. Afortunadamente, claro. Afortunadamente para los lectores.

sábado.

Se me ha ido casi todo el mes en enfermedades. Un hermoso septiembre perdido. Y ya no le quedan a uno demasiados septiembrés. Me subo la tensión con whisky y cocacola. Me ponen inyecciones. Asisto a almuerzos de trabajo y regalo ideas con una profusión que sólo se explica por mi esperanza de que hagan las cosas los demás y me dejen en paz.

Prefiero que me roben una idea a que me roben mi tiempo. Estrenos, cine y teatro. En Las Rozas con los gatos o en Madrid con las gatas. Días de sentir que mi columna es estúpida, gris, de no saber cómo meterle brillantez a lo que, quizá, ya brilla suficientemente. Las felicitaciones que recibo en todas partes me hacen el efecto de una conspiración universal a favor, como si todo el mundo se hubiera propuesto ser amable conmigo. ¿Por qué, si todavía no me voy a morir?

Tengo parado el libro de Ramón en su final. Sólo me falta engancharle el furgón de cola, pero quiero que sea un primera, un pullman, no un furgón. En este diario no he escrito nada, y estamos, me parece, a mediados de mes. Los artículos de cada día los he hecho en unas condiciones de cansancio, agotamiento, sudor y pesimismo que llevaban mi heroísmo a su frontera con lo cómico. He llegado a darme risa a mí mismo. ¿Y por qué no decir que estoy malo y dejarlo todo, como hace todo el mundo? Supongo que tengo la timidez de mis enfermedades.

Ya estoy medio bien y, en este fin de semana casi campestre, he dormido una siesta de tres horas y me he lavado la cabeza. Todavía le rejuvenece a uno un poco lavarse la cabeza. En la vida social de la semana, esa tristeza de reencontrar a los mismos, un poco más maltratados por la vida —aunque vivan muy bien—, y saber que son ya la multitud que compondrá nuestro entierro. Como nosotros haremos bulto en el suyo.

Al gato le ha picado una avispa, a mediodía, y se ha quedado quieto y pensativo, con una pata en el aire, mirando fijo el cadáver de la avispa, que yo había matado. Parece que las inmensidades del sufrimiento posible se le han abierto con ese picotazo. Sigue pensativo.

domingo.

¿Hay algo más triste que un anochecer de domingo, en otoño y en el campo, solo o acompañado? Anoche tuvimos reunión con porro. La droga la puso la bella australiana. La trajo como en un ritual sencillo y organizaron el petardo con cualquier cosa. Se lo pasaban ellos y ellas con esa naturalidad afectada del nuevo costumbrismo, del nuevo vicio nacional, tan viejo, que en todo caso me coge lejos. Dije que no lo probaba. ¿Por qué voy a atentar yo contra el poco talento que me queda metiéndome dinamita en los sesos? Por otra parte, es todo tan puerilmente perverso que daría vergüenza, no ya participar en ello, sino hacer literatura sobre ello.

Lo que le aparta a uno de estas cosas no es ya la virtud, sino algo aún más triste: el aburrimiento, el escepticismo, el cansancio. La virtud supone entusiasmo y eso ya sería algo. La argentina se quedó relajada y flotante en una cama. Los otros siguieron como si no hubieran fumado nada, y más bien aburridos. Ni siquiera relajados. Fui yo el que, a base de cocacolas, más moví o traté de mover la reunión. Pero las cocacolas me han quitado el sueño. A las cuatro de la mañana —hoy tocaba retrasar los relojes por orden de quien dé esas órdenes—, aún no me había dormido y sudaba mucho. Cambié de habitación y de ropa, tomé otro mogadón y he dormido hasta las doce, pero me levanté mal y cansado. Después de leer los periódicos y desayunar, escribí tres artículos, almorcé y me volví a acostar. He dormido, aunque otra vez mal. Ayer por la tarde, antes de la *orgia*, hice los cinco penúltimos folios de mi «Ramón». Menos mal, porque

hoy domingo ya no he podido tocar el libro. El otro *Ramón*, el que tiene uñas, juega con su hermana, la *Rojilla*, y parece que los dos van buscando ya el calor de la cocina. Le cojo por delante, le miro en su carita y compruebo con repentina tristeza que los gatos tienen la cara triste. Es una greguería de Ramón que comento en el libro: «Los ojos del gato tienen la tristeza de no poder ser más que ojos de gato». Cuando deja uno de encontrar a los gatos literarios para encontrarlos simplemente tristes, animalmente tristes, es que debe estar uno muy viejo, porque el gato es joven.

Algo así digo en el libro. Digo que esa greguería es una antigreguería, porque la greguería —como la metáfora y más— relaciona las cosas entre sí y de eso vive. Pero si una cosa no nos remite a otra, sino a su propia limitación, es que la imaginación se está secando.

Hacia las siete, que no sé qué hora es de verdad, con el jaleo de relojes, damos E. y yo un paseo por el campo. Es un atardecer un poco fúnebre, blando y grato, con una luna limpia en un cielo nublado. Ya está, ya pasó otro verano por este campo y por nosotros. La muerte o el tiempo o lo que sea nos va pasando su garlopa tan dulcemente que es un escándalo. Nos morimos a lonchas. El otro día hablé con Carolina —catorce años—, que llamó desde Barcelona. Le conté cosas —inventadas— de sus novios y de mis —inventadas— novias. Nada, mi sobrina no tiene nostalgia del reciente verano. A los catorce años no se tienen nostalgias. Sólo le noto en la voz una fuerza salvaje de vivir, aunque ella es más bien dulce. A la vuelta del paseo me he puesto a escribir un poco en este diario. E. se ha ido a visitar a Carmen, que está en el pueblo de al lado, sola en casa, cada día más interiorizada. Pero interiorizada hacia nada, me parece a mí, y lo siento. No sé. Me daba un poco de angustia ese encuentro en el anochecer campestre de otoño con la mujer que no sale. Así que me he quedado.

Muchas veces lo he escrito: la tristeza debe ser mi verdad última. De todo hago tristeza. La muerte no me asusta, sino que me entristece como un anochecido fracaso de la vida. Voy a leer un rato antes de acostarme, para engañar la tristeza. La lectura es el único porro que nunca o casi nunca falla. Por ahora. Menos mal. Son las nueve menos cinco por mi reloj. A no ser que el Gobierno diga otra cosa.

Octubre, sábado.

TERMINÉ septiembre en Amsterdam, en un viaje improvisado del clan Cuixart, con Baltasar Porcel, José Miguel Ullán, Braso y su mujer, la mujer de Cuixart, Victoria, Ramón Galisteo, que es una fuerza bruta y desatada de la naturaleza, Luis Gamón, un banquero catalán que pudiera ser florentino y renacentista, Amilibia y más gente. Como unos nuevos Tercios de Flandes, invadimos la ciudad para presentar una exposición de Cuixart, pero los cuadros llegaron tarde, mal y pocos, porque la Administración española va a la zaga del arte, como la naturaleza wildeana.

He recuperado Amsterdam, una de las ciudades que más me gustan de Europa, un bello decorado de canales, un silencio fluvial para crear, pasear y amar. Pero sospecho que la excesiva racionalización de estos países ha desterrado la creación, el amor y por supuesto el paseo. Cuixart está cordial y confuso, como siempre. Ullán, cada día más reconcentrado en su morenez intelectual y fumadora. Me dice en la noche de Amsterdam que Aleixandre no le gusta nada. A los pocos días le han dado el premio Nobel a Aleixandre, de modo que imagino a Ullán abrumado por la información de urgencia y de batalla que nos ha dado la prensa sobre el poeta.

A mí Aleixandre me gusta unas temporadas más que otras, pero la media que saco de las inevitables relecturas motivadas por el premio, es que este hombre consiguió una escritura de una majestuosidad ejemplar, una especie de caos terso por el que se resbala como por una gran luz. En la primera parte de su obra y de su vida, claro, porque los libros de vejez, inevitablemente conceptuosos, me gustan menos. Y digo inevitablemente porque el poeta siempre se seca —incluso le pasó a Juan Ramón— y quiere, con los años, cantar con el intelecto, olvidando la prodigiosa verdad machadiana de que el intelecto no canta. El propio Machado debiera haberse aplicado el cuento.

Amsterdam, capital folklórica y turística del sexo y la droga, en estos años, ha llegado a una mecanización de la pornografía que nos deja indiferentes, cuando no hastiados. Quieren desnudar el sexo incluso de imaginación, pero cuando se renuncia a la imaginación sólo queda el hastío. El sexo solo tampoco canta, como el intelecto. Dejé Amsterdam con felicidad, como dejo siempre cualquier ciudad, porque uno quiere estar cómodo, más que estar al día, y sólo se está cómodo en casa.

A la vuelta del viaje encuentro las pruebas de «La noche que llegué al Café Gijón» y me pongo a corregirlas y releer el libro con apetito desordenado. Hace un año que lo terminé y quería saber a qué me suena. Muy bien la primera parte. En la segunda quizá se resiente un poco de ensayismo, crítica literaria y reflexión, lo que no estaría mal en otro tipo de libro, pero en esta especie de memorias breves, concentradas y vivas de mi primera época madrileña —primeros años sesenta—, de mi épica literaria de novel, prefiero que primen las cosas sobre las ideas, los personajes, las descripciones y la vida sobre el pensamiento. De modo que le he quitado al libro unas cuantas páginas de disquisición literaria y me parece que queda más compensado lo narrativo con lo reflexivo.

Anoche llamé a Vergés a Barcelona para preguntarle si estábamos a tiempo de hacer esas supresiones, y no se encontraba en casa. Esta mañana me he despertado con la idea urgente de hablar con él, porque me tiene impaciente el asunto. Me ha dicho que puedo quitar lo que quiera, porque todavía no está compaginado. Así que ya está hecha la autocirugía implacable de uno mismo. Nunca había entrado tan a saco en un libro mío. Vergés aprovecha para decirme que «Las ninfas» la ha editado Emecé de Buenos Aires y que se está vendiendo muy bien en Argentina. Los editores son así de sorprendentes. No sabía yo nada de esto, aunque hace poco recibí una buena crítica al libro, de «La Nación», sin reparar en que la nota bibliográfica decía «Emecé». Quisiera tener un ejemplar y cobrar un dinero. Vergés me dice que todo llegará. Es inútil: por más que se entienda uno bien con su editor, el editor y el autor son dos seres dispares

inclinados sobre una misma criatura, el libro. El autor es la madre de esa criatura y el editor ni siquiera es el padre. Suele quedarse en padrastro.

Lo digo porque, por muy sensible que sea un editor para los libros —y Vergés parece serlo—, su sensibilidad nunca tiene nada que ver con la del autor. Claro que ya no me preocupan mucho estas alegrías y penas profesionales, pero de pronto me ha entrado la impaciencia de conocer esa edición argentina, como me ha entrado la ilusión por este otro libro del que estoy corrigiendo pruebas. A ver si va a resultar que está uno sufriendo una floración de otoño, una menopausia profesional. Porque también el libro sobre Ramón me tiene ocupado y preocupado. Se me ha ocurrido de pronto, cuando ya creía estar al final, un nuevo capítulo, «Señorito madrileño», que ahora me parece fundamental, pero no se me había ocurrido cuando cavilaba día y noche en el libro. Las cosas siempre se le ocurren a uno a traición.

Haré ese capítulo, que ya sé en qué momento del libro entra, escribiré las páginas finales y daré por terminado el libro. Tengo problemas económicos con la agenda. Quiero más dinero y me parece que es justo que me lo den. Llega el momento en que el dinero no cuenta por sí mismo, sino porque quizá es la única forma que tenemos los hombres de hacernos justicia unos a otros. El dinero no es más que una idea. El dinero no existe. Sólo sirve para comprarse merluza congelada, y yo ya estoy harto de merluza congelada e incluso de merluza sin congelar. No necesito el dinero para nada, pero sí necesito que se me haga justicia. La justicia tampoco es más que una idea, pero tiene debajo un sentimiento, un sentimiento que no sé cómo se llama o que no tiene nombre. Y uno siente ese sentimiento. No quisiera que de todo esto saliera ninguna violencia con Leguineche, al que quiero y admiro tanto, mas el dinero, con no ser nada, a veces lo estropea todo.

Ahora estoy aquí en Las Rozas. Hemos salido en el coche a comprar folios al hipermercado. Vendrá alguien a cenar. No había escrito en todo el día. Retomo este diario y escribo mientras afuera llueve o nieva o lo que sea. Un octubre lóbrego. Esta tarde me ha filmado la televisión en la Plaza Mayor, hablando del castellano de la calle. Le van a especializar a uno en el castellano de la calle, pero yo tengo y uso otro castellano, otros castellanos, muy levantados y líricos o meditados e ideados. Qué difícil que no le especialicen a uno, que no le reduzcan, que no le ignoren queriendo conocerle. De paso que iba a por los folios, les he traído a los gatos comida y arena. Están muy maulladores y se dejan querer. Escribir en la intimidad, con la noche fuera, furiosa, y unos gatos cerca. No creo que ni en Amsterdam ni en el universo haya mayores fórmulas de felicidad.

lunes.

El escritor recibe cartas, muchas cartas, bastantes cartas, algunas cartas. Cartas de los lectores de libros y periódicos. Al decir cartas quiero decir cartas amables, civilizadas, correctas, simpáticas, útiles, buenas. Lo otro, los anónimos —que por cierto y por suerte no abundan—, eso no son cartas, sino goma-2 manuscrita.

Antes, el escritor recibía y contestaba las cartas con ilusión. Ahora las lee con ilusión e interés, pero nunca o casi nunca las contesta, porque el escritor ya no tiene tiempo para escribir más, y el mantener una correspondencia plural con aplaudientes y disidentes sería como obligar al profesor de esgrima, después de sus ocho horas de trabajo, a matar a varios señores a florete en el campo del honor.

Pero hoy ha llegado una carta que sí quisiera contestar, o al menos comentar. Es de una niña de diecisiete años que me llama «distinguido señor», porque la vida y la literatura consisten en que uno se va transformando, sin saberlo ni quererlo, en un distinguido señor. Y uno sabe muy bien que por dentro no tiene nada de distinguido. Ni por dentro ni por fuera. Y que de señor tiene lo mismo que al nacer, o sea lo imprescindible, pero nada más. El éxito consiste en que para los dulces pájaros femeninos de diecisiete años uno es ya un distinguido señor, cuando uno quisiera ser

sencillamente su novio.

Dice la niña que cómo me las arreglo para escribir tanto. Pues no contestando cartas, amor. Dice la niña que vive en Barcelona y ha terminado COU —que no sé muy bien lo que es— y que se encuentra «en una importante encrucijada en mi vida». La niña se llama Amparo. Todas las niñas, a esa edad, se encuentran en una importante encrucijada, sobre todo si se llaman Amparo. Dice la niña que es feminista y quiere programar su vida prescindiendo del varón, supongo que no a efectos sentimentales, sino sólo a efectos económicos, lo cual la honra.

«Me gusta escribir». A la niña le gusta escribir. Quiere dedicar su vida a este trabajo. La carta no está muy bien redactada. A lo mejor la niña escribe mejor en catalán. Qué más da. Yo qué sé. El caso es que escribas, Amparo, que te sueltes, en catalán, en castellano o en macabeo, suponiendo que el macabeo sea un idioma, que tampoco lo sé.

El caso es salir del lío, Amparo, cortar el nudo. Dice que yo he triunfado «como escritor y como hombre». Eso está por ver, Amparo. El triunfo como escritor es una cosa de amigos. Unos amigos dicen que soy listo y unos enemigos que soy tonto. O más bien a la inversa. Cuando unos y otros se pongan de acuerdo, ya me habré muerto, o sea que el triunfo o el fracaso me van a importar relativamente. En cuanto a que yo haya triunfado como hombre, eso me halaga, Amparo, pero no sé lo que es. (Me halaga, sobre todo, porque no sé lo que es).

Mi triunfo como hombre, Amparo, consistiría en que tú, a tus diecisiete años literarios y catalanes, me amases un poco en mis cuarenta años largos y cansados. Eso no es posible. O sea que yo no he triunfado como hombre ni como nada. Yo soy un mecanismo de hacer artículos de periódico y un amante irregular, Amparo. Yo soy un señor que figura en la nómina de colaboradores de algunas publicaciones y en la agenda de teléfonos de algunas señoritas más bien extranjeras. Sólo eso.

—¿Vale la pena dedicar la vida entera a la literatura? —me pregunta Amparo.

No sólo no vale la pena, sino que es imposible, porque siempre salen invitaciones para ir a cenar o a bailar, y entonces no queda más remedio que traicionar un poco a la literatura.

—¿Es prudentemente previsible una compensación económica para vivir con decencia? —sigue preguntando Amparo, la ninfa.

Yo diría que es imprudentemente imprevisible una descompensación económica para vivir en la más pura indecencia, Amparo. Eso es lo que da la literatura, de la que acabamos de obtener a medias una correcta definición.

—¿Qué consejo me daría para triunfar?

Dejarlo, amor. Dejarlo cuanto antes, porque si empiezas con la idea de triunfar no triunfarás nunca. Sólo se triunfa por descuido y a traición. Dice que con todo su afecto y corazón me quedará agradecida a mi respuesta. Tengo que escribir a esta chica. Pero, ¿cómo es esta chica? ¿Cómo es ese corazón femenino de diecisiete años que palpita monologante en la enorme Barcelona y de pronto me ha escrito una carta a máquina?

Seguramente no conoceré nunca a Amparo, ni falta que hace, porque toda criatura es mágica hasta que se la lleva al cine por primera vez. A la salida del cine ya es menos mágica. Lo que me emociona de esta carta, de cartas como ésta, es la fuerza de la vida que se renueva a sí misma, llena el buche una vez más y acomete contra el futuro, «como probando la resistencia del aire», que dice un poeta joven.

Uno cree que el mundo se acaba con uno. Uno cree que todo está cansado y en decadencia, pero he ahí la paloma pechugona del futuro, la impaciencia de la gente nueva. Sólo envejecemos nosotros. Lo malo de envejecer es que el mundo no envejece con nosotros. El mundo se renueva en cada Amparo de diecisiete años. Yo a esta niña sólo podría comunicarle mi cansancio, y por eso casi es mejor que no la escriba. Si trato de comunicarle entusiasmo y fe, estaré haciendo farsa. Ella no se

merece mi farsa ni mi escepticismo. ¿Qué le puedo dar yo, entonces, a ella? Sólo estas líneas que, por su bien, espero no llegue a leer nunca.

jueves.

Sólo he vivido cinco años en mi vida. Los cinco años que vivió mi hijo. Antes y después, todo ha sido caos y crueldad.

viernes.

Me trae E., de casa de mi primo José, una foto del año cincuenta y seis, donde estamos él y yo, Alfredón, Javier Pérez Pellón, Pepe Lozano y Pedrito Collado. Es de aquellas tertulias dominicales que teníamos en el Hostal de Valladolid, después de comer y hasta media tarde.

Me ha emocionado la foto porque no me acordaba de ella para nada. Me ha devuelto de pronto aquellas tardes de domingo con más sueños que dinero, con más versos que calderilla, tardes que eran para mí particularmente patéticas —una a la semana—, porque constituían las únicas tres horas en que posaba de escritor, vivía en escritor —veintipocos años— y ejercía ya o creía ejercer un débil magisterio entre aquellos amigos de vocaciones confusas, quizá más preparados que yo, pero ninguno de decisión tan acerada y suicida.

No me gusta el aspecto que tengo en la foto, de una presuntuosidad juvenil, de una guapura provinciana, pero eso es lo de menos. Lo importante es la emoción. Ahora, todos aquellos sueños están ya realizados y sobrepasados. Nunca creía, en el fondo, que nada llegase a hacerse verdad. ¿Y es que acaso se ha hecho verdad? Se han cubierto nominalmente unas etapas, pero el fracaso y la tristeza son los mismos de entonces.

Y más aún sobre esta foto conmoviente. ¿Por qué no volver a escribir sobre mi infancia y juventud, por qué no seguir escribiendo de los años cuarenta y cincuenta, en un tono u otro? Por miedo a que digan que me repito. Pero mi pasado, ya, es lo único que de verdad me importa y me conmueve. La única música que escucho. Esta foto vuelve a plantearme la constante duda interior, olvidar o recordar, más importante que ser o no ser. Olvidar o recordar, he aquí la cuestión. Hay tantas cosas que evocar, que recrear, que despertar en la memoria. Todo lo he escrito ya, pero todo está por escribir. Haría una narración directa, claro, unas memorias, sin artificio novelesco —que cada día odio más— ni ensayístico. Sólo el tiempo en estado puro. Esto me remite a mi más definitiva problemática actual: ¿por qué vivo tanto un presente que no me importa, por qué no me retiro a mi pasado fecundo? ¿Y por qué no me importa nada el presente? Esto debe llamarse decadencia. Me da igual.

Todas estas cuestiones vienen a decantar otra: la cuestión política. Aun escrito este diario en un año muy político de España, apenas si hablo en él de política. Ya hablo todos los días en los periódicos. Y demasiado. Precisamente he hecho este libro para eso, para mí mismo, para huir de la política. La política, el presente. La política es entre otras cosas el arte del presente, el arte de modelar y conducir el presente. Yo glosó a mi manera la política, pero el presente cada vez me vale menos al cambio con el pasado, no por esa estupidez de que todo tiempo pasado fuese mejor, sino porque en el pasado estamos y por el presente solamente transitamos.

Un día de esta semana he almorzado con Vicent, Carlos Luis, Luis Calvo, Haro-Tecglen y alguien más. Grandes escritores de periódico a quienes admiro y quiero. ¿Tendrán ellos estas dubitaciones? Me parece que no. Uno siempre cree que es el único que duda, el único que enferma, el único que peca, el único que muere. Comentan el presente con pasión. A mí me cuesta un secreto esfuerzo. La política no va mal ni bien. Va mediocre. En el mejor de los casos, lograremos una democracia burguesa, si el metal del dinero y el metal de las balas no mandan otra cosa. Me refugiaría para siempre en esa foto de mil novecientos cincuenta y seis. (Ya el largo enunciado del año, escrito así, sin guarismos, es como un hermoso versículo).

jueves.

Muy de tarde en tarde, cuando estoy aquí en casa, escribiendo, solo, por las mañanas, llama mi tía desde León, por conferencia, y vuelve la vigencia intemporal y alucinada de aquellas mañanas de mi segunda infancia, cuando, solos los dos en la casa con muertos y sin lumbre, éramos como los extremos irreconciliables de una larga familia derruida.

Cada vez voy sospechando más del tiempo y me pregunto si realmente son posteriores estas mañanas de cuarenta años más tarde, o son anteriores o qué. El tiempo, como el espacio. De chicos nos preguntábamos si estábamos cabeza arriba o cabeza abajo en el universo, según la posición de la Tierra. Hoy me pregunto si estamos antes o después, si somos posteriores a qué y con respecto de qué. (Quizá el espacio sea una preocupación o una fascinación de infancia, y el tiempo una obsesión de madurez).

Yo, aquí, escribiendo cada mañana en soledad, hablando conmigo mismo en una casa vacía, soy aquel niño que hacía sus deberes inútiles —exiliado ya de todas las escuelas— antes o después de ir a los recados. La misma moral de trabajo, la misma aplicación inexplicable, la misma fe en todo y en nada que me sostenía entonces, me sostiene hoy. Eso es lo que había debajo de mi cuaderno escolar y eso es lo que hay debajo de este folio que escribo ahora. Nada. Todo. La gente vive linealmente en el tiempo —mi tía por supuesto— y quizá no sufre estas alucinaciones. ¿Cómo es posible que, tantos siglos más tarde, estemos ella y yo hablando a solas como entonces, por encima o por debajo de los viejos y eternos rencores y amores familiares? Se instaura una mañana de infancia desolada en la mañana de hoy.

He despachado los dos artículos de actualidad, pero con una sensación de inactualidad. Soy un niño haciendo mis deberes. Aquel niño patético que los hacía para nadie, para ningún maestro, porque le habían repudiado todos los maestros. Cumplido todo en esta vida, no escribo tampoco para nadie, ahora, porque en el fondo trabajo para mí, como entonces, y más en este diario que es el soliloquio o el monólogo de un hombre que no tiene nada que decirse a sí mismo.

O sea que voy a afeitarme.

viernes.

La *Rojilla*, la gata, se ha ido de casa. Hace días inició unas excursiones por los tejados, de las que volvía a la hora de comer. Pero ya no está, no ha vuelto. *Ramón*, el gato no parece echarla de menos. La *Rojilla* es o era más traviesa, más inquieta, más histérica que el gato. Quizá se ha ido porque la hemos dado menos cariño que a éste.

O quizá la hemos dado menos cariño porque se veía que se iba a ir, que se podía ir. Con los gatos nunca se sabe. Con los gatos, como con las personas. ¿Volverá la *Rojilla*? ¿Por qué buhardilla bien abastecida se habrá metido? ¿Qué hace en los tejados o en el campo, en estos días de lluvia? El saber que hay una gata joven y perdida, quizás empapada, en las cercanías o en las lejanías campestres, no deja de producirnos una tenue inquietud. Lo que E. teme ahora es que se pueda ir también el gato.

—Los gatos vuelven —digo, sin saber si los gatos vuelven. El temor de que cojan unos chicos al gato, a la gata, y les hagan sufrir. La idea intolerable y compartida del sufrimiento de lo débil en el octubre negro y lluvioso.

«Un gato preso en la nieve» era el título de una novela que yo leía en mi infancia. Quiero decir que leía el título en el escaparate de la tienda. El libro no lo leí nunca porque no tenía dinero para comprarlo. Pero me fascinaba el título. Un gato preso en la nieve. ¿Era de Erico Verissimo? ¿Quién era Erico Verissimo, que había conseguido meter sus libros en la iletrada España de la dictadura?

Un gato preso en la nieve. Una gata perdida en la lluvia. *Ramón* ha pasado la tarde con nosotros, entre nervioso y mimoso. ¿Será porque se ha ido la gata? No. No está distinto de otras veces. Yo creo que come demasiada carne. Un gato exclusivamente

carnívoro puede ser una fiera. Pero no he encontrado sardinas para él en el hipermercado. Maúlla, se revuelca, se restriega y ahora tiene una cocina y una terraza para él solo. Pensábamos prescindir de la *Rojilla* y no sabíamos cómo. Ella lo ha comprendido y se ha ido como esas mujeres dignas y profundas que abandonan para dejarle al amante la tranquilidad de que ha sido abandonado. Qué pocas mujeres así, por cierto. Hay cosas que comprende mejor una gata. De todos modos, nos hemos pasado el día mirando a ver si vuelve la *Rojilla*. Es ya de noche y no ha vuelto.

sábado.

Ha vuelto la *Rojilla*.

domingo.

Lo que queda allá, en la ciudad impura, visto desde el campo, desde el campo sentido, es la ciudad pura, la posible ciudad virginal y soleada que todos soñamos y pudimos hacer posible, pero que yace, como rostro femenino y machacado, como doncella pisada por no sé qué caballos múltiples y oscuros.

Hay un Madrid ideal, o mejor un Madrid previo, un ante-Madrid, una ciudad anterior a sí misma, una ciudad que fue posible no sé cuándo y quizá fue real un solo día. Hay una ciudad mejor y menor que pudimos hacer o salvar entre todos, y que es la que tengo conciencia de estar pisando, hollando, borrando, despedazando cuando ruedo, camino, viajo, corro, golpeo la gran ciudad y por la gran ciudad dura de hierro y obstinación.

Madrid, ¿qué Madrid? No sé. Debajo de toda ciudad enervada y rugiente está la ciudad que pudo ser, la aldea que fue, el caserío solar de otro tiempo remoto, que en una arqueología del sentimiento aparece limpia y breve en la memoria del que se ha ido, aunque sólo sea por un fin de semana.

Entre todos estamos mancillando una doncella, masacrando un cuerpo, expoliando un puñado de casas débiles y tranquilas, el origen mismo de la ciudad, o la ciudad ya lograda, serena y giratoria, por la que las gentes paseaban dejando la sonrisa en el aire. No sé si eso está en el pasado o en la imaginación. No sé si tiene algo que ver con la utopía. En todo caso sería una utopía hacia atrás. Como todas las utopías, quizá. Pero no puedo evitar, cuando soy tropel en el tropel de la ciudad, sentir que estamos caminando, construyendo, golpeando sobre un cuerpo blanco, tenue, antiguo y puro, como si no acabase de morir nunca lo que a diario matamos, lo que a diario muere.

Desde el campo, ya digo, todo esto es mucho más evidente. Quizá lo que huye periódicamente al campo no somos nosotros, sino, en nosotros, la pura ciudad castigada, el claro cuerpo enterrado.

sábado.

Hay semanas que no me quedan más días libres que el sábado o el domingo para anotar cosas en este diario. Por ejemplo esta semana, que he ido a Barcelona. He ido de médicos y de escritores, como siempre. Bueno, también de travestís, esta vez. En el avión de ida charlo con Emilio Romero, al que encuentro cansado de voz, de figura, de actitud. Me dice que tiene un principio de cataratas. Este hombre está quizá en decadencia porque murió, al menos oficialmente, el sistema al que servía. Claro que aunque sirva uno a un sistema triunfante y nuevo, la decadencia le llega igual, en su momento. La política todavía no ha resuelto esto del envejecer.

En Barcelona, el doctor Muiños, sabio, cordial y demorado, como siempre. Los ojos están bien, pero se me cansan mucho. Son cosas funcionales que seguramente no tienen más arreglo que aguantarse. El mundo de ciegos de la clínica daría para un cuento muy nutrido, procurando olvidarse de Sábado. Así que me arrojo desesperadamente al mundo de los que ven y leen, voy a la presentación de unos libros de José Luis de Vilallonga, ese aristócrata tan literario, que luego lo es menos en persona.

Los escritores catalanes de siempre, y por la noche un espectáculo de travestís o

travestíes, un concurso de adolescentes casi desnudas —hijas mías— y la ya casi mítica Bibí Andersen, a cuyo camerino me baja Luis Cantero. Bibí es altísima, bellísima, con esa belleza triangular y efébrica que a uno le gusta. Se abre la bata para que yo la vea casi desnuda. Dicen que es un hombre. En estas cosas ya no se aclara nadie mucho. Me parece que está naciendo una nueva sexualidad, un tercer o cuarto sexo. He hecho una crónica sobre ella —sobre él, quién sabe— para «El País», y creo que ha quedado bien. Por lo menos la han dado bien. Todo esto me lleva a una nueva reflexión sobre lo canalla, ensayo que nunca escribiré, supongo. Luego, en Madrid, más Vilallonga y una reunión con Máximo, Pilar Miró, Vicent y más gente para un posible programa de televisión que tampoco haremos nunca.

domingo.

Esta semana ha muerto Miguel Mihura. Artículo urgente sobre él y declaraciones a varios periódicos. Leo a Mihura desde casi mi infancia, me parece un humorista fundamental en mi formación y en los últimos años he sido buen amigo suyo y he tenido la rara satisfacción —una de las pocas satisfacciones puras del ser humano— de manifestarle mi admiración y mi deuda personalmente, sin almíbares, pero sin pudores. Habría mucho que escribir de él. En el libro de memorias literarias que publicaré dentro de un mes, creo que me aproximo un poco a su persona y su obra, con discreta extensión. Se nota, supongo, que le quería, que le quiero de verdad. Ya no me da tiempo de añadir en pruebas la trágica nota que les puse a otros, ya en galeradas, explicando que habían muerto. Mejor. Así seguirá vivo para siempre.

lunes.

En una de las reuniones de trabajo de la pasada semana, Rosa Montero. Ayer, en un dominical, una magnífica entrevista que le hace a Jorge Semprún. Conozco a Rosa desde que era casi una niña, cuando hacía periodismo y le pedí que me ayudase un poco. Era gorda, viva, lista, nerviosa, divertida, loca. Ahora es delgada, vivísima, inteligente, más tranquila, no menos divertida, sí menos loca. Le tengo cariño, y creo que ella a mí. El otro día me pedía Trevijano que le conectase con ella, porque quiere que trabaje en su revista. Todo el mundo quiere tener a Rosa en sus revistas. Se lo digo:

—Estás de moda, amor.

Lo admite con su natural naturalidad de progre, de joven, de liberada, de lo que sea. Tiene hoy un hermoso cuerpo y unos ojos más inteligentes que nunca. Me parece que ha enderezado sus amores. Está como peinada por la vida, por los hombres, por las experiencias, por las drogas, yo qué sé. Está mejorada y distante. No sé si distinta. Creo que nos guardamos una secreta gratitud mutua que nace de nada y de todo, que viene de muy atrás o de ahora mismo. A uno le gusta ver nacer talentos, y más si son femeninos. En el remolino confuso del feminismo actual, Rosa es de las más claras, de las más listas, de las mejores. Hace años dudaba entre el teatro —buena actriz underground— y el periodismo. Yo la animé a seguir escribiendo.

martes.

(Carta a mi gato).

Verás, gato, tú no puedes entenderme, pero yo quisiera explicarte algunas cosas. Mira, gato, un gato, como un niño, como una flor, como una piedra, son cosas en las que nos miramos, en las que se mira el hombre. El hombre, cuando mira un gato, se transforma en gato, y cuando mira una piedra, se transforma en piedra. El hombre es siempre aquello que mira.

Quiero decir, gato, que no hay mito más profundo que el de Narciso. Tú qué sabes quién era Narciso. Yo tampoco lo sé muy bien, y me aburre la mitología como pudiera aburrirte a ti si en lugar de nacer gato hubieras nacido niño, el niño que vive encantado, encerrado, dentro de todo gato. Prefiero, como tú, unas sardinas frescas, que ya he visto que las sardinas que no están frescas tampoco te gustan mucho. Prefiero

cualquier piltrafa de la vida a toda la suntuosidad de la cultura, porque hay más vida —y más cultura— en la vida que en la cultura.

De todos modos, queramos o no, gato, Narciso existió. Es decir, Narciso existe. No existió nunca, y por eso existe ahora. Vive eternamente lo que no ha sido nunca. Narciso es el hombre todo mirándose en el mundo. Porque el mito de Narciso es verdad, pero se queda corto. Narciso sólo se miraba en el agua, y ha quedado como el gran coqueto de la humanidad. Siendo así que la humanidad se mira en el agua, en el fuego, en la muerte, en la vida, en la piedra, en el gato, en la sangre, en sí misma. El único juguete de la vida es la vida. Estamos solos con nosotros mismos y vivir es mirarse y me transformo automáticamente en lo que miro. Se ha dicho que el hombre se apropia de las cosas por la mirada. Yo creo que, más bien, por la mirada, las cosas se apropian del hombre.

¿Cómo disfrutaría yo el espectáculo del gato si no me hiciese un poco gato, si no ingresase en la *gatidad*? Claro que tampoco estoy hablando exactamente de panteísmo, gato, sino de que estamos condenados a vernos a nosotros mismos en todo cuanto miramos. Estamos condenados a narcisismo. En la salud del gato disfruto mi salud real o deseada, y en esa medida me transformo en gato, en esa medida me proyecto en el gato.

Todas estas cosas, gato, seguro que las han escrito muchas veces, con mejores palabras, los pensadores profesionales. Pero si uno les tuviese demasiado respeto a los pensadores profesionales no escribiría una sola palabra. Aprendo más mirando a un gato que leyendo a un filósofo. Aparte de que en el filósofo también me veo, me leo, me busco, me espejo. Todo lector lee para mirarse en lo escrito como en un espejo. Para buscarse.

Y el libro le gusta o le decepciona según que se encuentre en él o no se encuentre. También el filósofo ha escrito para mirarse, para verse. La escritura es un espejo donde el escritor se ve como quiere y el lector se ve como puede. Escribir es siluetearse uno a sí mismo en un espejo. No se han escrito más que autorretratos. Y por supuesto no se ha pintado otra cosa. Sólo se pintan autobiografías.

Durante todo el día, durante todos estos días, gato, te veo vivir, te oigo maullar, hablo contigo, sostengo tu mirada, donde hay una fiera triste o un niño loco. Tú sales y entras, te subes a las mesas, te deslizas entre los muebles, todo lo hueles, de todo te enteras, todo lo confiscas, cazador total, pasas de una terraza a otra, te asomas a las flores y a los zapatos vacíos. Observo cómo, en ti, el apetito se transforma en curiosidad, el hambre se sublima en inteligencia. No sólo quieres comer. Quieres saber. Sería burdo el mantener a estas alturas que sólo se caza para comer. La caza es una forma de conocimiento, en el animal y en el hombre. Se caza incluso lo que no se va a comer. Claro que la caza, como el crimen, es una forma cruel, límite, del conocimiento. Una forma quizá pervertida de la curiosidad. Yo no soy partidario de ella, gato. Pero observo cómo tú, cuando estás saciado, sigues buscando, oliendo, investigando, enterándote. Te mueves con todo lo que se mueve. Blanco, gris, negro, con ojos de un verde que es otro verde que el de la tierra, otro verde que el del sol, me miras, me escuchas. Nada sé de ti, nada sabes de mí. Seguramente hay en ti un ser encantado en figura de gato. Pero sin duda hay en mí algo encantado en figura de hombre.

Noviembre, miércoles.

PASAMOS de octubre a noviembre aquí en el campo. La transición, naturalmente, no existe. La continuidad de la luz y la pureza del aire nos mantienen en un otoño largo y grato, que era de prever tras el verano tormentoso que tuvimos. En los periódicos, alguna nota sobre la afluencia a los cementerios, e incluso el consabido artículo sobre los muertos. Yo mismo he hecho uno. Lo que pasa es que esto, en otro tiempo, no era más que un tema literario o un recurso, y ahora resulta que es verdad. El tema nos llega, nos toca, nos duele, y entonces deja de ser un tema. Es una herida.

A propósito de esto, reconsidero en el artículo —escrito de prisa en máquina ajena—, el reflorcer de los tópicos como verdades, cuando la vida va madurando. El tópico fue verdad alguna vez, pero nuestra precoz soberbia intelectual lo despreció siempre como tópico, como el lenguaje de nuestras tías. Con el tiempo descubrimos que si en ellas era un tópico, efectivamente, en sí mismo no lo es. En nosotros ya no lo es, ahora, porque la vida ha venido a llenar de sentido las frases hechas.

Por repugnancia profesional sigo desechando los tópicos a la hora de escribir, pero entiendo ya la carga de verdad, anterior al tópico, que hay en ellos. Tanto si son tópicos morales, sentenciosos, como si son tópicos estéticos, metáforas. Hay un sol blanco y un cielo continuo en estos primeros días de noviembre. El campo duda entre ser verde o ser gris. A la tarde daré un largo paseo. Mientras nos morimos o no nos morimos, lo mejor que podemos hacer es pasear. Ayer empecé a leer con mucho entusiasmo un libro sobre Carlos Castaneda, antropólogo e indagador de los alucinógenos, escritor de moda en la contracultura. Tuve que dejarlo pronto porque no me interesaba gran cosa. El mundo de las hierbas me aburre, qué le voy a hacer. La realidad me parece cada vez más rica. No quiero borrarla ni confundirla con nada. Sólo tomar algo para estar a mi nivel y no por debajo de mi nivel, pero sólo eso.

Mientras escribo, hoy por la mañana, el sol y los gatos me miran desde fuera, me llaman. He despachado dos artículos. Uno sobre la resistencia de los exhibidores de cine a aceptar las medidas que protegen el cine nacional. Son las resistencias que está encontrando en todas partes la naciente y deficiente democracia burguesa. El muro del dinero. El otro artículo es sobre la muerte de los elefantes, que están siendo asesinados en África para que las señoras sin otros encantos se pongan un colgajo de marfil. Cada día tiene uno el convencimiento más desencantado de que esta estrella mediocre que es la Tierra, y que ni siquiera es una estrella, va a la autodestrucción, o a la destrucción a manos del hombre, que quizá no es más que un deficiente mental con pretensiones.

El día grande de ahí fuera parece decir otra cosa, pero ésta es la verdad. Anoche, hasta muy tarde, con Piedad y Rodó. Pepe estuvo más gracioso que nunca y Silvia más argentina que nunca. Fernando nos explicó cosas del sexo. Dormí con un tranxilium y de madrugada tuve que tomar otro, porque la cosa no marchaba. Yo creo que me desveló un té que pedí a las dos de la mañana. Me escribe una francesa para hacer una tesis sobre mis libros. La contesto. Veremos a ver cómo es de lista esta francesa. Ya he tenido que habérmelas con otras, francesas o no, que generalmente no son otra cosa que maquinillas de ordenar fichas sobre uno. No se les ocurre nada. En cuanto a los estudiosos de aquí, del interior, se mueven entre la indiferencia, la ignorancia, el desprecio, la superficialidad, el halago, el clan y la haraganería. Uno no espera ya, a estas alturas, que nadie le lea en serio. Es cuando se escribe en estado de total pureza: por el mero placer físico. Escribir sí que es un deporte completo.

domingo.

Lluvia y frío en el campo. Invierno. Un frío acogedor. Con este tiempo no hay tentación ni compromiso de salir a pasear, de pisar tierra y rastrojos. Nada como el frío para disfrutar del calor. En cuanto a este diario, habría que anotar lo de siempre: invitaciones, estrenos, cócteles, fiestas, entrevistas, proyectos, propuestas, ofertas,

encuentros esperados o inesperados, gratos e ingratos. Las gentes de siempre y otras. Todo lo que trae la ola hinchada y variada de la actualidad y eso que llaman la popularidad. Llega a ser insoportable, claro.

Si lo hubiese anotado día por día, tendría ahora un buen diario social. En este momento sólo necesito olvidarlo, barrerlo, por higiene mental. Ayer he despachado varios artículos y hoy otros varios, porque me voy esta noche a Barcelona y hay que dejar trabajo hecho. Lo habitual y algunas chapuzas. La actualidad tiene gran fuerza y colorido mientras es actual. Por eso hay que anotarla en seguida. Luego se borra como los sueños. ¿Alguna figura, alguna persona, alguna imagen que destacar, aislar, dibujar, de entre el tropel de entes y cosas? Nada, nadie. Al menos hoy. Supongo que anotaciones como ésta hay ya muchas en este diario. Medito sobre la heterogeneidad de que está hecha esa supuesta homogeneidad que es el éxito. Éxito que le conceden a uno de los escritores periféricos y concéntricos al escritor que yo soy, y del que dice algunas bellas y acertadas palabras, en «ABC» de hoy, Florencio Martínez Ruiz, viejo y querido amigo.

Cómo le explicaría yo a Florencio que ya da igual. Anoche nos reímos en la cena del sábado, un rito al que hay que meterle novedad todas las semanas para que se desritualice. Creo que lo conseguimos. Un tema nuevo o una visitante nueva pueden hacer el milagro. La de anoche era rubia y muy blanca, con perfil virginal. Con un interés desinteresante. Los del PC me cogieron ayer en el bar del pueblo para contarme la lucha contra el alcalde/cacique del postfranquismo. Supongo que toda esa gente caerá con las elecciones municipales.

«El País», hoy, da bien un artículo mío sobre los negros literarios, tema del que se ocupa una revista sacando mi foto y unas palabras mías. Siento decepcionarles, pero nunca fui negro. Y me habría gustado. Como me habrían gustado otras corrupciones. (Aquí otra variante del tema de lo canalla). Una revista porno da unas fotos mías quitándole la braga a una actrícilla. Un show periodístico de poca importancia, que a Luis Otero le parece que me perjudica, y así me lo dice honradamente, pero que a mí me ha servido hoy para hacer un artículo que me gusta.

El partir de uno, de los pequeños o grandes exhibicionismos de uno, siempre da resultado literario para escribir. Y gusta mucho a la gente, porque al fin y al cabo el hombre vive de devorar al hombre. Gracias al whisky chivas que me ha regalado José María Roderó me encuentro bien de la tensión y puedo escribir indefinidamente. Estoy haciendo esta página del diario con ganas, después de haber levantado tres artículos. Hoy ya no escribiré más. El gato, *Ramón*, está francamente gordo. La gata, la *Rojilla*, lo lleva con más elegancia, aunque los dos comen bastante. Creo que le voy a poner a la *Rojilla* esa inyección que esteriliza a las gatas, porque cualquier día pueden tener niños, aunque son hermanos. Se conoce que con los gatos no funcionan los viejos tabúes de la humanidad. Les quiero y les doy cariño, a los gatos, en un deseo un poco patético de hacerles comprender que el Universo es bueno, que un gato puede vivir feliz bajo una mano que le alimenta y le acaricia. ¿Entrará esto en sus redondas cabecitas tenues?

Me miran con ojos de una tristeza verde y selvática. Es hermoso este domingo sombrío, pluvial, que cae sobre los campos y las plantas de la terraza, sobre la hierba de la piscina, como una mansa catástrofe reverdecedora. Tengo ganas de salir a respirar un poco. Leo a uno de los *filósofos* del 68 parisino. Estos chicos han acabado escribiendo buenos libros. Cambiaron los adoquines de París por los tomos de Gallimard, como arma arrojadiza. Todo anarco-revolucionario acaba siendo editado por Gallimard. Ahí mueren todas las revoluciones. Nada ha podido la anarquía, a través de los siglos, contra la tristeza lluviosa de este domingo burgués.

lunes.

Los cipreses están ahí, a la puerta de mi casa, y no son fúnebres sino alegres, porque

el ciprés es un árbol clásico al que sólo el tenebrismo cristiano ha metido horror de cementerio. Aunque dice Ramón, y es cierto, que el fruto del ciprés parece una calaverita. Cuando yo cogí esta casa, hace diez años, escribí a los amigos con la petulancia que se tiene siempre diez años antes —hoy tenemos otra clase de petulancia—: «La casa tiene chimenea, y cipreses en la puerta».

Luego no he vuelto a mirar los cipreses, en estos diez años. Pero ellos han crecido, están altos, son ya un lujo del cielo, más que de la tierra, y de pronto la otra noche, volviendo tarde a casa, mirando las estrellas, descubrí, redescubrí mis cipreses, los cipreses de mi casa, cuyo patio no es particular, sino comunal, y cuando llueve se moja como los demás.

De pronto comprendí con ternura y espanto que estos cipreses lo han visto todo. Han asistido a diez años de mi vida. Han visto incluso lo que no debieron ver. Hacía fresco la otra noche y por eso no me quedé contemplando los cipreses, enmarañados de estrellas allá en lo alto, que un rato de lirismo no vale un mes de faringitis.

Pero me acosté pensando en los cipreses. Ellos me han visto, durante diez años, salir todas las mañanas, con bufanda o sin ella, a comprar los periódicos o las cocacolas, a coger un taxi urgente o a dar una vuelta por el barrio, sin prisa y con sol. Ellos vieron dar sus primeros pasos a una criatura mágica, irrecuperable, irreemplazable, sagrada y mínima, y dar también sus últimos pasos breves y cansados.

Lo que está enlagueado eternamente dentro de mí, de pronto creció hacia el cielo con los cipreses, en los cipreses. Nuestra vida se agazapa en lo nunca mirado. Basta mirarlo para que nuestra vida nos sea devuelta.

Ellos me han visto envejecer a mí, pero yo no les he visto crecer a ellos, pegar el estirón, hacerse mozos. Salgo y entro y ni les miro. Ahora, con el descubrimiento de los cinco cipreses —me parece que son cinco—, ya tengo otra razón para no dejar esta casa que no quiero que me deje.

Los cipreses, aunque no son fúnebres, me verán salir por última vez, ya horizontal, tranquilamente muerto o angustiosamente peatón a la busca del taxi del moribundo. Los cipreses no creen en Dios, contra lo que parece, sino que están ahí, como el gerardiano ciprés de Silos, y no acongojan al cielo con su lanza, sino que esbeltizan la mañana, y por la noche ya se entienden directamente con las estrellas.

Se pasan la noche en claro, como el sereno, y son los protagonistas del silencio, pero luego los borra la mañana y cuando salimos los vecinos ya ni les vemos, ni les miramos, porque todos tenemos nuestra prisa por huir de nosotros mismos. Pero me ha confortado, de pronto, descubrir, pensar o repensar que estos cipreses bien cuidados han sido mis camaradas de diez años, me han acompañado, han asistido a mi crecimiento hacia la muerte, como yo a su crecimiento hacia la vida. Los árboles no mueren de pie, porque no les dan tiempo los concejales. Los árboles son eternos, mirados desde el hombre. Los árboles, a poco que vean, nos verán fugaces, repentinos, instantáneos, a los hombres.

Hay un jardinero simpático, con un mono azul de cremallera, que es el que cuida los cipreses y todo el pequeño jardín que hay delante de casa. No es el jardinero de Tagore, sino un señor con salario mínimo y seguros sociales. Porque los árboles no viven de lirismo, sino de agua y cuidados. Mi vida, tan perdida, no me parece ahora perdida del todo, porque en ella crecían unos cipreses.

Mientras yo iba y venía, ganaba premios, escribía artículos, publicaba libros, me enamoraba o me desenamoraba, los cipreses, sencillamente, crecían, se hacían unos hombres. Qué enseñanza, si uno fuese dado a obtener enseñanzas de la naturaleza, que es cosa que no hay que hacer nunca, porque la naturaleza está para vivirla, para disfrutarla, no para meterla en la bastardilla de las ideas. Utilizar un árbol para moralizar es casi tan escandaloso como cortar un árbol para vender la leña.

Nunca hay que hacer leña del árbol caído, y mucho menos cuando realmente se trata

de un árbol. Estos cipreses se han salvado de la locura de los niños, del descuido del tiempo, y están mucho más altos que cuando vinimos, y son la única caligrafía del cielo el día que al cielo le sale una plana limpia y bella. Yo, que nunca he sabido de jardinería, que nunca voy a plantar un árbol, he comprendido de pronto que el hombre que planta árboles se planta a sí mismo, se entroniza en la tierra, sabe que algo suyo crece con el árbol que crece. Creemos que todo es decadencia en torno porque todo es decadencia dentro de nosotros, pero los árboles siguen creciendo y ensanchándose mientras estamos en los cócteles o dormimos mal. Los árboles tienen mejor salud que nosotros. Comprendo de pronto que estos cipreses han aprovechado el tiempo mejor que yo, que el ciprés sí que es un hombre de bien, un hombre de provecho. Les miro un poco, ahora, como una avanzadilla del cementerio que me espera, unos adelantados del cementerio que se han venido hasta la puerta de mi casa, pero aún así no son los heraldos negros y vallejanos, no se me hacen tristes, porque su estatura y su perennidad me dicen que algo se lograba en mi vida mientras todo se malograba. Ahora, ya, les miro siempre que entro o salgo.
miércoles.

La otra noche, Antonio Garrigues dio una cena a Carrillo para despedirle, que se iba a USA. Antonio Garrigues está siempre en una especie de diletantismo político y cordial que a mí me divierte y a él también. «Estos Garrigues están en todas las mesas», me dice Santiago. Tiene razón, pero yo creo que, en cuanto al secreto de Antonio, es que no tiene secreto, sino que todo esto le divierte y así pasa el tiempo, aparte algunos amores, supongo, no sé.

Carrillo, cordial conmigo, inteligente con todos, aunque se quedó un poco parado cuando le preguntaron por la revolución cultural del eurocomunismo. Yo hubiera dicho que la revolución cultural consiste sencillamente en devolver la cultura al pueblo, y que deje de ser un patrimonio de élites. ¿Para qué inventarse una nueva cultura o una contracultura, si está ahí el gran cuerpo cultural europeo, con treinta siglos de tradición, y casi todo el mundo lo ignora? Carmen Díez de Rivera, bella, coquetea sobriamente conmigo hablándome de política. Tomamos pastillas para la tos. Carlos Saura, al que elijo como compañero de velada, está en un anarquismo gracioso y tierno que tiene poco que ver con el intelectualismo seco de sus películas. ¿Por qué no le mete un poco de este cachondeo directo a su cine?

Ramón Tamames, muy frívolo, pero muy serio, como siempre, con algo de primero de la clase de marxismo. Rof Carballo, al que no veía hace tiempo, va perdiendo la coquetería cultural y quedándose en el campesino gallego, sabio y misterioso, que en el fondo siempre fue. Yo he aprendido mucho en sus libros, toda la vida, y se lo digo, aunque hoy sea un nombre un poco olvidado. Entre otras gentes de la cena, periodistas americanos y capitalistas españoles, agresivos, prepotentes, fumadores de un puro que es casi como una pistola. Con esta clase dominante no tenemos nada que hacer. España es de ellos, son autosuficientes. Ni siquiera combaten al socialismo. Lo ironizan. Me deprimó mucho, quizá porque no soy un luchador político como Carrillo. Fernández Ordóñez defiende como puede el pacto de la Moncloa. Juan Luis Cebrián, aparte de ser mi director en «El País», me gusta mucho personalmente. Tiene una cosa de joven romántico liberal, con su bigote y su barba recortada, que él se riza continuamente con las puntas de los dedos. Una ironía oblicua en los ojos y la risa. Me trae a casa Carmen Díez de Rivera, en su coche, y en la soledad y la intimidad del viaje juntos está mucho más distante y menos esponjosa que en el coqueteo a vista de todos. Pasa siempre.

Yo estoy ya muy agarrado por la faringitis. He visto «Oh, Calcutta» y algunos actores me dicen que Daniela Duque, una de las chicas desnudas, se ha puesto muy nerviosa al verme en primera fila. Un día, esta chica casi se me declaró en una revista. Pero qué cansancio y qué falta de tiempo para conocer gente nueva. Nunca he hablado con ella.

Decido quedarme en casa toda la semana, ponerme inyecciones, llamar a los médicos, combatir este nuevo y fuerte brote de faringitis con fiebre. Leo mucha prensa, leo los pensamientos de Paul Valéry, y otros libros más recientes. Viene a hacerme una entrevista Marisa Ares, de «Gaceta». Es una niña bien de Madrid, muy joven, lanzada a la independencia, el periodismo, la experiencia y la vida. Un caso típico y tópico, pero con todas las gracias personales y generacionales, que tanta gracia me hacen. Adivino en ella una sensualidad impaciente, cálida, quizá un poco áspera o autoritaria, efébrica. Lo lleva todo en los ojos.

Visitas, libros, llamadas, una intensa vida social y profesional llevada desde casa con mucho más fervor que cuando ando por la calle. Está visto que esto no hay quien lo pare. Hago artículos incluso con fiebre. Hoy me encuentro mejor. Ya he despachado lo de «El País». Noviembre va mediado y me dicen que hace mucho frío en la calle. Pues va a salir su padre. ¿Y si me quedase en casa para siempre? Pero alguien tiene que ir a Las Rozas a dar de comer a los gatos. Los recuerdo desde aquí con ternura. ¿Y si les llamase por teléfono? Me temo que no van a cogerlo.

Quizá el ataque va pasando. Hoy no debo tener fiebre. Vienen entrevistadores, como siempre, y hasta me amenaza la televisión. La vista aguanta estos días —unos males siempre se compensan con otros—, de modo que leeré mucho y a ver qué pasa. A todo el que llama le pido que me traiga comida.

miércoles.

Llevo bastantes días sin anotar nada aquí. Una semana de faringitis, reclusión en casa con muchas visitas, y esa rueda mareante de la vida social, los amigos, las amigas, los compromisos, todo Madrid metido en este salón. El salón me ha dado, por reducción geométrica y por reducción al absurdo, la disparidad y pluralidad de mi vida. Carmen Díez de Rivera, Alfonso Sánchez, Michi Panero y mucha más gente conocida y desconocida, entrando y saliendo con comida, libros, cuadros, cámaras de televisión (también ha estado Lazarov), suponen para mí una especie de exteriorización del caos interior (que ya he descubierto, ay, que no es sagrado). Porque para mí esto no se queda en meras relaciones sociales, sino que cada persona me deja una estela literaria, imaginativa, poética, una confusión de tiempo y sentimiento que no puedo conciliar luego, a solas.

E., en Tailandia unos días. Siguen las apariciones inesperadas y cálidas, cada vez desde zonas más recientes y jóvenes, como una palabra rosada que me envía la vida, el tiempo, la ironía final de todo. ¿Para qué tanto?, me pregunto. Podría ser casi feliz con mucho menos. La abundancia siempre me ha desconcertado. La pluralidad me distribuye, me reparte fuera de mí mismo de una manera que no es exactamente mi manera. La vida manda. ¿Lo haría yo mejor, planificadamente? No sirvo para planificar. Me dejo llevar un poco por lo que viene. Ya ni siquiera provoco el azar objetivo, como los surrealistas. El azar se produce con su rara matemática que sería largo descifrar. Ya he escrito aquí que me desconcierta todo como una conspiración a favor. Fatigado de biografía, he pasado algún domingo en el campo, a solas con el gato, que se deja acariciar, entrecierra los ojos y de pronto los abre para darme, de frente y con sensatez, un solo maullido. ¿Cómo no creer que ese maullido es una palabra?

¿Qué quiere decirme el gato? Nadie ha entendido jamás a los gatos. A las personas las entiendo demasiado, ay, y me da pereza entrar en el juego, pero entro.

A medida que el éxito se complica, hago menos merecimientos para obtenerlo. He leído en algún sitio que nada tiene más éxito que el éxito. En eso estamos. En plena redundancia e inercia, viviendo de las consecuencias favorables —o mejor caóticas— de algo que hice alguna vez, ya no recuerdo qué.

Esa aproximación de la juventud a uno, aproximación que está entre la destrucción o el amor, como dice espléndidamente Aleixandre. Qué buscan en mi vejez, qué palabra besan, qué edad escuchan, qué boca sueñan. La madurez es un caudal que pesa, pero

no brilla, al menos a los propios ojos. Quizá a otros les llegue el resplandor. A mí sólo me queda la pesantez. ¿Cómo puede interesar tanta opacidad? Sería terrible estar convirtiéndose en ese tópico banal del hombre interesante. Sería terrible que los hombres que alguna vez creí interesantes no tuvieran más interés del que tengo yo ahora. Se agradece, claro, este regalo joven y plural de la vida, este beso de lo nuevo en la frente cargada de pensamientos viejos. Pero no deja uno de advertir que todo triunfo es irónico, por gratuito. Que la vida, cuando concede algo, lo hace siempre con una sonrisa. El éxito (profesional, social, amoroso, político) es lo que más nos pone en entredicho. No voy a insistir sobre la dignidad del fracaso. Pero es así. Vivo esta pequeña euforia como una ironía que me envuelve y me abriga, pero me caricaturiza. Anoche, en el estudio de Paco Nieva, hasta muy tarde. Un museo personal de cacharros, muebles, descubrimientos, caprichos, libros, creaciones, cosas. Siempre me deslumbran estos hombres capaces de llevar a la práctica una vida artística que en mí es sólo teórica. Nieva es muy inteligente y hay momentos y temas en que nos acercamos mucho. Luego hay otros en que se me aleja hacia el teatro, la bambalina o el capricho. Yo soy supuestamente barroco, pero el contacto con el barroquismo me devuelve siempre a una necesidad ascética, unilineal, que creo es mi refugio. La economía de lo uno. Mi salvación. Un artículo, un libro, un amor, una ciudad. Me desasosiega la dispersión. Estoy mejor, hace mucho frío, me ponen inyecciones y me quedo pensando, con inquietud casi adolescente, en lo que los adolescentes me dejan cuando se van.
sábado.

Esta semana, cena en casa de Berlanga, con Harguindey y otros amigos. Luis está trabajando mucho en su nueva película. Ayer, reunión con Lazarov, que sigue obstinado en sacarme en una entrevista, dentro de su programa televisivo de nochevieja. Hoy, ciertas ganas de escribir y nada que escribir, o a la inversa. Nunca se sabe. Le voy poniendo una cinta a la máquina, mientras me aclaro. He leído casi completo un libro de un joven filósofo anarquista del mayo francés. No sé si he consignado ya en este diario esa lectura. Escribe muy bien este hombre, y es radical en su planteamiento, pero le falta quizá el radicalismo último: trasladar los males de la sociedad a la humanidad misma, admitir de una vez que cuando el hombre ha hecho una sociedad así, y repite siempre el modelo, quizá sea porque el hombre es así. Qué conclusión tan reaccionaria. Qué le vamos a hacer. ¿Cambiar el mundo, cambiar la vida? Cambiar al hombre, y como eso no me parece posible, pues resulta que todo va para largo. Claro que ya se manipula una mente mediante la ciencia. La solución, pues, va a ser aún más espantosa. Si se llega a fabricar genios y esclavos in vitro, esto habrá perdido todo interés. La humanidad, a la larga, es una catástrofe, y el único consuelo ante esto es pensar que la vida individual es afortunadamente corta. Vivimos abrigados en la brevedad de nuestra vida. Nuestra limitación nos arropa. El trayecto hacia la catástrofe es más o menos confortable, y cuando la catástrofe sobrevenga ya no estaremos aquí para verlo. De ahí el absurdo de las guerras y los cataclismos. No son lo convenido. Anticipan una calamidad cósmica que está prevista para el fin de los tiempos. Nos sentimos estafados, así, porque la brevedad de nuestra vida es el precio que pagamos por salvarnos del Apocalipsis. Con nuestra propia muerte compramos nuestra felicidad. Toda guerra es un anticipo del espanto final que no nos concierne. Ésa es su más profunda injusticia. Como dijo alguien, «algunos mortales, además, tienen cáncer».

(con cinta nueva en la máquina).

Lo que veo es una muchacha rubia, casi adolescente, una mirada inteligente y triste, la siempre reiterada melodía de lo rubio, una voz que desfallece, una levedad que se yergue. Y pienso, imagino, sueño, urdo la novela igual a sí misma de la muchacha de manos delicadas y largas piernas.

Habría que saber por qué arden en un frío cuando el sexo les detiene el corazón, por qué algo se descuartiza allá adentro, en la profundidad imposible de su pecho, cuando ascienden con placer a su condición de víctimas, por qué el amor tiene el mismo rito del sacrificio. Pienso en la repetición infinita de los senos, en el mar sonrosado de olas amantes que es cada nueva generación femenina, pienso en la manufactura musical de las caderas, en la esbeltez de los glúteos, en esa fe con que la naturaleza, lúcida y monótona, ciega y variadísima, se repite a sí misma y reinventa la vida en cada cuerpo, reinventa el fuego en cada muchacha, la luz en cada desnudo. Es el milagro de la repetición el único milagro que me asombra. Una sola criatura universal y bella sería Dios, ya fuese mujer, animal o planta. Quizá la invención humana de Dios es el esfuerzo por reducir a unidad la multiplicidad continua del mundo. De la repetición de la belleza hemos querido obtener aplicadamente una norma, una ley, una unidad, una inmanencia.

Buscamos en el universo lo esencial y el universo sólo es reiterativo. Nos otorga infinitas repeticiones de un modelo que no está en ninguna parte. Es sin duda la reiteración natural de la belleza y las generaciones lo que ha engendrado en el hombre la idea de un modelo al que se ha llamado Dios. Lo que entendemos por divinidad no es sino repetición. El universo vive de repetirse (con las variantes imprescindibles que aseguran y refuerzan la repetición indefinida). No existe la idea de muchacha rubia en ninguna parte. Sólo existen las generaciones sucesivas e inagotables de muchachas rubias, las regulares promociones de la luz, como esta que ahora miro, recuerdo, reclinada en su dulce condición de variante, como la excepción se reclina en la norma. domingo.

Se puede acertar en todo y equivocarse en todo, al mismo tiempo y por las mismas razones. Yo podría ser un ejemplo. Lo comprobé hace tiempo. En los años sesenta, cuando empecé a publicar, mis cosas quedaban como demasié. Entonces no había que salirse del realismo social y socialista, del testimonio. Aun cuando no se tratase directamente el tema del franquismo, porque no se podía, ya la austeridad de la prosa y el verso, la autocastración literaria (que era una forma inopinada de aceptación de la censura), daban fe de que uno sufría, era víctima, tenía un compromiso y no quería perderse en frivolidades. Algún oscuro aficionado de provincias dijo que yo hacía «libros caprichosos». Porque entonces, para la izquierda, como para la derecha, por distintas razones —o quizá por las mismas—, pensar era caprichoso. Inventar, variar, renovar, indagar, todo eso era caprichoso. La cultura entera y eterna del mundo no era sino un capricho de señoritos.

Había que ser monotemático, obsesivo, y por eso yo quedaba demasié. Ahora, lo que se lleva en los últimos círculos es la cultura por la cultura, la literatura por la literatura, y un joven poeta le ha dicho a una joven e inteligente amiga mía: «Nunca harás nada en poesía, porque sólo hablas de tus sentimientos». Claro, como Juan Ramón y como Rilke. Pero eso ya no se lleva. Qué cansancio. Vinieron en el 27 los de la poesía pura, habló Ortega de la deshumanización del arte. Luego el arte se rehumanizó, cuando hubo guerra y dolor, y luego se politizó y ahora vuelve a rechazar con repugnancia toda la charcutería interior de los sentimientos y las pasiones. Hoy andan, ensayistas, filósofos, poetas y prosistas, en un laberinto elitista de estructuras, refugiados todos en el discurso, que es la palabra clave de esta generación. Pretenden que el discurso cuente y valga por sí mismo, cuanto más exento de contenidos y significaciones, mucho mejor.

El discurso se ha convertido en búnker ideológico y literario. Hay una nueva promoción de immaculados que no quieren mancharse con la política de ningún signo, ni que su obra huela a la cocina donde se condimentan los conflictos humanos. El abanico va de un liberalismo elegante y apolítico a una acracia internacionalista e igualmente apolítica. Con el tiempo, con la Historia, sobrevendrá otro alud de realidad —quizá una

guerra—, y todo volverá a cargarse de significación. Todo es de una monotonía letárgica, en su vistosa variación, y no comprendo cómo todas estas gentes, la mayoría de ellas muy inteligentes, se instalan de modo confortable en la última actitud, sin comprender que ni siquiera es una actitud más entre las muchas posibles, sino sólo el reverso de la actitud anterior, de la actitud contraria.

Volviendo a mi caso, resulta que yo, ahora, debo resultar demasiado humano, demasiado vital y callejero para estas gentes que jamás se apean del landó léxico del discurso. Antes me pasaba por un lado y ahora me quedo corto. Sé que mi popularidad como escritor, hoy, en España, es absoluta, lo cual apenas si me gratifica, y por eso lo digo, pero interior a este hombre popular que escribe cosas muy leídas, hay un escritor minoritario, experimental, que lo ha ensayado todo y ha conectado a tiempo con las ondas de la actualidad. De modo que no sólo comprendo las actitudes de esta gente, como las contrarias, no sólo me parecen bien Baroja y Proust, Tapies y Sorolla, sino que he sido y soy un poco todo eso, y creo que la razón no la tiene nadie y la tienen todos. Asisto al movimiento armónico o inarmónico del eterno retorno y me digo que el Quijote, durante mucho tiempo, fue considerado libro popular y menor por las élites de su época, y de hecho hubo unos años en que no se reeditó y cayó como en olvido en el siglo XVII.

La primera conclusión que se saca de todo esto, naturalmente, es que no le han leído a uno. Aquí nadie lee a nadie que no sea de su banda. Aparte del gran público, claro, que me ha leído, y mucho, pero que no cuenta en esta cuestión. Uno les ha ofrecido el bocado grato o detestable del artículo diario y no han pasado de ahí, ni aún los más obligados a hacerlo. Me aceptan o me rechazan por el artículo. Por eso no me sirve su aceptación ni su rechazo. Uno quisiera triunfar totalmente en todo, ya lo sé, y me parece que es Cioran quien dice que eso es lo único que justifica o explica a Kant y su ambición de ordenar el Universo todo y para siempre: la necesidad de haberlo dominado todo y eternamente. Conozco ese impulso loco del corazón y me burlo de él, si puedo. Comprendo que no existe el éxito más que en singular, que son más difíciles los éxitos plurales. ¿Cómo puedo ser yo el único escritor que leen muchas porteras madrileñas y además, por otras cosas, por otros libros, un escritor elitista de vanguardia y experimentación? El caso es que lo soy, y ahí están los libros que lo prueban, pero los hechos y los libros son lo de menos: el fenómeno social es que no se puede ser más que una cosa, porque ya hace bastante el país con aceptar un Umbral. No se le puede obligar a que acepte, lea y siga a media docena de Umbrals: el humorista, el lírico, el ensayista, el patético, el narrador, el realista, el irracionalista. Hay otros escritores a los que seguir. No es honesto ser media docena de escritores. Entonces, se han quedado con el más fácil. Unos, por eso, porque es el más fácil de leer. Otros, porque es el más fácil de destruir.

La reticencia que antes venía de los políticos comprometidos, que ahora todos son amigos, e incluso algunos se quieren camaradas, esa reticencia viene ahora de los exquisitos incomprometidos, y como el gesto es el mismo, siendo ellos tan dispares, deduzco que es un gesto común del corazón humano, un rechazo instintivo de cierto personaje, de cierto yo que hay en mí. Esto tiene mal remedio ya, a mi edad, y aunque mis libros más libros, escritos y por escribir, están en lo que necesariamente debiera interesarles, no creo que sea una cuestión de libros, sino una cuestión visceral, incluso en ellos que se quieren tan exentos de visceralismo.

Todos mis libros, fáciles y difíciles, los ha leído mucho el llamado gran público. Pero las minorías más obligadas a seleccionar me han seleccionado al revés, se han quedado con lo más externo, que era para ellos lo más tranquilizador, lo más soluble. Siempre es incómodo el colega que no resulta absolutamente tonto, pero si ese colega nos brinda el costado alegre de la frivolidad, la popularidad, la homosexualidad o la inconsecuencia, entonces se le clava en este costado la lanzada del olvido o la

indiferencia. Y el otro costado se queda en la sombra para siempre. Me lo dijo una vez un hombre de teatro: «Cuando un estreno es malo, todo el mundo se entusiasma, se alegra, ríe, felicita y se entrega. No hay enemigo y por lo tanto podemos ser generosos con el que va a fracasar, con el que ha fracasado gloriosamente. Cuando un estreno es importante, sorprendente, trascendental, nadie habla de la obra en los entreactos: se habla del tiempo y de política. Se establece como una tácita conjuración de silencio. Está claro que la obra es buena y se va a abrir camino por sí misma. Para qué ayudarla, encima».

Sé, a esta altura de las cosas, que haga lo que haga —y hecho lo que he hecho—, mi imagen ya no la voy a cambiar. Ya han decidido sobre mí, para bien y para mal. Nos hacen la estatua y la tumba en vida. Hay unas excepciones, unos hombres de buena voluntad, entre los grandes y entre los pequeños, entre los inteligentes y entre los menos inteligentes (aparte, ya digo, la gran asamblea de los lectores), pero jamás vencerá uno esas resistencias y reticencias de la sombra, esas zonas mínimas y máximas que se obstinan en el silencio o la negación. Alguien le dijo a alguien, hace poco, hablando de mí: «Está muy bien ese chico. Lástima que no va a dejar obra». Tengo cuarenta y cinco libros publicados, hasta ahora, y él lo sabe, aunque no los haya leído. Puede decir que voy a dejar una obra mala, pero de ninguna manera que no voy a dejar obra. Lo que yo no veo no existe y al que yo no leo no lo lee nadie. Así funcionan.

Otro me cita en un artículo, por única vez en su vida —él, tan atento a los panoramas generales de lo que pasa— y me aplica un implacable reduccionismo. Lo mío, por lo visto, es «entremés modernizado». Bien. Yo le hablaría de «Mortal y rosa», «Los males sagrados», «Si hubiéramos sabido que el amor era eso», «Lorca, poeta maldito», «Tratado de perversiones», etc. Libros posiblemente malos, pero que no tienen nada que ver con el entremés, ni modernizado ni sin modernizar. Claro que no los ha leído, ni pierde nada con ello. Porque la conclusión última, elemental, cotidiana, desoladora, casi vegetativa, es ésta: no es que uno haya o no haya acertado, no es que uno escriba así o asá, no es que uno haya fallado por aquí o por allí; es, simplemente, que no le han leído a uno.

Hace poco, en una cena, un doctor ilustre me hablaba de la ausencia de una visión erótica de la guerra civil, en nuestra literatura, y yo le cité el «San Camilo», de Cela. No sólo no había leído el libro, que está editado en varias colecciones y ha conocido diversas ediciones, sino que casi no tenía noticia de él. Somos cuatro gatos y encima no nos leemos. Quizá por eso, porque somos cuatro gatos. Estamos demasiado cerca unos de otros. Digo y repito que no se puede triunfar siempre y en todo, ni se debe intentar. Yo debí haber optado a tiempo entre ser un escritor conocido o ser un minoritario torturado. El ser las dos cosas a la vez resulta monstruoso, lo reconozco. Soy un caso de monstruosidad literaria y a más de uno debo darle asco. Debí haberme inmolado al hambre, el incógnito y la minoría, para que con el tiempo me hubiera premiado el reconocimiento de un crítico híbrido, como las mulas. Y a lo mejor ni eso.

O debí haberme entregado a la juerga encebollada del costumbrismo, sin otras pretensiones, para no conocer nunca a esos tres exquisitos y su desprecio. Veo escritores felices en su mundo, que han triunfado en su pequeño orbe y llenan su medida. No se puede hacer la guerra de las galaxias. Ni tiene ya remedio, como digo, esto mío, ni creo que deba ser de otra forma. Afortunadamente no soy Kant y no pretendo el triunfo absoluto sobre el Universo. Me hacen meditar estos herméticos que están tan claros, y a muchos de los cuales admiro sinceramente, y me sorprende la fe con que viven su verdad, que no es sino el reverso de otra verdad, tenida ahora por mentira, según el calendario.

Todo esto no son más que reflexiones de domingo por la tarde. Hace mucho frío en el campo y no he salido.

Decido pasar a este diario, que morirá con el año, estas quejas que supongo han aparecido ya anteriormente en estas páginas. Y más por darle un poco de autenticidad al libro que por reivindicarme ante mí mismo. El cansancio es difícil de explicar, pero mi única verdad es que estoy cansado. El cansancio es un bien deseable si alcanza su estado elegante: la indiferencia. A estas alturas de la vida me cuesta indignarme, me da pereza. Es más cómodo entender a los demás que destruirles. Se queda uno más relajado. Estoy bien.

Han pasado por casa vagos parientes. E. se está lavando la cabeza. Llegan al teléfono voces amigas. Esta mañana he levantado dos artículos y son las ocho de la tarde en mi reloj nuevo, que tiene una ventanita en la esfera por la que veo un 27. Debe ser el día de hoy, 27 de noviembre.

En uno de los artículos hablo de o contra la Iglesia española, que anda revuelta porque no se cuenta con ella en la Constitución en ciernes. Creo que ha quedado irónico y bien. Es el segundo que escribo estos días sobre el tema. Los curas son quizá lo único que consigue ponerme nervioso.

En el otro artículo hablo de un caballo llamado *Umbral*, que corre en la Zarzuela, según me ha contado Alfonso Sánchez. No sé si es por mí o por casualidad. También se prestaba a un artículo, este tema. A un artículo ligero y de culto irónico a la personalidad. Estos finales de domingo, con los amigos enfermos y el mundo en silencio, son anonadantes. No queda más salvación que pensar en el lunes como un frenesí de actividad, encuentros y reencuentros. ¿Llegaremos al lunes? jueves.

La cuestión está en olvidar que no existimos. En cuanto se olvida eso, se empieza a existir. No hemos existido nunca. Cada día estoy más del otro lado de la realidad. La realidad, con su gestos, días, movimientos, no me parece sino una leve agitación del vacío, una tenue ondulación de la nada. No existimos porque sabemos que no existimos. En cuanto lo olvidamos, empezamos a existir. Eludo viajes, compromisos, citas, eludo cuerpos y nombres, y doy razones remotas, vagas, confusas, razones que nadie se cree, porque la razón última no acierto a darla; y no es otra sino que no creo en nada de lo que está ocurriendo. Hacemos una vida que se parece pálidamente a la vida que hizo alguien alguna vez. Alguna vez debió existir vida sobre la tierra. Sólo somos el eco polvoriento de aquello, y no creo que haya aquí nada de platonismo.

El sexo, la escritura —la alegría de escribir—, el movimiento, no es que me hagan existir, sino que me hacen olvidarme de que no existo, y entonces ya existo. Parece que es la misma cosa, pero no es la misma cosa. Entre el tiempo y el pensamiento, la vida queda borrada. El tiempo quita la vida y el pensamiento nos quita a nosotros mismos. Con nuestro pensamiento nos quitamos. Soy cuando no pienso y existo cuando no soy. Si me obstino en ser —ser consciente y conscientemente—, no existo. Me borro como se borra ese rostro vivido cuando intentamos recordarle.

A medida que la realidad desaparece, intentamos corroborarla mediante la insistencia. Repito actos, cuerpos, orgasmos, palabras, para que lo cuantitativo dé lo cualitativo. Queda, efectivamente, la repetición. Pero la repetición de la nada. Una nada insistida e insistente. Hoy jueves, nada existe dentro ni fuera. ¿Cómo proseguir en estas condiciones? ¿Por qué llamo jueves a la nada? Algo vendrá de fuera a hacerme olvidar que no existo.

Y volveré a existir. El pecado de soberbia de la consciencia lo pagamos con la inexistencia. Cómo espío y gozo de mí los momentos en que existo, que son —ay— cada vez menos.

Diciembre, domingo.

VIDA muy complicada. Pasan muchas cosas. Demasiadas. De modo que decido refugiarme en la lectura. Leo mucho estos días. Los ojos lo aguantan. Menos mal. Al final vengo a dar en don Diego de Torres Villarroel, clásico del XVIII que releo bastante y que es como un Quevedo posterior que hace ya de Quevedo, conscientemente, aunque don Francisco también era bastante consciente de su papel y persona.

Torres Villarroel me encanta y deslumbra siempre porque tiene una de las prosas más seguidas y conseguidas de toda la historia del castellano, y porque fue un marginal de su tiempo, el primer pícaro que se atreve a poner la novela picaresca en una primera persona que es él mismo, no haciendo tal novela, sino pura autobiografía —que es un género muy moderno, inaugurado por él, entre otros—, y enfrentándose, con su postura de irracionalista medievalizante, incluso a la naciente Ilustración.

Torres Villarroel predice con fortuna la Revolución Francesa, lo que prueba que, si se atenia al pasado confuso, no dejaba de ver muy claro el futuro. Es un Henry Miller español y salmantino del XVIII, que no para de *contarse* a sí mismo, con su propio nombre y en primera persona, lo cual me parece mucho más moderno e ilustrado que la Ilustración que le era reticente.

Claro que Torres Villarroel, a la postre, nos da más palabras que hechos, en la relación de su vida, y glosa hazañas más que narrarlas, lo que hace pensar en un estilista y verbalista que no ha descubierto la eficacia de los hechos o, más posiblemente, en un atemorizado por la Inquisición, que no se atreve a confesar culpas reales, pero tampoco se resigna a pasar por sumiso, de modo que hace la hagiografía inversa de sus maldades (también escribió hagiografías convencionales), de modo que, apretado a describirlas ante los tribunales, puedan quedar en literatura. Todo esto, esta lucha de una subjetividad furiosa, naciente, ya moderna, y todavía orlada de penumbras medievales, anteriores al Barroco español, hacen de él un escritor apasionante, que, en todo caso, nos deja ahí varias enseñanzas vivas: primero, que tenemos una lengua grandiosa, que reposamos, escritores o no, en un idioma fuerte y ancho en el que se puede escribir todo. Segundo, que la identificación vida/lenguaje puede llevarse a niveles absolutos, de manera que un hombre hace el vaciado de sí mismo en su idioma, con perfecta minuciosidad y, lo que es más, que su vida es ya su idioma y gracias a éste es más de lo que es, vive más de lo que vive, dice más de lo que dice y, a la manera de los hombres-libro concebidos ya en nuestro tiempo por Ray Bradbury, puede ser un hombre-idioma, una escultura léxica, que diría Peter Weiss a otros efectos. Tercero: que todas las «Ilustraciones» se han equivocado siempre con los escritores de la vida, con los hombres que han hecho de la literatura su existencia, y no un hobby pulcro o académico. Se equivocaron con Cervantes, se equivocaron con Torres, se equivocan siempre.

Torres Villarroel, en fin, me reconcilia con muchas cosas, en estos días de biografía enredada, me da el consuelo de la literatura que empieza y acaba en sí misma, y por eso se salva de la muerte, y le siento más cercano que a Quevedo, incluso. No voy a ocultar que yo he cultivado siempre la autobiografía como género esencial, como el género más inmediato al escritor, y este mismo diario es prueba de ello. Leo a Villarroel con más pasión que cualquier novela picaresca. Y con más provecho.

lunes.

Todo lo que no se puede anotar ni siquiera en un diario íntimo.

martes.

Conozco a mi caballo, *Umbral*. Blasco ha tenido el detalle de llamar así a uno de sus caballos, que corre en La Zarzuela. Me lo dijo Alfonso Sánchez. Parece que Blasco me lee mucho. Espero que el caballo también. He hecho algunos artículos sobre el tema, claro. Y por fin esta tarde, con frío y lluvia, hemos ido a conocer al bicho. Venían unos fotógrafos a sacarme fotos con *Umbral*, para las revistas. *Umbral* es alazán, careto,

calzado, muy alto, muy esbelto. Tiene dos años y ya ha estado a punto de ganar alguna carrera. Ha puesto su cabeza en mi pecho. Tiene un flequillo rubio de chica de Hamilton. En el campo mojado y frío, nos hemos acatarrado los dos un poco, el caballo y yo. Estoy contento de ser frágil como un caballo.

miércoles.

Encierro con las feministas en una iglesia para pedir una ley de divorcio. Ha habido escenas de película de Berlanga entre el cura iluminado y quizá iluminista, el oscuro rebujo de las divorcistas progres y una boda de rumbo que había en la iglesia. No creo en el divorcio, claro, que es un trámite burgués como el matrimonio, pero hay que ayudar un poco a estas mujeres aquí y ahora. También hago columna.

jueves.

Voy al Instituto «Emilio Castelar», llevado por el poeta Joaquín Benito un poco como si fuese una comuna libertaria. Me esperaban cientos de chicos y chicas. A ellos mismos les sorprende esta expectación a la que ya estoy acostumbrado. Uno interesa fácilmente, y con la misma facilidad dejará de interesar, si Dios quiere. Una profesora ácrata, inteligente y muy urgentemente erótica, Covadonga.

viernes.

Anulo un viaje literario a Tudela de Navarra y otras salidas de Madrid. Ya está bien con soportar la gloria en la ciudad. Salir a buscarla a provincias sería de loco megalómano. Conozco a Brinkmann, pintor interesante y senador socialista. Por la noche, en casa de Rodó, la bellísima y silenciosa Lindy fumando hierba. Me enamoro un rato y callo.

lunes.

Los trapos. Yo tenía la curiosidad de saber cómo sería esto de la madurez, este ir adentrándose en la zona oscura del pasillo. Yo había creído siempre que el principio del final lo marcarían las enfermedades o la soledad o la ruina. Bueno, pues no: son los trapos. De lo que se llena la vida es de trapos.

Los trapos, los trapajos van invadiendo la vida del hombre que ya no es joven. Todo son trapos, como cuervos flácidos, como desvanecidos buitres, que cubren los muebles, las butacas, los radiadores de la calefacción. Todo se convierte en trapos. La vieja ropa, la hermosa ropa, los finos pañuelos, los esbeltos calcetines, yo qué sé. Todo lo que un día fue gala, va quedándose en trapos, en trapajos. Aquellas ropas chapadas, ¿qué se hicieron? Pues se hicieron trapos, poeta.

Buitres, he dicho. Buitres y cuervos. La superstición hace de estos pájaros los heraldos negros de la muerte. A mí la superstición me ha parecido siempre una religión vergonzante, incoherente y casi tan aburrida como cualquier religión. Pero ahora veo que había una intuición en lo de los buitres y los cuervos. Son los trapos, trapos negros y grises que van llenando la casa, fajando al muerto previo.

Trapos por todas partes. En vano pongo orden, entre mis soledades y mis enfermedades. En vano distribuyo los trapos, los estiro, quiero devolverles su dignidad, o al menos su coherencia de prendas que un día me vistieron, que todavía me visten de vez en cuando. Nada, los trapos se arraciman, se desmayan, se caen sobre los muebles, en el suelo. Lo que hay más allá de la mitad del camino de la vida no son desengaños ni muertes ni traiciones ni soledades ni escaseces ni enfermedades. Lo que hay son trapos.

martes.

Sigo con los trapos. Trapos para taparme, para destaparme, trapos con los que me debato para obtener de su caos una camisa presentable, un par de calcetines limpios, algo. Al final tengo que echarme siempre a la calle con cualquier cosa.

Verdad es que en la casa hay desorden, que alguien tendría que pastorear tanto trapo, el rebaño cansado y remiso de los trapos, pero ésa es otra cuestión. Lo que me preocupa y me alucina es la metamorfosis de la ropa en trapos. (Era inevitable aquí una palabra kafkiana). ¿Por qué esa tendencia de la ropa a descubrir su condición

asquerosa de trapo? Yo me he comprado ropas caras, las he cuidado, las he llevado bien, las he lucido. ¿Por qué en cuanto dejo una prenda sobre una silla, en cuanto guardo una cosa en un armario, en cuanto me olvido un poco de una tela se convierte en un trapo? Fúnebres y funerales trapos desprendidos de la momia optimista que ya es uno. La traición de los trapos es la última traición de la vida, espero, a no ser que le siga la traición de los muebles y todos los bargueños empiecen a transformarse en sapos, especialmente los bargueños tripudos, que han sido siempre el sapo de carpintería.

Pierdo horas ordenando trapos, seleccionando trapos, clasificando trapos. Mientras lo hago, procuro pensar, claro, no perder absolutamente el tiempo. ¿Soy yo un ácrata o un nihilista? Me parece que esto último. El ácrata es el gran optimista porque cree que el hombre es bueno y la sociedad le hace malo. El hombre en libertad sería un ángel. ¿Y los trapos? Un ángel con alas de trapo. De los trapos no hay quien nos salve.

Si desprecio a alguien, mi desprecio le hace más despreciable. Es un fenómeno como el fenómeno bancario del interés compuesto. Se acumula al desprecio primero el desprecio sostenido, con lo que el despreciado resulta cada día más despreciable. Trapos psicológicos, le llamaría yo a eso. Pero no quiero que los trapos sean símbolo de nada. No voy a incurrir en parábola kafkiana. Hablo de trapos reales que atosigan la vida del que ya no es joven. La madurez está llena de trapos. Mi tesoro y mi miseria son los trapos. Envejecer es volverse trapero de uno mismo.

jueves.

La tensión. El problema es la tensión arterial. No sé si he hablado ya de esto en el diario, en este diario, que no releo nunca. Supongo que la concepción del mundo que nos ha legado cada filósofo es un problema de tensión. Nietzsche debe tener la tensión más alta que Kant, por ejemplo. Se ve que hace una filosofía de hipertenso. Descartes tenía la tensión muy baja, de eso no me cabe ninguna duda. Escribe despacio, paso a paso, deduciendo trabajosamente sus pálidas verdades. Y así todos. No existe otra cosa que la subjetividad. Ni siquiera la subjetividad. No existe otra cosa que el sistema neurovegetativo.

Cada día está uno más desoladoramente del lado de las meras verdades orgánicas, funcionales. De nada me vale lo que sé, lo que tengo de oficio, lo que he vivido o leído, si la tensión está baja. Sale una prosa lenta y sin aliento. Con la tensión en su sitio, soy un analfabeto inspirado. Con la tensión baja, soy, en cambio, un cultísimo imbécil.

Escribo todo esto porque llevo una temporada con problemas de tensión baja. Mi natural tendencia a la tensión baja, se ha agravado por un enfriamiento gastrointestinal, también muy habitual en mí. Me cuesta mucho escribir, vivir, y entonces comprendo que el oficio no sirve de nada, que todo lo adquirido en muchos años se pierde en un momento, porque se lo lleva un aire, y uno no es más que un inexperto iletrado ante el papel. No hay que darle vueltas.

A pesar de estos problemas de salud, he hecho muchas cosas, he ido unas horas a Barcelona, he tenido muchos encuentros de trabajo (y de no trabajo), he escrito. Mucha gente, demasiada, desde Mary Santpere, que me llama guapo, hasta Manolo Alcántara, viejo y querido amigo. Julián Santamaría me incluye en una exposición de pósters, como se dice ahora. Todo lo que antes hacía mucha ilusión. Todo lo que ahora contemplamos desde la enfermedad, el cansancio, la tensión baja, ya casi como desde un ataúd de cristal, desde una urna, vaya, por no ponernos fúnebres. Muy bien, todo muy bien, pero nada es nada si no sube la marea de la tensión para colorear el mundo y dar sentido a las cosas. Me tomo un whisky a ver si sube.

viernes.

Absurdas propuestas de trabajo: con Ira de Furstenberg, con Lazarov, con Tennessee Williams. Televisión, cine, teatro, radio, best-seller. Habría que hacerlo todo. Naturalmente digo que no a todo. ¿Es que a nadie se le ocurre nada en este país?

Todos quieren utilizarle a uno, todas quieren que uno las utilice.

El éxito, ya creo haberlo reseñado aquí, es un canibalismo. Triunfar es ser devorado. Y de eso no salva ni la muerte, pues a los muertos triunfantes también los devoran. Los mismos que le reprochan a uno el hacer demasiadas cosas, y no sólo las supuestas cosas sublimes que uno podría hacer, son los que acto seguido quieren envilecerle a uno con un proyecto de café-teatro, de televisión, de libro de éxito. La mayor fatiga del menor éxito es quitarse de en medio a los tíos y las tías con iniciativas que quieren subirse al carro de fuego del éxito de uno, que no es más que una modesta tartana, la humilde tartana del trabajo paso a paso, y que por supuesto no puede llevar a tanta gente, pues de ella sólo tira un pobre borrico aplicado que soy yo.

sábado.

Problemas con los gatos. Se han ido, han vuelto. Están sucios, salvajes, raros. *Moncho* se pasea conmigo por el garaje, como un perro, pero si trato de cogerle, se crispa y saca las uñas. Al fin los hemos subido a casa y les hemos dado un poco de valium en la leche, porque estaban muy histéricos.

Toda la problemática de la novela psicológica que Flaubert, Balzac, Zola o Martin du Gard obtenían de sus bien observados protagonistas, podrían haberla observado igualmente en un gato. Cuestiones de adaptación e inadaptación, celos, querencias, desconciertos, contradicciones. *Moncho* llega a maullar, solo en la noche, como un niño con miedo a una joven amante abandonada. Lo que creemos nuestra exquisita relojería espiritual, está igual de exquisito en cualquier gato. Una razón más para abominar de la novela psicológica, como hace Borges, al que leo estos días. Los gatos, sucios y somnolientos, están ahora en sus habitaciones particulares, como dos golfos de Baroja, entre culpables y camastrones.

viernes.

Decidido que la vida es una mierda, la única salida medianamente decente sería el suicidio. La vergüenza de no suicidarme es la humillación bajo la cual vivo. Una vida entre la autohumillación y la mierda.

sábado.

Ya está aquí eso de la navidad. Puaf. Ni siquiera una literatura desdeñosa merece el tema. En el campo, un gris tierno con concesiones a lo verde. Unos niños muy abrigados que juegan perdidos.

En mi intestino, frío, aire, inseguridad, peristaltismo, malas digestiones, diarreas, medicinas, la mala salud de siempre, alegrada con dolores nocturnos de tripa que no me dejan dormir.

Como hay ciertas modestas compensaciones que siempre funcionan, me llega —entre la orgía navideña de regalos, botellas y bobadas— una preciosa edición del «Trópico de Cáncer», de Henry Miller. Lo leí por primera vez hace quince años. Me entro casi desesperadamente, con un gozo sordo, en la lectura del viejo Miller. Qué fuerte, qué sano, qué nuevo, qué vivo. Qué prometedor para mí, que hace justamente quince años me proponía exactamente eso, ser una especie de Miller español, pero que por unas razones o por otras no lo he conseguido o no me han dejado conseguirlo.

En este libro no hay organización ni coordenadas ni planos ni estructuras ni leches. Sólo los recuerdos desorganizados y la prosa riquísima, congestiva, que pasa con toda naturalidad del realismo descriptivo al surrealismo de la época. Nuestra crítica ruralista aprobaba lo de Miller con una sonrisa, por mero papanatismo, pero si uno hacía algo semejante, en seguida le hablaban del respeto a la novela canónica y la profundización psicológica en los caracteres. Ni siquiera se habían molestado en entender que Miller rompe para siempre con el rigor victoriano de la novela anglosajona tipo James, inspirada en el fondo por esa moral victoriana. Las experiencias, en todo caso, estaban reservadas para los extranjeros. Aquí no podía uno hacer experiencias. Cuando yo las he hecho con alguna fortuna, me lo han reconocido verbalmente en un cóctel, pero no

han escrito una palabra al respecto, los hijos de puta.

Dentro de esta cadencia de enfermedades que me lleva de cloaca en cloaca, hoy me siento con ganas de vivir y de escribir, unas ganas absolutamente injustificadas, pero que han dado ya dos artículos muy sueltos y ahora estas páginas del diario.

¿Será tarde para hacer lo de Miller? A mi manera ya lo tengo hecho. Y lo que vendrá. Pero escribe uno ya para sí mismo, como el que se pega carreras de mañana por el campo. No vamos a ganar ningún campeonato. Vamos a mantenernos en forma y prolongar nuestra salud literaria. Soy feliz escribiendo, reconociéndome en la escritura, haciendo que funcionen y resuenen los resortes más hondos y vivos de mi interior. Afino el piano y eso me basta. Claro que todo se publica y se vende, en un éxito convencional que no coincide exactamente con lo que entiendo por éxito.

Vergés no ha sacado mi libro del Gijón para navidades, como me prometió. Estoy tan indignado que no quiero ni llamarle. La vida social ha quedado en Madrid. Aquí, en el campo, los gatos tienen otra vez brillo, después de su aventura golfa. Lucen de gratitud, buena crianza y buena leche. Entre la marea tonta y blanca de las felicitaciones, alguna nota secreta, tierna, bella, cómplice, amiga, querida, que me ayuda un poco a ponerme bueno. Las mujeres siempre aciertan en esto de los sentimientos. Hacen sonar una última nota cálida en la copa que uno creía rota, estrellada contra el suelo. Son mucho más que nosotros, en todo.

Este diario lo voy a cerrar con el año. Ha sido un año rico, dentro de una vida pobre. Me temo que esa riqueza sólo ha quedado discretamente recogida en estas páginas. Esta mañana me ha llamado Lazarov para decirme que en televisión han prohibido la entrevista que me hizo para nochevieja, con una gata blanca y una mujer de oro. Ni siquiera me molesta verme privado de aparecer entre todo ese colorín del programa. Me parece que le voy a meter al libro de Ramón un nuevo e inesperado capítulo. Si no lo doy pronto a la imprenta, engordará como el otro *Ramón Gómez de la Serna*, el gato, que entra y sale portando una barriga henchida y armoniosa. Leo, pues, mucho Miller, mucho Apollinaire (para el «Ramón») y prospectos de medicinas. Los prospectos lo curan todo. Las medicinas, menos.

domingo.

Navidad. Me levanto roto, pero hace afuera un día claro, quieto, uno de esos días perfectos que servirán a los curas para metaforizar sobre la hermosura de estas fiestas. Todo lo instrumentalizan. Mirando la luz y el campo, me apunta el proyecto vago de salir a dar un paseo. Al final corro, sin moverme del sitio, sobre la alfombra, contando hasta cien, en calcetines, y ése es todo el ejercicio. Como sudo con frecuencia y facilidad, temo enfriarme en el campo. Voy entonándome a base de desayunos, cubalibres, cafés y, cómo no, medicinas. No hay periódicos en navidad, de modo que leo libros. Lo de Miller lo estoy disfrutando como en tiempos. Clavo en la pared de mi cuarto una bella foto de Bárbara Rey casi desnuda.

Hago una crónica para el periódico, sobre Henry Miller. Huyendo de la crítica literaria, naturalmente, que ni es lo mío ni creo en ella. Meto a Miller en mi vida, en mi biografía. Como poco. Dulces inevitables. Televisión en color. Mucha lectura. En un par de días he rematado el nuevo capítulo para el «Ramón». Creo que ha quedado suelto y bien. Falta engastarlo en el libro. Ni siquiera tengo el original aquí. Está en Madrid.

A los gatos les he dado el flan del desayuno y cuando no les entra la cabeza en el fondo del recipiente, mojan la pata y se la chupan. ¿Hasta dónde llegan los reflejos y las inteligencias del gato? ¿En qué momento el hombre empieza a ser más inteligente que un gato? No está nada claro.

Ahora, un western en la tele. Escribo mientras alguien lo ve. Han muerto Charlot y Chicote, según la tele. (Repito que hoy no han salido periódicos). ¿Artículo sobre alguno de ellos, sobre los dos? Todo lo ve uno ya en función del artículo. Supongo que el médico ve al enfermo como una ficha que añadir a su historial de una enfermedad. A

esta deshumanización de las relaciones humanas es justamente a lo que llamamos humanismo, e incluso humanitarismo. Charlot y Chicote van a ser muy sobados por la prensa, estos días. Decido no hacerles nada. «Claro que lo que hicieras sería diferente», sugiere el pedante dominical que lleva uno dentro. «Calla, gilipollas». Los meteré de pasada en algún artículo sobre otra cosa. Mejor salir ahora con Miller, en el que nadie piensa, cuando todos estarán haciendo lirismo y erudición con Chaplin. Es importante desmarcarse. Bueno, se acabó la olivetti hasta el martes. Ahora a matar la araña, leer, ver la tele, haraganear, mirar el cielo, hablar con los gatos.

jueves.

Entre enfermedades, fríos, trabajos, jaleos, llamadas y chismes me llegan de pronto los tres primeros ejemplares de mi libro «La noche que llegué al Café Gijón». Me lo leo en una tarde. Aunque lo había releído en pruebas, como creo haber anotado aquí —le quité una buena parte de ensayismo—, he encontrado en él muchas cosas nuevas.

Le han hecho una portada que imita un poco una lámina antigua, con torpeza graciosa. Va en blanco y negro sobre fondo malva. Queda fino y bien. Es una variante del boceto que yo envié al portadista, y que era una especie de Sandra de espaldas, con un gran sombrero frutal, y el café al fondo. A ratos el libro me parece bueno y a ratos me parece malo. Son las memorias literarias de unos años, lisa y llanamente, y ya está. Me parece que, como no hay engaño en él, tampoco puede haber fracaso.

Pero así y todo dudo mucho. Estoy releiendo estos días a Henry Miller como ya creo haber anotado y, por natural contraste, mi libro se me queda pálido. Qué se le va a hacer. La pobre vida literaria madrileña de los primeros años sesenta no daba para grandes orgías de sangre y sexo. Todo se nos queda pequeño-burgués en España. En esta España burguesa y pequeña. Aparte, naturalmente, que uno no sea Henry Miller.

A estas alturas, cada libro fracasado, malogrado o equivocado es un peldaño que se baja, en lugar de un peldaño que se sube. De todos modos, la escalera no lleva a ninguna parte, ni hacia arriba ni hacia abajo. La provisionalidad de los juicios y de las modas, el monótono juego de luz y sombra al cual llaman perennidad, es algo que tiene unas claves muy elementales, casuales, tontilocas y ruines, de modo que hay que gozar de la escritura sin mayores ambiciones. Yo he metido en este libro unos años que para mí fueron ricos, poblados, calientes y ascendentes. Unos años que son ya puramente literatura.

Nieve en Madrid y en el campo. El irreal, pueril y monótono clima navideño. Estoy más lejos que nunca de todo esto, porque mi libro me ha transportado casi veinte años atrás. Es, por lo menos, una manera de salvarse de la navidad.

sábado.

Hoy termina el año. Estoy enfermo. Ayer pasé el día al lado de la chimenea, mirando el fuego y tratando de crearme por dentro un entusiasmo que no hay de qué ni de dónde. Afortunadamente, esta noche me van a dejar que cene solo, tranquilo, normal, que lea o me vaya a la cama. Hay un gran sol blanco, ahora por la mañana, y un cielo azul. Yo estoy cansado. Lo que tendré que confesarme algún día es que estoy muy cansado, que he perdido hace tiempo el sabor de la vida, que vivo de las inercias del que fui. He metido en este diario un año de mi vida. Aquí lo dejo. Hay otros libros en el aire. Pero nada me sabe a nada, ni la literatura ni el amor. El país está a punto de equivocarse definitivamente. Lo que llevo dentro es un enorme bloque de cansancio. Todo, hasta los momentáneos entusiasmos, me nace de la falta de entusiasmo. Los estimulantes artificiales estimulan más bien poco. Yo veo, o creo ver, que otros hombres, a mi edad, están eso que se llama en la plenitud (que es el nombre triunfal de la madurez). Miro dentro de mí y no encuentro más que cansancio. Ni tristeza ni alegría ni ilusión ni resentimiento ni dolor ni nada. Sólo cansancio, un cansancio animal o mineral. Siempre he intuido una forma de muerte por petrificación. Sísifo y la piedra. Prometeo y la roca. Los mitos están mal resueltos. La verdad de la vida es que Sísifo se va convirtiendo en

la piedra y Prometeo se va convirtiendo en la roca. Más aún: la verdad es que Sísifo y Prometeo no han existido nunca en uno, en mí. Nunca he sido Prometeo. Sólo he sido una roca que se creía Prometeo. Eso es lo que somos: piedras que se creen mitos. Son las cuatro menos veinte de la tarde. Vamos a almorzar. A lo mejor me animo luego a dar un paseo por el frío y el sol. A lo mejor no.

Madrid/Las Rozas 1977



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.